

TIRSO DE MOLINA (1579 -1648)

EL BANDOLERO

No quiso el martes agorero perder la fama de mal acondicionado, ni hacer de su parte lo que debía para sazonar la fiesta que le esperaba, porque, amaneciendo lluvioso, desaliñó las esperanzas de su lucimiento en doña Beatriz y don Melchor, que madrugaron a la ejecución de lo que les tocaba, no medianamente envidiosos de los dos días antecesores, que patrocinaron los desvelos de sus cuatro compañeros. En fin, tomando del tiempo lo que les quiso dar, si no lo que deseaban, compusieron el desahogado salón (ya muchas veces teatro de fiestas reales, cuando la privanza de su difunto dueño divertía en él la más piadosa majestad que gozó España). Adornáronle de brocados y calzaronle de alfombras y cojines; erigieron, después, en el curioso patio (donde tantas veces, espectáculo festivo, desesperados brutos cedieron, provocados, las fuerzas y las vidas a la costumbre y temeridad de nuestra patria) un capaz y vistoso tablado, no sin confianza de que, enjugando por la tarde el sol las lágrimas de su lloroso día, con ojos más serenos, agradables a sus cuidados, martes del desatino aprobaría las mudanzas del febrero loco. Con todo eso, le cubrieron de toldos, trasladando al célebre anfiteatro, los que el jueves más devoto del año autorizan y defienden, por las calles de más nombre, la cortesana devoción de sus vecinos, determinando (si, rebelde en su tema, porfiasen sus nubes en anteceder la melancolía del miércoles siguiente) representar en el salón apercebido el coloquio misterioso que había de dar remate alegre al entretenimiento de su cargo. Ya castigaban las puertas las aldabas y los deseos, vencidos los inconvenientes del enojado día, tanta infinidad de gente a ellas que, a permitirlo los arqueros, se corriera la capacidad de la anchurosa quinta, pobre esta vez de sitio para suma tanta. Remitióse primero la elección de los lugares a la comodidad de la nobleza, luego a los de la segunda clase y, últimamente, a los que el conocimiento o la importunación franquearon resistencias. Negóse, empero, a lo restante, siendo lo admitido suficiente para ocupar toda la desahogada pieza, cuyos estrados, haciendo soberbio alarde de hermosuras, tiranizaron cuantos ojos en su circunferencia ocupaban diversidad de asientos. Un sitial, favorecido de un pródigo dosel de tela, autorizaba una silla de brocado que, sobre cuatro gradas en círculo, se permitía a la presencia de la más distante vista. En ésta, pues, bizarro y airoso don Melchor, aplaudido primero de los metales vocingleros y después de los pacíficos menestres, captando el silencio y reducida la atención a los oídos, con desenvoltura honesta y voz sonora, dio principio a su historia prometida, diciendo:

Señor, de la Guardia de Momblanc, en la diócesis de Tarragona, en el principado de Cataluña, era Alberto Armengol, caballero, si rico, no tanto como su sangre, sus hazañas y sus virtudes merecían, porque descendía de los primeros condes de Urgel, y éstos de Dapifer de Moncada (uno, y el principal de los nueve capitanes que Oger, gobernador de Aquitania, nombró por compañeros para la restauración de Cataluña, cuando, oprimida de los sarracenos, comenzó en ella segunda vez a respirar el bautismo por los montes

Pirineos). Era Alberto ramo transversal de la casa que perpetuó en aquel principado Ermengando, primer conde de Urgel y de Ampurias, nieto del Dapifer referido, y aquel que vinculó en sus descendientes el blasón y nombre patronímico de los Armengoles, derivado del propio suyo que, como dije, fue Ermengando. De éstos, pues, uno, y no el de menos estima, Alberto, militó joven a la sombra del rey don Pedro el Segundo (aquél que se ganó el título con que Alejandro Macedonio, lisonjeado Magno, se hizo venerar en lo mejor del orbe). Pues las vitorias de nuestro aragonés invicto, hasta hoy le veneran con la fama de don Pedro el Grande, pequeño atributo para quien, dilatando su corona, la añadió la de Sicilia, y triunfó, más con el ánimo incansable que con la ayuda de ejércitos numerosos, de las lises coronadas que en Francia y Nápoles, señoreándose de Italia patrocinadas de las armas de la Iglesia, quisieron oprimirle, pues nunca pasó el suyo de diez mil soldados y, las más veces con solos quinientos almogávares, dio en qué entender a todo el reino gálico, puesto que éste, castigado del cielo y favoreciendo a nuestro príncipe, vio sobre Girona su multitud blasfema reducida a solos mil infantes, pereciendo los demás de peste en aquel sitio, y su rey entre ellos, habiéndola pocos meses antes cercado con cuarenta mil peones y otros tantos caballos, sin que de unos y otros pasasen a la vuelta de su patria nuestros Pirineos quien llevase la nueva de su destrozo. Príncipe, por cierto, digno de inmortalidad, que celebre España y hijo, en fin, del ínclito conquistador don Jaime el Primero, que a los límites estrechos de su patrimonio dio por juro de heredad el reino de Valencia y las dos Mallorcas, edificando en ellos dos mil iglesias, todas con la advocación de la Madre mejor del mejor Hijo, tan favorecido suyo que bajó en persona desde el Olimpo eterno a visitarle. Fundador de la Religión esclarecida y Orden Militar, cuyo blasón, para levantarse sobre todas, no es menos que el atributo más precioso que adquirió en la tierra el que, por redimirla, quedó sin sangre. Hijo, pues, el gran don Pedro de tal padre, ¿qué mucho que, sin degenerar de sus hazañas, añadiese inmortales laureles a los de su héroe progenitor, y que, soldado suyo nuestro Alberto, medrase la fama que decimos, sin reparar en las riquezas, tan émulas de los merecimientos? Llegó, pues, Alberto a la edad última, pagándole el tiempo, en plata, el oro que dio a usura su juventud a la milicia, y, venerable a todos, en pacífico sosiego, colgó las armas, sucediéndolas el báculo, como a las robustas fuerzas los canos consejos, mientras vivió siempre a su república provechosos. Retiróse para dar los últimos tercios de su edad a la contemplación cristiana, que los alborotos militares hasta entonces estorbaron (puesto que, empleado en ellos, nunca de suerte se negó a las virtudes que, aunque en parte tibias, degenerase de ellas). Agora, empero, que habiendo servido a su rey, le imposibilitaba la senectud a proseguirlo, dándose todo a la sosegada prevención de un fin dichoso, se negó a las ocupaciones populares, en una casa de placer o estancia, en lo más áspero de los Pirineos, hacia aquella parte que, por el puerto intitulado de Orla, se digna apenas de que le huellen peregrinas plantas, al margen del venerado Segre, que por el valle de Arán fertiliza lo mejor del ducado de Cardona, vizcondado entonces, y a la vista de la antigua ciudad de Balaguer. Allí, con una hija, deleitoso empleo de su florido tálamo, admiración de la hermosura y depósito del sol en sus cabellos y ojos, si de la aurora y serrana nieve en sus mejillas, garganta y manos, tan discreta, y tan honesta como ilustre, su nombre, Saurina, se remozaba nuestro generoso catalán, hipotecando en sus virtudes y belleza esperanzas de valerosos nietos que, eslabonando sucesiones, perpetuasen su nobleza y desmintiesen, con sus merecimientos, el menoscabo que, en su

fama, le había ominado un pronóstico infelice que desde su juventud le congojaba, obligándole a desconocer, severo, el más íntimo retrato de su sustancia y sangre.

Fue, pues, el caso que, necesitando el rey don Pedro del socorro total de sus vasallos, para oponerse a la invasión de toda Francia, que por Ruisellón se le entraba a derribarle la corona de las sienas, adjudicados sus reinos al francés Filipo por la plenitud de potestad de la Romana Silla, en pena de haber despojado al rey Carlos de Nápoles del intruso cetro siciliano (ya sabe el leído el suceso que nos dejó el proverbio de las Vísperas Sicilianas), y estando Alberto Armengol en la mitad de sus años, gozando los privilegios de su reciente matrimonio, con el señorío de la villa de la Guardia de Momblanc (herencia que sus hazañas adquirieron a sus antecesores), preñada su consorte, oyó, entre los peligros que a las madres vinculó la primera golosina, gratulaciones y parabienes de un hijo que, primicias de su tálamo, regocijó a cuantos vasallos suyos, agradecidos a su gobierno dulce, le deseaban padre. Hospedaba entonces nuestro Alberto a un caballero napolitano que, habiendo militado en su compañía en la conquista siciliana, y despojado en su patria de sus posesiones por haber seguido las banderas del gran don Pedro, aguardaba premio equivalente a sus servicios, prohijado en el principado de Cataluña. Era el referido, no sólo famoso en las armas, pero célebre en los juicios astrológicos, y se llamaba Mercurino. La estima que le granjearon sus pronósticos, le adquirieron veneración casi de oráculo donde quiera que estuvo. Viéndole, pues, Alberto, amigo obligado al regalado hospicio, y deseando benévolas constelaciones a su primogénito, poniéndosele en los brazos, le pidió anuncios que añadiesen al presente gozo esperanzas de futuras dichas.

-Entrósenos -dijo- el conocimiento, con vos, en casa, de los influjos celestes; puedo, con la experiencia que de vuestros aciertos tengo, saber a lo que las estrellas que en el nacimiento de este infante predominan han de inclinarle; los sucesos que, si su libertad se deja llevar de ellas, han de hacerle afortunado o infelice. ¿Quién duda, pues, que siendo vos tan íntimo en mis intereses, no averigüéis lo que tanto nos importa? Aceptó Mercurino sus deseos y, observando la hora y punto en que nació el niño, se encerró con sus efemérides en una pieza, diciéndole que, cuando, apoderado el sueño y el silencio de su familia, sosegase la noche sus domésticos, podría entrar a verle y informarse sin testigos de la fortuna a que los cielos a su heredero destinaban. Crédulo, pues, Alberto, más de lo que fuera justo, llevó su hijo a que desmintiese, con su presencia, dolores de la parida y recibiese su padre gratulaciones y visitas de amigos, deudos y vasallos, habiendo sucedido esto en una aldea suya que, entre los intratables montes del Pui Cerdan, con su frescura y retiro suavizaban lo riguroso de aquel setiembre. Aquí, pues, entre los plácemes cortesanos de los circunvecinos nobles y los rústicos festejos de los súbditos serranos, divirtió el plazo que le asignó el astrólogo, hasta que, despedidos los huéspedes, quedó con él a solas el último, que fue un varón santo y religioso, que en la Milicia Redentora desde el bozo primero mereció canas y milagros; su nombre Bernardo de Corbaria, no poco deudo de nuestro Alberto. Éste, pues, al despedirse, apretándole la mano, con semblante profético le dijo: «Estimad, sobrino generoso, las primicias de vuestro estado, que las destina el cielo para tuyas.» Y besando tierno las mejillas del inocente hermoso, prosiguió: «A este niño, un patíbulo ha de hacerle santo.» Íbale su padre a asirle de los hábitos, balbuciente en su lengua el recelo de estas palabras, para que se las asegurase; pero el santo, casi desapareciéndosele, le dejó lleno de dudas y

encontradas imaginaciones. Con ellas, en fin, esperó a que las tinieblas y el cansancio que desveló su casa con el peligroso parto, la quietase, y conseguido este deseo, a la mitad de la noche, repitió la cámara del amigo astrólogo. Hallóla abierta, pero sola, con luz y un papel sobrescrito para él sobre la mesa. Salióle a las mejillas el recelo, con la divisa acostumbrada de la muerte y, temblándole las manos al abrirle, sin atreverse a lo que el alma le pronosticaba, le volvió al sitio primero. Salió en busca de Mercurino y, encontrándose a la escalera con un lacayo, le preguntó dónde iba a tal hora. Respondióle que el huésped le había mandado ensillar un caballo de monte, diciéndole iba por orden de su dueño a cierta diligencia, tan precisa que no permitía las promesas del alba, y que, obediente a la amistad que profesaba con él, le aderezó el bridón más ligero, abriéndole la puerta que salía al campo y que, cumplido con este ministerio, tornaba a recogerse. Nuevas confusiones acrecentaron en Alberto las primeras pero, disimulándolas con el criado, porque no conjeturase malicias, fingió haber salido el ausente amigo por su orden; volvióse al aposento, mesa y billete, y abriéndole con más sustos en el alma que letras en los renglones, vio que decía:

Carta

«Rigurosa contra mi dicha, huésped carísimo, la inclinación de mis estudios, más nocivas me pronostico mis letras que hasta aquí, por ellas, célebre mi crédito. Nunca yo malograra en su asistencia la atención de mis discursos, pues me necesitan a dividir las almas que amistad de tantas consecuencias reciprocaba inseparables. Importunaciones vuestras y obligaciones más me destierran de mi gusto y vuestros ojos, porque, ¿cómo se atreverá a ellos quien os adelanta los pesares con la pluma y los juicios? ¿O cuándo, menos templado contra las adversidades que os amenazan, que las veces que, viéndome, os refresque la memoria de las desgracias que os esperan? Prudentes, satirizan los considerados el peligroso ejercicio de mi profesión; porque, o lo que se pronostica sale falso o verdadero y, uno y otro, o promete felicidades o desdichas. Si éstas, y salen falsas, atormentando antecedentes, medran descréditos en los astrólogos y les ferian arrepentimientos de sus desvelos inútiles, con pesadumbre en los ominados de haberlas supersticiosamente temido. Si acertadas, ¿qué mayor imprudencia que extender congojas desde que se recelan hasta que se ejecutan, habiéndolas el silencio de los cielos estrechado a la necesaria clausura de su efecto? Si adivinan prosperidades y no se consiguen, lo mismo son sus esperanzas que las que en sueños representan fantásticos tesoros, para que, despiertos, nos entristezcan. Si se efectúan, ya disfrutadas con los gozos antecedentes, angustian mientras no llegan, y en llegando, se les disminuye la sazón con que regocija el bien que no se aguarda. Repudiaré desde hoy más totalmente tan perjudicial estudio, siquiera por no destinarme a segundas pérdidas de amistad como la vuestra. Una y muchas veces he reiterado figuras y caracteres, observando las constelaciones fatales de vuestro sucesor, y todas ellas me le pintan infelice. Sus fuerzas han de ser bizarras, pero su empleo tan desbaratado que, caudillo de salteadores atajará sus travesuras un dogal infame, que de un árbol le suspenda. Éste es mi pronóstico, y ésta la vez última que me atreveré a comunicaros; porque ausentándome de vos, sin nombre que os me manifieste, abrasados mis papeles, castigaré con pesares de por vida, los que es forzado os causen mis presagios. Desmiéntalos el cielo, para que vuestra vida alcance más honrosa vejez de lo que sus estrellas amenazan.»

Nunca atemorizaron tanto a Alberto escuadrones enemigos, puesto que se halló en trances desesperados, como agora un pronóstico agorero, pues le despulsó de suerte que tuvo necesidad de todos los alientos de su valor y esfuerzo para no desmayarse. ¿Qué maravilla? Peleaba en las batallas de más riesgo, por la fama, con certidumbre, ya muriese, ya consiguiese la vitoria, de que la derramada sangre coronase su memoria de blasones. Aquí, empero, luchaban los recelos con el desdoro de su nobleza, en que las estrellas le empadronaban. En las demás provincias, la estimación de la honra, puesto que siempre prohijada del valor, es extranjera, es advenediza: sola Cataluña la blasona natural; allí nace, y nunca muere; desde la cuna hasta el sepulcro acompaña inseparable a sus vecinos, quedando después ejemplo a sus sucesores; carácter permanece una injuria en los pechos catalanes, sin que le borren menos que mortales satisfacciones. Ninguna nación más conservadora de las amistades; ninguna más difícil en soldar sus quebras. Allí nació la venganza, y de allí se desterró la reconciliación, iguales en esta parte nobles y plebellos, rústicos y cortesanos. Testigos sean los sucesos que cada día sacan al campo los menos validos contra los injuriadores poderosos, banderizando parientes y traviosos, y haciendo formidables bosques y caminos. Alberto, graduado desde sus primeros años en las leyes de la milicia, donde más se profesa la opinión que los tesoros, caballero de lo más acendrado y antiguo de aquel principado, y catalán sobre todo esto, si pudiera desafiar a la fortuna y a los hados, que le encaminaban tanta afrenta, consolara menoscabo de sus pronósticos. Creyó las amenazas afrentosas de la figura matemática porque, experimentada la capacidad de su amigo astrólogo con sucesos por él previstos y cumplidos, le vendían infalible su peligro y confirmábalo la fuga amigable con que Mercurino calificaba la lealtad de su correspondencia.

-No permitirán -decía entre sí Alberto- mis recelos lo que las estrellas amenazan; apenas el amor me llamará padre, cuando la honra me prive de este título; morirá inocente cuando comience a vivir, quien, si vive, ha de morir culpado. Ninguno de mis antecesores dejó de añadir a su valor blasones nuevos, que hasta aquí se eslabonaron casi en infinito; pues, ¿cómo consentirán las obligaciones acreedoras de mi nobleza, que yo solo, en vez de acrecentarlas, las disminuya? ¡No, cielos inclementes, no, malévolos influjos! Anteceda en la inocencia el castigo a los delitos; vuele el alma recién organizada al cielo, y queden en el breve cadáver sepultados mis desdoros. ¿Qué le quitaré que no le haya dado a mi heredero? ¿O qué le daré, que no le sea más útil que lo que le quite? Hurtarémele a mí mismo, y antes que amanezca, si el sueño de quien le nutre le fía a la seguridad y, sin que despierte, le puedo conducir a esos montes, en uno de sus arroyos bautizado, desde la luz que esta tarde vio primera le trasladaré a la que sin eclipses de deshonras, corona candideces; si esta noche me le dificultare la vigilancia de quien le cría, aguardaré otras en que el descuido me le permita. Pero ¿cómo menosprecio, desatinado, profecías del varón más religioso que venera Cataluña? «Estimad -me dijo el santo fray Bernardo de Corbaria- las primicias de vuestro desposorio, que las destina el cielo para suyas.» ¿Cuánto es digno de más crédito este pronóstico revelado por algún espíritu divino, que los falibles de una ciencia tantas veces mentirosa? Fray Bernardo, santo, y en mi utilidad, profeta; Mercurino, soldado, y en sus estudios no siempre indubitable; éste, triste, se me ausenta, ominándome deshonras; aquél, risueño y gozoso, me promete dichas para mi inocente, no menos que del cielo; temeridad culpable será

acreditar las profanas conjeturas más que las celestiales evidencias. Pero, errados andan mis discursos, porque si reparo en las últimas palabras que el venerable religioso me dijo, hallaré en ellas confirmados los temores en que el astrólogo me puso. ¿No le oí estas razones: «A este niño un patíbulo ha de hacerle santo»? ¿Pues, en qué se diferencian del dogal infame que, según pronóstico de mi amigo, ha de suspenderle de un palo? Lastimóse Mercurino de mi deshonra, sin consolarle la seguridad con que en los delincuentes facilita su salvación el peligro. Recogióse el varón santo de que, por medio de un verdugo, franquee mi hijo el cielo, que han de dificultarle sus travesuras: los que totalmente dedicados al espíritu, menosprecian humanos pundonores, como consigan el fin dichoso a que sus espíritus anhelan, reparan poco o nada, de que los medios sean o no, en la opinión del siglo, deshonrados, que en el cielo, como se salven los que en el mundo delinquieron y la enmienda los califique, no entran las infamias con que los mortales desacreditan sus parientes. ¿Qué se les dará a los bienaventurados de que mi hijo muera bandolero, como alcance ser uno de ellos? Luego, conformes están en pareceres el oráculo del religioso santo y el pronóstico del amigo astrólogo. Pues si ha de morir mi heredero afrentando a sus hermanos y llevándose él el premio de su arrepentimiento, ha de dejar a sus parientes la infamia de su castigo. Váyase, por medio de mi prevención, al cielo sin culpas: ahorraré a mi casa la afrenta de sus desaciertos.

Dijo, y sin dilatar resoluciones, entró en el aposento de la ama que, huésped del sosiego y convidada del cansancio que ocasionó el parto de su esposa, la negó a los sentidos, durmiendo tan pesadamente que dio lugar a la ejecución severa del resuelto padre. Quitósele del lado, y sacándole con mudos pasos, cubierto con la capa, a los más cercanos riscos, le fue tan obediente la inculpable inocencia que aun no oso manifestársela con el llanto. Emboscóse, alumbrado de la luna, por un cerro vestido de espesuras, y dándole voces la murmuración de una fuente precipitada, le advirtió cuán fácil podía restaurarle a la suerte que nos defraudó en todos la ambición primera. Acercóse, entonces, y bañó al infante en sus aguas, pronunciando al tiempo mismo la forma por la Iglesia establecida. Ya en su gracia el recién humano, sacó la daga el inclemente catalán, y cuando determinaba ejecutar el golpe, atravesándose en medio los afectos amorosos de padre, peleaban en tina acción misma, la honra y la piedad; aquélla, impeliéndole el brazo a la resolución cruel, y ésta, entorpeciéndole los niervos, solicitaba la mano a que soltase la cuchilla. Ambiguo Alberto entre el rigor y la lástima, oyó vecinos a dos serranos, que por la falda abajo del monte mismo venían diciendo:

-Negarémosle a la parida haber sido sin provecho sus dolores, asegurándola que el muchacho, que murió en naciendo, vive en los brazos de su tía, y que, entre tanto que convalece y tiene en los pechos bastante provisión para crialle, quiere convidarle con los suyos. En esa granja queda el difunto niño, para que sin noticia de su madre venga el Retor de nuestra feligresía y le llevemos con él al último sosiego.

-Prevenís advertido -respondió el que le acompañaba- los nuevos accidentes que es fuerza se sigan a vuestra esposa Madalena, pues no dudo que la acabe el pesar de la pérdida de su deseado hijo, si llega a su noticia.

Conoció Alberto al que se intitulaba padre del malogrado niño, y que era Guillén, vaquero de un numeroso atajo de ganados mayores, que en aquellos valles granjeaban el caudal y regalo del catalán ilustre.

Parece -se dijo a sí propio- que disposiciones compasivas de los cielos, se indignan de ampararme felicidad. Su providencia encaminó mis pasos y los de aquellos rústicos, para que, facilitándome el remedio, redima mi piedad una vida inocente y casi destinada al cuchillo. En la alquería que sirve de quesera a mi ganado, dice mi mayoral que deja, recién nacido y muerto, a un hijo suyo; por los ministros fúnebres acude al mismo pueblo que agora vivo; los desconsuelos de su madre encubre con la fingida sustitución de su hermana. Si éstos temen han de ser mortales, ¿qué tales los espero en mi consorte, siendo los afectos del alma tanto más activos en los generosos, cuando el entendimiento que los pondera más delicado en ellos que en los agrestes, pues con mayor conocimiento de su pérdida los propone a los discursos? No aman con firmeza tanta los villanos como los nobles. Luego, tampoco sienten igualmente sus desdichas. ¿Cómo, pues, permitiré yo que se me anteponga un bárbaro en el amor de su compañera? ¿Éste, privado del nombre de padre por el fatal rigor que le desaposesiona de su correlativo, y yo, que con vida le poseo, sacrílego verdugo de su inocencia? Mudemos, venganzas no merecidas, de propósito; consolemos a una madre a costa de las lágrimas de otra, y excusemos la indignación celeste, remediando a un tiempo mis recelos; bajaré a la granja, pues está yerma; trocaré los niños; llevaréme a casa el cadáver; mejoraré a mi ganadero de sucesor, dejándole el mío; criaré a mis ojos, si rústico, vivo por lo menos; socorreréle, a título de mi criado; si los pronósticos salen (¡ojalá nunca!) ciertos, y muere bandolero en el patíbulo, sin que mi fama pierda los quilates de su estima, será poca la que les defraude al ser humilde de sus intrusos padres; si desmintiere la libertad que en los humanos señorea los influjos sus inclemencias, declarándole mi heredero, le vendrá la dicha y el gozo a un tiempo mismo. ¿En qué, pues, me detengo?

Esto decía, y caminaba el ya más considerado padre, saliéndole la suerte tan propicia (mejor la inteligencia omnipotente que las gobierna) que, entrando en el deshabitado cortijo, halló el tierno cadáver sobre una estera, con las mantillas que primero le abrigaron viviente, y ya mortajas le ocultaban sin espíritu. Trocaron sitio y traje el uno y otro; vistió Alberto al vivo las humildes y groseras ropas del difunto, y, depositando sin las generosas, sobre la estera, al inocente perseguido, cerró, no sin lágrimas, las puertas a la estancia del modo que las halló primero, y dando vuelta presuroso a su albergue, sin que le hubiese echado menos persona suya, le dio lugar la pertinacia soñolienta de la nutriz dormida, a que, sin sentirlo, sustituyese sin vida el infante mentiroso al lado de su inadvertida provisora. Restituyóse Alberto, entonces, a su cama y entre triste y consolado (menos esto que lo otro) se dio al sosiego, puesto que aun en éste la fantasía le naufragó el descanso con desapacibles representaciones y quimeras. Lloraba riyéndose cuando despejó la aurora obscuridades y, a favorecerla el discurso, tuvieron razón sus lágrimas y risa: ésta, por las burlas que la traviesa noche había maquinado la pasada, con el desproporcionado cambio de los infantes, y aquéllas por el agravio que se le hacía al inocente vivo, prohiéndole a los descréditos de naturaleza tan rústica. Dejóse solicitar, entonces, el sueño del cuidado del ama perezosa y despertando solícita los pechos a la criatura, casi se le heló la mano al tacto frío de la cara, y casi el corazón,

experimentándole sin vida; dio un asustado grito que, acompañado de otros, alborotó toda la casa, menos al padre delincuente que, fingiendo estarlo mucho, él y los demás, descuidados de la ropa, acudieron a las voces, sin que éstas previniesen a que la doliente parida ignorase su causa. Grandes fueron los llantos, grande la confusión; pero los unos y otros en la congojada madre con exceso. Desmayóse entre maldiciones, que a la inocente nutriz echaba, afirmando que, con los vuelcos de su sueño, le había ahogado. Entró Alberto y en sus brazos recobrándola con palabras cariñosas, reprimía futuros parasismos. -¿Querrás -decía-, único alivio de mis penas, que a un tiempo mismo me niegue la fortuna el reciente título de padre y de consorte? Usurpónos el cielo a nuestro primogénito, darános otros que o le igualen o sean mejores, si experimentan en ti el sufrimiento cristiano, con que la templanza y el valor distinguen los generosos de los plebeyos. No murió para el limbo: bautizóle Mercurino en naciendo, casi adivinando esta desgracia, cuando, llevándosele a los brazos, me dijo: «Otros sucesores vuestros tendrán más vida que el que, al presente, alegra vuestra casa.» Sucedió su vaticinio. Ya es ángel; ya, si pudiera, se quejara de que, apenas nacido, cuando emancipado a perpetuas luces, sintamos que goce lo que, si viviera, pusieran ocasiones en duda. ¿Qué remedio? O consolarse, caro dueño mío, o llorar, si permaneces afligida, juntamente al padre con el hijo, porque yo sin ti no me concederé a las canas, no a la vida, y contigo, prenda dulce, olvidaré pérdidas de mayor estima. Estos y otros semejantes antídotos, que el tálamo amoroso aplica a los que de veras eslabonan voluntades, previnieron accidentes nuevos, remitiendo la cura de los que agora atormentaban al tiempo y al olvido. Entre tanto, temerosa el ama de la indignación de su dueño y del castigo a que sin culpa se condenaba, huyó de casa, y sucediendo las flores a las mantillas, medró el difunto ostentaciones fúnebres, engañando lástimas. Diferentemente sucedía en la granja o quesera labradora, porque habiendo, a la primera claridad del alba, concurrido los obligados forzosos de la última obligación piadosa, para dar tierra al heredero expulso de su casa, oyendo las no articuladas querellas, entre sollozos justos, a que el frío y la necesidad del alimento cándido le obligaba, dudando el contento incrédulo, experimentaban con el tacto y la vista lo que dificultaban los oídos; pero después que la experiencia ratificó verdades, despidiéndose los ministros de la tristeza, y restituyéndole el padre imaginado a los pechos y boca de la que el engaño intitulaba madre, ninguno puso en duda que lo fuese, porque la obscuridad de la noche que le dio al mundo, la poca advertencia que la simplicidad serrana tiene, en tales ocurrencias, en el reparo de semblantes niños, y el cuidado de acudir a necesidades más precisas, así para la parida, como al nuevo humano, ni dieran lugar a las sospechas, ni éstas eran dignas de ingenios tan poco discursivos. Refiriéndole a la madre lo sucedido, y atribuyendo a su experiencia poca y a algún desmayo vehemente, la presunción de que había muerto, gozosos en su ignorancia, prevenían para el día octavo el pastoril bateo, advirtiendo la comadre que, considerándole peligroso, le bañó en el agua sagrada al punto que desembarazó el materno hospicio, y así que sólo necesitaba las ceremonias que anteceden y le siguen al católico baño. Para ellas, pues, convidaron, lo primero, al generoso Alberto, dueño suyo, solicitándole padrino; pero él, por no ir contra las leyes que privan la afinidad a los consanguíneos, se excusó con el dolor presente de la pérdida llorada que, fingiéndola difunta, gozaba viva en el dominio ajeno; pero sustituyólos en su nombre un amigo de lo más calificado y vecino de aquellas sierras, que no quiso privar de esta honra al que, amándole como a su vida, pretendió el temor de sus celos sacarle de ella. Admitieron el

favor los ganaderos, y cumplido a lo aldeano con esta obligación, bailes y colaciones montañesas suplieron ostentaciones caballerosas que la astrología malogró al infante, ya por nombre Pedro.

Ansí barajaba la fortuna sus encuentros y azares, mezclando, como suele, disgustos y contentos, por ser nuestra vida una pieza que teje de tornasol el tiempo, hasta que la parca echa la tijera. Éste, pues, en la apasionada esposa de nuestro catalán ilustre, aliviada con la asistencia y caricias de su vista, olvidó en parte la soledad que le hacía la difunta prenda de sus entrañas, hasta que, pasados dos años, para borrarla de todo punto, les fructificó una hija, tan perfeta, que desmintió su hermosura los descréditos de su sexo; llamáronla Saurina, como al principio dije, y llevase consigo totalmente los afectos de sus padres, porque, estériles desde entonces, vincularon en ella, con su patrimonio entero, sus voluntades.

No menos se hacía señor de sus adoptivos el niño disfrazado, a quien desde la cuna llamaban Pedro Guillén, sobrenombrándole con el patronímico de quien usurpaba el título de su progenitor; porque la hermosura de su cara y cuerpo, acompañada de la robusticidad que el alimento sano y válido de su supuesta madre le ministraba, prometía con las futuras fuerzas, puesto que entonces en rudimentos, la sutileza del alma, que heredaba de sus generosos principios. Obligaba a los serranos de su aldea a aficionársele por hermoso, y respetábanle por no sé qué autoridad oculta que, amparada en su naturaleza noble, se le afirmaba ilustre, y en aquella inocencia, sólo de dos años, se aventajaba con superior extremo a muchos en quienes se asomaba ya la puericia; yéndole a ver con achaque de su hacienda (el tiempo que sus ocupaciones le ausentaban de aquel pueblo), de en cuando en cuando su verdadero padre, y socorriendo a los coadjutores con largueza, atribuía su liberalidad a la medra que, cuidadosos ellos, experimentaba en la administración de sus granjerías.

Libradas tenían nuestro Alberto y su esposa sus esperanzas en Saurina, y no se les frustraron. Amaban los dos a Pedro: su padre porque le reconocía imagen suya (si bien los temores de lo pronosticado, le estorbaban el intitularle su hijo); su madre, porque reparaba en la afición que en él empleaba su consorte, pero más porque el alma, con natural propensión, descubría en él un no sé qué suyo, que le arrebatava los afectos. Regalábanle entrambos, sin pasarse ninguno o pocos días, que no les retornase sus amores con puericias lisonjeras y, creciendo los hermanos, iban las más veces juntos. De este modo, engañaban deseos y granjeaban voluntades, entre lástimas que el uno ocultamente despertaba a la memoria de quien le lloraba desdichado.

Obligó en este tiempo a Alberto el peligro que, como al principio significué, corría su príncipe y su patria, envuelta agora entre las armas francesas, tan numerosa su cantidad que, con opresión tiránica, se había apoderado de toda Cerdania, Ruisellón, y no pequeña parte de aquel belicoso principado. Acudió, pues, no el postrero, a manifestar el valor y fidelidad de los Armengoles. Gozó Alberto, como de los riesgos y trances peligrosos, de las vitorias y triunfos que las cuatro barras coronadas consiguieron contra las cinco lises, muriendo, como se dijo, su rey y destrozando su arrogante ejército. Volvía, cuando la inclemencia de los inviernos permitían vacaciones militares, a gozar pacífico las

permisiones de su tálamo. Repetía los veranos la belicosa profesión de su milicia y, de este modo, dividiendo entre sí Marte y Amor el año, con el uno granjeaba caricias a su esposa y, con el otro blasones y estimas con su príncipe.

Concedióle la suerte al gran don Pedro tan limitado el tiempo para gozar la vitoria mayor que alcanzó monarca que (cuando al de Francia, en una litera difunto, apenas se le permitía el derecho del salvoconducto que nuestro rey le había dado, para conducir sus huesos al sepulcro patrio), le arrebató de las manos la muerte los laureles y trofeos que le prevenían seis coronas: Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca y Sicilia. Feneció venciendo y, sin atreverse a quitarle la vida las armas, pudo un accidente lo que no cincuenta mil soldados en campaña. Cerca de Tarragona, en un casi despoblado, pagó el último tributo, pensión forzosa de nuestro nacimiento, en la edad de cuarenta y siete años, cuando su intrépido valor y la robusticidad más varonil, amenazaba al África, donde determinaba eternizar su nombre. Dejó legítimos tres hijos, don Alfonso, que tercero de este nombre, le sucedió en todas sus coronas; don Jaime, que, en vida de su hermano, reinó en Sicilia y, por su muerte, heredó sus reinos; don Fadrique, que también gozó el solio siciliano; doña Isabel, que casó con don Dionís, rey de Portugal, tan valerosa en virtudes como su padre y abuelo en hazañas, pues, canonizada en la Militante Iglesia, goza en la Triunfante felicidades de duración eterna; doña Violante, napolitana reina, esposa de su rey Roberto. Otros hijos fuera de matrimonio dejó, para troncos esclarecidos de linajes, que en aquella corona nos han dado sucesores dignos de tal principio.

Asistió nuestro catalán Alberto en sus obsequias, que se celebraron en el religiosísimo monasterio de Santa Creus, hallándose después en la coronación de don Alfonso el Tercero, que vino de la conquista de las dos Mallorcas, cuyo cetro perdió su rey don Jaime, hermano del gran don Pedro, porque, contra el derecho de su sangre y el directo dominio que en aquella corona dejó a los reyes de Aragón el conquistador don Jaime Primero de este nombre, siguió las banderas de Francia en perjuicio de su patria y hermano. Volvía, pues, el rey don Alfonso triunfante y coronado en aquellas islas; tomó la posesión heredada como primogénito, y sirvióle Alberto en todas las empresas, así de guerra, como de paz, seis años que, solos, le permitió el cielo monarca de tanta púrpura.

Trasladóle una invasión pestífera, al cabo de ellos, en el abril de sus años, a mejor diadema, viviendo enfermo tres días solos, cuando Barcelona, festiva con tal dueño, apercebía tálamos y regocijos, saliendo de Gascuña, para su esposa, Leonor, hija del rey britano, que en estas frágiles hipotecas funda nuestra esperanza el mayorazgo de su duración dudosa. Ocupó la fúnebre color las galas, a sus desposorios prevenidas; sucedió a la risa el llanto, al tálamo el túmulo, endechas a los epitalamios, sacando su falta lágrimas de las entrañas más rebeldes, y cúpole no pequeña parte de ellas al lastimado Alberto, porque perdió en este príncipe amparo, estimación y premio de sus merecimientos. Amábale el rey, y era tan liberal y dadivoso, que dejó a su memoria eternizado el blasón de don Alfonso el Franco (ansí le intitulan sus crónicas). Sucedióle don Jaime el Segundo, hermano suyo, que reinaba en Sicilia, el cual se embarcó luego que supo el mal logro de juventud tan estimada, y obedecido por los tres solios que heredaba, presente a su coronación Alberto y, cumplidas las obligaciones que su nobleza

y lealtad pedían con el nuevo príncipe, se retiró con su licencia al sosiego de su casa, nieve ya los escarmientos de su vida, en su cabeza y barba.

Acabó de empalagarse del mundo, el ya viejo Alberto, con la muerte de su carísima compañera, que añadió a sus canas sentimientos, y para, o sentirlos más o divertirlos, determinó esperar el fin de sus años la sierra adentro, en un valle deleitoso, cuyo nombre, como dije, es el de Arán, donde poseía una casa fuerte para su defensa, amena para sus retiros y distante seis cortas leguas del pueblo donde su hijo se criaba y en que murió su esposa. Allí, atento a las mejoras de su espíritu, trataba de suavizar cuidados con la hermosa y honesta compañía de Saurina, que ya de diez y siete años, reina de la discreción y la belleza, transformaba en corte aquellas soledades.

Diez y nueve contaba la florida juventud de Pedro Guillén en la opinión de todos, si Pedro Armengol en el conocimiento de su padre, tan satisfecha su vejez de la capacidad, fuerza y valor de su heredero que, a ser menos urgentes con él los temores de su amenazada fortuna, le redujera a la posesión de su primogenitura y casa. Habíale el padre fingido, a instancia del verdadero, obligado que aprendiese las primeras letras y, tras ellas, con la Gramática, las buenas Artes, en que, sin dificultad, le concedían en Lérida, universidad de Cataluña sus condiscípulos, el lugar primero. No le permitieron, empero, razones de estado de su padre, ni la profesión humilde de Guillén, a que las prosiguiese, y así, siguiendo su ejercicio mismo, vaquero como él, acostumbraba los miembros a las inclemencias silvestres, añadiendo a las fuerzas naturales, lo robusto que el desprecio de los soles y nieves comunica a los que, con razón, vituperan la delicadeza de los palacios pusilánimes.

Limpio y no del todo grosero el traje, gallardamente rústico y rústicamente cortesano, con igualdad mezclaba la gentileza generosa de su sangre con lo tostado y robusto de su ejercicio, y llevándose tan bien entre sí estos extremos que, si por lo bizarro enamoraba, por lo robusto le temían. ¿Cuántas veces desvaneció al lobo la presa casi poseída y, corriendo tras él, redimió de sus colmillos la inocente ternera recién nacida? ¿Cuántas, con presurosa diligencia, quitó de los vellosos brazos la colmena al oso? Algunas le sucedió salir a los balidos del corderillo simple que, por los vientos, en las uñas del ave reina, pedía socorro, y antes que se le remontase, a la notificación de una jara, la abatía al vuelo. ¿Qué palio se corrió en que los competidores, corridos, no le confesasen vencedor primero? Cuando en el herradero de su vacada, señalaban las marcas la empresa de su dueño ¿quién si no él torcía por los formidables ramos la cerviz del toro, y le sujetaba a la impresión del encendido yerro? ¿Quién en la lucha se le atrevió que no cayese? ¿Qué maestro en la esgrima no cedió observaciones matemáticas de la destreza, a la osadía natural con que desbarataba sus atenciones? ¿En qué regocijo, desbastado lo grosero de la aldea, no causó envidia a las serranas hermosuras la que con él bailaba? Entretenido en las conversaciones, pacífico con los cortesés y severo con los atrevidos, sólo Pedro Guillén era el todo en todo de aquellas asperezas.

Frecuentaba a menudo la presencia de su padre y hermana, con reconocimiento a la voluntad y largueza que la ignorancia le encarecía por favores gratuitos, sin saber que fuesen obligaciones naturales. Regalábalos a entrambos con lo más sabroso de su caza y

esquilmos, y como la sangre que a Saurina animaba era la misma que en nuestro vaquero desmentía rustiquezas, hirvió sin fuego en las entrañas de la hermosa niña, de modo que, sin saber distinguir afectos, obligándola el alma a querelle como a hermano, se le deslizó la voluntad a adorarle como a amante. La continuación de su visita, lo conversable de su estilo, el tierno corazón por la edad cetera, blando a la presencia de las primeras llamas, ¿qué mucho que se permitiese al sello de su casi misma imagen? No les limitaba el recato cuidadoso de su Alberto el comunicarse a solas; seguro de la uniformidad de sangre que les daba vida; antes bien, para que se entretuviese la soledad de su heredera, enviaba muchas veces por su hermano, y concediéndoles lo ameno de aquel valle, las flores de las fuentes y los nidos de los canoros pajarillos, que entre los laberintos de las ramas cortejaban sus márgenes, admiraba la propensión de la naturaleza, pues en tan desproporcionadas calidades, hacía los afectos uniformes.

Contemplaba Saurina en el gentil vaquero la disposición bizarra que, entre cortés y agreste, no de modo, por lo serrano, se imposibilitaba a empleos generosos que se desacreditase la belleza más ilustre en dedicarle sus imaginaciones. El despejo y valentía con que se llevaba el primer nombre en todas las demostraciones de agilidad y fuerza la agradaba por extremo. Que no es el menor hechizo para las beldades, el airoso desenfado de los que, amando, acompañan la belleza con el atrevimiento; ni alcanzo cómo, siendo el amor niño medroso y delicado, apetece en las hermosuras arrojos y temeridades, si no es porque lo que la naturaleza negó a su sexo, les agrade a sus correlativos; sola una Angélica antepuso delicadezas de Medoro a valentías de Orlando, que, por la mayor parte, las demás, por un Reinaldos robusto, despreciaran infinitas perfecciones de Narciso. Engendröse Saurina entre el estrépito de las armas catalanas y francesas; Alberto, no del todo enjutas las suyas de la enemiga sangre, mezclaba con los deleites de Himineo los marciales ejercicios; imprime con la substancia el padre las imaginaciones mismas en sus hijos, que le representa más intensas entonces la fantasía: la experiencia lo manifestó en las ovejas de Jacob, a costa de la avaricia de su suegro. Heredando, pues, estas inclinaciones la hermosa amante, no es maravilla que, imposibilitada al acero, estimase en su prenda los de su destreza y valentía. Era discreta como hermosa, y cuantas veces conversaba con su hechizo, tantas encarecía la lisura de sus palabras, que, desnudas de ponderaciones, ni la elocuencia crítica se las dificultaba, ni la penuria de concetos sustituía ambages y rodeos pomposos con metáforas indigestas y vocablos adoptivos, que el uso de este siglo afectado gasta, salteando los idiomas extranjeros y, españizándolos, hacen un confuso mixto que, como monstruo producido de especies diversas, ni bien es griego, ni castellano. La lengua catalana o lemosina, era entonces poco menos misteriosa que la caldea, por lo compendioso de sus sentencias, corta de palabras, pero pródiga de pensamientos, que cuanto más a lo lacónico se explicaren, tanto menos costara su inteligencia. Nuestro joven, no estudioso en la corteza ostentativa de necias retóricas, que ni las apetecía ni necesitaba, sí, empero, conceptuoso y de un espíritu felizmente organizado, proporcionaba su estilo con su traje, ni soberbio por la materia y guarniciones, ni de suerte despreciable que, curioso y aliñado, no luciese el paño en él más que en los otros la seda cortesana.

En fin, Saurina, fiscalizando parte por parte las que consideraba en su querido, no le averiguaba otro defeto que se lo disuadiese, sino la desigualdad de estimaciones tan

distintas, en provincia donde tiene el primer lugar el pundonor y fama. Pedro Guillén, hijo de un pobre ganadero y que cifraba todo su valor en las dotes personales que le hacían aplaudido; criados sus padres de su casa, y con todo eso, a sus ojos, benemérito de coronas, casi vituperaba, o a la naturaleza que, debiéndole tanto su amante en individuo, le desacreditase con tanto extremo en especie, o a la fortuna, porque esta vez siquiera no se conformó con las estrellas que le patrocinaban tan perfecto, dándole caudal que supliese su calidad humilde. Competían, pues, en la palestra de sus imaginaciones, la veneración de su sangre con la tiranía de su desasosiego y, apadrinando en lo primero la voluntad a sus discursos, presidía a sus inclinaciones ya casi rendidas. Bisoña, pues, Saurina en la milicia del amor, donde los más experimentados titubean, ni vencida, ni vencedora, refrenaba con la vergüenza ímpetus del alma por los labios, puesto que éstos se le desmandaban por los ojos, apeteciendo lo mismo que rehusaba.

Discreto era el ocasionador de sus congojas, pero, ni advertido, como poco experto en acciones mudas, ni tan presumido que se imaginase tan dichoso, atribuía favores, si frecuentes, moderados, a la sencillez del campo y apacibilidad de su señora, continuada con la comunicación de tantos días. En tanto pues, que, vacilando las potencias encontradas en Saurina, andaba el amor y la vergüenza a brazos, Alberto, su padre, cuidaba de no poco diferentes diligencias. Conservábanse enemistades heredadas desde inmemoriales tiempos en su casa y la de un poderoso y ilustre linaje que, no lejos de aquella recreación, autorizaba con su más frecuente asistencia el presumido collado de Panizas, que a vista de Girona, cubierto el año todo de escarchada plata, gigante de nieve, casi tiembla el sol de frío cuando, enamorado de su cumbre, osa ceñirle el cuello con las primicias de sus rayos. Su casa solariega, fortalecida con un castillo inexpugnable, por nombre Darlins, presidía a un risco que, a la mitad de la soberbia elevación, edificaron sus ascendientes, perpetuando en él el apellido de los Lanzoles, entre los más generosos venerado, cabeza de esta familia y conservador de las antiguas competencias contra los Armengoles. Era a este tiempo don Berenguer Lanzol cabeza suya, mozo de veinte y cuatro años, cortés, animoso, conversable y no poco valido con el rey don Jaime el Segundo, que acababa de coronarse, como dije, de las cinco diademas de su imperio, obligándole la privanza de su príncipe a que asistiese de ordinario en Barcelona, corte del belicoso principado, y poco más que ocho leguas distante de aquellas asperezas. No le hicieron a don Berenguer, como sucede, los favores de su monarca, puesto que eran con exceso, insolente ni desbaratado; fue, empero, motivo para que nuestro Alberto, sintiendo que en su contrario se enajenasen premios y merecimientos debidos a sus hazañas, habiéndole encanecido servicios, más que años, hechos a la corona aragonesa, y receloso que, aprovechándose su opuesto de la sombra real, disminuyese la estimación competidora de su bando, se retiró a los escarmientos de la soledad quieta y apacible que gozaba con Saurina.

El año, pues, primero del reinado de don Jaime, que en vigesimosegundo de su edad, cuando le privilegiaba el sosiego de guerras y cuidados y ejercitaba su juventud bizarra en cazas y en festines, se esmeró la catalana metrópoli, a la mitad del invierno, en la curiosa ostentación con que la senectud del año admira los forasteros y acredita a sus vecinos de ingeniosos y regocijados. Dos ferias hacen franca a Barcelona cada invierno, en la materia más lúcida, más delicada y quebradiza, si bien más útil, que halló el uso de los

hombres. Vidrio es la una, que en el primero día de enero, no contentándose con los yelos de que la distancia del sol le viste, obliga al artificio que adorne su mayor plaza y sus vecinas calles de tiendas cristalinas que, en desahogados aparadores, vajillas, aguamaniles vasos, escritorios, retablos, sortijas y brinquiños de vidrio transparente, hermocean los portales de las casas con algún género de menosprecio de la Argentería (así llama esta ciudad las oficinas de los dos príncipes metales). Esmérase esta nación, sobre las demás de España, en lo aliñoso y sutil de sus tareas (que para ser tan belicosa, reparando tan poco la milicia en las delicadezas de las artes, parece maravilla) y las que en los aseos émulos del cristal emplea Barcelona compite con Venecia. Pues dado que sus vidrios tengan, por extranjeros, mayor estima, si en la sutileza de su labor deja igualarse, en las diferencias curiosas y confusión apacible de sus hechuras no lo permite. Testigo es la experiencia con que, por toda nuestra patria, guarnece manos, gargantas y cuellos, vestidos, oratorios y camarines, de las dádivas que Barcelona feria a sus damas para que, a imitación de cuanto añade la industria invencionera al valor de los metales, no los echen menos, pues a no cederles la frágil duración de su materia, lo diáfano y hermoso de sus vidrios hubiera hecho despreciable al oro.

La segunda y no menos aparatosa feria en la ciudad misma, hace alarde festivo el día de la Purificación misteriosa, que por salir tan liberal de luces, o efímeras estrellas, se intitula comúnmente la Candelaria. Este día todo, corrida la naturaleza de ver que la fragilidad de la cera le imite sus estampas con tanta propiedad, parece que le pesa de ser fecunda; porque las mismas calles, tiendas y plazas que el enero entapizó de vidrio, agora pródigas de la materia que preside a la noche y desafía a los planetas, con tanta similitud fabrica flores, árboles, pájaros, peces, brutos y hombres, montes, alamedas y edificios, que los sentidos engañados, a permitírseles, libran en la anatomía las dudas de si viven sensitivos sus animales, vegetan sus plantas y discurren sus humanas figuras. Aquí, en efecto, con laberintos y lazos de nevadas candelas que esmaltan matices, ofrecen al apetito azafates poblados de jardines, rosas y frutas diferentes, joyas y regalos que, recreando al primer sentido, burlan a los otros cuatro. En estas dos ferias, la hermosura catalana y las circunvecinas, pasean con repetidas vueltas estas calles, y la liberalidad enamorada toma a usuras las ocasiones del agrado para sus damas, feriándolas el arbitrio de su deseo las piezas que más conforman con su gusto.

Deseosa, pues, Saurina de gozar la una de estas dos, y próxima la primera, alcanzaron sus hechiceras caricias licencia de su padre, para que en compañía de su hermano incógnito, con otras labradoras vasallas suyas y en su mismo traje disfrazada, recrease sus hermosos ojos en lo más insigne de aquella ciudad célebre: su Seo, Diputación, Senado, Lonja, templos, edificios y aliñadas calles, cuya limpieza y ostentación de fábricas, si no merece el lugar primero en Europa, no reconoce segunda. Regocijóse la palmilla y grana, soberbia, el breve plazo que había de afrentar, en Saurina, los tabíes y lamas de las hermosuras barcelonesas, pero más se regocijó la que las autorizaba, por llevar consigo a quien, cuando no la acompañara, era fuerza que llevase en la mitad del corazón al vivo retratado.

Viaje entretenido suavizó las dificultades de aquellas asperezas, en la jornada corta que, cuando fuera de infinitas leguas y no de nueve, sintiera su remate con el extremo que

agora, por la privación del gusto que, conversándole con más libertad, sentía. Cuatro serranos mozos y robustos la hacían escolta; tres aldeanas de mediana belleza la seguían, para hacer más vistosa la de Saurina, como la margarita entre el aljófaro. Pacíficos y manuales brutos, curiosa, si rústicamente guarnecidos, sustituían los que a costa del gasto y la soberbia, si son más ostentativos, no tan seguros; a pie los jóvenes, y tirando a la barra con los fragmentos de las penas que encontraban, ya ejercitando las ballestas, armas de aquel siglo, en las liebres fugitivas, tímidos conejos y simples avecillas, engañaban lo fastidioso de las cuestas, aumentando la provisión de las cenas y comidas; pero ningún regalo para la ilustre montañesa como beberse con los ojos la bizzaría de su amante y desafiarle con la lengua a conversaciones, si enamoradas, misteriosas. Bajaron de esta suerte a los llanos, y en ellos, desembarazados de fastidios pedregosos, para que desde allí hasta la ciudad, cuyos capiteles divisaban, no la estorbasen el llevar cerca de sí a su prenda las pruebas y entretenidas travesuras de sus acompañados, le ordenó que, para disminuir un poco de cansancio con que el camino, que no acostumbraba, se le atrevía, les refiriese alguna novela o fábula que, digna de su ingenio, desempeñase la opinión que, estudioso y discreto, debía a cuantos le comunicaban. No quiso el comedido montañés deslucir, haciéndose de rogar, las alabanzas que, obedeciendo diligente, medra a quien en una habilidad diestro la comunica dadivoso; y así, respondió risueño, que para que cayesen en la cuenta y se satisficiesen de cuan sin méritos le aplaudían entendido, aunque con vergüenza suya y pérdida de la fama atribuida, obedeciendo, los apercebía a la fábula de Tisbe y Píramo, con que, cuando estudiaba, no del todo repudiado de las musas (que a la presencia hermosa de Saurina habían mejorado, entre las amenidades del Puicerdan las de su Parnaso), había escrito en verso.

-Atrevimiento es -prosiguió- hijo sólo de la presunción de una montaña, que, habiendo sutilizado tantas plumas cisnes, con elocuencia conceptuosa este suceso compasivo, intento yo añadir delicadeza y concetos a la infinidad de perfecciones con que en este asunto han tirado la barra de sus estudios los héroes de Apolo; pero teniendo tan de mi parte los oyentes, consolaréme de que mis defectos se quedarán en casa.

Acomodáronse, mientras el cortés vaquero se disponía a la narración propuesta; Saurina al lado suyo, y él, cercado de labradores y serranas, centro de su circunferencia y, sin perdonar el curso de su viaje, comenzó airoso en lengua lemosina, lo que, traducida en castellano, dice de esta suerte:

Fábula

La presumida colonia,
primera tras el diluvio,
que osó asaltar al dios rubio,
y el pie besó a Macedonia;
aquella que, Babilonia,
construyó el más arrogante
Tifeo, contra el tonante
turquesado pavimento,

y al bárbaro atrevimiento
labró presidio gigante;
tirana que al Asia doma
y, con sacrílegas menguas,
castigada en tantas lenguas,
confundió el primero idioma;
la que adoró en la paloma
a Semíramis, su alumna,
y en su bélica fortuna,
tutelar de las batallas,
sobre pensiles murallas,
huésped fue de la luna.
Ésta, pues, que en sus delirios
dio a Nembrot famosa infamia,
monarca a Mesopotamia,
metrópoli a los asirios,
patria de cándidos lirios
que, en animado cristal,
juntó el marfil al coral,
fue a Tisbe en hados crueles,
pues, desmayando claveles,
tiñó de sangre al moral.
Píramo y Tisbe, dos polos
de la desgracia y belleza,
en quienes naturaleza
duplicó, al Oriente, Apolos,
como en la desdicha solos,
solos en la bizarría,
con emulación del día,
a Babilonia alumbraban,
y amantes autorizaban
de Venus la monarquía.
La vecindad de sus casas,
divisas de un solo muro,
hizo el peligro seguro,
que paró en fúnebres brasas;
con llamas, primero escasas,
amor, desde la puericia,
introdujo la milicia
de su trágica fortuna,
adelantando en la cuna
sus llamas a la noticia.
La igualdad de su belleza,
en pueriles desaliños,
hizo en ellos desde niños,
el uso naturaleza;

amor que tan presto empieza,
tarde o nunca se despide,
fuego que su incendio mide
desde los pechos del ama,
¿qué riesgo de vida y fama
obligará a que se olvide?
Jugaban tiernos infantes,
aún no en ellos su edad flor,
y sin saber qué era amor,
ya los dos eran amantes.
¡Cuántas veces, ignorantes,
negándolos la violencia
de sus padres su frecuencia,
sin saber lo que perdían,
antes de sentir, sentían
los rigores de la ausencia!
¡Cuántos, rapaces desvelos,
si a otros niños se juntaban,
llantos con celos mezclaban,
y aún no conocían los celos!
Ni el Géminis en los cielos
estrecha tanto sus lazos,
como los mudos abrazos,
sus cuellos marfil, ceñían,
cuando al verse redimían
de la noche ausentes plazos.
Sellaban labios corales,
y bebiéndose la risa,
el alba, que abríles pisa,
envidiaba sus cristales;
correspondencias iguales,
despejaban sus enojos,
y en recíprocos despojos,
niños aún no articulaban
palabras, y ya se hablaban
con las niñas de los ojos.
¡Qué de mañanas, abejas
del jardín, entre sus flores,
trasladaron por mejores
sus cuadros a sus guedejas!
¡Qué de ellas formaran quejas,
a no advertir, codiciosas,
que, entre sus hebras hermosas,
mejorando sitios bellos,
el oro, hasta en sus cabellos,
supo cohechar las rosas!

Animados ramilletes,
jilgueros y ruiseñores,
plumas imitando flores,
daban risa a sus juguetes;
por esmaltados tapetes
traveseaban cristales,
en quien sus originales
a verse los dos divisos,
porque hubiera tres Narcisos,
lloraran riesgos fatales.
Así amor, en rudimentos,
sus llamas introducía,
y con sus años crecía
para intimar escarmientos;
siglos eran los momentos,
que la noche malograba,
gozos que el sol les feriaba,
llorando sus parasismos
hasta que en sus rayos mismos,
Fénix, los regocijaba.
Apresuró el tiempo daños,
y envidioso a su quietud,
la infancia en la juventud
sazonó bellezas y años;
temió la sospecha engaños
de amor primero en bosquejo
y, consultando al consejo
la senectud imperiosa,
a la niñez licenciosa
encerró el recelo viejo.
Píramo y Tisbe, en edad
y amor iguales, pudieran
lograr tálamos, si fueran
iguales en calidad;
acompañó en la beldad
de Tisbe la sangre pura,
nobleza que la asegura,
cuando se guarnece de oro,
¡como si hubiera tesoro
más noble que la hermosura!
Era Píramo inferior
en hacienda y jerarquía;
sólo estas faltas suplía
la eficacia de su amor;
más caudal y más valor
sus padres a Tisbe ofrecen;

que cuando las canas crecen
y el interés se dilata,
por lo que tienen de plata,
al oro hechizo apetecen.
La honestidad, en clausuras
de recatada vejez,
envidian de su niñez
permitidas travesuras;
ya en Tisbe no son seguras,
a solas, fuentes y flores:
estrados y bastidores
sus tareas solicitan
y, avarientas, la limitan,
ventanas y corredores.
Labra y lora, juntamente,
encierros, Tisbe divina,
el paso que más vecina,
más de su Píramo ausente;
no necesita su oriente
perlas que del nácar salten
y sus matices esmalten,
mientras, con angustia sorda,
lágrimas entre ellos borda,
porque aljófares no falten.
Píramo, que maldecía
las noches que agora alaba,
y al alba, que madrugaba,
con lisonjas aplaudía
publicidades del día,
huye congojado entre ellas,
y, naufragando querellas,
las tinieblas juzga hermosas;
que aún tiene por sospechosas
las luces de las estrellas.
Pasar desde el bien al mal,
y desde la posesión,
sin medio, a la privación,
es tormento sin igual;
amor vuelto en natural,
puesto que veneno fuera,
defraudado persevera,
¿qué mucho, pues, que privado
Píramo del bien pasado
lastimosamente muera?
No osa fiar de testigos
el mal que en el pecho encierra,

porque el pregón en la guerra
previene a los enemigos;
secretos llora castigos,
con que sus ansias aumenta,
y al paso que los violenta,
más publica su dolor,
que preso el fuego y amor
con fuerza mayor revienta.
A Tisbe, prenda apacible,
le niega una flaca cerca;
Tántalo, cuanto más cerca
el manjar, más imposible;
registra en la noche horrible
paredes, y en su aspereza,
divirtiendo su tristeza,
de Apolo extremos excede,
que ya que a Dafne no puede,
da abrazos a la corteza.
En tan frágil gusto apoya
el alivio que interesa,
como quien la caja besa
que encierra dentro la joya;
sus incendios mudó Troya
en Píramo, pues le abrasa,
y aunque como rayo pasa
el fuego de su amor loco,
le juzga que es para poco,
pues no enciende aquella casa.
¿Qué importa que, por el dueño,
besando las piedras ande,
si crece el mal, cuando es grande,
con el alivio pequeño?
Entre lloroso y risueño
su oriente afeita la aurora,
y de ver que, opositora,
Tisbe tanto en su amor fíe,
en ella venganzas ríe
y en Píramo celos llora.
Huye su luz el amante,
por no perderse al respeto,
restituyendo al secreto
sufrimientos de diamante;
niega el dolor al semblante
el rosicler y el marfil,
y el alma, por el viril
del rostro, toda desmayo,

marchita rosas al mayo,
y esperanzas al abril.
A las flores y a las fuentes
consulta tristes memorias
de sus ya pasadas glorias,
de sus ya penas presentes;
en sus fugas transparentes
retrata el mal que le avisa,
y reparando en la prisa,
con que huyen de un desdichado,
ansí, a su margen sentado,
culpa llorando su risa:
«Huye mis desgracias,
cristal fugitivo,
que este pago ofrece
amistad de vidrio;
atropella arenas
entre gozos míos,
que a la muerte corres
que, viviendo, envidia.
Gigante del campo,
blasónate Nilo,
ocultando necio
tu humilde principio.
Que yo te vi pobre,
apenas suspiro,
de una fuente aborto,
agotarte un lirio.
Y en rotos fragmentos
padecer deliquios,
lamiendo las flores
de un valle sombrío.
No osarás negarme
que, expósito niño,
te admitió a su amparo
la falda de un risco;
y que sus arroyos,
simples, compasivos,
te dieron limosna
por verte mendigo.
A cambio, tomaste
raudales vecinos
y de estelionatos,
y usuras valido,
te alzaste con todo,
que, a fuer de los ricos,

sudores ajenos
te medraron río.
Corriendo, te corres,
por verme testigo
de tus mendigueces;
no me maravillo,
que siempre se afrenta
cualquier presumido,
delante el que sabe
sus bajos principios.
Estás caudaloso,
estoy desvalido:
tú, rico de plata,
yo, pobre de alivios;
desconocerásme,
que no son amigos
poder y miserias,
contento y gemidos.
Desdicha es veneno;
yo traigo conmigo
las dipsas indianas,
los áspides libios.
Yo estoyapestado;
afecta retiros,
que no hay amistades
que amporen peligros.
Mas ya ¿qué remedias,
si soy basilisco,
que emponzoño tu agua,
después que la miro?
En ti me retrato,
huirás de ti mismo,
pues van, con mi imagen,
mis ansias contigo.
Que son tan vehementes
mis males prolijos,
que, en sombra, inficionan,
por sólo ser míos.»

Ansí fabulaba el bizarro ganadero, acercándose a la metropolitana población, cuando, interrumpiéndole Saurina, le dijo: -Estamos tan próximos a la Corte, entretenido compañero nuestro, que temo se nos malogre, antes de verle el fin, la no sé si más dichosa fábula que nos refieres, por haberla tú dispuesto, que infelice por los mal logros trágicos de sus asuntos. La gente que frecuenta este camino es mucha y, atravesándosenos molestos, cortan muchas veces el hilo a tu discurso y nuestro pasatiempo. No perdonaré lo que falta por cuantas ferias exagera Barcelona, que parece

que retratas en los principios los amores de cierta amiga mía, puesto que no poco recela lo que la quiero que, imitando el lastimoso fin de esos dos desdichados, ha de dejarme que llorar en profecía; pero no lo permitirá el casto, aunque encendido afecto de sus lícitas esperanzas. Aquel vecino prado, que los círculos y rodeos de aquel arroyo, con líneas plateadas reparte en laberintos, nos desea huéspedes. Neguémonos a los estorbos pasajeros, lo que el sol nos permitiere el abrigo de sus rayos, pues agora, luminoso, castiga rigores de este mes desagradable. Fenecerás, desembarazado, la tela de esa historia, que con tan peregrinos matices vas tejiendo y pagándotela en atenciones benévolas, entraremos en la ciudad anochecido, libres de recelo, que quisiera excusar, de ser de mis deudos conocida.

Obedeció solícito el discreto montañés, y apeando en sus brazos a la que deseaba más duración en ellos, permitieron a los mansos brutos la apetecida yerba, reservándose Saurina y los demás las flores, que añadieron bizarría, por prevenirla estrado, y a pesar del invernizo yelo se hurtaron a la primavera, para autorizar la sesión de esta apacible visita. En medio, pues, recitante ingenioso del entretenido círculo y Saurina la preciosa piedra de este anillo, prosiguió diciendo:

Recíprocos sentimientos
a Tisbe martirizaban,
que en todo se asimilaban
en los dos los pensamientos;
crecen en ella tormentos
al paso que ausencias crecen,
porque penas que entristecen
y, mudas, al alma ahogan,
cuanto menos se desfogan,
más terribles permanecen.
Lastimosa obligación
es la que fuerza a un amante
a que, alegre en el semblante,
padezca en el corazón;
a tener satisfacción,
Tisbe, de amiga o tercera,
congojas disminuyera,
pero, naufragando a solas,
piélago de tantas olas,
sin lengua su amor, ¿qué espera?
Ansias al pecho retira,
sin consentirles los labios,
que el temor de sus agravios
le aborta lo que suspira;
en la lengua la mentira,
en el alma sus verdades,
engaña severidades
de sus padres avarientos,

para que ocultos tormentos
aumenten riguridades.
Así calla y empeora
su amorosa hipocresía;
porque en los ojos se ría
Tisbe, que en el alma llora,
el sol su sepulcro dora
y la noche le sucede,
para que el alivio herede
desvelos de sus jornales,
y Tisbe, golfo de males,
dormir intenta y no puede.
Dentro de su misma pieza
sus padres, de noche, habitan,
que hasta en sueños la limitan
descansos de su tristeza;
no osa entre tanta aspereza,
con un suspiro, el recelo
quejarse, siquiera al cielo,
porque, a pesar de su amor,
quiere el caduco rigor,
que en Tisbe duerma el desvelo.
Apenas inobediente
un gemido el alma anhela,
cuando su madre, que vela,
pregunta qué es lo que siente.
Finge que duerme, impaciente,
por no prevenir la excusa,
y a sus descuidos acusa,
mudo, el dolor que la abraza
siendo el pecho estrecha casa
a familia tan confusa.
Vence, tal vez, al cuidado
el cansancio (aunque compita
con el amor) y dormita
Tisbe, penas que ha velado;
ve en su idea retratado
al de sus ansias motivo,
y el sueño que, compasivo,
se lastima de su mal,
ya que no al original,
su copia le pinta al vivo.
Delítase con quimeras
que, después, despierta llore,
y porque mas se enamore,
burlas medra y lasta veras;

fuentes, jardines, riberas,
con aparentes aliños,
la vuelven a hacer cariños,
y en fantásticos engaños,
retrocediendo sus años,
la venden amores niños.
Sueña que a Píramo abraza
porque otra vez no la deje;
círculos de flores teje
con que sus sienes enlaza;
los nidos desembaraza
de huéspedes sin sazón
que, alegres en su prisión,
la aplauden por adulalla;
mas luego despierta y halla
que los sueños, sueños son.
Castiga los desaciertos
de sus burlados sentidos,
creciendo bienes dormidos,
ansias a males despiertos.
«¡Ay, deleites -dice- muertos,
puesto que aumenten enojos
en mi amor vuestros antojos,
volved a pintar mi dueño;
deberéle más al sueño,
siquiera así, que a mis ojos!»
Ansí las noches y días,
horas y pesares tasan;
pasa el tiempo, y no se pasan
amantes melancolías;
sospechas y tiranías
de la vejez permanecen,
y como en Tisbe padecen
quejas que amor formó mudas,
entre esperanzas y dudas,
unas menguan y otras crecen.
Ya la disimulación
se rebela al sufrimiento;
ya en uno y otro, el tormento
toca en desesperación;
cada hora de dilación
es un siglo a la paciencia;
la eternidad de su ausencia,
que se amotinen procura,
en Píramo, la cordura,
y en su dama, la obediencia.

Una noche, toda espanto,
y en Píramo toda pena,
frenético se condena
a rematar dolor tanto;
cierra las puertas, no al llanto,
a su cuadra sí, y perdida
la color: «Con una herida
-dice- infinitas redimo;
salga el alma, que no estimo
en tanta muerte una vida.»
Esto pronuncia, y resuelto
del derecho lado muda
la daga que, ya desnuda,
vio en gualda el carmín envuelto;
pero cuando el brazo, suelto,
mueve a la acción imprudente,
oye que dice: «Deténte»,
una voz, que al desatino,
en la mitad del camino,
detuvo el curso valiente.
Conoce a su Tisbe en ella,
y juzgándola delante,
tinieblas abraza errante
y pesares atropella
creyendo que llega a vella;
porque gozos le dilata,
la nombra, ofendido, «¡ingrata!»;
pero es loca su porfía,
pues sola la fantasía
en sombras se la retrata.
No de otra suerte importuno,
el aire Píramo abraza,
que con la nube se enlaza
el torpe amante de Juno.
Dos monstruos formara en uno
amor, que intenta burlallos,
si se atreviera a igualallos,
pues, a durar su quimera,
segundos al orbe diera,
Píramo, semicaballos.
De su quietud enemigo,
más sus sentidos ofusca
cuanto más en sombras busca
la imagen que trae consigo;
pero, sin culpa, el castigo
templó fortunas escasas,

y más piadosas sus brasas,
halló tan cerca el remedio,
que una pared sola, en medio,
vistas niega y junta casas.
El más íntimo retrete,
que a Tisbe dio la piedad,
la vez que, en su soledad,
sus alivios compromete,
para que congojas quiete,
está del albergue agora
donde su Píramo llora
tan próximo, tan cercano,
que sólo un muro tirano
estorba a amor lo que adora.
Con tan breve impedimento
lloran, en cuerdas vecinas,
distancias ultramarinas
la ausencia y el sentimiento;
en uno y otro aposento,
fortuna penas reparte,
y amor, esta vez sin arte,
en tan cercanos retiros,
combate el muro a suspiros
por una y por otra parte.
Venció, al cabo, la porfía
los imposibles de piedra,
mas ¿qué mucho, si una yedra
a una torre desafía?
Descubrió la batería,
aunque ardua, puerta al asalto,
y amor, de remedios falto,
a Venus, hasta aquí esquiva,
la pide que, compasiva,
hagan sus congojas alto.
Dicen que la antigüedad
ocasionó a la ventura,
con una flaca cisura,
difícil facilidad;
yo digo que la piedad
quiere que se compadezca
un muro, para que ofrezca
queiebras que gustos apoyen;
y pues las paredes oyen,
que una pared se enterezca.
Si el desdén tuviera oídos,
ablandara su rigor,

que las lisonjas de amor,
no entran por otros sentidos;
por dos lados los gemidos,
de una y otra amante sed,
piden la vida a merced;
no es milagro, en tanta lucha,
si se ablanda quien escucha,
que le imite una pared.
A un golpe arroja, del centro,
centellas la piedra fría,
¿quién duda que amor tenía
quien fuego guardaba dentro?
Obediente a tanto encuentro
de uno y otro, ausente mal,
fue el rebelde pedernal,
que no es mucho, si los tiros
son lágrimas y suspiros,
que en piedras hagan señal.
Una gota continuada
taladra un risco valiente,
a tantas, pues, de agua ardiente,
¿qué piedra habrá reservada?
El rigor se persuade,
que frecuentes, y halagüeñas
dádivas quebrantan peñas,
y que en Tisbe, siempre aurora,
son de las ansias que llora,
diamantes las más pequeñas.
La noche, pues, que su amante
negarse intenta a la vida,
en la pieza referida,
suspira Tisbe anhelante;
consuélala, aunque ignorante
de su pasión abrasada,
la más íntima criada
que hizo soberbia el favor,
fiscalizando su amor,
cariñosa y avisada.
Confiesa Tisbe el efeto,
mas no la causa que esconde;
equivoca la responde,
verdugo de su secreto;
atrévase a su respeto
la privanza en la sirvienta,
disimulando impaciente
partirse de ella sentida,

y Tisbe, casi vencida,
la templa y dice: «Deténte».
Ésta la voz favorable
fue que el acero detuvo
de Píramo, cuando estuvo
cerca del fin miserable;
conoce el eco agradable,
y, entre dudoso risueño,
creyendo abrazar su dueño,
vaga por la obscuridad,
y fería a la voluntad
las imágenes del sueño.
Rebelde, en fin, su locura
mezcla esperanzas y enojos,
cuando, volviendo los ojos,
vio una luz por la rotura;
asombrado, conjetura
que lo sueña, o que es engaño,
porque su dolor extraño,
en lo que sus ojos ven,
duda lo que es en su bien
y cree lo que es en su daño.
En la atención, la sospecha
experiencias solicita
de resplandor que palpita
entre la clausura estrecha;
una y mil veces acecha,
y viendo a Tisbe presente
juzga su gozo aparente
y, culpando a su alegría,
tampoco en sus dichas fía,
que sus sentidos desmiente.
En fin, por la pared rota,
sacó con dificultad
la luz, a luz, la verdad,
vencido el recelo idiota;
las mismas lágrimas brota
la alegría que el aprieto:
prodigio raro y secreto
que, en diferencias tan varias,
siendo las causas contrarias
produzcan un mismo efeto.
El repentino contento
la lengua le enmudeció
y, pues con vida quedó,
valiente fue el sufrimiento;

más homicida instrumento
es el placer que el pesar;
corre la sangre a gozar
las albricias a la cara
y al corazón desampara,
que es fuerza desfallecer,
de suerte que viene a ser
de puro pródiga, avara.
Si a Tisbe, sin compañía,
su amante ver mereciera,
muerte asustada le diera
la vida misma que vía;
pagó pensión la alegría
al pesar, su contrapeso;
pero templóse su exceso,
y amor se halló en tiempo poco,
si antes, de congojas loco,
después, de gozo, sin seso.
Tisbe, que manifestar
a su amiga entonces quiso
penas que enfrenó el aviso
y el temor supo callar,
su tragedia iba a empezar,
mas, a la razón primera,
entró su madre severa
y, tocando a recoger,
negó, imperioso, el poder,
noticias a la tercera.
La anciana al lecho la impele,
y estando de amor enferma,
mandarla a Tisbe que duerma
fue castigarla a que vele.
Torna la pasión, cual suele,
después de instantes venturas,
en Píramo a hacer locuras,
y, mientras la muerte llama,
sin la luz y sin su dama,
dos veces se quedó a oscuras.
No el que, extraño, peregrina
páramos y soledades,
de noche entre tempestades,
la senda en vano examina
cuando, instantáneo, ilumina
el resplandor que bosteza
la nube, y en la aspereza
del desierto, al peregrino,

enseñándole el camino
pasos y ojos le endereza,
como con el resplandor,
que Píramo ve, se alegra,
y errante en la sombra negra
le adiestra a Tisbe su amor;
mas como crece el horror
cuando el relámpago pasa,
al que fía en luz escasa
los pies y el gozo ignorante,
así se quedó el amante,
que, ausente su luz, se abrasa.
«¡Ay breves -dice-, contentos!
que para crecer pesares,
las penas dais a millares,
cuando el alivio a momentos.
¿A qué, si tan avarientos
vendéis el gusto, venistes?
Nuevas ansias añadistes
a mis antiguas ausencias;
que el bien con intercadencias,
el mal aumenta en los tristes.»
Con todo eso, en la futura
obscuridad confiado,
celebra el favor pasado;
de la presente cisura,
adulador, la procura
ensanchar y, con excesos
amantes, cuanto traviosos,
el viento que espira leve,
con los labios se le bebe,
y el muro se come a besos.
Allí le asalta la aurora,
Píramo allí, si no yedra,
mármol, entre piedra y piedra,
transformado se incorpora;
allí ríe y allí llora,
causando esta diferencia
la memoria y la impaciencia,
deudoras en sus mudanzas,
la risa, a las esperanzas,
las lágrimas, a la ausencia.
Algo le dice, sin duda,
el alma a Tisbe, algo anhela,
que profética revela
dichas tal vez, si habla muda.

Entre vestida y desnuda,
sin saber a qué, la incita
la cuadra que solicita
medras que el muro socorre,
y, aunque ignora a lo que corre,
madrugando al alba imita.
En la benévola sala
entra y, cerrando la puerta,
memorias de amor despierta
que entre suspiros exhala;
parece que la regala
cierto ímpetu y que la lleva
a que el contento se atreva;
porque el placer, en rebozo,
conceda primero al gozo
las albricias, que la nueva.
Píramo, escolta de amor,
Argos en cada pestaña,
con esperanzas engaña
los desmayos de su amor,
cuando, incrédulo el temor,
de tan clementes impulsos,
recelos y ansias, expulsos
del alma, Tisbe amanece,
y impróvida le enmudece
la turbación, toda pulsos.
Quiere hablar y no se atreve,
porque en la vista la goce,
pues, si la voz desconoce,
su ventura ha de ser breve;
teme que huya y que le lleve
glorias, dejándole enojos,
y, por no perder despojos
que lloren después agravios,
malograr tiembla en los labios,
el bien que goza en los ojos.
Calla, en efecto, y advierte
que, en los pájaros traviosos,
por sólo músicos presos,
Tisbe retiros divierte.
«Una fortuna, una suerte,
nos sigue -dice-, un lugar
nos comunica el pesar,
cual yo, sin culpa, encerrados,
que, en fin, en los desdichados
aun es delito el cantar.

¿Cómo, entre yerros esquivos
podéis modular donaires,
siendo Orfeos de los aires,
y aquí inocentes cautivos?
No es posible que, excesivos
vuestros males tiempo tanto,
os alegre vuestro canto,
sino que, en tono risueño,
lo que es deleite en el dueño,
es en los pájaros llanto.
No aliviáis la pena mía,
aunque los necios arguyen
que el tormento disminuyen
los males en compañía;
crece mi melancolía
oyendo vuestras querellas;
a libraros vengo de ellas,
repetid ajenas dichas
que, Fénix en las desdichas,
quiero serlo en padecellas.
Frecuentad amenidades,
maldiga el amor acciones
que introdujeron prisiones,
para oprimir libertades».
Canoras simplicidades
al viento prodigaliza
Tisbe entonces, que entapiza
esferas del aire inquietas,
y de animadas macetas
de flores le fertiliza.
No al sol, cuando se levantan
de los nidos, no al aurora
desde entonces hasta agora,
sino a Tisbe aplausos cantan;
de suerte a Píramo encantan
afectos, que escucha y medra,
que, si antes del muro yedra,
ya sin vegetal calor,
metamorfosis de amor,
hombre parece y es piedra.
Ansí absorta suspendía
lengua y alma el regocijo,
cuando sin licencia, dijo,
del recelo: «¡Ay, Tisbe mía!,
si con pródiga alegría
al viento plumas sazonas,

y su libertad blasonas,
cuando mis congojas sabes,
¿por qué redimes las aves,
y las almas aprisionas?»
Apenas entró el acento
primero por los oídos
de esta voz, de estos gemidos,
cuando el susto, entre el contento,
en Tisbe, cuyo alimento
veneno hasta entonces fue,
heló el alma, turbó el pie,
y filósofo el temor,
todo oídos el amor,
negó a la verdad la fe.
Pero, después que, advertida,
en que es su amante repara,
por poco al cuerpo dejara
por irle a abrazar la vida:
«¡mil veces seas bien venida
voz -responde- regalada,
al paso que más amada,
a mis ansias más sabrosa,
que hasta en esto eres costosa,
por única deseada!
Ya llegues sobre las alas
de tu misma ligereza,
antídoto a la tristeza,
que en aura tierna regalas;
no vienes sola, que exhalas
néctar dulce, entre ambrosía,
del aliento que te envía
y mi amante incendio apaga,
porque, dulce, satisfaga
la sed de mi hidropesía.
Precursores parabienes
mi esperanza en ti reciba;
no viento, voz eres viva,
el alma que adoro tienes,
con el espíritu vienes
de mi Píramo, en ti vuela
la forma sutil que anhela,
por la prenda que le adora,
Píramo en ti me enamora,
Píramo en ti me consuela».
Segunda voz califica
créditos de la primera,

y a la rotura, tercera,
vista, Tisbe, y alma aplica;
oye y no ve; certifica
por sola fe sus antojos,
y, entre deleites y enojos,
«¿Es justo, dueño querido
-dice- que usurpe el oído
el derecho de los ojos?
Éstos solos te lloraron
los siglos que no te vieron;
cobren, pues que merecieron,
glorias que usuras compraron;
si afectos nos igualaron,
igual nuestro gozo sea,
pues no es bien que en ti posea
tu dicha más interés,
¿por qué, mi bien, si me ves,
sufres que yo no te vea?»
Píramo a la queja amiga,
ofrece satisfacción,
y el acerado eslabón
a su desempeño obliga;
la avara piedra castiga,
que, a la violencia primera,
la yesca emprende ligera,
y el mineral socorrido,
en fuego leve encendido,
ministra llama a la cera.
Con ella pasos retira
(que es forzosa circunstancia
proporcionar la distancia
del que es visto y del que mira).
Tisbe, gozando, suspira,
por lo que sin gozar, goza;
y lo que el gusto alborozza,
el apetito atormenta,
que lo que la vista alienta
la privación lo destroza.
Primero, al muro propicio
la permisión agradecen;
ya maldicen y aborrecen,
su avariento beneficio;
siempre el pequeño servicio
fue prenda, a los poderosos,
de recibos más cuantiosos
que la codicia interesa,

quedando, cuando el dar cesa,
obligados y quejosos.
Así acostumbra pagarse,
lo que debe agradecerse;
primero desean verse,
ya lloran por no abrazarse;
mas siendo en vano el airarse,
mientras se quitan sucesos
y el muro reprime excesos,
la rotura, cortesana,
de su aliento es aduana,
y usufructo de sus besos.
Cuanta retórica, amor,
cuanta nativa elocuencia,
después de una larga ausencia
le industrian ponderador,
tanto el efeto orador
adorna en los dos verdades:
sus ansias, sus soledades,
sus querellas, sus escritos,
sus desvelos, sus suspiros,
ya entonces seguridades.
Ni el que en deshecha tormenta
naufragó el piélagos obscuro,
cuando en el puerto seguro
mortales peligros cuenta;
ni el que de la lid sangrienta,
donde atrevimientos mueren,
se escapa entre los que hieren,
riesgos exagera errantes,
cual Píramo y Tisbe, amantes,
sus congojas se refieren.
Cada uno se satisface
de sus empeños y, en suma,
corta en mi ingenio la pluma,
a tanto amor, pausas hace.
Que una pared embarace
premios a méritos, sienten,
y que por más que frecuenten
las almas cuando se ven,
los cuerpos, de tanto bien
en la gloria se atormenten.
Vistas futuras conciertan
por la quiebra limitada;
teme Tisbe que, asaltada,
canas sus dichas diviertan;

quieren partirse y no aciertan;
resuélvense en retirarse
y tornan luego a juntarse;
niño amor, torpe en los pies,
pues lo mismo en ellos es
despedirse, que llamarse.
Menos difícil arranca
la madre al niño que, hambriento,
en los pechos su alimento
libró de sí misma franca,
cuando la dulzura blanca
que ha de empecerle recela;
menos el que al puerto anhela,
suelta la tabla al naufragio,
de sus peligros sufragio,
ella el barco y él la vela.
Que al tiempo que se dividen
los dos, ausencias resuelven,
pues tantas a verse vuelven
cuantas veces se despiden;
gustos con pesares miden,
y, entre unos y otros, se quejan;
pero, en efeto, se alejan
y, porque amores repartan,
del cuerpo sólo se apartan,
que el alma allí se la dejan.
Ansí su tela tejía,
ni pródigo amor, ni avaro,
igualmente obscuro y claro,
en crepúsculo su día;
alegre melancolía
en prolija suspensión,
pagando al pesar pensión,
daban al rigor venganzas;
tan cerca las esperanzas,
cuan lejos la posesión.
Reventó en minas el fuego
(que es amor tan impaciente
que, desnudo, aun no consiente
vestir su desasosiego)
esta vez del todo ciego;
atropellar determinan
estorbos, que descaminan
dispuestas conformidades
y, unos en las voluntades,
en los medios desatinan.

Semipiélago, dividen
a Babilonia raudales,
de caudalosos cristales,
que el curso al Éufrates miden;
lo que sus aguas impiden,
con cien puentes lo eslabona
la fábrica que hoy blasona
de su majestad vestigios
y de los siete prodigios
con el mayor se corona.
Éste que, entre amenidades,
margenan bosques sombríos,
inunda, rey de los ríos,
la reina de las ciudades;
cansado de soledades,
desiertos rústicos deja
y a Babilonia corteja;
mas como, en foros y lonjas,
ve al engaño entre lisonjas,
huye y sus plazos despeja.
Fugitivo, al cuerdo avisa,
que en él escarmientos cobre,
pues saliera Éufrates pobre,
a no correr tan a prisa;
segunda vez valles pisa,
segundos páramos baña,
y como le desengaña
la corte, que no desea,
enamorado, platea
coturnos a una montaña.
Dos millas, poco más, dista
un valle, esfera de amores,
más Babilonia de flores
que la que tiene a la vista;
opónese a su conquista,
el Éufrates que margena,
y, al ver su espesura amena,
suspende su plata fría,
que amor, siempre cortesía,
aun no osa besar su arena.
Aquí las plantas briareas,
contra las nubes se engríen,
puesto, que de ellas se ríen,
las rosas, siempre pigmeas;
cuantas delicias hibleas,
cuantas Ciprias a amor llaman,

aquí sus copias derraman;
aquí las Dafnes esquivas,
las Siringas fugitivas,
los mismos desdenes aman.
Aquí, monarca un moral,
de tanto árbol potentado,
a todo músico alado,
sirve de atril general;
su pie retoza un cristal,
que a risa sus hojas mueve
y, mientras fuente se atreve
a calzarle de matices,
su cima, por las raíces,
hidrópica se le bebe.
Cándida hasta allí la fruta
(que moras prudentes llama
la tardanza), en cada rama
nevado néctar tributa;
ya la compasión enluta
su esquilmo, ya su candor
mudó en púrpura el dolor,
que con la tinta mezclado,
se vinculó por morado
desde entonces al amor.
Tan fértil, pues, se dilata
por los ramos que guarnece,
que el verde moral parece
jayán de esmeralda y plata;
cuentas a racimos ata,
tan apiñados y estrechos
que, en almíbar sus cohechos,
halla el gusto a todas horas
tantos pechos como moras,
tanta leche como pechos.
Éste es el sitio aplazado,
donde Píramo y su esposa,
la tragedia lastimosa
de su amor han destinado;
aquí fortuna, aquí el hado,
tálamo a su desvarío
les finge, al margen sombrío
que da al Éufrates más fama,
porque sola tanta llama
pudo apagar tanto río.
Esto entre los dos resuelto,
una noche toda horror,

cuando el sueño ejecutor
está entre sombras envuelto,
ya no oprimido, ya suelto,
al apetito consulta
Tisbe y, lo que dél resulta,
a infausta ejecución pasa,
viendo que padres y casa,
la muerte en sombra sepulta.
El sol la diadema roja
dora al bruto cuartanario,
ladrando el can su adversario,
o de envidia o de congoja
y, como llamas arroja,
ropas conmuta en talares
Tisbe, que incendios a pares
padece, porque el estío
y su amante desvarío
duplican caniculares.
Tela sutil y liviana
la adorna, viste y recrea,
de aquel gusano tarea
que a sí mismo se devana;
ni del múrice la grana,
por pesada, esta vez quiso,
que en lance, en fin, tan preciso,
la estorba aun lo más ligero
de un delicado vaquero
que oculta el cándido viso.
Ni se atreve; aunque le ve,
la fimbria a licencia tanta,
que hasta a más que la garganta
merezca besar del pie;
cárcel la sandalia fue
de un alabastro tan breve,
que le ciñe y no se atreve
a dar fe si es corporal,
si encierra alma de cristal
o hay espíritus de nieve.
Un velo, de su belleza
oculta el marfil helado,
que le hiló por más delgado
el aire a la sutileza;
deciende de la cabeza
hasta los pies, por la ropa,
y siempre que el viento topa
al cendal y en aura llega,

no corre, sino navega
golfos de aire, viento en popa.
Esparce el oro en cabellos,
porque el viento no presume,
que, ya que la falta pluma,
no puede volar con ellos;
huye la noche de vellos
y la adulación canora
madruga, y piensa que es hora
de cantar, porque parece
que en su cabeza amanece
el sol y en sus pies la aurora.
De esta suerte apercebida,
con mudos pies a la huerta
baja, y abriendo la puerta
al valle vuela homicida;
tantos pasos a la vida
abrevia, cuantos, ansiosa,
añade a la presurosa
Atropos, que la tijera
aplica al hilo severa,
de tanto amor envidiosa.
Con presagios la tristeza
en vano la amonestó;
dos veces Tisbe cayó;
tres, cuando corre, tropieza;
revuélvele a la corteza
de un ciprés, el viento, el manto;
nocturno y fúnebre canto
su muerte fatal predice,
y Tisbe: «Atropelle -dice-,
tanto amor, agüero tanto».
Las adversidades vuelan
cuando las venturas andan;
llega, y los riscos se ablandan
al suceso que recelan;
las mismas flores se yelan,
en viéndola, de temor,
y, prediciendo su horror,
porque las halle enlutadas,
a las violetas moradas
piden las rosas color.
No la recibe con risa
la fuente de oro y cristales,
antes, huyendo sus males,
que los excuse la avisa;

ni en los árboles divisa
los aplausos que en sus hojas
suele el viento, porque, flojas,
desmayadas y sin alma,
amenazan con la calma,
la tormenta a sus congojas.
Sólo Dafne está festiva,
sólo alegre, que quisiera,
que, como ella, Tisbe fuera
a Píramo planta esquiva;
hasta en esto vengativa,
aguarda los parabienes
de sus obsequias solenes,
porque sienten sus rigores,
que Tisbe, con sus amores,
satirice sus desdenes.
Busca la amante belleza
a su dueño, y no le hallando,
carga con enojo blando
su tardanza a su tibieza:
«Ay -dice-, qué presto empieza
a temer mi confianza,
descuídase amor que alcanza
el fin de su pretensión,
mas ¿quién vio, sin posesión,
la pereza en la esperanza?
Ojalá no haya impedido
algún riesgo tu cuidado,
que más te quiero olvidado,
caro esposo, que ofendido.
Ven ya, dueño apetecido,
ven, porque desmientas dudas,
y este valle que desnudas,
ausente, de flores tantas,
viéndote, alegre sus plantas
y canten sus aves mudas».
Más dijera, a no asaltarla,
sediento, un monarca bruto,
en quien el hado absoluto
quiso, envidioso, asombrarla.
A la fuente, por mancharla
con la sed que le provoca,
dirige carrera loca,
profanando flor y yerba,
con la sangre que una cierva
libó a sus garras y boca.

Piensa que le dificulta,
vengativa de la presa,
Tisbe el paso, y se atraviesa,
valiente, en la senda inculta,
y como en daño resulta
de la sed con que se enciende,
franquear sólo pretende
el agua, que es generoso,
y el bien nacido, a lo hermoso,
aun ofendido, no ofende.
El manto le despedaza,
quizá porque, nube leve,
a eclipsar tal sol se atreve,
celoso de que le abraza;
tímida desembaraza
el valle, no porque olvida
Tisbe a su prenda querida,
que es su firmeza gallarda,
mas porque viva se guarda
para el dueño de su vida.
No la sigue la sedienta
bestia, que al Éufrates corre,
mientras Tisbe se socorre
de los pies, que el miedo alienta;
la vestidura sangrienta,
deja al león por trofeo
de su cortesano empleo,
escolta suya el moral,
para mal logro fatal
del prometido Himineo.
No para en Tisbe el temor,
hasta una intrincada gruta,
que de tinieblas se enluta,
fúnebre agujero a su amor;
su hospicio paga el sudor
que por los poros se asoma,
más fragante que la goma
que el sabeo a Europa envía:
porque el Oriente no cría
tan odorífero aroma.
Píramo, entonces, ansioso,
llega al sitio, al moral llega,
ominado de la ciega
fortuna y hado envidioso.
Hay un templo religioso
que, con líquidos combates,

osa besar el Éufrates,
a Venus Astarté sacro,
cuyo divo simulacro,
bordan perlas y granates.
Allí a la deidad venera
Píramo, allí la acaricia;
porque, sin Venus propicia,
no osa el tálamo que espera;
de una cándida cordera
la púrpura el ara baña,
y mientras la desentraña
el aurispice agorero,
con la víctima, ligero,
huye un lobo a la montaña.
Tiembla el sacerdote anciano,
y ansí a Píramo aconseja:
«Deja ilustre joven, deja
empresas de amor tirano;
huye el destino inhumano,
que, con semblante infelice,
inevitables predice
tragedias a tus amores;
no acompañes, cuando llores,
al músico de Euridice».
Ni por esto se acobarda,
puesto que en el pecho esconde
recelos, antes responde:
«Fineza fuera gallarda,
cuando mi esposa me aguarda,
que malograrse tu espanto
glorias que compró mi llanto.
¿Juzgarás por acción cuerda
que, por un presagio pierda,
dichas que me cuestan tanto?
No hay hados donde hay amor,
que atropella adversidades;
monarca es de las deidades,
la fortuna es su inferior;
amar y tener temor,
mal compadecerse puede;
de lo que, acaso, sucede,
no es cuerdo quien hace caso;
mi amor apresure el paso,
y en ti el agüero se quede.»
Esto a Píramo detuvo
el tiempo que Tisbe llora;

volando restaura, agora,
gozos que el hado entretuvo;
pero éstos ¿cuándo los hubo,
malograda la ocasión?
Instantánea es su sazón,
que, como amor apacible
consiste en indivisible,
piérdele la dilación.
Busca a su prenda, impaciente,
por las flores halagüeñas,
registrando por las peñas,
el valle, el moral, la fuente;
apenas el aire siente
en la más mínima rama,
cuando juzga que es su dama,
y la cueva que la incluye,
en ecos le restituye
las voces con que la llama.
«¿De qué sirve, si no juegas
-dice al repetido aliento-
que me restaures en viento,
lo que en sustancia me niegas?
¿Para qué vuelves, si llegas
donde está, sin su beldad?
Entre burlas la crueldad
mezclando, mis ansias creces;
en mentira tantas veces
Tisbe, y nunca en la verdad».
Así Píramo importuna
al eco que le responde,
mientras en la gruta esconde
su esperanza la fortuna;
cómplice en su mal, la luna,
porque se aumente su pena,
desembaraza serena
rebozos a su semblante,
para sus dichas, menguante,
para sus desdichas, llena.
A sus pies ve los despojos
de Tisbe y la parca entre ellos,
tropezando, para vellos,
la vida y alma en los ojos,
a manchas blancos y rojos,
y en pedazos esparcidos,
al paso que divididos;
ciñéndose sus cuidados,

al mismo tiempo que hallados,
mas sus discursos perdidos.
Restitúyelos del suelo
a las manos, a la boca,
imagen, cuando los toca,
si no de mármol, de yelo;
jaspe es ya lo que antes velo:
nieve y sangre le reparte
más la inclemencia que el arte,
y el joven, que se embelesa,
le adora, le abraza y besa,
hilo a hilo, parte a parte.
La víctima arrebatada
del trágico sacrificio,
para que pierda el juicio,
juzga en Tisbe duplicada;
su memoria lastimada,
al vivo le representa
muerta a su esposa, y sangrienta
cordera, presa del lobo,
que en el sacrílego robo
le antecedió la tormenta.
Su tardanza reprehende,
y al corazón apercibe
la espada, que mientras vive
juzga que a su Tisbe ofende;
a las Euménides vende
su juventud infelice,
y antes que el prado matice
la casi sangre difunta,
vecino el pecho a la punta,
y Tisbe en los labios, dice:
«¿Qué importa que los hados,
amado dueño mío,
con tu impensada muerte
procuren dividirnos,
si sus persecuciones
añaden incentivos
al alma que te adora,
libre de su dominio?
Ya Fénix sacra vuelas,
deshecho el laberinto
del corporal estorbo,
esferas de zafiros.
Ya gozas privilegios
de espíritu divino,

pues te han emancipado
potencias y sentidos.
No necesitas ojos,
no manos, no de oídos,
sujeta hasta este tiempo
a frágiles ministros.
No especies materiales
te venden desvalidos,
y en ellas, los engaños
de tanto desatino.
Toda eres sutileza,
tu amor es todo limpio,
sin que le bastardeen
groseros apetitos.
Tu voluntad abraza
el bien, del mal distinto,
que para despeñarnos
afeita el artificio.
No fundas tus deleites
en hermosuras vidrios,
efímeros objetos,
ya frescos, ya marchitos.
Tu afecto excepcionado
de ausencias y retiros,
ni quimeriza celos,
ni se permite a olvidos.
Tu claro entendimiento,
sin medios discursivos,
seguro de opiniones,
verdades ve en sí mismo.
Toda eres, mi bien, alma,
tu agilidad envidia,
en busca tuya parto,
tu vuelo leve imito.
¿Qué mal puede ya hacerme
el hado ejecutivo,
mayor que el apartarme
de ti mientras que vivo?
La muerte es el postrero,
yo mesmo me la intimo;
y el triunfo, de las manos
a la fortuna quito.
Que el estorbar piedades,
muriendo, al enemigo,
cuando vitorias canta,
es gloria del vencido.

Agótese sus fuerzas,
pues el postrer peligro
dio siempre en las desgracias,
al desdichado, alivio.
Por donde el mal fenece,
el bien tiene principio,
las últimas tinieblas
al sol abren camino.
Mudar alojamiento,
cuando es flaco el presidio,
fue ardid siempre de guerra;
su stratagema elijo.
Que no es crueldad cobarde
desmantelar castillos
que el enemigo asalta,
si intenta destruirlos.
Haga en el cuerpo fuertes
el bárbaro destino;
que porque no las logre
sus cercas apostillo.
Acábense naufragios
de tanto escollo y risco
y demos, junto al puerto,
barrenos al navío.
Saldrá desnuda el alma,
sin miedo de bajíos,
al margen de otros orbes,
alegres y propicios.
Espérame, y no fletes,
hasta que esté contigo,
pasaje entre las sombras
que pueblan el Estigio.
Podremos, dueño caro,
espíritus unidos,
sin ofender memorias,
gozar campos Elisios.
Allí, entre amenidades
que envidien las de Cipro,
será amor, sin estorbos,
en nuestras almas, niño.
No impedirán paredes
recíprocos cariños,
que en tálamos conformes
nos den frutos opimos.
No frutos sucesores,
afectos, mi bien, digo,

de amar y ser amados,
que son mejores hijos.
En juventud las almas,
de abril siempre florido,
no peinarán vejezes
los años a los siglos.
No padres avarientos,
podrán allí impedirnos,
cantar epitalamios
en cifras y anaglifos,
¡Ay cielos, si del modo
que en lazos indivisos,
nos ata amor, hiciera,
cadáveres, lo mismo!
Impele tú, mi esposa,
al bruto vengativo,
a que en su albergue tosco,
duplique sacrificios.
Adiéstrale a este valle,
enséñale este sitio,
descansaremos muertos
en un sepulcro vivo.
Ya parto, esposa cara,
ya el último gemido
te lleva en viento leve,
el alma que te envío.
¡Tisbe amorosa, Tisbe, dueño mío,
a tu Píramo espera, ya te sigo;
tu esposo te va a ver; si le recibes,
no quiero yo más vida que a mi Tisbe!»
Tres veces a las orejas
le lleva el nombre el rigor
a Tisbe, porque el dolor
tres mil después forme quejas.
Mísera amante, aunque dejas
atrás la velocidad
del viento, tu agilidad
en vano a los pies da prisa,
que ya tu Píramo pisa
sombras a la eternidad.
Salió el acero homicida
a las espaldas, cayó
sobre el pomo, mas no halló
el alma por él salida;
la espada ocupó en la herida
la puerta al huésped, que, en llama,

al dueño que adora llama;
mas Cloto, que el labio toca,
dos almas hurtó a la boca;
la de Píramo y su dama.
Dos espíritus le bebe;
porque el de Tisbe, hasta allí,
más en su amante que en sí,
a dos materias se atreve;
llega, en fin, tardo, aunque leve,
de amor el curso veloz
en Tisbe, a la última voz,
y sobre el fúnebre velo,
un sol, cadáver de yelo,
le enseña el espanto atroz.
Ya el aurora amanecía,
para mezclar diligente
la púrpura de su Oriente,
con la que el joven vertía;
ya noche en Tisbe su día,
niño el sol, de luz escaso,
daba al cielo el primer paso,
y Tisbe que nace ignora,
porque mira al sol que adora
en los lutos de su ocaso.
Crecen mudos los rigores,
parasismos a la muerte,
cuando Píramos advierte
tantos cuantas tiñe flores;
no hallan puerta los dolores,
que el alma en vano retira,
viva muere, ciega mira,
sin llanto esta vez la aurora,
que más sufre quien no llora,
más siente quien no suspira.
Pródiga el pecho despoja,
nieve con alma de fuego
sin lengua el desasosiego,
sin discursos la congoja;
sobre la espada se arroja,
y antes de morir, difunta,
piadosa crüel la punta
fue esta vez, pues su rigor,
pudiendo lo que no amor,
a Tisbe y Píramo junta.
Ya dos pechos se incorporan
en uno, pues que se enlazan;

ya dos en una se abrazan
las almas que Elisios moran;
ya dos púrpuras coloran
la yerba, la flor, la fuente;
ya en corales su creciente,
al moral, por las raíces,
comunica sus matices,
porque su fruto ensangriente.
La fama, en quien más veloces
son las nuevas lastimadas,
sus plumas juzga pesadas,
y vuela en sus mismas voces;
de Píramo y Tisbe atroces
sucesos cuenta sangrientos,
vulgo de lenguas los vientos,
puesto que en su adversidad,
sola esta vez la verdad
no usó de encarecimientos.
Corren los padres avaros,
pródigos ya de suspiros,
vituperando retiros
que ya no tienen reparos;
desengaños compran caros,
llegando tarde a creellos;
corre la plebe tras ellos,
hasta que en mal logro tanto,
por los viriles del llanto
se asoma el dolor a vellos.
No hay hipérboles bastantes
que con suficiencia cuenten
el ansia mortal que sienten
los padres de los amantes;
sólo el velo de Timantes
y sus pinceles, podían
contar lo que padecían,
aunque si por ellos llora
sangre un moral hasta agora,
almas los dos llorarían.
Fragancias prodigaliza
la pira ardiente que, en humo,
llegando al cóncavo sumo
en aura los sutiliza;
urna de oro su ceniza,
que del tiempo se preserva,
al escarmiento conserva;
y amor, para eterna fama,

les escribió este epigrama
en letras de flor y yerba.

Dos lástimas de amor, dos luces bellas
yacen aquí cenizas, mas no yacen,
que oriente ya su ocaso, otra vez nacen,
al día auroras, a la noche estrellas.

Cadáveres de nieve alcanzó a vellas
el valle, cuyas flores hasta hoy hacen
círculos odoríferos que enlacen
el túmulo que pudo merecellas.

Amor y muerte, en ellos, compitieron,
y, efectos esta vez, los dos hurtaron
prodigio tanto. ¡Oh, pasajero! advierte:

separólos amor mientras vivieron,
y cuando en sombra espíritus mezclaron,
hasta en cenizas los unió la muerte.

-Más prósperos fines tengan tus amores, sazonado ganadero mío- dijo la enamorada Saurina-, que los referidos, si bien pueden dar por bien empleada su tragedia, después que tú, el historiador y recitante, con tan hermosa variedad de sutilezas nos la has exagerado. A lo menos en mí, dos efectos juntamente contrarios han producido tus versos y sus desdichas, pues sacando estas lástimas a mis ojos, de suerte han deleitado aquéllas mis oídos que, dudosa el alma entre ellos, no sabe si en las lágrimas se reprehenda, que por su muerte llora, o en el gusto con que tus sales han desbaratado el sentimiento de sus mal logros. ¿Quién, serrano nuestro, te aliñó de tantas sutilezas el discurso, y de tan sabroso estilo las palabras? Gramática estudiaste en Lérida, y sin perfeccionarte otra facultad más noble, te trasladó tu padre desde las escuelas a los sotos, desde los concursos a los hatos, y desde los términos filósofos, a los rústicos con que gobiernas brutos. ¿Cómo, pues, entre riscos ásperos y serranos simples, te lisonjean las musas con más lucimiento que en los liceos y academias a los que, embarazando libros, hurtan sudores, y, graduados por la Poliantea, sin osar a la pluma franquear los límites de sus preceptos, blasonan desestimaciones contra estudiosos y ensoberbecen menosprecios? ¡Oh, cuán ventajosamente se diferencia un alma bien organizada, que con solos los rudimentos de la ciencias, gusano de seda saca de su sustancia misma telas prodigiosas que adornen alcázares y templos, de las de algunos verdugos de cartapacios, que después de macear cáñamos groseros, adquiridos en las ferias de corpulentas librerías, se venden oráculos porque, al cabo de un siglo de vigiliass, nos sacan a la plaza del deseo medio fardel de estopa, cuyos hilos desiguales nos enseñan a retazos lo que zurcieren sin artificio.

¡Qué de aragoneses compiten con Palas, tanto más digno en ellos el suplicio de la primera, cuanto menos se aprovechó la tejedora libia de ajenos materiales, pues hilándose

a sí propia, cuando sus tareas salgan inútiles, son por lo menos de su cosecha! No digo yo que pueda perfeccionarse con sola su capacidad un entendimiento, por más que las estrellas se le fertilicen y el proporcionado temperamento se le complejone; pues, si libros y experiencias no le trabajan, será diamante bruto y margarita en concha, plata sin ensaye y oro entre la arena. Lo que digo es que, como las artes tienen por autora a la naturaleza, si ésta se permite liberal a un espíritu bien administrado de sus potencias, sabrá más en un día, que otros en diez lustros. Contigo te trujiste de la universidad las musas a los montes. ¿Qué más librerías que tus pensamientos? Biblioteca gozas en el alma de mayor estima que la del monarca egipcio. Por las sierras sé yo que te acompañan cuadernos, ya propios, ya adquiridos, con que ferias al tiempo lo que sabes, vituperando el ocio de los que sepultan los espíritus en la ignorancia de los vicios. Veneraré desde hoy en ti los empleos de tu ingenio ejercitado, si te admiraba hasta agora hábil para las fiestas, las conversaciones, las luchas y las cazas. Tesoro te debes, no a tus padres, sino al cielo; guárdate para ti mismo, que yo conozco quien, por hacer ostentación de lo que ni es ni puede, compra la piel del generoso bruto de que se viste y, asombrando la primera vez con su apariencia, se rotula en las fachadas de los libros que adultera con su nombre y, fiado en autoridades forasteras, descaradamente satiriza los oráculos de nuestra patria, cuando, admiración de las extrañas, se adelantan sus escritos a sus años, aunque es el Nestor de nuestro siglo. ¿Es posible que sea tan primogénita la ambición de la ignorancia, que haya quien compre, con lástima de su dinero, libros de mano para imprimirlos en su nombre? ¿A quién reprehenderemos con más derecho: al ingenuo que se desacredita vendible prohiendo en los moldes a la corneja, o a ésta tal, que a pocos lances desplumada, manifiesta, en los graznidos, cuán inútil se atrevió cisne, entre canoros ruiseñores? Si te conoces a ti mismo (que no harás, porque nunca los caudalosos de alma se enamoraron de sus méritos), no desautorices tanta prenda en empleos desiguales. Lo más precioso es el alma, lo mejor de ésta, el ingenio; éste (que puesto que luce más al paso que más estudia, ni mengua, ni crece nunca, porque es gratuito privilegio de la naturaleza) se aventaja a lo más presumido en sangre y posesiones. ¿Qué importa que te amilanen progenitores buriles, si en ellos encierras una alma diamante toda? ¿O qué principio tuvieron las diademas y tiaras, que no las desenterrase del caos de la plebe, ya la espada, ya la pluma? Una y otra te ampara, mézclate quien reconozca las prendas que granjea contigo para el tálamo; atrévete a lo más difícil, que puesto que la osadía sea común atributo de la rusticidad y, regulando la discreción dificultades, siempre la prudencia toque en tímida, en esta parte te permito rústico; para alentarte, osado, porque sería lastimosa pérdida de tus profesiones, negar el vuelo a las plumas, con que las estrellas facilitan felicidades. -¿Qué de ello me ensoberbeciera, favorable señora mía - respondió el montañés agradecido-, la censura exagerada con que encareces mi limitada capacidad, a no tener experiencia que tu divino entendimiento, sin ejercitar en esta parte la justicia distributiva, se deja llevar apasionado de la inclinación con que me favoreces! Soy hechura de tu padre y mi dueño, tan pródiga su liberalidad conmigo que, a no desacreditalle mi bajeza, le intitulara padre; heredástele, con la sangre, la voluntad que le debo; criámonos juntos, tú la luz y yo la sombra (que tan antigua es ésta como los rayos del sol, a quien se opone). ¿Qué mucho, pues, que me conserves? ¿O qué cuerpo hay que quiera mal la sombra que le sigue? Siendo yo todo tuyo, alimentado casi a tu noble mesa, si la sustancia de unos manjares mismos engendra proporcionada similitud en la sangre que produce, y de su nutrimento participan sus afectos las inclinaciones buenas o malas,

¿qué maravilla que, por lo que en esto nos asimilamos, amor, que todo es semejanza, te obligue a exceder los límites de la moderación, cuando me sublimas a lo que no merezco? Eres mi señora, y, como a prenda de quien te precias dueño, encareces lo que a enajenársete no hicieras porque ¿quién no alaba lo que es suyo? Vuelve muchos pasos atrás la propensión con que me honras y, midiendo mis méritos con tu conocimiento, echarás de ver lo que se adelanta la pasión a la suficiencia. No ponderes, te suplico, mis rustiqueces tanto que las ironices, pues la alabanza en demasías suele traer consigo disfrazado al menosprecio. Bien es verdad que, tal vez, una acción suele estimarse, no tanto por lo que es en sí, cuanto por el sujeto que la ejecuta; pudiera ser que los versos que tanto has encarecido, si los oyeras a uno de los espíritus valientes que en las cortes o ciudades sutilizan sus academias, te parecieran indignos de un ingenio célebre; pero considerándolos en la lengua tosca de un montañés grosero, juzgaráslos a prodigio, como las alabanzas que al primero Augusto dedicó el cuervo, cuando le ofreció el triunfo de Bretaña, Roma, puesto que estaba acostumbrado a oír de las indianas aves lisonjas más encarecidas. La comodidad de los montes que frecuento, ocasionada de la inclinación estéril que siempre tuve a los divertimentos de Apolo, tal vez cansado de leer, ya historias, ya poemas, me ponen la pluma en la mano, dictándome, a la sombra de algún peñasco o planta, simplicidades que, proporcionadas con mi insuficiencia, me las celebro yo solo, y tal vez del amor propio adulado, me enamoro de ellas, si bien no pocas, desabrido, enmiendo mi osadía borrándolas del todo o esparciéndolas por el viento.

Quedóseme rebelde en la memoria la fábula que, más por obedecerte que por la presunción de su alabanza, he referido, sin que hasta agora haya dado motivo su noticia a desestimaciones de muchos, que no entienden y satirizan. Ni la escribí estimulado de amorosas inquietudes, que mi montaraz ocupación ignora, ni de la contagiosa enfermedad de celos, que sólo me los han bosquejado los enamorados toros, haciéndome en las dehesas de nuestros valles diversas veces árbitro en sus competencias. Ejecutaré, empero, lo que me ordena el oráculo de tus avisos, sin atrever la voluntad, ni a lo remontado, por no ser loco, ni a lo humilde de mi esfera; porque, favorecido de tus consejos apacibles, me juzgo algo soberbio, prometiéndote desde este punto, si la tiranía de alguna perfección me descamina propósitos, resistirla cuanto mis fuerzas permitieren, hasta que las registre en la aduana de tu aprobación discreta, porque en ella sola ha de estribar, o el elegirla o el reprobarla, que yo no he de tener más gusto del que del tuyo procediere.

-El mismo acepta, serrano comedido -respondió no poco satisfecha la hermosa enamorada-, tu compromiso, con certidumbre, si no te llamas a engaño, de que no le haya en la elección que, por ventura, ha muchos días tengo hecha, con las circunstancias que te advirtieron mis avisos. Preguntarásme, admirado justamente de tanta prevención, quién es el sujeto que, si no te merece, te desea. Y responderéte no más, de que es quien ha formado quejas diversas veces conmigo del descuido de tus ojos y poca advertencia de equivocaciones en sus palabras, suficientes para que otro, menos curioso que tú, las hubiera descifrado; pero fuera milagro que los riscos que te comunican, los brutos que guardas y los estudios que te enajenan, no se olvidasen de comunicarte el tibio examen de acciones misteriosas en quien te viere, y le pesa de verte tan remiso en el más ilustre empleo del alma. Una cosa, por lo menos, te advierto: que mientras no amares, no llegarás a ser ingenioso consumado ni perfecto poeta. Y porque veo que se asoman

atropelladamente a tus labios las dudas que en esta novedad intentas proponerme, y yo no determino soltártelas por agora, concluyamos esta proposición con que desde hoy más registres ojos y palabras, que, si te precias de advertido como te envidiamos discreto, lenguas son, mudas, los afectos, que me excusaran el revelártelos. El asunto es noble, rico y, si no mienten ponderaciones, hermoso lo que basta y no vulgarmente discreto. En nombre suyo quiero premiar tu fábula con esta joya, que no han de ser tan desgraciados tus versos como los de muchos que, encarecidos y no pagados, mendigan en los teatros la censura del vulgo idiota, expuestos a la envidia de los interesados; miserable, cuanto ingeniosa, profesión de una arte, princesa de las liberales, vuelta ya mecánica, por obligarla la pobreza de sus dueños a hacer vendible lo que les concedió el cielo gratuito. Un sol es de diamantes la presea que tu dama te feria por mi mano, un laurel de esmeraldas le corona, para que sirva de jerolífico a la lisura y agradable inteligencia de tu poema, pues siendo éstos invenciones de Apolo, no sé yo por qué causa, los que agora le suceden afectan obscuridades desabridas y, preciándose este planeta de manifestar a todos, no sólo la belleza de sus esplendores, pero aun lo más retirado a las tinieblas, los que agora versifican, adulterando su claridad, tienen por desaire que los entiendan: aves nocturnas, fugitivas de la luz hermosa, quizá porque con ella temen manifestar las manchas y lunares de su aparente estudio. Goza sólo tú el laurel, diadema del ingenio, que favorecido de todo entendimiento, la claridad de tu estilo, sin congoja del discurso, se concede a la común inteligencia, deleitando sonoro los oídos y conceptuoso las almas.

-Si como está en tu divino ingenio, bellísima patrona mía, la capacidad para conocer esos errores, estuviera en tu mano su judicatura -respondió el favorecido serrano- brevemente se desembarazara nuestro siglo de tan perverso abuso; puesto que parece vituperas lo mismo en que delinques, pues, reprehendiendo obscuridades en prosa (donde la confusión es más reprehensible), desatinas con ella mis pensamientos. ¿Para qué será bueno, como afirmas, disfrazar entre laberintos enigmáticos el alma de tantas proposiciones? Crítica eres esta vez, en la agencia de las dichas con que me alientas; deletrean mis discursos las clausuras de tus equivocaciones y no reparas en el peligro a que, quizá, se expone la autora de ellas. ¿Qué sería, si, por lo que de rústico tengo, de modo me ensoberbeciese la felicidad que me solicitas, que se adelantasen mis confianzas a más de lo ofrecido? El atrevimiento montañés, no ignoras, según nuestro proverbio, que, en dándole limitada permisión, suele abrirse de par en par las puertas todas. Sepa yo, que a tu disposición me subordino, en quién tengo que asegurar mis esperanzas, pues, ordenándome tú que examine bellezas, podrías ser ocasión que hiciese empleo en quien, sin culpa mía, te desobedeciese, no siendo después en mi mano retirarme. -Ni le estimarías -replicó Saurina-, si tan poca costa te saliese que se te entrase por las puertas de la noticia sin trabajo. Ya sabes que, en tanto una cosa es estimada en cuanto se dificulta el conseguirla; no hacen caso los indios del oro, la plata, los diamantes, por la abundancia y facilidad que les defrauda el sudor con que, en su busca, se desvelan los que peregrinan climas tan remotos. Los versos con que nos deleitaste, puesto que para nosotros claros y inteligibles, no negarás que te hicieron arduo el estudio y espaciosa la pluma (testigos tus borradores, pues a no salir de ellos lo limado de su estilo, medrarás en mi censura el mismo descrédito que los que de improviso versifican, desautorizándose por juglares). Ni el sol, que poco ha alababa porque sin trabajo de los vivientes se nos domestica, nace tan manifiesto que no le antecedan crepúsculos ambiguos de la aurora.

De suerte pido yo la lisura de un poema que, no por vulgarizarse demasiado pierda, por sobra de plebeyo, lo que, el que llaman crítico, por falta de digestivo. El culto entre estos extremos merece el principado, y el amor, que profesa tanto lo político, se precia de imitarlos hasta en esto. Registra, como te aviso, y sé agora pretendiente en borrador, que, con solicitud discreta, brevemente sacarás en limpio un amor, como tus versos culto, que premie tus desvelos, y cuando éstos, como dudas, te adelanten la presunción, no se te dé nada, que más fácilmente sube por la batería de un muro quien primero se ensayó trepando los precipicios de una peña al nido de una águila; mejor me acomodo al espíritu temerario que al pusilánime, pues aquél, con el escarmiento, puede limarle la prudencia y quedarse en generoso, pero estotro, siendo él ínfimo, es fuerza que caiga en miserable. Yo te permito todo aquello a que tu imaginación levante el vuelo, como se mida con la recíproca correspondencia de las acciones significativas, cuanto ocultas, que has de examinar desde este día; pues, siendo entendido, no importará mucho que presumaste soberbio, porque la templanza de lo uno sazonará demasías de lo otro. Y porque anochece ya y yo voy excediendo de la comisión limitada que en esta materia se me permite, remátese con lo dicho, y con proponer desde aquí a la Corte, cada uno de vosotros, un ejemplo o símil que pinte al vivo la escabrosa propiedad de estos ingeniosos modernos, que se intitulan críticos, que estoy tan mal con ellos que, a quien mejor los comparare, ofrezco en premio la pieza que, a su gusto, escogiere mañana en las ferias vidriosas que nos esperan. Concluiremos, sin salir del propósito, con el entretenido asunto que empezamos. Y pararé nuestra jornada, como si fuera de comedia, en el entremés ridículo de estos exagerantes paladiones de Apolo, doctos por fe, que, con lenguaje mestizo, adulteran la legítima pureza de nuestro idioma y, al contrario de la babilónica confusión, hacen de muchas lenguas una, para echarlas a perder todas.

No replicaron los montañeses, entretenidos a tan agradable precepto, antes prosiguiendo su viaje, a caballo las serranas, Saurina en medio y a sus lados los alegres ganaderos, mandó la hermosa niña a su Pedro Guillén que comenzase el propuesto asunto, a que respondió:

-Ni las imaginaciones que vacilan entre las dificultades que, liberal avara, esfinge hermosa, me has propuesto, cuanto más examinadas, más obscuras, me permitirán a sutilezas que, saliendo del piélagos en que me derrotas, se ocupen en definir peregrinas inclinaciones, ni a mí, que profeso, si no su estilo, su facultad, me será bien contado reprehender a los de mi jerarquía; pues, como parte apasionada, recusándome, dirán lo que de otros más que yo beneméritos: que murmuro lo que ignoro, y que, por no atreverme a sacar la pluma de los límites vulgares, disfrazo la envidia con sombra de celoso reformador del lenguaje que heredamos. Privilégiate agora, discreto dueño nuestro, de este tributo, siquiera para que, obedeciéndote en lo principal, no me embarace lo accesorio; no incurriré, si lo consigo, en la falta con que los médicos y los poetas se desacreditan, desdoriéndose de ordinario unos a los otros.

-Pide justicia Pedro Guillén -dijo Ortelio, uno de los compañeros-; admítasele su excusa, entre tanto que yo cumplo por él y por mí este mandato, agradecido a que, siendo mi rudeza tan incapaz de lo sutil de la poesía, he alcanzado el sentido de la referida fábula, satisfaciéndome la claridad de sus versos del infelice remate que dieron a sus esperanzas

estos dos amantes mentecatos. Verdad sea, que algunas cláusulas tocantes a historias que no he leído se me pasaron por alto. Y perdónese el título que he dado a sus asuntos de mentecatos, que no me queda escrúpulo obligatorio a restituirles la honra. Porque si el tal Píramo vivía pared en medio de la señora doña Tisbe, ¿para qué diablos se fueron a caza de gangas, por bosques y vericuetos? ¿Más fácil no les fuera trasladarse desde la una a la otra casa, y a costa de un boquerón, que solapara un arambel, en el aposento redendijado, ahorrarse de que los llevase la trampa, sin pasar por las penas del Purgatorio a los entresuelos del chamusco?

-A lo menos, si yo fuera el galán tisbeño -prosiguió Lorino, otro de los serranos- nunca retozaran con mi cuyo los medios jemes afilados de la descomedida fiera; porque antes escogiera por tálamo el más estrecho pajar de mi albergue, que el más florido valle de la primavera. -Comiéramos hasta hoy a ser de tu opinión -acudió Lorisa- moras en leche, de que soy no poco golosa, sin la pensión de las manchas jaspeadas con que el agosto pasado saqué las mangas de la camisa cárdenas, de suerte que hubo quien imaginó estaban mis brazos taraceados de pellizcos.

-En efeto -dijo Pinardo-, desde entonces hasta agora, mudando color la fruta, llora duelos; podemos afirmar que los morales gozan la divisa, si no el título, de monseñore. -Gentiles majaderos tomó por asunto el que nos dejó historiada su tragedia. Bueno es que intente persuadirnos -prosiguió Ortelio- a que una dama tan melindrosa y de alfeñique, que en viendo un ratón alborotaba el barrio, se fuese a media noche por montes y valles, sin miedo de murciélagos, a dar en que entender a docena y media de colmillos; pero son tan perdidas en todo tiempo las doncellas por floreos y estaciones, que quiso Tisbe, primero que se asentase a la mesa de Venus, hacer ejercicio y digerir, paseándose, las indigestiones del ayuno antecedente.

-No es cordura absolutamente culpar -replicó Cardenia- la resolución de dos amantes tan entendidos como Pedro Guillén nos los ha pintado, pues si se mira sin pasión, echando menos los padres, cuando amaneciese, a la que con tantos ojos recataban permisiones lícitas, claro está que, sospechosos de Píramo, habían de cogerlos con el hurto en las manos.

-Para excusar, pues, una tunda, acudió la tal señora -dijo Lorino-; faltó Tisbe del rescoldo y dio en las brasas; pero cuando les faltase alguna vecina vieja, de las muchas que en las cortes a título de saludadoras alquilan comodidades, ¿qué tenía Píramo más que hacer que sacarla por el vicario y lograr deseos en paz y en haz de la santa Madre Iglesia?

-Despáchese este arbitrio -respondió Darinta- al taller de Vulcano, donde no echan menos el ardor de sus amores los dos desesperados, con el que les abrasa, si te parece que, siendo vecinos de Babilonia y no cristianos, podían valerse de medios que agora usan las leyes de la Iglesia. -¿Que no eran cristianos? -dijo el ganadero-; pues hablara yo para mañana. ¿Quién podía imaginar que tan amigos eran de los moros dos mozos tan ilustres? Ya no me espanto, que siéndolo los que has dicho, echasen por el atajo hacia el paraíso de Mahoma.

-Adobándolo vas, serrano amigo -respondió con no pequeña risa nuestro Pedro Guillén-; déjalos a los infelices, pues no padecen a tu cuenta, y sin averiguar leyes que no sabes, cumplo Ortelio con la deuda en que nuestro dueño nos ha empeñado.

-Aconsejas discreto -replicó el rústico-, pero no te maraville que ignore lo que no he leído, que no están en mi poder los libros del bautismo de todo el mundo, para saber si Tisbe y Píramo eran cristianos o críticos, aunque lo parecieron en su muerte. Que ya yo he visto representar comedia de un poeta, cuya corpulenta fama, a poder de consonantes arménicos, nos echa pullas, en que, cuando le daba no sé qué mensajero cierta mala nueva a un rey moro, dijo santiguándose: Válgame Jesucristo ¿que eso pasa? Y en otra pintó a Caín martirizando a Abel, porque en el juego de los naipes le quitó una primera, con cincuenta y cinco de copas.

-Dejemos simplicidades -replicó Ortelio-, y reparen todos en la propiedad con que comparo a nuestros versificadores de ensamblaje. Yo digo que el boato de su fanfarrona perspectiva se parece a todas estas cosas: a los gigantones del día del Corpus que, fanfarrones y adornados en lo exterior de damascos y brocateles, si examinan sus interiores, hallarán en un papelón pintado una alma de atocha o heno; digo más, que sus poetas son los ganapanes que, a poder de sudores y zancadillas, hacen que parezcan lo que no son, llevándolos a cuestras, aplaudidos de la admiración vulgacha un día no más, porque todos los otros del tiempo sirven arrinconados de albergue a arañas y ratones. Son castillos y máquinas de pólvora que, embutidos de cohetes, aguardan que se ponga el sol de la suficiencia, a cuya vista no lucen, y en pasando el primer ímpetu ruidoso de su apariencia, se quedan en sola la armadura, para relieves de muchachos y vecindad de la basura. Últimamente digo, que son villancico o chanzoneta que, cantada a bulto, por la vocería de una caterva empapelada, se autorizan con el sonido armónico de las voces solas de toda una capilla, sin que haya quien se alabe que entendió la letra, porque ni tienen pensamientos, ni son más que espanta bobos.

-Yo digo -prosiguió Pinardo- que la dádiva con que nuestra Saurina premió la suavidad clara y elocuente de nuestro fabulante, es proporcionada al justo con su capacidad, y que laurel que no sirve de diadema al sol (cuya luz desmiente confusiones y cuya substancia produce cuanto se concibe), es más digno de coronar escabeches y barriles poéticos, donde tiene entrada todo género de legumbre y sabandija consonante, que para autorizar sienes de espíritus gallardos, que nos dan el fruto sin cáscara; al contrario de los que con las de sus caprichos, quedándose en las orejas de Midas no atraviesan los umbrales del entendimiento; porque el benemérito del grado poético, sólo se desvela en adornar el cuerpo de sus cármes con retórica fácil de digerir, y su primer estudio es el alma de las sentencias que los dan vida, y que no hallo comparación más propia para los sicofantes, sus opuestos, que la de la alcachofa presumida, faldas sobre faldas, a la apariencia ostentativas, pero insípidas al gusto, pues al cabo de hojearlas una a una, viene a parar su corpulencia en pelusa y borra, hijas, en fin, de cardos intratables que, vestidos de espinas, sólo son a propósito para los pesebres.

-A mí me parecen estos obligados del humo, críticos abortos -dijo Lorino-, un lienzo de boscajes y pases, cuyos lejos se nos antojan alcázares suntuosos, fuentes, quintas, ríos,

damas, galanes, alamedas deleitosas, pero miradas con atención desde cerca, sólo vienen a ser unos embriones de la pintura, cuyos colores, sin inquietarlas ultramarinas, no costean más que cardenillos, azafranes, yeso mate y zumo de verdolagas, en media sábana zurcida de remiendos. Porque ¿qué otra cosa son los versos hilvanados de tanto emplasto de vocablos hermafroditas, sino capa de pobre socarrón que, con diferentes hilos, cose retazos de toda color y materia, sin reparar en que el sayal se ladee con la raja, ni el paño con el lienzo, eslabonando cláusulas, ni en romance, ni en latín, pendón de saestre jaspeado de todo género de sisa? -Sea Pedro Guillén -dijo su dama- mi acompañado en esta judicatura, y díganos lo que siente, primero.

-Ya lo hizo mucho antes que yo -respondió él- Aulo Gelio, en persona de Favorino filósofo, cuando reprehendió a cierto crítico, que toda su humildad fundaba en bachillerías obscuras y exquisitas, sin autorizarlas con sentencias, ni corresponder sus ambages a sus costumbres. «Vive -le dijo-, como los antiguos y habla como los modernos, si no quieres medrar título de necio, guarnecido de enfadoso; porque mientras no huyeres de todo lo inaudito, quedarás graduado de insolente» Ya sí soy de parecer, señora mía, salvo tu acertada en todo censura, que los tres igualmente han satisfecho con tu deseo, y que Apolo, grato a sus comparaciones, los ha realzado a más de lo que la profesión agreste de su ejercicio los obliga. Así que, añadiendo tu liberalidad premios, se les puede conceder en esta feria a cada uno el que eligieren.

-Sentenciaste, discreto serrano -dijo la catalana hermosa- con mi misma voluntad y entendimiento; sea como tú lo dispones, que no he tenido postres más sazonados en cuantos banquetes han entretenido mi espíritu con agudezas y conversaciones que los de esta breve jornada.

-Larga y no poco se les hiciera a los comprendidos -replicó Pinardo- según el jabón que en estatua los habemos dado, si se les notificara en las personas; pero su merecido se tienen, pues dan ocasión en los estudiosos a la risa, y a los ignorantes a que, imitándoles, prosigan desatinos. Y para que en nuestro viaje se asimile el fin a su principio, os contaré lo que leyendo en cierto autor moderno la fiesta pasada, me sucedió delante del cura de nuestro pueblo. Tradujo de un libro francés, cierto almibarado, en nuestra lengua, la primera y segunda parte de una historia metafórica, con que no sé qué extranjero, según dicen, deleitó a los entendidos y asombró a los que presumen serlo, saliendo mucho más difícil el traslado en romance que el original latino; el copiadador, pues, de él, se le prohijó a no sé qué inquilino, sacando entrambas partes en su nombre, dicen que por alabarse, sin descrédito de su modestia, a sí propio en persona ajena; intitulábase, desvanecido, en el prólogo, cisne, águila parda, fénix, sol, y otros epítetos rumbosos cuanto ridículos, y daba fin a la dicha historia, con decir en ella que el sujeto de la tal fábula, a su sombra no temía los naufragios ni escollos de la murmuración plebeya, concluyendo con estas mismas palabras. ¡Oh, siempre bogue dichosa! ¡Io, Io! ¡Oh, patrón grande! Yo que entiendo nada o poco de estas figuras que, según nuestro beneficiado, sin tener significación, como los demás términos de nuestra lengua, sólo manifiestan el afecto y propensión del ánimo que las pronuncia, como el ¡ay! del enfermo, y el ¡oh! Del que encarece, leí desta manera: ¡Jo, Jo! ¡Oh patrón grande!, porque nunca el Io, Io, había llegado a mi noticia, y, pareciéndome yerro de la imprenta, pues deseando la nave ligera el prologuista, y que

navegase próspera, no era a propósito, hablando en nuestra lengua, la voz con que detenemos los caseros brutos cuando se apresuran demasiado, borré las letras, que a mi parecer decían Jo, Jo, y puse en su lugar Arre, Arre, con que di motivo al cura y boticario a que hiciese a su mofa la costa mi ignorancia, si bien con menosprecio de quien hurta a Grecia el abecedario para avecindarle, en la significación de sus afectos, donde no le conocen.

-Perdónensele -dijo el conjúdice- sus impropiedades, en premio de la ocasión que nos dio, tildándoselas en las erratas, pues por ellas hemos descubierto la preciosa mina del divino ingenio de nuestra Minerva catalana. Porque, si bien me constaba que en los asuntos de la aguja redimía ociosidades en empleos de los libros, nunca me prometí lo que en ella esta tarde ha experimentado la conversación sabrosa de nuestro camino; pues avergonzando nuestro sexo, confesaré que, si en los bastidores y la almohadilla puede vencer aragonesa, en las academias merece ser oráculo de los estudiosos.

-Respondiérate, al paso que enojada, agradecida, adulador discreto -replicó la dama-, a no hallarnos en los primeros arrabales de nuestra Barcelona; pero yo me guardaré para cuando estés menos apercebido.

Entraron, pues, en la ciudad festiva, que, para hacer más célebre su regocijo, adelantó aquella noche tantas luminarias que pudo juzgar algún forastero haber mudado las estrellas domicilio y, enamoradas de la catalana metrópoli, anteponeerla a su octavo firmamento. Aplaudía alegremente la juventud inquieta, entonces, la coronación de su monarca, que la lealtad de esta nación, si en conservar sus privilegios es tenacísima, en servir a sus reyes es sin ejemplo extremada. Deseaba el Segundo don Jaime ver la quebradiza feria de los vidrios barceloneses, y por ser ésta la vez primera que con su asistencia real se ensoberbecía, acrecentaron sus vecinos al ordinario aparato el de esta noche que, competidora del mayor planeta, agregando caducos resplandores, si fueran más durables, o tuviera celos, o se persuadiera a que los urbanos edificios se habían convertido en cristal, huéspedes de luces, o que, siendo en ellos ya de día, le usurpaba otro sol su alojamiento cotidiano. No hubo calle de consideración que no representase, menos lo lastimosa y fúnebre, una abrasada Troya; no plaza o espacio con desahogo donde el artificio dejase de inventar con triunfales arcos, contruidos de la diáfana materia, novedades luminosas, o con trofeos, pirámides, obeliscos y máquinas transparentes, peregrinos deleites a los sentidos, dilaciones al sueño y coyunturas al apetito. Ruábanla toda, entre la plebe ruidosa, la mocedad ilustre de entrambos sexos, sus beldades en carrozas y sus pretendientes a pie, competidoras en los unos y otros las galas de las claridades. Apeóse Saurina y sus montañeses a la primera puerta, y conduciendo Lorino los caseros brutos, por rodeos no tan luminosos, al albergue que por cartas estaba prevenido, discurrió con los demás por las calles conocidas, permitiendo el serrano rebozo en la generosa disfrazada y el deseo de conocer la cabeza de aquella vitoriosa provincia, admiraciones entretenidas que la embarazaban los pies, registrando con los ojos las circunstancias de cada curiosidad tan espaciosamente que, a no divertirla de ellas su considerado ganadero, los asaltara en las primeras el aurora.

Llegaron, en efeto, al carrer Ample (calle Ancha, o calle Mayor significa en aquella lengua), y en medio de ella vieron una estatua de vidrio, representativa tan al propio de su nuevo príncipe que, sin necesitar informaciones de lo que significaba, al punto conocieron por ella al que sustituía; porque de suerte la dispuso la industria pródiga de su artífice, que distinto el ropaje del cuerpo con relieves y colores, repartidas en sus concavidades sutiles y encubiertas luces, aunque una misma la claridad, diferenciaba en ella los vestidos, las carnes, niervos, músculos y venas, con propiedad tan viva, que juzgaban los presentes pronunciaba, meneando los labios al movimiento de la llama que escondía, leyes y privilegios, y que, con la viveza de los ojos, majestuosamente hermanaba lo grave con lo apacible. Mirábanle sobre un alazán, de la materia misma, tan brioso y presumido que, a registrarle el Betis, porfiara ser hijo del Céfiro que los fecunda; haciendo en él los mismos efetos que en su dueño los ocultos resplandores, porque, desde las herraduras hasta las clines, delineaba su claridad en la corpulencia diáfana, miembros, guarniciones y movimientos casi vitales; bruto, en fin, de vidrio, con alma de esplendores. Sobre la brillante basa o pedestal, se vía al un lado el dorado escudo con las cuatro barras (sangre agarena un tiempo, que para eternizarse coronada, bañó el pavés de Wifredo, su primero conde, cuando, cubierto de ella, mereció que le pintasen no menos que cuatro pinceles dedos, en la mano del francés monarca, dejándole otras tantas líneas de púrpura en campo de oro por armas que le debiese Cataluña, y después reconociesen tres diademas: la de Aragón, Valencia y las Mallorcas). Rubíes y diamantes listados juzgaban los ojos, y la admiración en ellos, sus matices, que, preparados de las encerradas luces, parece que vivían. Letras de diversos esmaltes bordaban el círculo de la corona, timbre que, en vez de piedras orientales, competían con las doce estrellas residenciadas del sol en el Zodiaco, y éstas, con el patrocinio de las mismas llamas de su centro, permitiéndose leer, decían:

Si las armas prueba son
de majestad y grandeza,
Cataluña da nobleza,
a Valencia y a Aragón.

Digno entretenimiento era para los bellísimos ojos de Taurina objeto tan lúcido, y pagábanle ellos el deleite que les feriba, con no divertirse en otra parte ingratos; alabábale el montañés querido todas las circunstancias del resplandeciente simulacro, y cuando él no lo mereciera, bastara la aprobación de su amante para que la rendida hermosura le adelantara estimas. Infinita gente ocupaba la capacidad del sitio, atraída de la ingeniosa novedad que, comunicándose a todos, se proporcionaba con la variedad de naturales tan diversos, haciendo plato más sutil a los ingeniosos y contentando con lo material y festivo al vulgo, de modo que, satisfaciendo a los unos y otros, se llevaba el universal aplauso. Pero no por esto estuvo libre del atrevimiento bárbaro de un gascón grosero que, o desatinándole la demasía del licor frenético (sin el cual no hay fiesta que lo sea, entre las heces mecánicas de cualquiera república), o envidioso de que, con tanta verdad, celebrase Barcelona en sus armas el valor que sus condes le adquirieron con las suyas (pues, para engendrar enemistades, basta lucir y ganar inclinaciones, aunque sea un pedazo de vidrio frágil), tirando a la estatua una piedra desde la puerta de una casa principal, donde, entre la multitud, le pareció podía imposibilitar averiguaciones, dio en

el suelo con ella, conmoviendo contra el agresor ignorado la furia de todo el pueblo. Vio Pedro Guillén al delincuente porque, habiendo puesto los ojos en los balcones de la casa misma, deleitábalos en la belleza que los autorizaba, digna, como diré a su tiempo, de la mucha parte que le toca en nuestro discurso. Colérico, pues, como los más, nuestro serrano ilustre, dejó el lado de su dama y, a espaldarazos, el acero desnudo, sacó del escondrijo al facinoroso bárbaro. Juntóse al alboroto lo más de los circunstantes, y entre ellos algunos ministros de justicia que encarecieron el desacato contra la imagen de su rey por crimen de lesa majestad. El temor, no pocas veces industrioso en el peligro, obligó al gascón, acosado del enojo del montañés valiente, a que, para librarse de él, dijese a voces: -¡Aquí del cielo! ¿Dónde se permite que, siendo tú el insolente ejecutor de este insulto y yo el testigo de las piedras, con que tu atrevimiento desbarató la artificiosa imagen, porque te reprehendí tan desatinada ejecución, osas, delante de los más ofendidos, darme el castigo que mereces?

Oyeron esto los bayles (ansí se nombran allí los alguaciles), y dando crédito a la falsa acusación del querrelloso astuto, por advertir en el talle del airoso forastero más disposición para cualquiera travesura que en un roto y miserable cardador, invocando el brazo seglar con el apellido respetable de su rey, se arrojaron, desnudas las espadas, a prenderle. Favorecióles lo plebeyo, que dio fe a la criminal acusación del maltratado vocinglero, hallándose el indiciado en manifiesto peligro, pues, incógnito en aquella Corte, y sin tener en abono suyo más testigos que su inocencia (pocas veces admitida del ímpetu con que un juez, a la primera instancia, remite indicios semiverdaderos a la reguridad de un potro), y por no experimentar resoluciones catalanas, libró en su espada sus procesos, hiriendo de muerte al mentiroso delator. Mostró, a costa de la sangre de los que le acosaban, la gallardía de sus brazos y destreza de su valentía. Confirmaron, viéndole tan arriscado unos y otros, sospechas hasta allí dudosas, persuadiéndose que añadía al primero delito resistencias contra las varas siempre respetadas, y favoreciendo la voz de «¡aquí el rey!» que imploraban los ministros, le cercaron en confuso escuadrón, hiriéndose tal vez los unos a los otros, por herirle. Bañado, pues, el animoso ganadero de su propia sangre, que, por no pocas partes, matizaba sus miembros y vestidos, a pesar de todos se retiró por una calle estrecha, cuya desautorizada población no mereció las luminarias que en las principales viceejercitan la luz del día. A oscuras, pues, entre la multitud que le gritaba, no fue dificultoso escaparse de ellos, atravesando otras que, no menos avarientas de sitio y claridad, pudieron desmentirle a las ejecutivas diligencias de sus perseguidores. Disimulóse en ellas, sosegando la inquietud de su alboroto, envainando el acero, enjugando el sudor y templando los pies y pasos de manera que, ninguno de los que corrían, sin saber adónde, en su alcance, aunque le encontraba, le sospechó el que era.

Llegó con esta disimulación al carrer de Moncada (calle principal y la segunda entre las célebres de aquella Corte), donde su verdadero padre Alberto tenía su casa, herencia de sus héroes ascendientes y estimada en Barcelona, ansí por su nobleza antigua como por sus suntuosos edificios. Esperaba en ella a Saurina un primo suyo, que en ausencia de su dueño la vivía, avisado con tiempo del huésped hermoso que le encargaban. Ya a esta hora, consumida la materia frágil en que cebado el voraz elemento alumbró la fiesta y se atrevió a la noche, se reducían a sus albergues todos, que tan limitada duración alcanzan

los entretenimientos caducos de los hombres. Antes, pues, que nuestro perseguido llegase a su prevenida casa, que desde que acompañó desde la sierra a su padre incógnito reconocía, al primer tercio de dicha calle cayó desangrado por una estocada que, entre otras heridas, le atravesaba un lado, puesto que la cólera y susto de lo sucedido se habían dilatado al dolor y sentimiento de ésta y las demás, hasta aquel punto ignorándose de muerte. El sereno, agora, de la noche, y la templanza, quieta ya de la irascible, con la falta del más necesario humor para la vida, le derribaron, como digo, despulsado en tierra. No le levantarán por la mañana, sin duda, menos que para restituírsele a la misma en una sepultura, a no pasar entonces una carroza detrás de muchas hachas, cercada de cortesana familia, y dentro de ella, entre otras hermosuras, Laurisana, competidora de cuanta belleza historias celebraron y tan apacible y entendida que en ella sola se vio la presunción menospreciada de la hermosura. Era esta dama hermana única de don Berenguel Lanzol, el que os dije que, desde inmemoriales tiempos, enemigo y competidor, más por herencia que por agravios, de los Armengoles, tenía su naturaleza y solar en el collado de Panizas, asistencia ordinaria de sus antepasados el referido castillo de Darlins. Moraba a este tiempo en Barcelona en compañía de su hermano, y tan favorecidos los dos del joven rey que, a ser menos prudentes, pudieran ensoberbecerse, pagándose de adulaciones y lisonjas; pero, dado que sobran éstas en los que, siendo hijos del siglo, veneran hipócritas en lo exterior lo que en el alma envidian, tomaban Berenguel y Laurisana de sus afectadas ceremonias, no más de lo bastante para no hacerse desapacibles, y dejaban lo superfluo para los desvanecidos que no quieren persuadirse a que no es oro todo lo que reluce.

Del modo, pues, que digo, volvía Laurisana con el acompañamiento que su nobleza y privanza merecía, a su casa, después que paseó las ruas, y en los balcones referidos del carrer Ample enajenó la vista, y casi el alma, de nuestro desmayado, ocasionándole a que, siendo testigo del desatinado insulto del gascón loco, le castigase a costa de su peligro. Yacía Pedro Guillén en la mitad de la calle de Moncada, sin pulsos y sin sangre, y pasaba por el mismo sitio la carroza de Laurisana, cuya habitación también ennoblecía la misma vecindad, y, reparando los pajes que alumbraban en el espectáculo lastimoso, dieron voces a los cocheros que parasen, avisando a su hermoso dueño el caso triste que los detenía. Era Laurisana perfeta en todo, y siéndolo, ¿quién duda que resplandeciese en ella la piedad cristiana? Mandó, pues, que emparejasen el coche con el herido, y desde el estribo vio a la luz de las hachas al desmayado mancebo, puesto que bañado el semblante del pálido presagio de la muerte, entre hermoso y robusto, marchita en flor la de su edad bizarra, no tan grosero el hábito que su gentileza no le abonase con la hermosa catalana ilustre.

Enterneciósele el alma por los ojos, y haciéndole llevar en brazos a su casa misma (poco distante de aquel puesto) despachó criados en busca de cirujanos y doctores y, entre tanto que venían, sin fiar de negligencias domésticas las prevenciones de su socorro, mandó conducirle a un cuarto, próximo al que moraba la dama compasiva, reservado sólo para amigos y parientes. Aderezaron en él el más regalado lecho, y sobre él, casi cadáver, el herido. Temerosa Laurisana que entre las manos se les apagase la desmayada luz de tan bizarra vida, no permitió que le desnudasen hasta que los médicos viniesen. Llegaron en esto los sucesores de Hipócrates, que, graduados en lo científico y mecánico de su oficio,

cirujanos y doctores juntamente, duplicaban con las tientas y la pluma, ganancias a las boticas y familiares a la muerte, dos veces perseguidores de la salud y del dinero. Descubrieron, pues, la herida principal que, penetrante, disponía al alma su fatal ausencia, no como quiera peserosa al desenlazarse de tan gallardo cuerpo; pronosticáronle al instante desahuciado y, cuando no lo verificara la experiencia casi irremediable, dijera el interés lo mismo por encarecer la cura.

Sintiólo la bella lastimada, porque en su pecho, a título de compasivo, se iba introduciendo amor y apoderándose de la voluntad, hasta allí señora de sí misma (que no es nuevo entrarse en un alma el engaño disfrazado, con hipocresía de piadoso); lloró asustada, y ganáronle sus perlas blasón de caritativa. Ofreció a los médicos liberalidades y favores con el príncipe si, desvelando estudios, redimiesen a aquel mancebo de los rigores de la Parca, y ellos, alentados con sus ofertas más que compasivos de sus lágrimas, hicieron cuanto alcanzaron, que aunque esto no sería mucho, bastó por entonces para recobrarle los pulsos, el habla y parte del sentido. Hecha, pues, la primera cura en la herida más considerable, y luego en otras tres, aunque peligrosas, no de tanto riesgo, mandaron despejar la pieza, y que solos un paje y una dueña le asistiesen, a quienes, afectuosa, encargó Laurisana la vigilancia y el cuidado del enfermo. Apartábase de él de mala gana la novel amante, y repetía a su presencia los mismos pasos que la retiraban de ella, hasta que el recelo de su recato la obligó a ausentarse, diciéndole amorosa:

-Sosegad, seguro de que estáis en parte donde se cuidara, sin conoceros, de vos, como de mi hermano mismo. No hay remedio tan eficaz como el aliento propio del doliente: quede éste por vuestra cuenta, y por la mía todo lo imaginable a vuestro regalo y cura. No estaba nuestro ganadero para apercebir favores, ni aún palabras, y así, fijando los ojos en quien se las decía, las reconoció bajando la cabeza. Mandó la dama cerrar la puerta, y desnudándose el manto, que hasta allí el susto y la compasión no había permitido, se pasó a su alojamiento, que, como he advertido, se continuaba con el del joven maltratado.

Más extremos hiciera en ella la lástima amorosa, si el recelo prudencial de su respeto no temiera, antes de temer lo que ignoraba, dar sospechoso motivo a la nota de los curiosos de su casa. Admirábase, empero, interiormente, de sí misma y, como principiante en la escuela de la deidad desnuda, ignoraba sus primeras introducciones, atribuyéndolas a sola la compasión de aquel suceso. Gratulábase, por una parte, piadosa, y por otra se reprehendía demasiada:

-¿Qué más demostraciones -se decía- hicieran mis lástimas, cuando el herido fuera don Berenguel, mi hermano? Alárguese mi tierna inclinación a hospedarle, incógnito, en mi casa; solicítele la salud y los regalos; mande que le asistan mis domésticos, pero no consienta que yo misma desautorice la calidad de mi sangre, la circunspección de mi persona y el recogimiento de mi estado. Presente a su cura, le lloré herido y, ausente, le echo menos. Más es ésta que virtud piadosa, más que lástima caritativa. Nunca en mi inclinación pasaron sentimientos semejantes desde la lástima al corazón y desde el corazón a los ojos. ¿Cuándo lloré yo desgracias forasteras? ¿Quién será el que, adelantándome demostraciones ilícitas, saca de los lindes permitidos la obligación cristiana? ¿Qué sería, si lo que llaman amor y yo locura, se hubiese, en hábito de

misericordioso, apoderado de la libertad que en mí hasta ahora fuera reina de sí misma? No lo creo, porque nunca el alma estuvo en mí tan poco atenta que, sin consulta del discurso, se incline a un casi cadáver, sin noticia de su calidad y estado. El traje en que le hallé, si no me le persuade plebeyo mi desdicha, tampoco me le asegura noble. La voluntad cuerda, no sólo por la exterioridad del objeto apetecible se enamora, sino por la comunicación de los espíritus, cuyos intérpretes son las acciones aiosas, las palabras eficaces y las correspondencias recíprocas. Ninguna cosa de éstas hasta aquí pueden solicitarme los afectos en este incógnito. Bizarro le consideré a la primera vista, pero sangriento y pálido, favoreciéndose a los umbrales de la muerte de las aldabas de la vida; si con tantos defectos me aficiona, más vituperable será mi rendimiento que si a una estatua de mármol o bronce sutilmente perfecta me sujetara, pues por lo menos ésta, aunque sin vida, me deleitará hermosa, lo que no puedo afirmar de un medio difunto; pero si estándolo le juzgan mis sentidos digna ocupación de mis pensamientos ¿qué será cuando, redimido de peligro tanto, a la salud primera añada perfecciones? Si enfermo me desvela, enloqueceréme sano. ¡Quitadle la vida, cielos, brevemente! Recobraráse, con su falta, una voluntad amotinada, que contra la razón se me enajena.

Mas ¡ay!, no lo permita la severa proposición de mi desasosiego. ¡Viva, cielos, viva!, convalezca milagrosa su juventud, aunque su mejoría empeore mis potencias; disculparánlas las perfecciones hechiceras que, aun luchando con la parca entre las bascas de la muerte, se blasonan vitoriosas. ¿Viviré yo si él muere? Podrá ser, aunque lo dudo; amor, en los principios, dispone, no conquista; deleita, no abrasa; inquieta, pero no impera. Si es verdad que le amo, que lo ignoro, no será difícil borrar de la memoria las primeras pinceladas que en ella han permitido mis inadvertencias; pero ¿cómo, si las de amor son de fuego? Y ésta es irremediable, si no se despedaza el lienzo o la pintura. Luego, si este apacible tirano con llamas cautelosas está en mi pecho retratado, fuerza será, si él perece, que le imite el sujeto en que está impreso; perderé, pues, la vida, si él la pierde, y viviendo él, cuando la desigualdad de las calidades me le imposibilitare, veréle por lo menos y, amándole sin esperanza, la misma desesperación me servirá de vida. Porque, mientras lo hermoso permanece, tanto deleita los ojos extranjero huésped, como los del aposeionado dueño.

Envidiaréle en otros brazos, pero recrearéme vivo, que amor en tanto es más perfecto cuanto más se remonta de materiales intereses; en fábrica tan perfectamente organizada, no es posible que no se aposente un espíritu agradecido; si sana, pues, y reconoce lo que por él imagina hacer mi voluntad, ¿quién duda que procure corresponderme? Y si me corresponde, cuando su fortuna sea tan humilde que me desespere lícitos himeneos, imposibilitándolos yo con otros, ¿quién duda que me imite? No se casará porque yo no me case, no me dará celos, porque con otros no me vengue, y en esta vida, al paso penosa que agradable, ni me deberé felice a la esperanza, ni me postraré impaciente a la desesperación. Amar y ser amado es el último fin de los recíprocos afectos; lograré lo principal, aunque nunca consiga lo accesorio; cuanto y más, que hasta ahora no me constan desdoras de su suerte, ni me persuado que en tan gallardo cuerpo la naturaleza, enemiga las más veces de la fortuna, fuese como ella tan desatinada que, avarienta en calidades, prodigalizase perfecciones. Mi estrella nunca me inclinó a cosa que desdijese

de la sangre que a mis progenitores debo, pues ¿por qué, agora, degenerando, habían de infamarme influjos, con rendirme a quien no merece? No lo creo.

Ansí discurría Laurisana la noche toda (corta, aunque en invierno, para la prolija consulta de sus contradicciones, puesto que perezosa por dilatarle la segunda vista de su herido), refrenando el pundonor los ímpetus al deseo, pues a no recelar curiosidades maliciosas, por instantes enviara a saber el estado del herido amante. Amaneció, en efeto, sin que don Berenguel, su hermano, aquella noche, como ni otras, diese lugar al descanso doméstico, porque la privanza de su príncipe le forzaba a que durmiese muchas en palacio, particularmente ésta que, acompañándole, disfrazados los dos, con otros favorecidos, registraron bellezas y luminarias, hasta al despertar la aurora, que se restituyeron al sueño.

No sé en cuál de las dos, o en Laurisana o en Saurina, fue mas congojosa la noche desgraciada; porque en la primera, el mortal riesgo del maltratado montañés y la poca experiencia que en sentimientos amorosos tenía, se la alargaron insufrible. Y en la segunda, los recelos que el alma le profetizaba, y la voluntad que, con llamas más antiguas, se encendía, la martirizaban las potencias. No sabía de él, desde que, castigando el desatino del francés desbaratado, se desembarazó de sus perseguidores; hábiale advertido peligroso entre la multitud plebeya que, a instancia de la justicia, insistía en su prisión o muerte. Y aunque algún tanto se consolaba, imaginando que, por excusar diligencias criminales, se habría retirado a la sierra, patria suya, porque no le sospechaba herido, la incertidumbre de esta seguridad le desbarataba los consuelos. Añadíanse a estas congojas, presagios de desgracias venideras, ocasionadas de lo que se sigue.

Cuando la disfrazada montañesa vio a su Pedro Guillén de tanto acero acometido, impeliéndola el entrañable amor que le tenía, sin reparar los riesgos de tanta espada, ni en la desaprovechada defensa que su frágil socorro podía hacerle, se arrojó dando voces entre el confuso tropel de aquella turba, llegando a esta sazón, para apaciguarla, el conde Manfredo, potentado de Sicilia, gran favorecido del rey don Jaime, desde que en aquella corona sucedió al Magno don Pedro, padre suyo. Había hasta entonces discurrido por las regocijadas calles al lado de su príncipe, que, encubierto en una carroza, gozaba los aplausos de la liberalidad barcelonesa y, hallándose no lejos del confuso alboroto, mandó al conde que, interponiendo su autoridad, le apaciguase. Prosiguió el rey en su paseo, dio vuelta al carrer Ample y a la plaza, principal teatro de aquella representación lucida, acompañado sólo de don Berenguer Lanzol, hermano de Laurisana, y competidor en la privanza de su rey con Manfredo, no sin emulación y celos por ella en entrambas partes.

Llegando, pues, el conde a ejecutar el mandato de su príncipe, y haciéndose más lugar con la espada que con el respeto, en tales ocasiones poco obedecido, puso acaso los ojos en Saurina que, asustada, con lágrimas y gemidos, se oponía animosa a los ofensores de su prenda. La apretura de la gente y el poco cuidado que en los casos repentinos de este género tiene consigo la turbación desaliñada, derribó el rebozo de su semblante bello, cayéndosele la toca que le disfrazaba; vio en su cara el siciliano el sol a media noche, suspendiéronle sus rayos los sentidos, el movimiento y las acciones, que todo esto puede la excelencia de un objeto, apadrinado de la hermosura, en una potencia que por oculta

simpatía se le sujeta. Olvidóse de sosegar el motín presente, porque tuvo mucho más que hacer en averiguarse con el de sus pensamientos, aunque no pudo. Desaparecióse en esto el animoso joven y discurriendo en busca suya los empeñados en la cobarde empresa, que seguían a la justicia, se desembarazó, en parte, todo aquel sitio. Detuvo, entonces, Manfredo a la serrana, tiranía de sus imaginaciones y puesto que elevados los ojos en la calle por donde vio a su dueño desmentir alcances, procuraba seguirle con los pasos, como con el alma, imposibilitóselo la enfadosa porfía del turbado conde, preguntándola qué parte le cabía en aquel suceso.

-Porque, envidioso -dijo- del ocasionador a tanta desperdiciada perla diera yo por la menor mil vidas. ¿Quién eres, prodigio hechicero de las libertades, que con tal eficacia mezclas crueldades entre compasiones? ¿Lloras por quien huye libre, y no te lastimas de quien, porque le socorre, prendes? Más debe ser el perseguido que pariente tuyo; no me le mientas hermano, confiésale tu amante, que el fuego que entre esas lágrimas fulminas, alumbrando certidumbres, abrasa mis sospechas. ¡Ay! no le intitules esposo, que malograrás una esperanza, puesto que recién nacida, ventajosa a cuantas aliviaron dificultades amorosas. No temas su castigo; Manfredo soy, móvil primero de la voluntad del rey invicto; Valfontana me obedece; conde en Tinacia, árbitro en la paz y guerra, modero a Cataluña. Librarése a mi sombra el que echas menos, si culpado; vengaréle, si ofendido; enriqueceréle, si menesteroso; ennobleceréle, si villano; estimaréle, si tu deudo; pero aborreceréle hasta la muerte, si tu amante. Mentiroso es en ti, rústica divina, el traje campesino; esa hermosura pregona generosidades coronadas. No saben ser corteses inclemencias de los montes con manos tan privilegiadas de sus atrevimientos. Dime verdades, declárame quién eres, que será lástima no vista robarme el corazón y no conocer al pirata que me le cautiva.

No estaban los sentidos de la congojada montañesa tan poco ociosos en sus cuidados que pudiesen atender a las enamoradas razones de Manfredo, y así, respondiendo a sólo el sonido, sin reparar en lo que significaban, dijo:

-Caballero, si lo sois, que aunque el traje lo persuade, las obras lo degeneran, a mí me importa más de lo que imaginas seguir la fortuna de un desgraciado compañero mío; es mi hermano, no tengo otro; hánmele alevosamente descaminado acometimientos descorteses. ¿Qué intentáis estorbándome en buscarle? Advertid que, si me le matan, infamáis el valor que vuestro traje representa, dos veces homicida; una sierra es nuestra patria, nuestro caudal un poco de ganado, unos humildes ganaderos nuestros progenitores y una infelice rústica yo, contra quien solamente se han desmentido a sí mismas las fiestas de esta noche, para todos recogidas, para mí fúnebres.

Permitidme a los pasos que mi hermano adelanta; así cualquiera empresa consiga el fin dichoso de vuestras esperanzas, sin que se le paguen las desdichas que me congojan; que ya podría ser se ofreciese coyuntura en que os satisficiese esta noble libertad, porque, al presente, más importante es para mí lo que os suplico que la corona aragonesa.

Lloró con esto auroras y, naufragando en ellas el conde, conjurado de sus ruegos, argüido de poco cortesano, celoso por los afectos, más significativos que las razones, y alentado

con la oferta favorable, aunque ambigua, la respondió, restituyéndola la mano cándida que usurpaba:

-Más fácil será que, fiándome el hallazgo de vuestra cara prenda, en vuestra compañía le busquemos juntos. Merezca yo este lance, siquiera para que los que me promete mi dicha en vuestras esperanzas, se aseguren, saliendo mis fiadores.

-Antes -respondió- tengo de comenzar el examen de vuestra cortesía, suplicándoos que, sin seguirme, os retiréis a vuestra casa. Porque, ¿qué pareciéramos, de noche, en busca de un pobre ganadero, vos autorizado con tanta compañía y yo infamando los sayales que, cuanto más humildes más honestos, darán materia a ojos y a malicias?

-Piérdome si os pierdo -replicó el conde- para no hallaros.

-Más perderéis con las gentes y conmigo -dijo ella- si, fastidioso impedimento, me ocasionáis a que a voces implore la libertad que asegura en Barcelona a los extraños; porque no sé yo que, en días francos para todos, sólo para mí no hayan de valer los privilegios de la feria. Si amáis como encarecéis, comenzad, mereciendo, a empeñar retornos, que cuando en vos permanezcan pretensiones, de poca consistencia por primerizas, solicitudes facilitan dificultades y, no composibilitándooslas mi ausencia en una provincia misma, buscando diligente, hallaréis dichoso lo que, violentado agora, podrá ser lo que os haga aborrecible; y desengañaos, que, para no quedarlo conmigo agora, os conviene no seguir mis pasos.

Dijo, y, sin esperar segundas réplicas, echó corriendo por la calle angosta que su ausente eligió para deslumbrar con sus tinieblas a sus contrarios, acompañándola sus montañeses y serranas. Embarazado quedó el conde entre sus deseos y su cortesía, sin atreverse a indignar a la que, por obligarse, coloreó engaños con favores, y repitiendo muchas veces entre sí la discreción de sus palabras, el estilo de ellas y lo sentencioso de sus discursos, acabó de persuadirse en que el disfraz villano ocultaba créditos dignos de pretensiones generosas. Mandó con todo eso que, disimuladamente, la siguiesen dos gentilhombres suyos, y informados de su posada y calidad, se lo manifestasen luego en palacio, donde se volvía. Hiciéronlo así y averiguaron que a cada puerta, en cualquier corrillo, deteniéndose, registraba con los ojos, y con el alma en la lengua preguntaba por el montañés perdido, repitiéndoles a todos las señas y traje que llevaba, sin que entre tanta multitud de advenedizos, hallase su esperanza sus deseos; cansada, pues, de inútiles averiguaciones, dos horas después que Laurisana, socorrida, había diligenciado el regalo y cura de su huésped, llegó Saurina a su habitación, que, como dije, estaba en el carrer mismo y, llamando, a la puerta, su primo, que tenía noticia de que al anochecer había, de entrar en Barcelona, porque el serrano que se adelantó con las cabalgaduras le previno, cuidadoso de su tardanza, cuando oyó llamar, salió con hachas a la escalera y, dándole la bienvenida, dijo:

-Ya me enojaba, prima mía, con las fiestas, pues si, reconocido a que por ellas os medrábamos en esta vuestra casa, de suerte nos dilataban vuestra deseada vista que sospecho quería otro hospedaje usurparnos esta dicha.

-Hemos perdido -respondió, disimulando sus sentimientos cuanto pudo- a nuestro compañero, y ya sabéis lo que Alberto, mi señor y padre, le quería, y lo que sentirá cualquier desgracia en que le pongan, entre los atrevimientos catalanes, sus arrojos juveniles; hémosle buscado después que en una pendencia le vimos arriesgarse, y pues con vos no sale al encuentro a recebirme, recelo no nos cuesten estas fiestas tan caras, como ordinariamente las del mundo.

-No le permitirá el cielo, Saurina hermosa -dijo Garcerán, que así se llamaba el primo-, pues, guarda vuestra, trujo salvoconducto de la fortuna para cualquier suceso.

-No hay que temer -acudió Pinardo-, que es Pedro Guillén discreto, y por no experimentar lo riguroso de la torre (este nombre tiene la cárcel común de Barcelona, donde aunque se entre por poco, se descuidan de los presos mucho) se habrá vuelto a la sierra, desde donde os traeré yo nuevas más alegres, partiéndome al amanecer, esta noche misma.

-Hazlo así, Pinardo mío -le respondió la amante-, y medrarás albricias, no de valor poco, si nos le aseguras vivo y sano. Aliviada, pues, con estas esperanzas, subió arriba, donde los agasajos de su primo, puesto que sus recelos se los desazonaban, a cogerla menos congojosa, fueran de no pequeña estima. Dilataron los dos por esto y por ser tarde, conversaciones y preguntas para el día siguiente, y encargándole a Pinardo para la primera luz su partida, se recogieron después de una generosa, aunque para Taurina desabrida, cena, a sus alojamientos, pasando la hermosa apasionada lo restante de la noche con el desasosiego y pena que considerará el discreto, añadiéndole a las de sus recelos, las enfadosas solicitudes que el conde siciliano, para conocerla, hizo.

Todo lo que desde que Saurina entró en su casa, y lo que en el recibimiento de su huésped la pasó, escucharon desde la puerta los criados de Manfredo, con cuya información, contentos no como quiera, dieron la vuelta a palacio y se lo refirieron todo al conde, tan agradecido a su solicitud que los llenó de dádivas presentes y esperanzas futuras. Prometiéndose desde aquel instante yerno de Alberto, dueño de su heredera y venturoso, más por el interés de su hermosura que por la sucesión de su mayorazgo. Quimerizó modos con que introducirse familiar de su padre; porque, aunque reparó en que, siendo Saurina hija única del generoso catalán, y él tan atento a la conservación de su nobleza que había de procurar casarla con el pariente más cercano, por anudar la quiebra de la línea varonil, sin enajenar la de su sangre, todo se lo facilitó la seguridad con que los privados se prometen imposibles. Desvelábale, empero, la ansiosa propensión con que se arrojó aquella noche entre las frenéticas armas de los amotinados, en favor del montañés perdido; lo que por él lloró; lo poco atenta que estuvo a los enamorados extremos y palabras que la dijo; el conjurarle que no la siguiese; el título que dio al serrano de hermano suyo, y las señales infalibles de que le amaba. Aseguráronle contra estos temores sus espías de que, según lo platicado, era el que envidiaba un pobre ganadero, puesto que en su familia no poco favorecido de su padre.

-¿Qué será -discurría consigo el conde-, si acaso fuese deudo de su sangre, criado a sombra suya y pretende hacerle dueño de tan desproporcionada prenda? Montañeses hay, puesto que pobres, bien nacidos, y los antecesores de Alberto, según he oído, de ordinario frecuentaron las asperezas del Puicerdán más que las cortes y ciudades. Según esto, no es fantástica quimera mi recelo; diligencia tanta en su busca, sin disimular en medio de una calle sentimientos mujer tan noble ¿quién duda, siendo tan discreta como sus palabras me advirtieron, y no recatándose de los que la acompañaban, que fue porque le juzga ya su esposo? ¿Qué remedio, pues? ¿No me avisan que uno de sus serranos parte a la montaña a saber si se retiró en ella? El mejor será, si vuelve a Barcelona, desembarazar mis esperanzas de este estorbo, dándole muerte oculta. Quitado este inconveniente, no será difícil que la protección de mi rey, obligándole a que premie en Alberto hazañas y servicios, me facilite su consentimiento y la voluntad de mi Saurina; pues, muerto mi competidor, y yo no desesperado de las razones de mi dama, mejorará conmigo de empleos y conseguiré mis esperanzas.

De este modo barajaban el amor y la fortuna sus encuentros y azares, tahúres esta noche los dos contra cuatro perdidosos: Saurina, de la libertad y del alivio, sin nuevas de su amado; Laurisana, en el principio de su fuego, perdida la quietud, con caudaloso resto de imaginaciones encontradas; el herido, tan combatido de dolores que ni sabía dónde estaba ni a quién debía lágrimas y hospicios; y Manfredo, luchando con celos y esperanzas, haciendo en todos cuatro la costa el sueño, sin que esta vez hallase puerta la quietud para sepultar congojas. Salió el sol y, con sus rayos, en vez de despejar obscuridades a las dudas referidas, añadió tinieblas a sus confusiones, porque, madrugando Laurisana a saber el estado de su huésped, la dijeron los que le asistían ser manifiesto su peligro, porque la noche toda entre dolorosas quejas, tal vez desvariaba, repitiendo no pocas el nombre de Saurina, a quien, como si estuviera presente, lisonjeaba amante, y se querellaba dudoso de que desatinase sus discursos con enigmas y misterios, cuando le aseguraba felicidades amorosas, diciendo, a vueltas de estas palabras, otras muchas que no entendían o su frenesí descaminaba.

Tocó a rebato entonces el asalto repentino en el corazón de la bisoña amante. Y si a solas, amor en los principios, bastó a martirizarla la noche toda, hallándose al amanecer combatida de tan inclementes enemigos como los celos, juzgue quien los conoce qué incendio emprenderían en una libertad sin experiencia, que apenas receló centellas y ya llamas irremediabiles, cebadas en la envidia, nutrimento suyo, se blasonaban enemigos declarados. Quiso entrar a visitarle, pero advirtiéndola que algún tanto reposaba, se detuvo, enviando por los médicos y cirujanos de más nombre, y despachando a los templos y imágenes milagrosas, votos y presentallas que solicitasen oraciones para su mejoría, siguiéndose a estas diligencias, en sus domésticos, curiosidades que despertaron malicias.

Entre tanto, despachándose Pinardo a la montaña, con orden de volver aquella misma noche, aunque corriese la posta, a ganar las albricias de las nuevas deseadas con el hallazgo del montañés querido, o ignorándose, a aumentar congojas, tantas acometieron en breve tiempo el tierno corazón de la enamorada niña, que pudo blasonar hazañas

invencibles en ocultar puertas adentro sus pasiones, sin que los de casa las conociesen en los ojos.

La vecindad de las de Saurina y Laurisana, ocasionaron nuevos accidentes, porque, sabiendo un criado de Garcerán de otro de don Berenguel, el desgraciado suceso del herido forastero, desde que la noche antecedente le hallaron sin pulsos en la calle, hasta aquel punto que, por orden de su señora iba a encomendar por su salud unas misas al monasterio de San Agustín, que está allí cerca, y dándole aquél aviso de todo a la llorosa dama, con las señas de que se informó, y peligro que corría, faltó poco para que, desmayándose, no hiciese público lo que hasta entonces con tanta resistencia de sus afectos ocultó la prudencia; hizo, empero, cuidadosa averiguación de este aviso, y hallándola verdadera, que para salirlo, bastaba que fuese mala, no sé si sintió tanto el verle en poder de sus contrarios, como el peligro en que se le pintaban. Porque, como en la montaña eran tan vecinos los lugares en que su padre y los de don Berenguel vivían, y conocía las enemistades de estas dos casas, persiguiéndose (antes que la privanza con el rey hiciese a su competidor tan poderoso), con todo género de aborrecimiento, ya con acechanzas, ya con declarada guerra, cabíale no pequeña parte a nuestro Pedro Guillén de los daños que su enemigo recibió, que fueron muchos, en venganza de sus contradicciones. Temía Saurina, pues, en esta coyuntura, que, conociéndole, ejecutarían en él la riguridad con que los catalanes se dejan llevar de la ira irreparablemente; combatida, pues, sobre manera, de la concurrencia de tantos infortunios, y ya imposible el volverse a la montaña, mientras su amante, oprimido casi de la muerte y del recelo de sus adversarios, no se le asegurasen libre, despachó a su padre segundo mensajero, dándole aviso de todo en una carta, y previniéndole que no se ausentaría de Barcelona sin orden suya, y de la resolución que tomaba en tan considerable suceso. Llegó Lorino con estas nuevas al tiempo que Pinardo acababa de referir a Alberto lo acaecido hasta la pérdida del animoso ganadero. No se atreven las desdichas a andar solas; llegó la mayor tras la primera, y como el noble viejo amaba padre y favorecía dueño a su disfrazado sucesor, juntándose a este pesar la cólera vengativa, y el recelo de que no pagase su alumno enemistades tan sangrientas, corrió luego la posta y en breve espacio entró, puesto que encubierto, en la Corte y en su casa.

Entretanto, impaciente en Saurina el deseo de certificar con los ojos sus desdichas, valiéndose del disfraz primero y cuidadosa de la cara, pues, a no cubrirla, añadiera ocasiones a la venganza de sus contrarios, atropelló estorbos y persuaciones de don Garcerán, que reprehendía, avisado, aquellas demasías, y se entró por las puertas de su competidora. Aguardó, empero, a que, pasada gran parte de la noche excusase testigos que la conociesen, y avisándola que curaban a su enfermo en presencia de Laurisana, juzgo aquella coyuntura la más a propósito para verle sin ser conocida, pues el herido era forzoso divirtiese registros de curiosos. Salió, en efeto, y con ella sus dos serranas, guiándola el que le dio la nueva lastimosa; subió al aposento de su adorado perseguido, donde halló a la dama amante, a los obligados de la salud y a muchos domésticos que asistían a la dudosa cura, en parte consolados por las esperanzas que les dieron de que, aunque peligroso, no del todo se le imposibilitaban los remedios. Extrañó Laurisana a las montañesas y preguntólas a qué venían. Respondió Saurina que la patria y la sangre se atrevían a entrar sin licencia, donde la juzgaban segura, pues siendo tanta la piedad de su

dueño, que hasta de los incógnitos cuidaba, ¿quién había de recelar que no admitiese gustosa, a los que de tan cerca le tocaban?

-Este mancebo, compasiva señora -prosiguió la montañesa-, es hermano mío; condújonos a la fiesta, y he feriado en ella una noche congojosa; adivinando esta desdicha, madrugamos en su busca, y sabiendo la deuda en que su vida os queda (¡ojalá la consiga, para que él y nosotras os sirvamos como a su restauradora!), venimos, no menos a conocer a quien debemos tanto, como a prometernos con su vista y vuestra liberalidad, esperanzas que disminuyan desconsuelos; pues, claro está que no ha de malograr el cielo piedad que en vuestra casa halló su desamparo.

Hablaba Saurina con tanta turbación a la presencia de su querido enfermo, que no supo o no reparó en prevenir palabras que conformasen con lo sencillo de su hábito. Pero Laurisana, más advertida, juzgándolas desconformes a lo grosero de su apariencia, no poco sospechosa de su estilo, que los celos con cualquiera amago se alborotan, la dijo:

-Adivinaba yo, cortesana montañesa, los agradecimientos que había de medrar de vuestra cortesía y, codiciosa de ellos, cuidé de lo que tanto os toca. Acercaos y hablad a vuestro hermano, que no dudo podrá con su salud más la graciosa presencia de vuestros ojos, que las diligencias de nuestros deseos y, entre tanto que mejora, que lo espero de vuestra visita, sed huésped nuestra, que también sabe esta casa agasajar sanos como enfermos.

Con gracias y reconocimientos breves, cumplió Saurina estas nuevas obligaciones, y acercándose a la cama, ciega de lágrimas, ocasionó la vista de su amante a que clavándola en ella y desapercibido del recato que, a estar totalmente en su sentido, le previniera su cordura, brotando por los ojos y los labios su alegría, dijo:

-Si vos, generoso dueño mío, supiérades el remedio que con vuestra presencia milagrosa medra mi vida, no me le hubiérades toda una noche dilatado. Dudaba yo a quién debiese la vigilancia con que se desveló la piedad en mi socorro, que como os echaba menos entre mis bienhechores, no acababa de persuadirme a que estuviese en casa de Alberto, mi señor y vuestro padre. Pero, más enfermo en el discurso que en mis heridas, mereceré que las atribuyáis a mi poca consideración, pues, a estar en mi juicio, delito fuera creer que, si no es por vuestra mano, me pueda a mí venir algún alivio.

Pondere agora en Laurisana quien amando de veras no tuvo celos de burlas, cuán buen pasaje le harían los que con tantas circunstancias asaltaron improvisos un pecho no experimentado en las desazones de esta pasión rabiosa. El nombre de Saurina, ya fatal para Laurisana, pues desde que la avisaron haberle el doliente repetido tantas veces la pasada noche, le temblaba, y agora manifiesto en su dueño mismo, reducía temores a desengaños. Los amorosos afectos con que, desmintiendo nubes a sospechas, se declaraban certidumbres; el ver la correspondencia recíproca de entrambas voluntades, pues si no bastaron en el herido dolores homicidas para que no invocase entre frenéticos desvelos el nombre de su dama, tampoco fueron poderosas en ella enemistades y peligros, para que, disfrazando riesgos, no se pusiese en las manos de quien no las había tenido sino para derramar su sangre, y esto junto en un instante solo, embarazándose unos

a otros los agravios, y cerrando los movimientos primos la puerta a la templanza y la prudencia. Excelente prueba fue del ínclito natural de Laurisana, que él solo pudiese reprimir ímpetus a sentimientos y publicidades a la disimulación; con todo eso, la sangre generosa, atropellando impulsos provocados, valiéndose de la cortesía, le dijo:

-Pronosticábame yo, Saurina hermosa, que haciéndoos este servicio, había de interesar las medras que, sin conoceros, os significué al principio; y así no hay que agradecer a quien, interesable, dio a usura el hospicio a vuestro encomendado; débole, a lo menos, a su inadvertencia más que a vuestro disimulo, pues por ella, disculpándole el peligroso estado en que le vemos, os merecimos conocer, a pesar de rebozos y disfraces, bien excusados en la seguridad que conmigo tiene todo lo noble y inocente. ¿Qué culpa tenéis vos, Saurina generosa, de las competencias y bandos que nuestros antecesores nos vincularon y vuestro padre y mi hermano prosiguen, ya sólo por la reputación, más que por aborrecimientos personales? Peleen ellos, si les pareciere caso de menos valer el no imitar a sus antepasados, y siendo nosotras menos vengativas, preciémonos de más cuerdas, vituperando con nuestra amistad sus pesadumbres. No habéis puesto los pies en esta casa menos que para señora de ella; yo me doy por vencida; su posesión os reconoce dueño; disponed de todo como vencedora, que, pues hicistes, aunque encubierta, confianza de ella, descrédito sería de quien se blasona noble, no adelantar demostraciones liberales a la obligación en que nos habéis ejecutado.

Reconocida la competidora bella a tan apacible urbanidad, apercebía retornos, aunque pesarosa de verse descubierta, cuando entró de improviso don Berenguel Lanzol, no menos turbado que las dos nuevas amigas y opositoras. Había, en ausencia suya, referido el conde Manfredo al rey don Jaime, el suceso trágico del incógnito forastero, desde que, para apaciguar al alboroto dicho, bajó por su mandado del coche hasta aquel punto, sin reservarle circunstancia de consideración. Pintó el despejo con que el montañés valiente se desembarazó de sus perseguidores, dejando uno muerto y maltratados muchos; el ánimo amoroso con que se arrojó la hermosa rústica entre los aceros bárbaros; las razones que, asaltada el alma de su hermosura, entre los dos pasaron; las diligencias que sus domésticos hicieron, hasta averiguar quién era; los méritos de su retirado padre, Alberto, para que su alteza desempeñase obligaciones de su corona, premiándole.

-Porque de algún modo -decía-, magnánimo monarca, desfloran murmuraciones descompuestas la liberalidad que prodigó vuestra alteza con tantos, y limitado con quien fue no pequeña parte en la restauración de Cataluña, sirviendo al Magno don Pedro, vuestro padre, contra todo el poder de las coronadas lises, sin adquirirle sus hazañas más patrimonio del que le dejaron sus progenitores. En promesas libraron los vuestros sus servicios; en admiraciones solas su valor los catalanes y en alabanzas sus mismos enemigos. Habiendo vos, serenísimo sucesor de reyes tantos, heredado con su corona sus empeños, defeto sería considerable que vos, en quien resplandece más la magnanimidad y el agradecimiento, no hallase tal vasallo, tal valor, tal caballero, otra satisfacción que las canas intempestivas con que le premió el tiempo, trabajos y peligros militares. Sentido de su suerte, no de vuestra Alteza, cuerdo desengañado, se retiró a los riscos; desde ellos, sin duda, nos restituyó el cielo a Barcelona la única prenda de su casa para que, sirviéndonos de memorial con alma, recuerde su belleza olvidos que la malicia llama desfavores.

Restauralde, invicto señor, a vuestros ojos, que yo, siendo vos servido, por lo que debo mirar por vuestro crédito y por el verdadero amor con que me abraza su heredera, siendo protector mío vuestra Alteza, y haciéndole mercedes dignas a vuestra liberalidad y sus servicios, me atreveré, ¡ojalá sea!, a pretender ser yerno suyo. Vaco está el gobierno de Ruisellón, y amenazado Perpiñán de sus vecinos los franceses, que ayudan la restauración con que el rey de Mallorca, vuestro tío, despojado de su patrimonio por rebelde a vuestro padre, dispone segundos alborotos; a todos nos premiáis con fiarle aquella plaza: dais aliento a mis deseos, que faciliten estos desposorios; dote a su hija para que goce estado competente; a su padre, reconocimientos con que, en vuestro servicio, vuelva a ceñir la espada, y a aquel condado, seguridad contra vuestros enemigos.

Escuchó el aragonés monarca a su privado, con la atención y gusto que suelen los príncipes a sus favorecidos, agradeciéndole los recuerdos del olvidado Alberto y, aprobando sus proposiciones, le aseguró esperanzas de lucírselas en breve.

No se le encubrió a don Berenguel Lanzol ninguna cláusula de las propuestas, porque, aun comunicadas en secreto, las que en palacio hacen a dos manos y, valiéndose del artificio doble, se conservan aplaudiendo a los más válidos, se las manifestaran con las ensanchas que la adulación invencionera añade. Privaban con el joven príncipe los dos igualmente y, envidiosos el uno del otro, procuraban enseñorearse del sujeto de sus celos. Los de los desfavorecidos sin comparación son mucho más medrosos y delicados que los de los amantes: padécelos, el que priva, de la menor sombra del mínimo pensamiento. Si el rey se ríe con aquél, ya le parece que se le antepone; cualquiera alabanza o favor, por pequeño que sea, que pronuncian sus labios en beneficio de otro, es lanzada que le atraviesa el corazón. El que, amando, tiene celos, puede satisfacerse de ellos, solicitando, de veras o fingido, otra hermosura que compita con la que le desvelaba. Pero el privado, como no puede valerse de este estratagema, porque no hay más de un sujeto en quien sus competencias estriben, atorméntase más y se apercibe menos. No hay más de un príncipe y éste, si favorece, alienta, y si se entibia, abraza. Limitada y miserable esfera, por cierto, de un mártir de por vida, cuyos más rigurosos verdugos son sus mismas imaginaciones, al paso que más solícito menos seguro. Parecióle, pues, al catalán opuesto, que su competidor intentaba hacer su facción más poderosa, introduciendo en palacio a su enemigo, y que, si salía con ello y, esposo de Saurina, eslabonaban prendas de tanto deudo las dos casas, era forzoso rechazarle de la Corte y, tras esto, destruirle. Vencido, pues, de estos celosos pensamientos, llegó un gentilhomme de su casa y el más confidente suyo, que le avisó del hospedaje y afición con que su hermana, más ostentativos sus afectos de lo que debieran, cuidaba del regalo y cura de un forastero incógnito que, entre hidalgo y rústico, hallaron poco menos que difunto en su calle misma la pasada noche. Refirióle el sentimiento demasiado en Laurisana, las diligencias ansiosas de su remedio, la casi murmuración de su familia, no en balde sospechosa, pues llegaron a tanto sus inadvertencias que, porque el principal médico la dio esperanzas de su mejoría, regocijada sobre manera, se quitó del pecho una joya de diamantes con que premió tan deseadas nuevas.

Turbóse don Berenguel oyendo las presentes, pero no porque le irritasen tanto que diese crédito a recelos en menoscabo de su fama, que bien segura la juzgaba en la estimación

con que su hermana desmentía malicias, pero porque de improviso le ocurrieron industrias, envueltas en dificultades, con que contraminar ardides de su competidor Manfredo. Coligió de lo sucedido la festiva noche y de lo que supo le había comunicado a su rey el conde, que podría ser el huésped maltratado de su casa el mismo que, con indicios del insulto contra la imagen de su príncipe, se había bizarramente defendido de sus perseguidores, y que Saurina, habiendo atropellado en su socorro los inconvenientes de manifestarse, sin impedirla los peligros de tantas armas, no era posible menos sino que el agresor fuese de más prendas que las que le vendía el mensajero. De aquí fue tejiendo prevenciones que desbaratasen las del conde.

-Si el herido -decía- es deudo de Saurina, pues no son pocos los que retirados entre los riscos de las montañas, reconocen a Alberto por cabeza de su casa, agasajándole apacible y regalándole liberal, podrá ser que mi hermana y yo granjeemos por medio suyo reconciliaciones que, parando en paces venturosas, me faciliten a Alberto Armengol en pariente, de enemigo. Generosamente se rinde la nobleza a la cortesía, y en esta parte ninguno más que mi contrario; ya puede ser que, hiriendo al conde con sus mismas armas, goce yo los frutos de sus diligencias. Algunas veces, aunque disfrazado, vi la hermosura que él pretende amante, y confieso de los extremos que la hiperbolizan que, a no imposibilitármela nuestros bandos, se hubieran desmandado a adorarla mis pensamientos. Si agora, pues, mi suerte favorable facilitase inconvenientes y, ganándole diligencias a Manfredo, la mereciese mi prevención esposa, seguiránse a mi casa seguridades y a mis nuevas esperanzas dichas. Fenecerán rencores heredados, y en la amistad perpetua se enlazará con mis descendientes la sangre belicosa de los Armengoles; enflaqueceré los designios de Manfredo y, una cosa misma Alberto y yo, haré mi privanza incontrastable. Porque mi enemigo le considera valeroso, intenta oponérmele a los ojos de mi príncipe, con sombra de premiarle hazañas y servicios. ¿Qué mas lícita venganza que, ya acreditado con él y admitido a su favor, hacerle de mi bando? ¿Qué satisfacción más a propósito, que vengar, con los celos de Saurina, los que con mi rey me causa? No es tan poco lo que me favorece que, hasta agora, no presuma, si no más aventajado, a lo menos en igual estimación de su privanza, que ampare mis deseos. El conde es advenedizo, yo natural y en mi patria; más acreditado de parientes poderosos, como el rey con más necesidad de ellos para sus empresas. Si impetro para Alberto el reino de Ruisellón, a mi instancia será cierto el confirmársele. ¿Qué aguardo, pues, si en la diligencia consiste la ventura, y ésta importa agora tanto? Pero si, por dicha, Saurina amase a nuestro disfrazado huésped, que los extremos manifestados en su peligro, como refirió a nuestro rey el conde, más parecen de enamorada impetuosa que de parienta considerada, ¿qué remedio? Pero del mal lo menos: procuraréle sano, regalaréle solícito y obligaréle dadivoso; manifestaréles el competidor que desazona sus amores; solicitaré que se adelanten sus bodas, antes que convalezca su amante, a las solicitudes de Manfredo y, de este modo, cuando pierda a Saurina, ganaré a su padre y a su esposo, logrando de esta suerte el fin principal de mis industrias.

Éstas eran las imaginaciones que don Berenguel consigo solo consultaba, y las que, sin remitirlas a segundo acuerdo, le condujeron a su casa, al tiempo que Laurisana, disimulando celos, desafiaba a su competidora a cortesías. Puso, al instante que entró, don Berenguel los ojos en Saurina que, franqueado el rostro, iba con los brazos abiertos a

pagar ofertas de la comedida catalana, y como ya entraba don Berenguel, si no del todo enamorado, celoso del todo contra el conde, determinóse competirle amante con Saurina, como privado con el rey don Jaime; pues cuando ella no fuera tan hermosa, el considerarla pretendida le arrebatará las potencias, porque no hay afeite que tanto perfeccione la belleza de una dama, como mirarla con los antojos de los celos. Habíala visto diversas veces, como dijimos, en la sierra, y tiene no sé qué ventajoso con las hermosuras del aldea el traje campesino que, o por la novedad no frecuentada que a los cortesanos entretiene, o porque suple la sencillez del hábito lo violento del artificio, suele apeteerse con más afecto; y no me espanto, que entre los aliños soberbios de las cuidadosas, llévase éstos tras sí los ojos, divirtiéndolos de la cara, pero en la hermosura labradora, como no hay otra cosa que ver más de su natural belleza, y en el banquete del amor un solo plato satisface, hace en éste presa el apetito igualmente. Turbado, pues, de hallarla allí, que la conoció al instante, y contento sobre manera con el buen principio con que alentaba la fortuna sus deseos, dio parabienes a su hermana por la suerte de tal huésped, y a ésta gracias, no libres de turbaciones de amante primerizo. Pagóle en otras, aunque de diverso género, la serrana apetejada, cuya vergüenza, dilatada por sus mejillas, procuraba disculpar en los labios la dilación de su respuesta; pero, desembarazándose presto el alma de estos accidentes, satisfizo la lengua obligaciones, respondiendo:

-Venció en vosotros, generosos hermanos, la nobleza a la fortuna, pues habiéndome ésta entregado en poder vuestro, deseosa de proseguir, con venganzas nuevas, enemistades antiguas, pudo la generosidad convertir pasiones en agradecimientos. No fiara yo tanto de los rebozos rústicos, cuando de tan poco me han servido, a no tener seguridad de que, si ellos me vendiesen, había de conseguir mejor suceso, prisionera vuestra, que en nuestra sierra libre, donde no experimentara cuan vencedora de sí misma sale la nobleza provocada. El amor que mi padre muestra al herido sin culpa, y en vuestra casa regalado, puede dar por dichosos los peligros en que su ánimo le ha puesto, por el favor que en vuestra piedad experimenta; y la simpatía de inclinaciones en él y en mí, apadrinadas de la frecuencia que, desde niños, en una casa y casi en una mesa se atreve a parentescos, perdidosa con su falta, me facilitaron inconvenientes, fiada en estos sayales y en los engaños de la noche. Estímale mi padre poco menos que si fuera su hijo; heredéle esta voluntad y téngole en lugar de hermano, que no del todo mentirosa le di poco ha este título, supliendo méritos suyos y inclinaciones nuestras la desigualdad de su fortuna; porque en él no es más calificada que la que pudo heredar de un serrano humilde, por cuya agencia corre el cuidado de nuestros ganados y granjerías, si bien os aseguro que le autorizan dotes naturales de manera que, a ser posible, se las feriera el más presumido cortesano. Espero segura que, lográndose en su salud vuestra largueza, habemos de sacar de vuestra casa, mi padre empeños con que os sirva, y yo ocasiones que desquiten, en parte, deudas de tan generosa usura.

Llegóse, dicho esto, a su doliente, que, acabado de curar y restaurados los sentidos, ignoraba lo que por él había pasado, desde que en la calle tendido le desampararon los pulsos, y díjole: -Discreto habéis andado, serrano nuestro, aun entre los frenesís de vuestra enfermedad, pues, viéndoos imposibilitado de corresponder al socorro que a vuestros bienhechores en esta casa debe vuestra vida, manifestándome en ella, habéis librado en mi crédito vuestras obligaciones. Perdónoos mi riesgo, en albricias de vuestra

mejoría y de la felicidad que granjeo con la merced que en ella he recibido. Aliénteos la esperanza de que tal regalo y asistencia, sin echar la nuestra menos, os han de recobrar presto, para que con la salud apetecida, sirváis mientras viviéredes a don Berenguel Lanzol y a su piadosa hermana, cuya liberalidad os ha comprado de las manos de la muerte.

-En algún modo -respondió el discreto agradecido- me hubiera estado más a cuento ignorar tan poderosos acreedores, que no se obliga a la paga el que no sabe que debe, pues con ésta viviera libre, si es que vivo, y empeños de tanta suma donde falta el caudal y sobran los deseos, en cualquiera respeto honrado, es vergüenza de por vida. Juzgábame yo, Saurina generosa, en vuestra casa, a cuya vista caí desamparado del aliento y de la sangre, y como desde que nací soy todo vuestro y de Alberto, mi señor y vuestro padre, no me desvelaban satisfacciones, pues, como hechura de sus manos, el bien que siempre le debía había de empeñarle a proseguirle. Agora pues, que, arrestado por el acreedor primero, me ejecutan deudas tan considerables, siendo imposible servir a dos señores tan opuestos y enemigos, ¿qué medras me causará la salud prometida, si no es atormentar un alma, con reconocimientos solos, no hallando salida para lucirlos? Salid vos, liberal patrona mía, a esta fianza, y asentad, entre las innumerables que os debo, esta partida; tendré yo un acreedor solo, y más seguridad mis bienhechores.

-Carta de pago -respondió don Berenguel- de este pequeño beneficio os han dado ya vuestros agradecimientos; libre estáis desde agora de la deuda, como nos prometáis hacer de vuestra parte lo posible para convalecer en breve. Pero soy tan interesable, que no perdonaré al fiador que me habéis dado, por cuanto enriquece a Barcelona; ni me contento con menos hipotecas que los recuerdos, no de lo que, como criado suyo, habemos por vos hecho, que esto es nada, sino de lo que prometemos hacer en su servicio, y de la voluntad para reconocernos por suyos. ¡Ojalá valiese ésta con la de su padre tanto que, borrando pasiones connaturalizadas, incorporásemos sangres y almas, para causar admiración y gozo a Cataluña! Mucha parte, gallardo montañés, según lo que Alberto Armengol y su heredera generosa muestran quereros, puede vuestra discreción ser para que esto se consiga, y en vuestra diligencia libramos Laurisana y yo la obligación, si nos tenéis alguna, del cuidado que ofrecemos en vuestra mejoría. Y porque para ella lo que más importa es vuestro sosiego, siendo tan tarde, desmentid dolores con alientos; acompañaré yo a vuestro hermoso dueño hasta su casa, con condición que, de ésta y de nuestras libertades, quede por señora.

Retornóle Pedro Guillén agradecimientos; rehusó Saurina a los umbrales que don Berenguel pasase de ellos, puesto que en vano; despidiéronse las dos competidoras, amigas en la apariencia y cumplimientos, mortales opositoras en las almas, que con celos no valen beneficios; llegó a las puertas de Saurina el catalán enamorado y, dejándole el alma a los umbrales, bien que violentando pasos, se restituyó a su casa; entró Saurina a escuchar templadas y corteses reprehensiones de Garcerán, su primo, que juzgó aquella resolución por algo desenvuelta.

Apenas, pues, acababa de recogerse a su aposento, para consultar imaginaciones, entre alegres por el buen suceso que le aseguraban en la salud de su llorada prenda y

melancólicas por las sospechas que le ferió Laurisana, considerandola más atenta de lo que quisieran sus deseos a la asistencia de su herido, cuando entró su padre, que los estímulos de tal para con su encubierto sucesor, le apresuraron la jornada más de lo que a sus canas convenía. Recibióle Garcerán, no poco admirado de que el riesgo de un pobre ganadero tuviese en la voluntad de su dueño tanta parte que, con tanta prisa por saber de él, atropellase inconvenientes de vejez tan digna de sosiego, y en la de su hija, para fiarse, inconsiderada, de la cortesía de sus mortales enemigos. Maliciando, pues, de estos extremos sospechas desproporcionadas, le guió a su presencia hermosa con no poco consuelo de los dos, bien que templado por los afectos que a entrambos causaba el amor tierno, pues, aunque distinto en los deseos, era uno mismo en la sustancia.

No quiso descansar el cuidadoso viejo hasta saber de boca de Saurina lo principal y lo accesorio de aquella desgracia, satisfaciéndole a todo ella, discreta y compasivamente, punto por punto, callando, empero, lo sucedido con el conde que, como no le amaba, debió de haberle ya olvidado. Díjole que la pena de no saber con certidumbre el estado del herido ganadero, en confianza del disfraz que de noche y en una casa llena de gente y alboroto parece que podía asegurarla, la llevó a ella, movida por una oculta propensión que, lastimosa, sin ser más en su mano, la arrebató el temor a los discursos.

-Criéme -proseguía-, generoso padre mío, desde los pechos del ama, por orden vuestra, inseparable a los ojos de Pedro Guillén, tan señor de vuestra voluntad, que fue difícil diferenciarnos la atención cuál de los dos, en los afectos de padre, en los regalos de piadoso o en los beneficios de rico, fuese el más aventajado. Presumí de esto los sentimientos que os habían de ocasionar su muerte y que, siendo yo de algún modo su causa, pues a no venceros mis importunaciones, para que, forzado vuestro gusto, me permitiédes con él estas ferias desdichadas, no le receláramos dudoso de la vida, era forzoso hallase en vuestra pena el castigo de mis desórdenes, y la mucha a que ocasionan los asaltos repentinos me guiaron a su hospicio.

Refirióle luego la afabilidad cortés de Laurisana, las muestras en don Berenguel de un ánimo caballeroso y agradable, y que, si en personas de su calidad eran dignas de crédito ponderaciones y palabras, colegía de las suyas los deseos que ponderaban de que aquel suceso engendrarse dichas que, pacificando enojos, parasen en perpetuas amistades. Pero siempre le habló la prevenida dama, en esta materia, cuidadosa de no advertirle amantes pretensiones, puesto que con no poco disgusto suyo las había examinado en el catalán rendido. Díjole, en fin, que el herido estaba con mejoría notable, y los que le curaban no desesperados de restaurarle brevemente a la salud que todos deseaban.

Consolóse, en parte, el lastimado Alberto, y sobre manera convencido del liberal socorro que, en la casa de sus adversarios, halló quien menos le esperaba, alabó en parte y en parte reprehendió la atrevida resolución de nuestra dama, puesto que, como las acciones todas en tanto se vituperan o se estiman en cuanto sus progresos salen desdichados o felices, el fin alegre del referido le facilitó agrados en su padre que, admirado por extremo, atribuía a la fuerza de la sangre, en los dos una misma, tan arrojadas determinaciones. Recogieron con esto; Saurina a desenmarañar esperanzas, que se las enredaban nuevos temores, y su padre a discurrir consecuencias de tan considerables

premisas. Imitaban sus desvelos don Berenguel y Laurisana, tejiendo una tela vistosa por la variedad de los hilos que la hermoseaban, si temerosos entre las dificultades de su consecución. Parecía al amante impersuadible el corazón de un catalán, cuyas canas hacían más temosa la herencia de sus bandos; no acababa de persuadirse a que Saurina amase al montañés enfermo cuando examinaba la desigualdad de los sujetos; con todo eso, conociendo la prodigiosa inclinación de las mujeres, no se le hacía dificultoso que, favorecido el ganadero de tantas prendas personales, siendo, como presumía, su pariente, le estorbase, amado de Saurina, pretensiones. Alentábase tras esto, acordándose del próspero principio que sus empleos consiguieron, pues, entrándosele por las puertas su disfrazado hechizo y hallándola tan dispuesta a terciar amistades, nunca hasta aquel tiempo apetecidas, conjeturaba en favor suyo benévolo el consentimiento de su dama para solicitarla esposa. Del mismo modo, Laurisana, desmintiendo descréditos que en la calidad del montañés querido le alegaba su opuesta, se decía a sí misma:

-No me persuadirán afirmaciones de Saurina a que esta vez inadvertida la naturaleza solamente, cargue de tantas perfecciones a un sujeto, y la de más estima, que es la nobleza, se la niegue. ¿Qué sé yo si, celosa, descubrió en mis ojos los alborotos de mi pecho y para destruirlos me le desacredita? ¿Cómo creeré que, debiéndole tan poco a su calidad este mancebo, se arroje precipitada por él al golfo de tanto inconveniente una doncella tan ilustre, cuya discreción, desde la sierra tiene envidiosa nuestra Corte? ¿Tan privilegiado en ella el recato presumido que, vendiéndonosla incomunicable la fama, sólo nos la disculpan los riscos, patria suya? ¿Rústica en la voluntad y en las demás potencias prodigio milagroso? Fingióle hermano, cuando, serrana, vino a visitarle, pues a qué efecto, sino a honestar con este título el amor que la consume? Luego es, sin duda, que le ama; luego más caudal tiene su valor del que en Saurina nos le desdora; y cuando no le tenga, si ella le quiere, ¿por qué repararé yo en querelle? ¿Qué más resistencia puede blasonar la consideración en mí que en ella, si soy mujer, como Saurina? ¿Si Saurina es tan noble como Laurisana? Compitamos, pues, las dos en duda, que el tiempo y la voluntad que le tenemos sacará de las entrañas del secreto el oro que esta mina nos encubre.

No se diferenciaban de éstos los discursos que el amor de su hermano silogizaba, porque con la misma advertencia se le apoderaban del corazón los celos, considerando en su dama demasiada la solicitud cuidadosa de aquel no conocido; si bien, causándose los Manfredo más averiguados, sólo quisiera desembarazar el paso de lo más difícil, juzgando que, libre de este estorbo, no eran considerables los demás a sus intentos. Fióselos todos a su hermana; refirióla lo que, envidioso de su privanza, comunicó con el rey el conde; cuán dispuesto halló en él el patrocinio para favorecerle y premiar merecimientos del padre de Saurina; que todo esto se fundaba en introducir con el joven príncipe enemigos suyos que le apartasen de su lado y, últimamente, que habiendo entrado entonces más estadista que enamorado de Saurina, para valerse de los consejos y discreción de tal hermana, luego que vio la disfrazada belleza, se le apoderó del alma tan imperiosamente que, cuando no consiguiera otra dicha más de merecerla, aunque su calidad no pasara del serrano traje que se atrevió a encubrirle, se juzgara totalmente venturoso. Así que, medrándole una acción sola a Alberto por su amigo y suegro, seguridades a su privanza, a su competidor descréditos y a sus sospechas la más airosa

satisfacción, pues con sus mismas armas le vencía, y sobre todo a Saurina por esposa, no podía persuadirse que quien le deseaba prosperidades no le previniese diligencias para efectuarlas.

Vio Laurisana el cielo abierto, y derramándose el regocijo por los ojos y mejillas, salió a darle las gracias del bien que su amor interesaba. Franqueóle el camino su esperanza para redimir su quietud de la tiranía de sus celos, pues no podía dudar que Alberto admitiese agradecido por yerno, a quien, antes que el favor real le hiciese poderoso, le estaba tan bien por lo calificado, lo rico y aplaudido, para desbaratar parcialidades y juntar en una dos casas de las más ínclitas que aquella corona veneraba. Dueño, pues, su hermano de Saurina, quedaba sin competidora la voluntad enamorada que ya, sin la esperanza de su huésped, padecía, pues no podía persuadirse que, estimado con tanto exceso de Saurina y de su padre, no ocultase más prendas de las que le vendían tan humilde.

-Si las tiene -decía-, terciará Alberto con mi hermano, agradecido a la solicitud que pienso poner en este parentesco; será mi esposo el montañés gallardo; pero cuando no sea ilustre, amándole sin celos, deleitaré la voluntad, considerándole, ya que no mío, tampoco de Saurina.

Estos discursos la persuadieron a que aprobase cuanto su hermano la propuso y a que le diese prisa en la ejecución de tan gustoso arbitrio.

-Importa -le decía- desvanecer, al punto que amanezca, las diligencias de Manfredo, porque, teniendo de su parte al rey, no dudes que, mandando a Alberto que vaya a su presencia, ponga en posesión a tu enemigo. Y si una vez empeña su favor pidiéndole a su hija para el conde, será en balde pretender que la real intercesión, retrocediendo tibia, solicite lo contrario. Madrugue tu cuidado para lograr principios tan felices como la fortuna nos ha metido en casa con los huéspedes, pues no ignoras cuántas veces la negligencia desazonó disposiciones favorables.

Pagó alegre con los brazos don Berenguel sus conformes avisos, y retiráronse, fingieron que a dormir, pero no sino a velar en la contemplación de sus deseos; quedaron en que a la primera luz se partiría el catalán amante por la posta a la montaña donde, viéndose con el apetecido suegro, subordinase en su arbitrio reconciliaciones que hiciesen firmes vínculos perpetuos. Pero, avisado en esto que el valeroso anciano estaba en Barcelona, acabaron los dos de prometerse totalmente felices, resuelto don Berenguel en no aguardar más que la presencia de la aurora, para trasladarse a su casa y prevenir solícito la dicha a sus intentos.

No eran los de Manfredo tan remisos que, espiondo sus confidentes todas las acciones de su dama, se le encubriese la visita del herido, certificado del agasajo con que la recibió la hermosa Laurisana y todo lo que después entre los dos hermanos y Saurina había pasado aquella noche, que, como se hallaron presentes cirujanos, doctores y las agencias de sus criados eran tan solícitas, fueles fácil la noticia de las menores circunstancias.

No, empero, la tuvo de los intentos de su competidor que, como éstos se comunicaron con su hermana, sin testigos, escapólos el secreto. Supo, también, la venida de Alberto a Barcelona y, pareciéndole que se le traía su ventura, aguardaba que el rey se levantase para que, haciéndole venir a su presencia, allanase inconvenientes, pues no lo eran pequeños obligar a un padre tan atento a su nobleza que enajenase en dueño extraño la única heredera de su casa y permitiese pasar a linaje, puesto que generoso, tan diverso, el apellido y sangre de los Armengoles. Habló, pues, el conde al favorable príncipe, y impetrado segunda vez su patrocinio, determinó ir en persona a adelantar reconocimientos de las mercedes que a su instancia el rey le prometía, llevándole consigo a su presencia.

Entre tanto, pues, que gastaba Manfredo en esto la mañana, aprovechándose don Berenguel del buen despacho que la diligencia asegura en quien primero llega, se entró en la pieza donde Alberto descuidado se vestía y arrojándole a los pies la espada, hincado de rodillas, sin darle lugar a resistirse la repentina acción de su venida, le besó una mano, bañándosela de algunas enamoradas lágrimas que adelantó a los ojos el deseo adulator para cohecharle. Suspendióle al catalán turbado la novedad de tales sumisiones, y corrido de ellas, si no se lo estorbara el joven pretendiente, se las retornara con otras semejantes. Díjole, empero, levantándole y ciñéndole el cuello con los brazos:

-Estratagema es de competidor discreto y capitán experimentado la que habéis agora, don Berenguel ilustre, hecho conmigo, pues, para triunfar de contrarios por herencia, os valéis de las ventajas que a las armas lleva la cortesía, puesto que en vos, por demasidamente humilde, sospechosa. ¿Qué servicios míos os pueden obligar a demostraciones tan poco merecidas y tan fuera de los límites de vuestra cordura generosa? Porque si no es que una merced sea empeño de otras, habiéndome obligado con la que mi ganadero recibe en vuestra casa y con la que mi Saurina reconoció en la misma la noche antecedente, no sé yo qué razón haya para que, en vez de ejecutarne feudatario, me adeudéis pródigo.

-No juzguéis -respondió-, venerable señor mío, que os antecede este nombre por la esperanza que vuestra generosidad me pronostica, tan poco interesados mis reconocimientos que no granjeen a mi dicha lances por extremo gananciosos. Vengo, lo primero, a ponerme en vuestras manos, pues, habiéndose fiado de las vuestras prendas de vos tan estimada, razón parece que os la aseguren rehenes semejantes. Favoreciéndonos a mi hermana y a mí la suerte de vuestro nombre, ocasionándonos al servicio que en vuestro montañés valiente os habemos hecho, y no satisfacerla de este modo sería descrédito grande de quien se blasona tan agradecido. Acabó de rematar nuestros merecimientos anoche la fortuna, pródiga en honrar nuestra casa vuestra hija y mi señora, y si ella adelantó demostraciones tan no esperadas, fiándose magnánima de sus mayores enemigos, ¿qué os damos que no se os deba? ¿O qué no os debemos por mucho que os sirvamos, si el primero beneficio no admite equivalencia? Yo soy vuestro prisionero y sin esperanza de rescate, porque no pienso salir de estas paredes, menos que con la marca en el rostro de esclavo vuestro, cuando mis pocos méritos no consigan el de vuestro hijo. Saurina, mi señora, ha de ser, sirviéndoos vos de verme vivo, bisagra de diamante que, con la sangre, eslabone perpetuas vuestras almas; ha de ser, en efecto, cándida paloma que, coronada de oliva, símbolo la veneren vuestras paces.

-Hasta en proponerme primero lo que yo había de suplicaros -respondió el viejo comedido- os podéis blasonar vencedor, dejándome corrido de obligado. Estále tan bien a mi Saurina ser esclava vuestra, que perdono a los ofensores de mi ganadero su peligro, en estrenas de la dicha que ha de seguirsenos, teniéndoos yo, señor don Berenguel, por dueño de mi casa.

Echárasele segunda vez a los pies el regocijado joven, si entonces no entrara un paje avisando a Alberto que el conde Manfredo, acompañado de innumerables pretendientes, lo mismo es que aduladores, se apeaba a sus umbrales. Novedad extraña se le hizo al viejo ilustre semejante venida, y en don Berenguel se asomaron los celos al rostro, no esta vez azules, sino carmesíes.

Advirtióle asustado, y preguntándole el porqué, le refirió con palabras cortas a lo que sospechaba que el conde venía, pero que, seguro con la que acababa de ofrecerle quien, por no quebrar las suyas solía arriesgar la vida, pensaba desmentir temores de competidor tan poderoso; que, excusando su encuentro, quería, con retirarse sin su vista, excusar los ímpetus al sentimiento que no se atrevía a resistir en presencia de quien le competía. Templóle amoroso Alberto con animarle ratificando lo prometido y, despidiéndose de él, le hizo guiar al jardín, por cuya puerta, sin ser visto de los del conde, excusó desgracias que pudieran suceder entre los dos si no se previnieran. Salió Alberto hasta la escalera, no poco maravillado de los improvisos accidentes que a un tiempo mismo se atropellaban unos a otros. Recibió al favorecido con las sumisiones que en los que no lo son permite el uso y la lisonja. Retiráronse de los muchos que con él entraron y, tomando sillas, dieron principio preámbulos que la urbanidad y cumplimientos introdujeron en los cortesanos. Encareció, después el conde, lo atento que, desde que el rey le fiaba sus consultas, había estado a los merecimientos de sus hazañas y servicios; lo que le lastimaba la corta satisfacción de ellos; lo mucho que en esta parte instó para que se le premiasen y que, reconocido su Alteza a su lealtad, su sangre y sus vitorias, enviaba entonces a llamarle con intento de fiar a su valor el más considerable gobierno de su corona; que, en retorno de este patrocinio, le suplicaba concediese liberal con lo que su príncipe le propusiese y él no decía, por no desazonar las esperanzas que, comprometidas en el rey, le aseguraban próspero suceso, pues sirviendo en ello a su príncipe, granjeaba juntamente un amigo que, sin comunicarse, había mirado por sus aumentos con más eficaces persuasiones que cuantos asistieron a los pasados reyes. Agradeció con palabras generales, puesto que ponderativas, el prudente catalán estos favores, sin darse por entendido del blanco a que tiraban. Ofreció reconocerle toda la vida por su bienhechor y generoso dueño de sus medras y, bajando en su compañía, en su misma carroza los dos, guiaron a palacio.

Ya don Berenguel había ganado los oídos reales, porque, al punto que se despidió de Alberto, ocupó la presencia del joven príncipe, cuyo favor conocía con todas las circunstancias de privado, porque la similitud de las edades y inclinaciones, se conformaban con la simpatía que, en lo natural, influyen las estrellas; teníaela también al conde, sin que hubiese llegado a su noticia la emulación de entrambos, pero no tan aquilatada como al catalán dichoso; y ansí, aprovechándose agora de lo más preciso, que es la buena gracia de su dueño, hincando la rodilla y valiéndose de todo lo persuasible y

exagerable, le propuso cuanto desde la pasada noche representó la fortuna en el teatro de sus mudanzas, siendo personajes de esta hasta allí tragicomedia, Pedro Guillén, Saurina, Laurisana, el conde, Alberto, y el mismo don Berenguel. Sin mentirle cláusula alguna, díjole el estado último en que su suerte y diligencias tenían su esperanza; lo mucho que a su servicio convenía este casamiento pues, con él, se sosegaban inmemoriales competencias entre dos casas vasallas suyas y de las más ilustres que, por amistad o deudo, se llevaban tras sí todo lo considerable de aquella corona, repartiéndose en dos parcialidades; que la ventaja que lo natural lleva a lo violento, ésa hacía a Sicilia, Cataluña, pues este principado era suyo como dote de naturaleza y el reino de Tinacria como de la fortuna; que por el mismo caso había de ser más favorable y afecto a los súbditos catalanes que a los de allende.

-Cónstame que habéis prometido, ínclito monarca -proseguía- patrocinar al conde en este caso y que, a su persuasión, despertáis obligaciones debidas a vuestro leal Alberto Armengol, premiándole servicios. Suplicar yo agora a vuestra Alteza que, haciendo mis partes, desdoréis de algún modo la inmunidad de vuestra real palabra, sería atrevimiento digno de vuestro disfavor y mi castigo. Lo que yo pretendo sólo, es que, pues en perjuicio de partes no acostumbran los reyes a nadie hacer mercedes y el estado en que se ven mis cosas diligenciadas por mi industria y no, hasta agora, por vuestro real amparo, árbitro vuestra Alteza entre los dos y indiferente, permitáis solicitudes libres a los méritos, sin que favores las violenten. Súplica es la que os propongo, señor invicto, honesta y justa; a vuestra sombra me sublimó vuestra piadosa inclinación a vuestra privanza, no méritos míos; si en esta coyuntura Manfredo se me antepone, forzoso es que tras ella se me siga el menosprecio que han de hacer de mi persona los que la veneran por la vuestra; de modo que, no solamente perderé la consecución de mis deseos, pero el crédito y estimación con mis naturales. Ignorando vuestra Alteza que yo solicitaba paces y vínculos con Alberto y su heredera, pudistes, agradable, alentar pretensiones de mi opuesto. Pero ya que os consta mi antecedencia en ellas, desobligada queda vuestra real palabra.

Prosiguiera el apasionado litigante, a no atajarle risueño el príncipe pacífico, asegurándole lo que le suplicaba, y confirmando en él la voluntad que le tenía.

-No supe yo -respondió- vuestros cuidados, y así no os maraville que me permitiese a los del conde; agora que me consta, estad cierto de mi parte que no se os desperdicien, pues cuando yo no deseara haceros las mercedes que mi inclinación os manifiesta, la razón de estado había de persuadirme a lo que vos me suplicáis con tanto afecto; pues, pacificándose los bandos que entre vuestros parciales y los de Alberto Armengol tantos años ha que desasosiegan a Cataluña, podéis pedirme premios, porque me la ofrecéis segunda vez conquistada. Él vendrá ahora a mi presencia, que, a instancia de Manfredo, siendo él el ejecutor de mi mandato, envié por él, para proponerle lo que ya, por vos, no intento. No desmayéis principios tan dichosos, ni por mí tengáis recelo que se os descaminen. En esto estaban, cuando llegaron a sus pies los contenidos. Besóle la mano Alberto y, mandándole levantar, le dijo:

-Mucho, Alberto, debéis al conde Manfredo, mucho a don Berenguel Lanzol, y esta corona mucho a la fidelidad con que me habéis servido. Desquitémonos todos, pagad vos lo que debéis a uno, que yo pagaré por vos a los demás, y escoged de ellos, a vuestro gusto, el acreedor que mejor os estuviere, cumpliendo con vuestro crédito y palabra.

Volvió las espaldas en diciendo esto, y quedóse Manfredo despulsado, porque esperaba, sin competencia, menos equívoca la protección del rey. Animáronle con exceso a don Berenguel las misteriosas palabras de su príncipe, engendrando en Alberto nueva veneración a tan discreta juventud.

-No es poca la feliz ejecución de mis deudas -dijo al conde-, cuando, citado al conocimiento de ellas, sentencia el juez y juntamente paga por el que debe. Cobrad vos, señor conde, de su Alteza, cuyo caudal es más abonado que el mío, pues se allana por mí a satisfaceros, que, graduándoos entre mis acreedores en lugar primero y en lo mejor parado del secreto, no me parece que puedo hacer más en vuestro servicio. Ni tendrá razón de quejarse de mí don Berenguel que, en fin, como de casa, se habrá de contentar con lo que hallare en ella. Mi Saurina es suya; yo se la he ofrecido, y de su virtud y discreción espero que reconocerá lo que de tan ventajosa compañía medra nuestra dicha. El rey, que sólo fuera poderoso para desazonarnos las presentes, las aumenta; su Alteza, don Berenguel, Saurina y yo quedamos convencidos; siendo vos tan cuerdo, y en la cobranza el más aventajado, desaire sería el desconformaros de nosotros.

Perdido, con el color, casi el respeto a la inmunidad del sitio en que se hallaban, iba el conde a responderlos empuñando el estoque; pero el rey, que oculto atendía a la prevención de lo que recelaba, salió a este tiempo, y castigando con la severidad de su semblante al conde alborotado, le mandó se retirase adentro. Alabó después la discreta elección del noble anciano, prometiéndole mercedes más considerables. Dióle a don Berenguel los parabienes y dijo quería honrar sus bodas siendo su padrino, pero que, en muestras de la publicidad con que le favorecía, le mandaba se reconciliase con el conde, de suerte que aquel disgusto hiciese en los dos lo que el estropiezo en la carrera del que va de prisa. Que no era bien se maravillase de cualquier demostración apasionada en semejantes pérdidas, pues celos certificados con mal logros, disculpan mayores desaciertos.

-Yo le templaré de suerte -concluyó el apacible príncipe- que, desde este punto, más amigo vuestro, me ocasionéis los dos, sin emulaciones, a haceros más mercedes.

Los labios en su mano suplieron exageraciones a la lengua y despidiéndolos, publicó la fama en el palacio todo, y tras él, en la corte catalana, en estas nuevas, las paces, las bodas y amistades de estas dos tan encontradas familias, y el favor con que Alberto se restauraba a la gracia de su príncipe. Acompañólos la lisonja invencionera hasta sus casas y, poblándose entrambas de visitas, frecuentes ya en la de Alberto los Lanzoles, como en la de don Berenguel los del apellido de Armengol ilustre, no hubo bien intencionado en Barcelona que a sí mismo no se gratulase con este parentesco, ni envidioso que, disimulado, no mintiese exterioridades alegres y festivas.

Entre tanto, pues, que el enmarañado laberinto de estos accidentes emboscaba los afectos de todos, unos gozosos y otros con pesares, Laurisana, aprovechándose del desembarazo de su casa, y sola en ella, entró a visitar a su adorado enfermo y, despejando el aposento, en compañía no más que de una dueña, parienta y confidente, después de alegrarse con la mejoría que el herido mostraba en el semblante y de los preámbulos con que el cumplimiento hace el gasto a la cortesía, le habló de esta manera:

-Vengo a daros plácemes, amigo huésped, que elijo más este título que el de Pedro Guillén, porque no me persuado que tan plebeyo nombre desautorice en vos partes dignas de más noble fortuna; vengo a daros parabienes y avisos mucho más provechosos para vuestra enfermedad que las medicinas y cuidado con que esta casa os le desea, porque si no hay cura de más efeto que el alegría del ánimo para un cuerpo maltratado, no dudo yo con las que os apercibo que convalezcáis en breve. Alberto Armengol, a quien debéis demostraciones de padre y servís de ganadero, reconocido a la voluntad que os mostramos y diligencia con que os pretendemos libre de este peligro, es ya tan nuestro que, olvidadas antiguas enemistades, cuelgan las armas de la oliva y reservan el laurel para más lícitas hazañas. A ejecución de estas premisas, y no siendo yo la menos interesada, vengo a daros las gracias de esta conclusión de parte de mi hermano y mía. Alberto, dueño vuestro, está en nuestra Barcelona, que hasta este extremo llega el amor con que os dificulta de tan humilde estado; juzgad vos si me será difícil colegir de estos efectos que hay debajo de vuestro vulgar nombre y traje más calidad de la que, no sé yo por qué, nos priva de la estimación que, conociéndoos, merece vuestra nobleza. Saurina os vino a ver anoche, sin reparar por causa vuestra en desaires, que entre enemigos declarados, a no estar tan atentos a lo que a sí mismos se deben, pudiera sucederla; íntimas correspondientes ella y yo habemos quedado y, en tanto extremo que, volviendo agora de pagarla por vos la visita que os hizo, que, huésped nuestro vos, corren por mi cuenta vuestros empeños, me fió secretos que acabara de manifestarme a no impedirlo estorbos forasteros. Mucho os quiere, y no sé si se antojan imaginaciones, a más de lo que permiten desigualdades de vuestra fortuna, a quien debéis tan poco. Tercero indicio para mis conjeturas de que es la vuestra más calificada que parece. Lágrimas ha derramado en mi presencia que, descifrándolas mi curiosidad, pasan más allá de compasivas. Si merece el crédito, que con vos presumo que ha ganado la lástima de vuestro riesgo, alguna obligación, declaradme estos misterios, que, padeciendo vos los dolores de esas heridas, no os pueden hacer buen pasaje las del alma si no se comunican. Yo os los restituiré, convaleciente, con seguridad de que debajo la llave de mi fidelidad, sin dar parte de ellos a persona, podréis usar de ellos después a vuestro gusto, y advertid que, para que éste no se os desbarate, os importa hacerme a mí vuestra depositaria, porque estoy cierta de que su padre y mi hermano, puesto que sin noticia de Saurina, tratan, mediante el vínculo amoroso, perpetuar, mezclando sangres, la paz propuesta. ¿Qué sería, pues, que por preciaros vos demasadamente de observante en la lengua, sin vuestra culpa, os despidiésemos de casa, sano en el cuerpo y en el alma incurable sin remedio? Puédele haber agora, aunque difícil, porque le debo yo tanto a don Berenguel que hasta de los afectos más ocultos de su pecho pienso que soy señora. Mi palabra os doy de disponer el suyo, si os queréis los dos en el sentido que sospecho, de suerte que, por su causa, no se malogren vuestros amores; avisos son éstos de más consideración que los remedios médicos aplicados para vuestra cura; si por ni fiármelos me negáis el pulso,

no os quejéis después del cirujano que os promete, descubriéndole vuestras pasiones, salir airoso de vuestros peligros. Tenían ya lugar las potencias en el doliente para percibir con atención estas palabras, porque su robusto temperamento, la edad florida, el no haberle sobrevenido calentura, las heridas que, peligrosas en la apariencia, no lo eran en la sustancia, y el cuidado interesable de los médicos, se opusieron a los desmayos segundos y aseguraban su breve mejoría, respeto de lo cual pudo responder de esta manera:

-Dichoso lance, bellísima bienhechora mía, hubiera echado mi fortuna, pues a costa de una desgracia sola granjea las mercedes que recibo, si al hacer la cuenta no me congojara la imposibilidad de satisfacer tantos alcances; puesto que, quien sin abono del deudor prodigaliza favores, pagándose a sí mismo con la liberalidad del beneficio, parece queda por libre de la deuda al empeñado; con todo eso, además del reconocimiento que todo favorecido debe a quien le favorece (caudal de desvalidos como yo, si bien precioso para quien antepone la voluntad a la riqueza), si es gusto vuestro que me adeude de nuevo, librando mis esperanzas en vuestra protección, obedeceré ya rematado, aunque se diga de mí «preso por mil», y lo demás de este proverbio. Mi calidad, señora mía, es la misma que os han significado, sin más quilates que el ampararme como a su hechura Alberto, mi señor, y haberme criado en servicio de Saurina, mi señora y su heredera. Tan pusilánime el conocimiento de lo poco que valgo que, por no desmayar del todo, han sido precisas las ayudas de costa con que mi generosa protectora me alentó la tarde que en esta Corte entramos. Ordenóme entonces que me atreviese a temeridades amorosas, aunque me sacasen de mi humilde esfera. Tiéneme la voluntad lícita que heredó de su ilustre padre, y basta esta sola para apasionarla con los extremos que os han sido notorios. No hagáis en esta parte, apacible bienhechora mía, mucho caso, si me imagináis por esto más deudor de la naturaleza de lo que publico, pues, siendo vos tan discreta, advertiréis la fuerza de una inclinación continuada con la frecuente comunicación de dos sujetos que pocas veces se dividieron desde niños. Afirmóme entonces (¿qué sé yo si para animar?), que cierta amiga suya me deseaba menos desconfiado, y que si yo me desmentía a mí mismo y precipitaba resoluciones, me las abonaría con iguales correspondencias. Negóme su noticia y exagerómela de suerte que, cuando ensoberbeciera presunciones, las mismas esperanzas que me daba me la dificultaran imposible. Obligóme, empero, a que no dispudiese de mi libertad, permitiéndomela por mayor para registrar bellezas, sin su consentimiento. Enmarañóme los discursos con la contradicción de estos enigmas, porque si era cierto que amiga suya y de prendas tan sublimadas me deseaba solícito en su servicio, ¿a qué propósito, encubriéndomela, me permitía examinar sin límite las otras hermosuras? Y si, ajustándose mi inclinación con la más proporcionada a mis deseos, no siendo más en mi mano, se enseñoreaba de mis potencias, ¿cómo era posible que cumpliese con la agencia prometida? ¿Cómo guardarla yo palabra de no enajenarme sin su gusto? Deletreando, pues, mi pensamiento tantas obscuridades, llegamos a esta Corte, cuando sus festivas luces suplieron las del día. Gozamos por sus calles lo más vistoso, hasta que en la Mayor, deleitándose Saurina, mi señora, en la ostentación del ingenioso simulacro de nuestro rey invicto, y yo la vista con dos almas, porque me arrebató la mía, sucedió el desatino desperdiciador de la diáfana figura; vi al delincuente; castigóme su insulto más que mi acero; cayó sin vida; juzgóme la justicia y el concurso agresor de entrambos desaciertos; intentáronme prender; defendíme herido y, retirándome a la casa de mi dueño, el desmayo y el peligro ocasionaron la liberalidad piadosa de vuestro noble

pecho a que, venturosa mi desgracia, me restaurasen el regalo y los favores de vuestra benignidad la vida, que si primero, habiéndoos visto a un balcón, de vos se querellaba oprimida, soberbia en contemplaros, ya dueño absoluto de ella, cuando me la quitéis por temeraria, si el señor puede disponer de lo que es suyo, no habrá quien salga a la demanda; puesto que no sería acción de generosos volver a quitar la prenda, siendo cruel, que una vez se dio por ser piadosa. Ésta es la verdadera relación a que me obligastes; si excedió la osadía los límites debidos al respeto, atribuidos al frenesí de mis heridas, que no del todo habrán desembarazado mi juicio, y a la demasiada permisión con que alentastes mi esperanza, pues, a no ser rústica mi sangre, no se tomara más licencia de la que me distes. Indignaréisos contra mí, no hay duda, y cuando me deis respuesta rigurosa, que, aunque indigno, no la merezco, la severidad de vuestros ojos acabará de abrir puertas al alma, que se vio no ha mucho a vuestros umbrales despedida. Feneceré dichoso por haber cumplido, a satisfacción de Saurina, mi promesa, y llevaré de alivio las paces que entre Alberto, mi señor, y vuestro hermano establecieron mis desgracias, con que será forzoso que, llorándome agradecidos, tengan aborrecimiento a mi homicida, y siéndolo vos, mezcléis con el amor que os tienen la indignación de mis mal logros.

Sintió Laurisana, a par de muerte, la confesión que de su fortuna humilde hizo el montañés enamorado, por cerrarle las puertas, menos que con su descrédito, a la esperanza de intitularle esposo; pero templó estos pesares el desahogo de sus celos, viéndose prendada de su voluntad amante y, disimulando advertida estas dos pasiones encontradas, entre severa y apacible, le respondió: -Vivo y con salud, Pedro Guillén os deseamos; no permitirá el cielo que medre yo en vuestro daño nombre de homicida, cuando sólo el de piadosa me obligó, sin conoceros, al cuidado de vuestra salud. Poned vos, para conseguirla, de vuestra parte, los medios que os pertenecen, que yo de la mía añadiré los que, sin perjuicio de mi reputación, fueren posibles. Temerosa entré a daros aviso del vínculo que se concierta entre don Berenguel y vuestra señora, porque presumí sentimientos en vuestra voluntad prendada; confieso mi malicia, pero fundóse en las finezas que por vos hizo, pues por mucho que merezcáis, no dispensándolas amor sin ojos, cualquiera las juzgara demasiadas. Agradezco a mi engaño el que lo sea, a truco de que vos no tengáis ocasión de empeorar heridas; mejoradlas, pues, con el contento de estas nuevas, y si os importare, para convalecer con brevedad, el consentimiento de vuestras esperanzas, aprovechaos de él, entre tanto que os damos plácemes de sano, aunque algunas veces se permiten a un enfermo privilegios que le dejan, después de convalecido, mal acostumbrado; pero de dos inconvenientes, menos mal llevaré este último que la pérdida de persona tan digna como vos de conservarse.

Una mano de marfil selló los favorecidos labios del montañés alegre, hipócritamente resistida de su dueño, cerrando el primer período de sus amores con agradecimientos exagerables, si lo son, y no limitados, los que se atreven en un amor de veras a medir afectos con palabras, prosiguiendo con las que se siguen:

-Superfluos son los remedios perezosos, señora mía, que en mi salud se diligencian, porque, ¿de qué servirán medicinas y doctores, donde palabras vuestras tienen toda la eficacia de un milagro? Ya me siento perfectamente restituido, y puesto que, por mandarlo vos, estoy contento, por la falta que recelo han de hacerme vuestros favores después de

sano me congojo. Una fuente artificial, concendiéndose a la vista del enfermo, entretiene la sed de sus crecimientos sin que se le permita a su peligro que se la eche a pechos; en este sentido, enfermo estaré toda la vida, mientras la fuente de vuestros favores me durare. Incapaz me sacó al mundo la bajeza de mi suerte; ésta me imposibilita la satisfacción de mis deseos hidrópicos; pero ¿qué más dicha, que el tener la fuente a los ojos y haberla conseguido los labios? Amaré por sólo amar, y entretendráme una esperanza cuyo apetito será nunca tenerla. En dos partes divide su fábrica el ser humano; la principal es el espíritu, la menos estimable es el cuerpo; entrambos aman; aquélla, como más perfeta, reduce sus efectos todos a correspondencias recíprocas, sin adelantarse a más de a querer y ser querida y, en consiguiendo este fin, vive deleitosa. El otro, material y interesable, pena mientras no satisface a los sentidos, dando a cambio, deleites por deleites. Las almas, en la calidad y estima, conforme la opinión de algunos, todas son iguales, que, como no tienen casas solariegas, ni antecesores con que diferenciarse, en un solo instante criadas y no con dilaciones producidas, ni emulan noblezas, ni lloran deslucimientos; en esta parte, Laurisana hermosa, ni merezco más, ni me tengo en menos que los más ilustres; en el cuerpo sí, que, alumno de la naturaleza en las calidades generosas o groseras, en las bellas o disformes, en los caudales de la fortuna cuantiosos o míseros, está sujeto al menos o más valor y gentileza con que se distingue lo noble de lo plebeyo. Soylo yo, y así, desesperando lo que menos se estima, que con el tiempo o engendra fastidios o desluce perfecciones, me quedaré con lo más perfeto y estimable, que es amaros en el alma, dichosa sobre cuantas alientan los vivientes si, siendo correspondida, consigue sus deseos, pues en esta parte no desdoráis la vuestra, siendo todas de una misma jerarquía; veis aquí, hermosísima señora, la fuente, sin esperanza de poseerla, la sed inagotable que, apeteciendo siempre, nunca alcanza y así no tiene límite, y el enfermo que, consolado con su vista, envidiará al benemérito poseedor de lo que mi fortuna corta no merece, contento con lo que me toca, sin vuestro perjuicio.

Respondiérale la dama, totalmente rendida al despejado estilo y discurso sazonado de su amante, sin persuadirse a que padres rústicos hubiesen organizado hospicio a espíritu tan delicado, pero entraron Alberto y don Berenguel a visitarle y, mudando asientos, retiró la disimulación al pecho demostraciones amorosas. Dioles Laurisana nuevas de su mejoría, estimadas de Alberto como padre y de don Berenguel como deudor del buen despacho de sus deseos. Contáronle el estado en que los tenía, y que sólo dilataba la conclusión de sus desposorios su deseada convalecencia, que no querían les faltase, para ser totalmente festivos, este requisito. Regocijóse el montañés discreto con tales nuevas, de modo que, atenta a sus acciones la celosa enamorada, acabó de arrancar de la imaginación las reliquias que de sus sospechas habían permanecido en sus temores, quedando todos igualmente gozosos, aunque diferentes en las causas.

Feriárale Saurina parte de su regocijo a ser vendible; pero habían mudado los gustos alojamiento, pasándose los pesares al pecho de la ansiosa dama. Porque entrándola a visitar, como primero dije, el amante catalán, en compañía de su padre Alberto, y diciéndola, entre otras razones: «Tan próspera sola esta vez, amoroso prodigio de la belleza, he hallado de mi parte a la fortuna, que hasta el rey, mi señor, aplaudiendo mis deseos, se sirve de honrar nuestro desposorio, favoreciéndonos padrino», desmayósele la lengua a la turbada hermosa entre los labios a los aborrecibles acentos de estas razones;

huyó la púrpura desde las mejillas al corazón para favorecerle, imposibilitándola el susto la respuesta. Atribuyeron los dos a vergüenza generosa la alteración amante, que en tales coyunturas disculpa cortedades, y medrándola alabanzas la presente, les pareció ausentarse hasta que el sosiego y los discursos diesen lugar a la consideración y aliento al gusto con que, por la mayor parte, se alborozan las damas cuando escuchan la primera vez nuevas de casi todas deseadas. Partiéronse, en efeto, a visitar a nuestro herido y quedólo mucho más la congojada niña.

Cerrósele la puerta a la esperanza, destituida totalmente de alivios para no perderla, porque imaginar que, siendo tan calificado y útil para su padre y casa el casamiento prevenido; enemigo don Berenguel hasta entonces tan considerable, de lo más realzado de Cataluña, favorecido de caudal, gentileza y discreción, juventud y cortesía, privado de un rey, que solicitaba sus deseos; empeñado su padre en su palabra y alentado con las mercedes reales que el olvido había hasta allí desbaratado a sus hazañas, resucitadas ahora en la memoria de su príncipe; llamado a su presencia, sólo a fin de obligarle con ella a los propuestos vínculos y paces, cuando en aquella nación tan difícilmente se desdican palabras ofrecidas, aun entre las personas de menos suerte; conociendo, en conservarlas, más catalán a Alberto que a todos sus vecinos, juzgábalo tan imposible, como variar el movimiento prodigioso de los cielos. Pues, permitirse poseída de quien, odioso hasta aquel punto, jamás oyó su nombre entre sus deudos que no fuese para destruir su bando y, sobre todo, libre a su competidora la pretensión de su adorado amante, cuando su amor fuera remiso, cuanto y más, connaturalizado desde la cuna, la experiencia sabe que de cenizas tibias levantan los celos brevemente incendios formidables que dan en tierra con las más presumidas resistencias. Persuadíase a que, solícita Laurisana en estos tratos, los apresuraba para quedar dueño absoluto de la prenda pretendida, y en llegando a su imaginación estas sospechas, se le apuraba el sufrimiento. Descaminadas, pues, las consideraciones encontradas de Saurina entre tinieblas de congojas tantas, sin esperanza de descubrir una senda siquiera que la guiase al sosiego perdido, remataba sus discursos con prevenirse a la desesperación, último fin de desdichados.

Por tal se tuvo Manfredo cuando, en la mayor seguridad de sus intentos, se los desvaneció, como a la luz las sombras, en un instante, la diligencia antecesora de su competidor favorecido. Fió toda su dicha en la protección del rey, con tiempo prevenido, y experimentándole neutral agora, titubeó con su tibieza la fortuna, que juzgaba de su parte; pero después que se vio negado a sus esperanzas totalmente, y en los ojos de su rey reprehendido, no hizo poco en reprimir los ímpetus a la desesperación. Retiróse porque se lo mandó su príncipe, y hallóle de manera, entrándose tras él, que, lastimado de su sentimiento, trocó severidades en templanzas y caricias; propúsole cuán difícil fuera obligar a un caballero como Alberto a que retrocediese la fe y palabra dada a don Berenguel que, diligente, le tenía ya empeñado en ella. El bien que se seguía a toda aquella provincia belicosa con el parentesco y amistades de dos casas tan opuestas. Lo que interesaba su corona en tenerlos sosegados y seguros, para los movimientos que de Francia y Nápoles le amenazaban, por la restauración del reino siciliano.

-¿Cómo me constará -proseguía-, que anteponéis mi servicio a vuestras comodidades, no subordinando vuestros apetitos a mi gusto? Téngole en haceros mercedes; no las desmerece el que os compite; priváis conmigo entrambos; con igualdad os favorezco; aventábaseos don Berenguel en esta pretensión por natural de Cataluña, por más solícito en granjearla, por más a propósito a mi razón de estado, por más dichoso, en fin, que vos en esta parte, pues halló tan dispuesta la voluntad de Alberto a sus deseos. No es posible que vuestra discreción, lealtad y el amor que me debéis, atropellase en favor vuestro inconvenientes tantos. Menos tampoco intentaréis, agora, deservirme, dándoos por sentido contra vuestro litigante en acción como ésta. Ya yo sé cuán poca firmeza tiene la amistad entre dos privados: porque como son retratos de sus dueños, y los príncipes no admiten compañía en la corona, tampoco los favorecidos en su presencia. Hagamos, pues, para remedio de esto, una privanza sola de la vuestra y de la suya; serán transcendentales mis favores, gozándolos con igualdad el uno y otro. Laurisana, si no lleva ventajas a Saurina, que no puedo afirmar, porque no la he visto, es digna por hermosa, por avisada, por noble y rica, de usurparse cualquier cuidado amoroso que en vuestro pecho haya la otra desvelado. Ofrecí pagar por Alberto al uno de sus acreedores: si os desposáis con la hermana de don Berenguel Lanzol, dotándola en el marquesado de Módica, cumplo con mi palabra y vos mi gusto; seréis una misma cosa vos y vuestro opuesto, mezclando sangres hacéis una privanza que es imposible conservarse entre los dos partida. No quiero que, atropelladamente, os remitáis a mi compromiso, puesto que os aseguro que las veces que Laurisana ha venido a mi presencia, la he juzgado por asunto benemérito para esperanzas reales.

Satisfágaos la experiencia, examine vuestra visita sus estimas, que, aunque apasionado por Saurina, fío de su hermosura milagros que disculpen vuestra mudanza. Ocho días os doy de término: si en ellos la inclinación de las estrellas os la persuade, ningún servicio vuestro me será tan grato como aplaudiros dueño suyo. Si os imposibilita vuestra pasión la voluntad y no podéis amarla, no os la tengo yo de violentar; pero podría ser que la mía, sintiéndose desconforme de la vuestra, como la inclinación consiste en la similitud de los afectos, juzgue los que os gobiernan no con tantos quilates como afirmáis en mi servicio.

Retiróse el rey en diciendo esto, y dejó a Manfredo zozobrando entre dos vientos contrarios, a pique de irse a fondo. Muchas veces había el conde considerado la belleza de la propuesta dama, ya en palacio viniendo a besar la mano al rey, ya en las publicidades festivas, y puesto que de todos celebrada por prodigio de perfecciones, como la miraba con los ojos de la emulación competidora, siendo su hermano el blanco de su envidia, nunca la juzgó digna del común encarecimiento, porque gradúa el enemigo de una misma suerte las prendas de su contrario y las de sus parciales y parientes. Amante, pues, agora Manfredo de Saurina, celoso de don Berenguel, cuando se le propuso a la voluntad embarazada y despedida otro sujeto que, por tocarle a su competidor tanto, no le apetecía primero, ¿qué mucho que agora le pareciese menos hermoso? Si todo lo que se ofrece de gracia en materias amorosas no tiene la estimación que lo que se alcanza a costa de competencias, desvelos y dificultades, no es maravilla que el conde rehusase, con las circunstancias dichas, esposa que la voluntad no se la solicitaba, amenazándole el poder coronado para que la admitiese. Si obedecía imperios del rey, se condenaba a esclavitud doméstica de por vida; si, rehusándola, proponía a su

dueño la repugnancia de su inclinación contraria, era forzoso el peligro que corren los que una vez desdicen del gusto de los reyes, que en ellos y en los vidrios no admiten las quiebras soldaduras; pero en imaginando que, no obedeciéndole, era preciso el retirarse a Sicilia, viendo que dejaba vencedor en la privanza de su rey y de su dama a su contrario, martirizábale la envidia, que no viven mucho, por desinteresados que sean, los favorecidos de los príncipes, una vez apartados de su privanza; echaba menos, si perdía la que gozaba agora, la adoración de los pretendientes y lisonjeros, las medras con que ensoberbecen a sus sucesores los que hacen trato de la frecuencia de los monarcas, y el peligro con que la tristeza amenaza a los degradados de los gobiernos y consultas. Consume al más prudente la memoria de veneraciones pasadas y la desestimación y olvido de las presentes. Errante, pues, entre los laberintos de tantas entradas sin salida, arbitraban el discurso el recelo, el amor y la envidia, peregrinos medios, todos difíciles y escabrosos; pero como el ingenio nunca de una vez sutiliza los pensamientos tanto como cuando le hacen estudioso desesperados celos, propusieronle éstos ahora un asunto digno de la necesidad siempre industriosa en que se vía, no empero de la nobleza que heredaba. Admitiéndola, en efecto, ciego a la prudencia, remitiendo a las almohadas consultas que la dispusiesen a su propósito sin peligro, que al silencio de la noche llamó un discreto, patrón de sutilezas, y nunca las trazas, de una vez sola imaginadas, salen con la sazón debida. Determinado, pues, en su venganza, volvió a los ojos de su rey, risueños los suyos y, contrario de su corazón apasionado, el semblante alegre, le dijo que el sujeto que su Alteza le proponía era ventajoso para mejorar empleos; que, cuando no se interpusiera su servicio, poderoso con él para arriesgar la voluntad y vida, merecía Laurisana por sí sola diligencias y solicitudes de pretendiente de mayores prendas; que, consideradas las de la hermosa hermana de don Berenguel, habían desterrado a los desiertos del olvido las memorias de Saurina; que no sólo comprometía su libertad en sus preceptos, pero que, cuan encarecidamente un amor de muchos años pudiera necesitar su patrocinio, le suplicaba apresurase la deseada conclusión de este tratado, pues, además del interés que conseguía su amor casi impaciente, le instaban las congruencias que su Alteza le había propuesto, emparentando con don Berenguel, pues dejaba a sus descendientes heredados en el patrimonio y nobleza de los Lanzoles. Premió el apacible príncipe con los brazos resolución tan a su gusto; prometiéndole hacer nuevas mercedes, y remitió para la siguiente tarde, que no sufrieron sus deseos dilaciones, el convenir las partes, ofreciéndose padrino de entrambos desposorios. No tardó don Berenguel de venir a darle gracias por el feliz despacho que, en fe de su intercesión, consiguieron sus deseos, acrecentándole el rey el gozo de ellas, con las segundas del consorte que había diligenciado para su hermana.

-Cumplí don Berenguel -decía- mi promesa. Dos competidores vuestros he convertido en dos seguros amigos vuestros; dos contrarios son ya, padre vuestro el uno y el otro vuestro hermano. Dadme a mí los parabienes de esta dicha, que en fe de las que os deseo, juzgan por propias las que logran mis favores en vos y en Laurisana.

Reconociólas el ilustre catalán con los labios en sus pies, y exageró alabanzas de tan afable dueño, el cual, mandando venir al conde y refiriéndole en presencia suya todo lo sucedido hasta aquel punto, concluyó con significarle cuán gustoso le aceptaba por hermano. Añadió con esto Manfredo en su alma celos y congojas nuevas, pero tan disfrazadas en la cara y en la lengua que no acabó de ponderar su venturosa suerte,

porque de ordinario son más ceremoniosas las mentiras disimuladas que los afectos verdaderos. Diéronse los brazos, amigables, sin doblez, de parte del catalán sencillo, puesto que de la de Manfredo quisiera la envidia que los suyos se transformaran en áspides egipcios. Y señalando el plazo para sus bodas, que dispusieron fuesen cuando el herido montañés estuviese en disposición de hallarse en ellas (habíale ya referido al rey el catalán amante los sucesos de la festiva noche, su valor, el castigo del francés desatinado, cuán airoso se desembarazó de la justicia y pueblo, sus heridas, peligro, amparo generoso que halló en su hermana, los extremos de afición que, en Alberto y en Saurina, daban causa a imaginarle de mayores prendas, con todo lo demás que en este caso os es notorio), concluyendo que juzgarían su esposa y suegro desazonados sus desposorios, mientras no los alegrase la salud de su montañés favorecido. Aprobó el rey su discreta dilación con no poco deseo de conocer al alabado joven y diciendo que, entre tanto que se recobraba, podían prevenir galas y fiestas aparatosas lo posible para el tálamo, porque le quería ostentativo. Los despidió gustoso de reducir a tan felices medios, principios que amenazaban fines tan peligrosos. Partióse don Berenguel a feriarle estas nuevas a su hermana, y Manfredo a atajar con la industria de su ingenio la tela que comenzaba a hilar su venganza y celos. Deleitando estaba Laurisana sus imaginaciones y esperanzas por los ojos, que, suspensos en la contemplación de su doliente, cuantas veces le apartaba de él recelo de no manifestar sus pasiones o las ocurrencias forzosas de su casa, formaba escrúpulo y, cual si se los hurtara como prendas suyas, le parecía tenía obligación de restituírselos. Hechizábala el alma la conversación entretenida y delicada de su ingenioso estilo, y tenía razón, porque un espíritu discreto, un entendimiento aliñado, es piedra imán de corazones, es norte de esta piedra y es, en fin, móvil primero de este norte. Agora, pues, que casi declarados sus amantes afectos y entre los dos recíprocos, cobraba retornos y, descifrando obscuridades, gozaba permisiones lícitas, envió a llamarla don Berenguel su hermano para contrapesar alivios, que no se coge en la heredad de amor fruta sin hueso, ni esquilmo sin trabajo. Hallóle apercibiendo abrazos, mensajeros de los gustos que, a su parecer, la traía entre las buenas nuevas de sus aplazados desposorios.

-Una sola desazón, carísima hermana mía -dijo- disminuyó hasta agora los prósperos progresos de mis dichas, y fue el considerarte sin dueño que te mereciese y me pudiese descuidar de la obligación en que mis padres me pusieron cuando, por su falta, quedaste por mi cuenta. Casado yo, y embarazados los deseos de tu estado con los cuidados que suceden a una alma enajenada en el amor y asistencia de su reciente esposa, pareciera género de ingratitud y atención remisa en perjuicio de quien, además de ser mi hermana, ha empeñado mi voluntad con sus virtudes y rendimientos a mi gusto. De algún modo desdoran su crédito los hermanos que, vice ejerciendo el título de padres, toman estado primero que le tengan las que corren por su cuenta. Luego no del todo pudiera blasonarse mi suerte de dichosa, si impiden el tálamo mis obligaciones, o te dejara el arbitrio de tu elección sin mi consulta. Pero hasta en esto, Laurisana mía, quiso hacerme venturoso el cielo. Nuestro rey te desposa y con dueño no menos que digno de la aprobación de tanto rey. En el marquesado de Módica te dota; el conde Manfredo, mi hasta aquí competidor y su favorecido, te adora y pide; tú has de ser la que perpetúe nuestra privanza, tú la liga que mezcle y incorpore en uno dos metales tan opuestos como el conde y tu hermano. Excusa conmigo turbaciones vírgenes, siquiera porque son comunes en las demás bellezas, pues, no siéndolo la tuya, no han de comprenderte sus generalidades. Yo sé de

tu delicado entendimiento, de tu sazonado juicio y de la seguridad que tienes en mis deseos, que regocijas los tuyos con las nuevas que te ferio. Apercibe el alma al consentimiento, la lengua para el sí y en tus brazos las albricias que merece mi embajada. Porque luego que esté sano nuestro huésped, mi Saurina y tú, el conde y yo nos hemos de desposar a un tiempo, siendo el rey nuestro padrino, porque hasta en esto nos igualem sus favores.

No cuando de golpe da en el suelo la fábrica suntuosa, oprimida del peso de la gente, en el espectáculo festivo de los juegos públicos, despulsa tanto al que sobre ella, asiéndole del frágil antepecho, le advierte titubeando para la caída, como pasmó la hermosa Laurisana al impensado aviso de su notificado cautiverio. Ni la vergüenza esta vez se acordó de las mejillas, porque, favoreciendo al corazón, dejó tan pálido el semblante, que temió su hermano en él las amenazas de la muerte, ni se atrevió helada la lengua entre los labios a darle otra respuesta que la que se sigue: -No suele, hermano mío, la cordura, que en ti esta vez se ha descuidado, asaltar con semejantes sustos, desapercibida la seguridad de quien, tan lejos como yo de empleos semejantes, no echa contigo menos a sus padres mismos; perdóname que estoy por agora imposibilitada de asistirte.

Retiróse con esto, y atribuyéndolo don Berenguel a la ordinaria turbación que en estos casos enmudece empachos virginales, dio lugar al tiempo, fiado en que desvanecería en breve aquellas nieblas vergonzosas, saliendo más claros los resplandores del contento que, en la más disimulada hipocresía, comúnmente deleitan aun vislumbres de himeneo.

A vuestra consideración discreta remito, porque no los limiten mis ponderaciones, los pesares que en escuadrón atormentarían el pecho de la ansiosa catalana, permitiéndoos cuantas la imaginación os ofreciere, que, por muchas que sean, dudo que equivalgan a las de sus congojados pensamientos. Sólo os afirmo que, estimulado con la oposición del propuesto esposo el amor que, todo montañés, se le apoderó del alma, y resuelta de atropellar con todo, se trasladó a la presencia del enamorado herido y, preñados los ojos de aljófares que abortaba por los labios la congoja, fue mucho que no desembarazase el alma al cuerpo, saliendo disfrazada entre estas razones:

-Serrano mío, no quiere la fortuna que me ampare de este nombre; no mi hermano, que deudor de la dicha que le ocasionastes, sin saber donde se engolfa, os paga con ingratitudes. Al enemigo mayor que hasta aquí tuvo me violenta esposa; a un envidioso del lugar que con el rey ocupa, galardona con el premio que su amor os debe. El rey lo solicita, el cielo lo dispone, mi desdicha lo apresura y sólo el plazo que me señalan es vuestra convalecencia. Pero ¿qué importa todo, si la muerte, que es más poderosa, ofrece redimirme? Imploraré, primero, que la ejecute la real clemencia y delante de mi homicida le intimaré aborrecimientos imposibles de borrarse; si no se enterneciere a mis suspiros, si, para conmigo sólo tirano, quisiere anteponer la inclinación a la justicia, un acero breve que llevaré escondido, en su presencia misma resucitará en mis resoluciones lástimas de la romana ilustre (puesto que tarde, honesta, pues pudo sacrificarse antes que violara las aras de su pudicia). Esto será sin duda cuando en vuestra voluntad el amor que significáis tenerme, tan pusilánime se entibie que no se atreva a trasladarme a distancias extranjerías que, más piadosas, merezcan mejor que Cataluña el título de patria. Reparaba yo hasta

agora en desconformidades de sangre y de nobleza con que el pundonor supersticioso, puesto que me permitía quereros, estaba resuelto a no manifestaros eternamente mis afectos amorosos, para que los lograsedes el tálamo. Contentábase mi suerte con que, el cuerpo libre, fuédeses vos dueño del alma sola; corta en favoreceros, me aconsejaba la seguridad avara, pero ya el riesgo de perderos me precipita pródiga. ¿De cuánta más estimación es digno vuestro empleo que el del conde aborrecido, si mi inclinación y vuestras perfecciones suplen calidades con que se ensoberbece? Si rústicos progenitores os dieron unos riscos ¿qué rustiqueza más vituperable que, violentando voluntades, apetece forzada un alma que el cielo y el amor privilegiaron exenta de tributos y opresiones? ¿Importarále al esclavo que las mazmorras sean de pórfidos y jaspes, las cadenas de diamantes y oro, cuando le martirizan con más rigor que las del metal verdugo? No por cierto. Libre en un páramo, se juzga venturoso el bien considerado, y cautivo en los alcázares llora el infelice, aunque se le permitan sus doseles. Yo soy ya vuestra, por vuestra cuenta corro; animoso os vendió la fama en esta Corte; si mi desdicha agora os acobarda, que lo creo de mi enemiga estrella, desesperada de segundo arbitrio, escogeré el primero y moriré, sin que empeños amorosos me obliguen a lloraros acreedor de mis desgracias.

Espejo animado escuchó el confuso enfermo las palabras igualmente lastimosas en él y en su afligida prenda, retratándose en su rostro los afectos que le imprimía, ya, con pinceles de los celos y el temor de perderla, pálidos, ya, con escuchar sus alabanzas, purpúreos, y últimamente, con la resolución amante de anteponer la muerte a su violencia, regocijados; en el golfo, pues, de tan contrarias olas, la respondió amoroso:

-El antídoto más eficaz contra enfermedades venenosas, socorrido y saludable médico de mis desdichas, es el que, compuesto de calidades contrarias, proporcionando la ponzoña con los simples cordiales, de extremos enemigos saca un medio saludable que con prodigioso efeto rescata la vida de las manos de la muerte. No me sucediera a mí este milagro, si vinieran las persecuciones con que la fortuna intenta malograr mis esperanzas, enajenándolas de vos, desconfiadas de remedio: ponzoña fuera que instantánea me trasladara desde esta cama a la sepultura. Ni tampoco siento valor en mí capaz del gozo que en vuestra firme voluntad medra mi suerte humilde, si no le templaran vuestros pesares, pues tan robusta puede ser una medicina que, por falta de virtud en el enfermo, en vez de restaurarle le derribe. Mezclastes prevenida, dueño hermoso mío, las desgracias con las prosperidades tan a tiempo, que resultando de su contrariedad mi alivio, ni de modo las amenazas de perderos me afeminan que las esperanzas vuestras no me animen, ni éstas son en mí tan poderosas que, dudoso entre los peligros en que vuestro hermano os engolfa, me aseguren. Débole, por lo menos, haberme ocasionado su resolución a que conozca manifiesta vuestra voluntad, hasta aquí ambigua, en cuya correspondencia puedo yo, agradecido, precipitarme a cualquiera riesgo que disculpe temeridades. Fíad de las mías, que, codiciosas al premio de serviros, cuando faltara el de adoraros, ni el conde lograra sus diligencias, ni permitirán mis obligaciones que os tiranice dueño que vuestra elección no admita. Poco dista Francia de Cataluña; en la generosidad de sus naturales es fuerza que halle vuestro valor y belleza seguro amparo. Yo os conduciré a su rey, primero que el nuestro desdore su clemencia, afecto a su privado. A su sombra viviréis, conocida vuestra sangre, con la estimación y libertad que merecen tales prendas. No quiero, en

retorno de mi destierro voluntario, otro premio que el que, antes que os necesitase tanto aprieto, propusistes. Admítame por vuestro esclavo el alma y quede privilegiado el cuerpo del dominio que no merezco; ensoberbeceráme de modo esta ventura que, sin osarse mi bajeza a pasar de ella, adoraré correspondencias limpias, nunca aspirando a otros empleos ni descaminando la imaginación a nuevas hermosuras, ni pretendiendo de la vuestra más que la gloria de miraros, la suavidad de oídos y la utilidad de comunicar con vos mis pensamientos. Podrán tanto en mí estas dichas, si en virtud de mis promesas os recobráis alegre, que, apresurando mi salud con favorable brevedad, ejecute mi palabra y vuestras determinaciones. Entre tanto, amoroso hechizo de mis sentidos, contemporizado con vuestros perseguidores, disimulad risueña con el rey, con el conde y vuestro hermano, que, pues dilatan vuestro cautiverio hasta que yo sane, tiempo nos permite la fortuna para disponer nuestra seguridad con los discursos. Esto le dijo, concluyendo la lengua con enriquecer los labios en el marfil de una mano, cuyo espíritu se bebió con ellos, absueltas casi de la salud que, desde entonces, fue adquiriendo por instantes la posesión perdida.

Cogiólos Saurina con el hurto en las manos; a lo menos cogió a Laurisana con la mano sobre la boca de su favorecido ganadero y como se imaginaba en posesión de sus potencias, juzgó que su competidora se le robaba. Había venido con su padre y don Berenguel a verla, que ya, imaginándose todos una familia, sin reparar en ceremonias, se comunicaban tan domésticos como si nunca se hubieran perseguido. Disimulaba Saurina sus desesperaciones y, deseosa de aliviarlas con la vista de quien amaba, a título de dar parabienes a Laurisana, entre tanto que su padre y don Berenguel disponían futuros desposorios, porque el viejo quisiera que se celebraran sin publicidad aparatosa, siempre enemigo de ostentaciones cortesanías, y don Berenguel como mozo, perdido por hacer alarde de sus riquezas y privanza, alegaba que habiendo de ser el rey padrino suyo cualquiera encogimiento era culpable, y así entre otras fiestas trazaba de mantener unas justas generales; para concordar, pues, tan diversos pareceres, se retiraron los dos a una pieza sola, y entonces Saurina, recelosa de lo que buscaba y no quisiera hallar, sin dar aviso de su venida, se entró donde los dos amantes, previniendo inconvenientes, disponían la contrayerba del peligro que recelaban. Al tiempo, pues, que Laurisana, satisfecha con la animosa resolución del enamorado joven, la boca en su mano y los ojos entre llorosos y risueños, apercebía la lengua y en ella el alma, para empeñar con denuedo los socorridos propósitos de su defensor valiente, asaltados de Saurina, sorprendió en los tres la turbación al entendimiento, pues en ninguno se pudieron disimular afectos, disfrazándose los celos entre los rubíes de la vergüenza en los semblantes de las dos damas, y cabiéndole no pequeña parte de ella al asaltado ganadero. Porque, desde la tarde que vino a las fiestas con Saurina, examinando favores misteriosos que en aquella jornada le ocuparon los discursos, tal vez los atribuía a agencias encomendadas a favor de alguna amiga oculta, cuyas partes, con las circunstancias encarecidas, estaban a su cargo; tal a que, en nombre ajeno, diligenciaba seguridades propias, y no quisiera por ninguna de estas dudas verse asaltado en aquel lance. Retiró, en efeto, la mano Laurisana, y pudiera ser que, desapercibida la prudencia, manifestara en una y otra sentimientos, si no entrara en esto un paje que la llamó de parte de su hermano, para que recibiese apacible al conde que se apeaba a los umbrales, para visitarle. Desbarató este susto, como más urgente, los celos, y, sin dar lugar la emulación a la

cortesía, ni hablar a su huésped palabra, se retiró tan engolfada en sus congojas que, a examinarlas su enemiga, no sé si la tuviera lástima.

Quedaron los no conocidos hermanos solos y, adelantándose en la dama las lágrimas a las razones, sucedieron éstas, diciéndole: -Gracias a Dios que ya no me desvelarán, Pedro Guillén, vuestros peligros, pues la seguridad del médico me promete la de vuestra vida. Ignoraba yo que hacía a dos manos la suya hermosa, y sólo la consideraba diestra en herir almas, no, empero, en sanar cuerpos heridos. Pero mano que es tan para todo y cura con eficacia tanta por ensalmo, ya se prometerá después de muerta relicarios de oro donde se veneren sus prodigios. Quien tan buena la tiene para vuestro alivio, pesadamente llevará la que el conde Manfredo la apercibe, o a lo menos, desfrutadas sus primicias por vuestros labios, podrá llamarse a engaño el amor de quien la solicita esposa. Ejemplo nos da a los dos la bella Laurisana: a mí de escrupulosa depositaria del recato con que debo conservar la mía, por mi desdicha, sólo a don Berenguel que me pretende dueño, y a vos de leal en materia de cumplir promesas. Apenas su silencio otorgó las de su hermano en favor de su amoroso conde, cuando se perjura firmando de su mano en vuestra boca la poca fe de su inconstancia. Apenas, a vista de esta Corte, me aseguró la vuestra de no enajenar vuestros cuidados sin mi consentimiento en belleza alguna, cuando, infiel, entre los trances de la muerte, de que no estáis libre, sin mi noticia adulteráis favores que a sólo Manfredo pertenecen. Moriréis de esta enfermedad, ¿quién duda?, pues si os mejoran diligencias médicas vuestras heridas, las incurables que en el alma os dejan los desposorios infalibles del conde y vuestra dama, añadiéndoos accidentes, solicitarán mi venganza a costa de mis sentimientos, y juntándose éstos a los que me atemorizan, violentándome forzosas obediencias de mi padre, presto os imitaré difunta. Seguiréos en la fortuna, no empero en los merecimientos, pues yo moriré por cumplir palabras de mi padre y vos, sin estimar las que me distes, feneciendo desleal, haréis tanto más generosa la compasión en mí de vuestras desgracias, cuanto mas ocasionada por vos a holgarme de ellas.

Atravesáronse, en esto, entre la lengua y los labios, tan atropellados los suspiros que, sin permitirle proseguir sus quejas, se remitieron las palabras a sus ojos, cuyos aljófares desperdiciados, significaron más en un instante que en muchas horas pudieran sus razones; el más mínimo de ellos fuera suficiente para atravesar el corazón del montañés confuso, con mayor efecto que el acero agresor de sus heridas; el cual, incorporándose sobre las almohadas y desempeñando lágrimas con otras tales, se animó a satisfacerla de este modo:

-La suma infelicidad de un desdichado no es solamente, airada señora mía, el sucederle, como a mí, juntas todas las desgracias, sino el torcésele los servicios que hace a quien desea tener gustosa, de modo que, cuando juzgaba debérsele agrados por ellos, hallen por él en su lugar sentimientos como si fueran injurias. Felicemente afortunado me hizo la suerte desde el instante que nací, hasta el que en esta Corte, enemiga de mi sosiego, me asaltaron de tropel incomodidades del cuerpo y confusiones del alma, para que, por todas partes acometido, en ninguna deje de hacer suerte la desdicha. ¿Qué mayor prosperidad pudieran apetecer mis deseos, que haber nacido al arrimo y sombra de Alberto, mi señor, si en la naturaleza vasallo suyo, en los favores y regalo su heredero? ¿Qué suerte más

feliz que el criarme a vuestro hermoso lado? Rústico soy en la sustancia, pero hermano vuestro en la ventura. Contento y sosegado vivía, envidiado de todos en estos lances; gozaba con frecuencia vuestra discreción, vuestra deleitosa belleza y, sin pagar el alma pensiones de desvelos, ni pasar mis osadías del amor que un vasallo favorecido debe a su señora, disfrutaba lo apacible, privilegiado de lo penoso. No es ganancia de codicia ser venturoso a los principios a quien le esperan a la postre las desgracias; antes, mal acostumbrado a aquéllas, llevara con menos sufrimiento estotras. Trocara yo las fuertes si estuvieran en mi mano. A la vista de esta ciudad comenzaron mis confusiones, presagas de los males que me esperaban, que, como a una peligrosa enfermedad se le adelantan pronósticos desabridos, a una fiebre mortal, un frío intolerable y un desmayo ansioso a una epidemia repentina, así a la contagiosa de mi amor antecedieron los problemas confusos de vuestras palabras, no sé si más crueles que favorables para mi descanso. Seguro vivía yo y satisfecho con serviros; ensoberbecistes mi conocimiento humilde, sacándole de su esfera. Reprehendistes mis ocupaciones pusilánimes, mis ojos inadvertidos y mis potencias ociosas. Animástesme a que, presumido en mis empleos, de modo me alentase que excediese de soberbio antes que de temeroso, dándome esperanzas de consecuencias prósperas, porque si me emboscaba, según me advertistes, en pretensiones remontadas, conseguiría la gracia de una amiga vuestra, deseosa de verme tan confiado que me arrojase a atrevimientos desproporcionados, con lo poco que a la naturaleza debo. No os quisistes declarar conmigo, y necesitado del imperio que hasta ahora sobre mi libertad habéis tenido a que, registrando hermosuras generosas, considerase, pero no eligiese sin vuestra permisión, la que más con mi natural simbolizase, prometílo y, buscando salida a tanto laberinto, no me atreví desde entonces a ser dueño de mi albedrío, porque descaminándome discursos encontrados, en el breve término de aquella noche, se despeñaban por precipicios frenéticos, en la ejecución imposibles. Atrevíase tal vez el pensamiento a imaginar que vos, señora mía, en mi favor os humanábades de suerte que, honestando afectos amorosos con el disfraz de la encubierta amiga, solicitábades para vos en nombre ajeno mis humildes prendas. Porque ¿qué confidente tan segura vuestra como vos misma? Pero reparando luego en la ingeniosa sutileza de vuestra discreción única, la veneración en que siempre vuestro cuidado tuvo los respetos de vuestra fama y que, paralelos en vos el pundonor y la belleza, afectábades en aquél casi demasías, reprehendiendo mis temeridades, las desterraba al punto, por alevés, de mis imaginaciones, pues, cuando salieran verdaderas, el ser todo que a mi señor y vuestro padre debo, la fidelidad de súbdito, la confianza de criado y los empeños de favorecido, no habían de desdormarme ingrato. Recusados, pues, todos estos desatinos, tropezaba en los segundos, presumiéndome elección felice de la propuesta amiga que, exagerada por vos tanto de ilustre, de hermosa, de rica y de discreta, no era bien me persuadiese, siendo a satisfacción de vuestro gusto, no haberme preferido la fortuna a cuantos en sus felicidades ocasionaron envidiosos; pero desvanecíanse estas nieblas al instante, con la contradicción de vuestras permisiones. Porque ¿a qué propósito se me concede, filosofeaban mis desvelos, desmandar los ojos sin limitación por la diversidad de objetos bellos, cuando sin aprobación suya no se me consiente que en uno de ellos haga empleos el alma, sino en el que encubriéndome me le propone? Entre estas paradojas derrotado, iba midiendo alturas por los grados de las esperanzas en que me engolfastes, cuando el artificio del simulacro trasparente, la imagen, digo, de nuestro rey monarca, dio treguas a mis desvelos, para que, buscando mis

desatinos cómplices, acabasen del todo con mi seso. Deleitábadese vos, señora mía, vuestros divinos ojos en la lucida ostentación de la sutil estatua, y arrebatóme el alma por los míos la belleza peregrina que, sobre un balcón, totalmente hizo festiva aquella noche. Ésta fue Laurisana, y a ser yo digno sujeto de su estima debiera agradeceros las disposiciones con que por el camino sazonestes mi voluntad para adorarla. No conociéndola yo, fuerza era que ignorase la enemistad que entre vuestra casa y la suya os banderizaba; antes, juzgó mi desacierto que tal belleza no era posible se ocultase a vuestro conocimiento y que, habiéndole entre las dos, fuera desaire de vuestro sazonado gusto no comunicarla como amiga, y que, siéndolo, entre hermosuras tan proporcionadas, sería íntima la correspondencia de vuestras amistades; de donde concluí que ella sola era la confidente a cuyo empleo me animastes, guiándome industriosa, para despeñar mi libertad hasta aquel sitio, segura de que, en viéndola, no podría aprovecharme de la amplia permisión con que me concedistes licencia para examinar bellezas superiores. Pues, excediéndolas la suya, a la primera vista era indubitable el rendimiento de mis sentidos, sin estimación de las que la ocasión me presentase. Quise informarme de quién era, y asaltáronme antes de saberlo las desgracias que me tienen del modo que me ven vuestros ya severos ojos. ¿Qué lugar, pues, Saurina hermosa, me concedió el tiempo y la fortuna para desempeñar la palabra dada, ni de qué suerte pude guiar mi amor por vuestro arbitrio? O agora, que no está en el de mis deseos desesperados el logro de ellos, ¿de qué ha servido que os los manifieste? Daréos venganza sin haberos ofendido: Laurisana, de Manfredo; de don Berenguel, Saurina, yo solo con la costa de mis ansias moriré infelice, como vuestro rigor me pronostica; desdichado y solo, llevaré siquiera de consuelo el saber que, muriendo, os daré gusto. Pero si cupiera en mi espíritu, separado de su frágil compañía, el poder formar de vos agravios, tuviéralos eternos, pues me engolfastes en piélagos que me anegan sin prevenirme los escollos, ni descubrirme la derrota que habían de hacer mis esperanzas.

Prosiguiera el apasionado joven, a no interrumpirle Alberto, don Berenguel y Laurisana que, despedidos de Manfredo, porque las primeras vistas de esta especie y más tan poco apetecidas de la interesada, lo mejor que tienen es no ser prolijas, contentos los tres, al paso que la dama, tanto más afligida cuanto más disimulada, se entraron agora a ver al reprehendido ganadero que, ocupado el discurso en satisfacer a su ofendida, no hizo poco en persuadir la turbación de su semblante a que echase la culpa a sus heridas, ni la celosa montañesa en retroceder al corazón las perlas que iban a despeñarse por sus ojos. Con todo eso, reparando en ellos don Berenguel, su amante, que, aunque confiado en la posesión futura, fiscalizaba sus acciones entre celoso y presumido, dijo:

-Envidia tengo, mancebo venturoso, a las voluntades que en Alberto y Saurina, mis señores, han granjeado vuestros merecimientos, pues llegan a tanto que al uno sacaron de la quietud de sus retiros, trayéndole a la confusión de nuestra Corte, y a la otra compasivas lágrimas que, a ser yo dueño de la octava esfera, trocara a peso de sus luces.

-Dudas son sin esperanza de retorno -respondió el prevenido enfermo-, en que, pródigo Alberto, mi señor, ha comunicado a su heredera, que con algún interés es justo que me pague el gozo que me toca del discreto empleo que, siendo prenda vuestra, generoso don

Berenguel, todos medramos. Pero ¿qué sería si, derramándolas por la dilación de mi convalecencia, plazo que, para favorecerme totalmente, asignáis a vuestros desposorios, me hiciese cargo de ellas, cuando, siendo vos el interesado, me imposibilita la paga mi caudal humilde y lo mucho que la debo?

-Estando a cuenta de mi hermano -replicó Laurisana- el cobrar esas partidas, pues no son las de menos consideración que le ofrece vuestra señora en dote, y remitiéndoos en nuestra casa, abonada prenda fue el empréstito, pues si al buen pagador no le duelen las que empeña, con la que poseemos en vos podemos estar seguros, y cuando no, yo saldré fiadora vuestra.

-A ser vos, hermosa Laurisana -respondió Saurina-, tan libre finca como estimable, dírame yo por satisfecha. Mas en poder ajeno y casi en posesión del conde ¿qué seguridad tendrá vuestra fianza sin licencia suya?

-Caudal me sobra a mí -replicó la celosa barcelonesa- para que, primero que me enajene, pueda satisfacer a mis deudores; pues hasta aquí goza mi libertad sus privilegios.

Y Saurina:

-Con todo eso -dijo-, usando del derecho antiguo que a esta prenda tengo, sería más acertado, sacándoosla de la casa, asegurar peligros, pues os juzgo tan codiciosa de ella que podría ser nos la usurpádes, haciendo después pleito ordinario el que es ejecutivo. A esto Laurisana:

-Eso quisiérades vos -respondió-, Saurina hermosa; y no me espanto, que como no ha muchas noches la juzgastes perdida, desconfiada de ella y hallándola yo en esta calle maltratada, agora que a costa de cuidados la hemos en casa restituido a su primero ilustre, alegréis fallidas posesiones. Pero cuando salga en vuestro favor el pleito, será fuerza el pagarme las mejoras que de mis diligencias ha adquirido, si hay juez que, sin pasión, sentencie que prenda por vuestra ocasión casi deshecha y arrojada, sin tener más estima que la hechura, y ésta debiéndosela toda a mis desvelos, la segunda vez que se recobra os sea a vos restituida.

-Todo eso pierde -respondió la apasionada opositora- quien, sin consideración, se arroja a gastar caudal y tiempo en posesión ajena.

-Entre tanto -acudió risueño el viejo venerable sin alcanzar las veras de estas burlas- que vuestra competencia litigiosa se decide, quiero ser yo su depositario. Cuidad vos, Pedro Guillén, de apresuraros sano: daréisnos duplicado el gozo que apetece, pues habiendo sido la ocasión primera de estos desposorios y amistades, no tendrán sin vuestra mejoría la sazón perfecta que se desea. Éstas y otras semejantes pláticas pasaron entre los conversables caballeros y sus damas, hasta que Alberto se despidió, no con pequeña repugnancia de Saurina, ni con menos deseos de Laurisana por verla ausente, que sentía tanto su asistencia como la opresión futura que la amenazaba. Salió con ellos don Berenguel, que los acompañó a su casa y, quedando solos los dos enamorados, ella acabó

de asegurarse en la voluntad de su querida prenda, hasta allí dudosa, y él en resolverse a la concertada fuga que les consultó el amor, nunca tan animoso como en los trances mas difíciles.

Los alientos, pues, de estas temeridades, que en otros engendraban cobardías, le adelantaron a nuestro montañés la salud tan presto, que sacó de cuidado a los cirujanos y doctores, pasando de herido a convaleciente y trocando la cama por la espada, que le servía de báculo. Disponíanse, entre tanto, las fiestas y las galas para los desposorios que, para hacerlas más ruidosas, se habían de celebrar las próximas Carnestolendas, siempre en Barcelona tan regocijadas, cuanto esta vez en Saurina más aborrecibles, porque como no tenía la esperanza que alentaba, aunque difícil, a su competidora, y los celos en ella se habían convertido en desengaños, aventajábasele en las congojas, aunque padecían las dos una desesperación misma. No se descuidaba el conde en cebar las llamas de los suyos, hasta satisfacerlos con la venganza en sus imaginaciones prevenida; antes, para facilitarla, cohechó secretamente la lealtad de un criado de quien Alberto más confianza hacía que, vencido de dádivas y promesas, le avisaba cuanto en las dos casas sucedía, dispuesto a cualquiera acción que, en daño de sus dueños y en descrédito de su lealtad, Manfredo le ordenase. Divertía la dilación del plazo apetecido de don Berenguel y Alberto, del montañés valiente y Laurisana, aunque en estos dos con diferentes fines, entretenidos juegos y conversaciones que, ya en la una casa, ya en la otra, frecuentadas las más veces de las dos reconciliadas parentelas, y no pocas del cauteloso Manfredo, disminuían en parte impaciencias amorosas. Algunas noches mereció la privanza de los dos disimulados enemigos, la belleza de las que se temían esposas, la estimación de Alberto y la agradable juventud del rey, que autorizase con su presencia sus entretenimientos, haciéndolos más festivos. Una, pues, que como las demás vino de secreto a divertirse y, por ser algo rigurosa la inclemencia del febrero, se valían en casa de don Berenguel, damas vecinas y caballeros deudos, de la comodidad con que una chimenea solicitaba cuestiones y pláticas ingeniosas que divirtiesen la prolijidad de las tinieblas, deseoso el rey don Jaime de experimentar en nuestro montañés lo que la fama publicaba, pues en materia de cortesano y entendido, parece que, ponderativa demasiado, pasaba los límites de verdadera, mandándoles sentar a todos (que en la sencillez de aquellos siglos, más consistía la veneración de nuestros reyes en las hazañas con que le servían, que en las ceremonias con que se temen incomunicables, porque aún no se habían españolizado las puntualidades extranjeras), les ordenó que propusiesen Saurina, Laurisana, don Berenguel y el conde, cada cual una cuestión de amores, por la novedad entretenida y, por lo difícil, dudosa, cuyas soluciones corriesen por cuenta de Pedro Guillén, a quien, para animarle más, quería autorizar con presidirle. Disculpábase a sus plantas el sustentante, rehusando la tentativa de que afirmaba hallarse insuficiente, y las damas pedían tiempo para estudiar los argumentos; pero, sin admitirles excusa, hubieron de obedecer unos y otros, y así, en frente de su rey el sustentante y los arguyentes a sus lados, mandó que Laurisana, a pesar de la enajenación de sí misma, comenzase; y ella, pidiendo treguas a sus animosas imaginaciones, propuso en prosa esta dificultad, que yo traduje en verso:

Yo conozco a un amante que, presente
su dama, de tal suerte le enamora,

que en dulce suspensión su vista adora
y, sin hablarla, es Argos solamente.

Mudo mira no más, porque no siente;
su gloria es verla, lo demás ignora;
pero apartado de ella, Clicie llora;
todo es uno morir y estar ausente.

Hay otro que, sin verla, imaginarla
tiene por sumo bien, y su trasunto
adora solamente en su concepto.

Aquél en verla, y éste en contemplarla,
fundan su dicha; de estos dos, pregunto,
¿cuál amor tendréis vos por más perfecto?

Aguardaba el rey y los demás a que el sustentante respondiese porque les pareció el problema digno de sacar a luz su ingenio; principalmente Saurina que, interpretándola sus celos la intención con que Laurisana había hecho alarde de aquella duda, deseaba averiguar por la solución si, casada su competidora, se contentaría su amante con la permisión no más de ser querida, sin esperanza de otro premio. Porque a mostrar que con esto se daría por pagado, envidiosa de fineza tanta, deseara trocar suertes con ella.

Levantóse, pues, nuestro montañés airoso y, hecha a su rey la debida reverencia, después de conferida entre sí la dificultad un rato y entendida el alma de ella, para asegurar del todo a quien la proponía, respondió de esta suerte:

De mi corto parecer,
aunque sé poco de amar,
digo que hay en contemplar
mayor perfección que en ver.
Porque la vista no pasa
de la material belleza,
pero el alma, sutileza
toda, penetra y abrasa,
cuanto el espíritu hermoso
de su prenda, encierra en sí.
Amor torpe, es frenesí
que busca lo apetitoso
por medio de los sentidos.
Amor honesto, es potencia
del alma, todo excelencia,
libre de ausencias y olvidos.
Aquél del cuerpo no pasa,
y de este el alma es esfera,
quédase el esclavo fuera

y éntrase el señor en casa.
No hay reservado secreto
para éste; el otro, en mirar
sólo alivia su pesar;
luego aquél es más perfeto.

Sacó el apacible rey del despejo y sazón con que el respondiente satisfizo a la dificultad de su dama, la lisura de su estilo, la capacidad fecunda de su ingenio y lo poco que ponía de su casa, en alabarle, la fama que tenía. Pero, para sacarle a barrera, dijo esta vez:

-Aunque me prometí presidente vuestro, tengo de transformarme en vuestro fiscal, y usando de esta plaza, digo que de vuestra conclusión:

Lo contrario me parece
más cierto: sólo en la vista
quieren que el amor consista,
pues quien no ve no apetece.

No ama el que nace ciego,
aunque goce otros sentidos,
que jamás por los oídos
introdujo amor su fuego.

Quien ama perfectamente
mientras su prenda no mira,
padece, llora, suspira,
y vive estando presente.

La ausencia es madre de olvido,
llamas aumenta el objeto;
luego no será perfeto
amor sin este sentido.

-No me atreviera yo, monarca serenísimo -respondió el montañés discreto-, a ejecutar vuestra orden, menos que animado con vuestro real patrocinio, y tiemblo agora justamente, desnudando vuestra Alteza contra mí las armas que juzgaba en mi socorro. Pero, en efeto, cuando, como es sin duda, caiga vencido a vuestros invictos pies, blasonará mi insustancia, al paso que menos capaz más obediente, la gloria de reconocer a vuestra Alteza por mi vencedor.

Digo, pues:

Que habéis mil cosas revuelto,
gran señor, que he de explicar,
ya que en materia de amar
ignorante, dudasuelto.

No digo yo que, cautiva,
el alma en esta prisión
corporal, triste pensión
que sus sutilezas priva,
pueda pasar sin potencias
que, reducidas a acciones,
le lleven las provisiones
de las artes y las ciencias.’

Por lo sensitivo alcanza
el alma, cuanta noticia
la virtud o la malicia
le imprimen su semejanza.
Danla por cárcel la casa
del cuerpo, tributo grave,
y por los sentidos sabe,
sus ministros, lo que pasa.

Según esto, claro está,
que el amar y apetecer
no viendo, no puede ser;
mas visto el objeto ya,
y llevándole su copia
al vivo, la especie expresa,
entre tanto que está presa,
puede guardarla en sí propia,
contemplarla, apetecerla,
consultarla de ordinario,
sin que sea necesario
para amarla, otra vez verla.

Goza allí a puerta cerrada,
lo que afuera la ocasión
impide, y con perfección,
de su origen trasladada,
siempre le deleita hermosa;
mas no siempre que la ve,
el sentido hará que esté
sazonada y amorosa.

Y si no, ¿dónde hay beldad,
por excelente que sea,
que tal día no esté fea,
cáuselo la enfermedad,
o otro cualquier accidente,
que es yerba, es flor, la hermosura,

que ni el tiempo la asegura,
ni hay perfección permanente?

Todo esto excusa el que adora
su prenda dentro de sí;
siempre está perfecta allí,
ni envejece, ni desflora.
El tiempo su verde edad
allí casi se eterniza,
porque la inmaterializa
el alma y la voluntad.

Quien ama, y pide frecuencia
a sus ojos de su dama,
porque se entibia la llama
del amante en el ausencia,
no tiene perfecto amor,
sino liviano apetito,
que el del alma es infinito,
inseparable y mejor,
como el que en materia dura
sella la imagen presente,
donde dura el accidente,
lo que su sujeto dura.

Y si no, de estos dos ¿cuál
es más digno de excelencia:
el que en leyendo una ciencia,
es de tan sutil caudal
que la percibe al instante,
o aquél que, porque se olvida,
la estudia toda la vida,
los libros siempre delante?

Claro está que es el primero;
luego el amante también,
que lo que los ojos ven
una vez, como en acero
esculpido y conservado,
tan inmóvil lo aprehende,
que ni el olvido lo ofende,
ni la ausencia da cuidado.

Ciego acostumbran pintar
al dios niño, y debe ser
porque amor nunca ha de ver

mientras puede contemplar.
Con esto queda patente,
que quien en su dama bella
contempla siempre sin vella,
ama más perfectamente.

-Vos habéis respondido -dijo el aragonés príncipe- con agudeza, pero escabrosa, y sospecho que no tendréis muchos discípulos que profesen lo peregrino de vuestra escuela.

-Pues prometo a vuestra Alteza -respondió él-, que, del mismo modo que la defiando, la pusiera en ejecución si, siendo amante, llegara a la práctica esta teórica.

-Según eso -dijo Saurina-, poco sentiréis de que vuestra prenda se os enajene, una vez vista.

-Como yo sepa -respondió- que, o por la desigualdad de calidades o por violencia de quien la tiene a cuenta suya, me imposibilitaba lo menos, que es la posesión de la belleza material, reservándome lo más precioso, que es el alma, con recíproca correspondencia, sin la cual, amor, que es relativo, no puede estar en su seguro término y descanso, viviré contento y satisfecho.

-Amad vos -dijo el conde- formalidades, que yo, a lo menos, no pienso desvelarme en segueros. Muchas cuestiones son fáciles de filosofar y imposibles de poner en ejecución; de dos sustancias se compone una hermosura: de la corpórea y de la del alma, y como éstas, juntas, constituyen un supuesto y persona perfecta, el amor, que es potencia y la tiene por objeto, si no apetece más de a la una parte será amor platónico y mutilado. La naturaleza, para perpetuar sus especies en individuos, introdujo al amor en los mortales, y si todos fueran de vuestra opinión, esterilizando sus propagaciones, brevemente diera en tierra con su fecundidad; ni vos tuviéades vida, ni hubiera gozado el orbe más de los dos primeros individuos de quien todos descendemos.

-Salís del propósito, con licencia vuestra, -respondió el sustentante-. Yo no digo que, para la multiplicación de los singulares, en quienes sus especies se conservan, no sea necesaria la fruición lícita del tálamo, pues, a menospreciarla todos, se siguieran vuestros inconvenientes. Pero no es eso lo que la cuestión pregunta, sino sólo cuál amor es más perfecto de estos dos: el que necesita, para no apagarse, de la frecuente vista de su prenda, o el que, una vez adquirida, de suerte la traslada en su idea que, sin favor de los sentidos, la perpetúa en sus imaginaciones. Y a éste es al que doy yo las ventajas. Verdad es que, para el suplemento de los individuos, que en toda especie disminuye el tiempo, es forzoso el apetito sensitivo, cuyo deleite puso por premio la naturaleza a los mortales, y que éste en los humanos anda las más veces tan junto con el afecto del alma, que se atreve a llamar comúnmente amor, sin que este nombre con propiedad le pertenezca. Porque amor, en su significación rigurosa, es afecto, pasión de la voluntad, y ésta es potencia del espíritu; pero la propensión con que se multiplican las criaturas es tan general en todas, que los brutos y aun las plantas sin ella perecieran. Luego, faltándoles el alma, no será amor el suyo, como el ignorante dice, quizá para honestar con este título sus demasías.

Bien que, metafóricamente, bauticemos la simpatía de unas cosas con otras, dándoles este apellido. Agora, pues, si el hombre, que conviene con el bruto en lo corpóreo y sensitivo, apetece como él la producción de su semejanza y este apetito se junta las más veces con el afecto de la voluntad, que es el que en rigor se ha de llamar amor, ¿qué maravilla que, faltando los impedimentos que al principio dije, el amor y el apetito juntos satisfagan las almas y los cuerpos? ¿Ni quién me negará que, siendo éstos dos substancias tan diversas, como la forma y la materia, no pueda aquélla usar de sus afectos y pasiones propias, que son las de la voluntad y se intitulan amor, sino los de estotra que son puramente apetito, supuesto que en los más, sin acordarse de lo principal, que es el amor, se dejen oprimir de los deleites del sentido? Pues, ojalá no nos constara tanto que, comúnmente, los hombres que se blasonan amantes tiran sólo al blanco sensitivo de la hermosura, sin pretender la reciprocación y cambio de las voluntades, que consiste en querer y ser queridos. Luego, si se comparan los unos a los otros, más perfeto amante será quien emplea en la voluntad de su dama sus deseos, que el que compromete en los sentidos materiales todo su apetito.

-Ello está sutilizado airosamente -dijo el rey- y, para convenir las partes, añado que, no obstante que, hablando comparativamente, entre los dos propuestos pretendientes, sea verdadera la resolución del sustentante, será de todo punto perfetamente enamorado el que, amando con los afectos de la voluntad a su prenda, les añadiere los del sentido, juntando en uno esas dos pasiones. Por este tal, ni echara menos lo que la porción ínfima apetece, ni porque ésta esté en su punto, se quejara la superior; antes, apadrinándose unas a otras, poseerá el bien que la voluntad desea, pues no lo es el que de todas suertes no es cumplido. Y para que se prosiga esta sabrosa conferencia, proponga el conde agora, que de su buen gusto y el tiempo que le habemos dado para prevenirse, me parece podemos todos prometérnosle. El cual, sin responder, sino con agradable reconocimiento, dijo:

Dos amantes iguales en belleza,
en verde juventud, en cortesía,
en apacible trato, en gentileza,
en discreción urbana, en bizarría,
aman con igualdad a una belleza,
ponderación de cuanto Apolo cría;
la cual, grave tal vez, y tal risueña,
ni fácil los admite, ni desdeña.

Presume cada cual ser el querido,
interpretando señas favorables;
uno alega que fue de ella aplaudido
en lo risueño y ojos agradables;
otro, que la color de su vestido
conformó con el suyo y dio agradables
indicios de que amor le manifiesta,
saliendo de leonado un día de fiesta.

Llegó la competencia, si no a aceros,
a palabras sentibles, no ofensoras,

que amor entre corteses caballeros,
nunca hizo las armas habladoras;
favores propusieron que, ligeros,
bastan para alentar competidoras
esperanzas, que amor, niño en sustancia,
niños favores juzga de importancia.

Los dos comprometieron, en efeto,
en la declaración definitiva
de la dama (no sé si fue discreto
medio, en tal ocasión, la tentativa),
juraron nobles de guardar secreto
a la sentencia suya y que, aunque viva,
muriendo el perdidoso, triste y sabio,
no hará, competidor, al otro agravio.

Estaba en un jardín la pretendida,
de murta y de claveles coronada,
a la sombra de un lauro entretenida,
de el cristal de una fuente lisonjeada,
al lado de su madre, dando vida
a su vejez, en ella remozada.
Coronóse también el uno de ellos,
feliz por imitarla en sus cabellos.

El otro, sin guirnalda y con cuidado
de esperanzas, crepúsculos que alienta,
igualmente dudóse y confiado,
al juez árbitro hermoso se presenta.
Al mismo tiempo, llega el coronado
litigante, y humilde presenta
cada cual su derecho, diligente,
que no hay sin ceremonias pretendiente.

Propónenla los dos su compromiso:
y ella mezclando a Venus con Diana,
mejillas dan a Adonis y a Narciso
transparencia en cristal, vergüenza en grana;
muda la lengua, responderles quiso
con los ojos no más. ¡Qué soberana
cifra de amor, para aplacer enojos,
enmudecer palabras y hablar ojos!

Risueña cada niña favorece,
en tribunal hermoso de zafiros,
la una al uno, que abogar ofrece

su causa, cohechada de suspiros;
la otra, al otro, con que el pleito crece,
y litigantes ambos, persuadiros
podré, que de uno y otro enamorado
cada ojo era fiscal, siendo abogado.

Viendo los dos su confianza en duda,
y indiferente al juez, que otorga y niega,
a las maternas tocas de la viuda
que impere, cada cual, decretos ruega.
Candados de coral a lengua muda
suplican que abrir mande, porque ciega
la presunción, en fe de los engaños,
no malogre en venganzas verdes años.

La madre que, en igual correspondencia,
yerno desea a cada cual amante,
preceptos notifica, y da licencia
a definir la duda litigante.
Ejecuta el respeto a la obediencia,
y en su ambigua opinión muda, constante,
a los dos de tal modo favorece
que alienta amores y recelos crece.

De sus cabellos la corona quita,
muriendo flores que animaba en ellos,
y al que su amor, sin ella, solicita,
cine sienes, monarcas sus cabellos;
esperanzas al otro debilita,
que víboras en rosas juzga en ellos;
¡oh sospechas de celos rigurosas!
nació en rosas amor, ya muere en rosas.

Firmas en blanco daba ya al desmayo
de la diosa fatal que el rostro ofende,
el Monjibel de amor vuelto Moncayo,
que yelan celos lo que amor enciende,
cuando apacible restituye el mayo
de su florida edad, la que pretende
enigma tan obscura, cuan conforme
que, en igualdad, ninguno quejas forme.

La guirnalda de aquel que, triste, intima
querella criminal a su belleza,
toma risueña, y luego la sublima
por círculo de amor a su cabeza;

corónase a sí mesma, con que anima
y desmaya su obscura sutileza
a un tiempo la esperanza en sus amantes;
fuese, y dejólos más confusos que antes.

El coronado dice: «Preferido
soy, pues que gozo de el favor primero;
flores que fruto en ella han ofrecido,
primavera de amor hacen mi enero.»
«Yo soy -replica el otro- el escogido:
quien mi guirnalda admite, al verdadero
dueño antepone». Vuestro ingenio puede
juzgar, cuál de estos dos al otro excede.

Difícil pareció a todos el desatar proposición tan problemática y si los circunstantes
hubieran de entrar en escrutinio, sospecho que salieran los dos opositores iguales en
votos, porque unos defendían la una parte y los otros la otra. Pero el airoso espíritu del
sustentante, sin consultar mucho al silencio, respondió, cortés y despejado, de este modo:

Puesto que es en lo aparente
difícil vuestra cuestión,
veréis en la solución,
conde, la verdad patente.
Premió dama, indiferente,
dos amantes
que, constantes,
pueden juntos litigar
y alegar
derechos de amor gigantes.

Pero si entre tanta duda
se sigue mi parecer,
más amor muestra tener
la Esfinge, si hermosa, muda,
que el cerco florido muda
a su frente,
al pretendiente
que coronado llegó,
pues mostró,
que quien recibe, consiente.

El dar, a quien da, no obliga;
pero al que recibe sí;
dando al otro, pagó así
las deudas de su fatiga.
No hay ejecución que siga

quien pagado
ya ha quedado,
y de su acción excluido,
pues ha sido
en su herencia emancipado.

El otro, que dio, merece
ser competente acreedor,
pues no es mucho que el deudor
pague, aun a aquél que aborrece.
El satisfecho parece
que ya pasa
de la tasa,
del empréstito cobrado,
y que es criado
que pagan y echan de casa.

El otro, que a usura dio
prendas, llegue a ejecutar;
yo mi hacienda puedo dar,
mas la ajena usurpar no;
ampárese, el que cobró,
del olvido;
preferido
su opuesto, que en conclusión
es sujeción
recebir, y ansí es querido.

Bastantes les parecieron a algunos las razones dadas para la solución de la ingeniosa
duda, pero los de parecer contrario no quedaron satisfechos, como ni el arguyente, que le
replicó ansí:

Como, cuerdo, no mudéis
de parecer, deslucís
vuestro ingenio y no cumplís
con la fama que tenéis.

Siempre que se satisfaga
al legítimo acreedor,
y más en deudas de amor,
ha de ser igual la paga.

El otro le dio en empeño
el alma y la libertad
que, rendida a su beldad,
la reconoce por dueño.

Ya prendas tan superiores,
que para su estimación
viles los tesoros son,
¿será bien pagarle en flores?

Vuestra opinión la maltrata,
y porque no me entendistes,
de la materia os salistes.

Vos la hacéis necia y ingrata;
yo os la pinté agradecida,
correspondiente y discreta;
ni tan libre, ni sujeta,
que a uno admita, a otro despida.

Pero, puesto que en enigma
despida a uno y otro quiera,
con la dádiva primera
señaló al que más estima.

Yo, a lo menos, cuando quiero
graduar prendas que doy,
a quien más afecto estoy,
concedo el premio primero.

En exámenes y ciencias,
de amor, como en las de Apolo,
aquél se prefiere sólo
que es el primero en licencias.

A Ceres, como en albricias,
de el ya logrado tributo,
le ofrecen el primer fruto,
que llaman pagar primicias.

Dios de tal modo señala
al primero que crió,
que por primero quedó,
tal, que ninguno le iguala.

Mayorazgo llama el mundo
al primer hijo que hereda;
y a sus alimentos queda
subordinado el segundo.

Luego el primero favor
que dio la dama, a quien puede
hacer que su dueño quede,
mayorazgo es de su amor.

Apretadas parecieron, casi todas, las réplicas del conde; pero, sin embarazarse mucho con ellas nuestro montañés, ni conferillas largo espacio consigo, respondió luego:

Perdone vuestra agudeza,
que, pues me nombraron juez,
no arguya en forma esta vez,
aunque sí con sutileza.

Si la dama apetecida
coronas a los dos diera,
no hay duda que la primera
fuera a la otra preferida.

Pero, en lo que se advirtió,
lo contrario se apercibe;
porque ésta de uno recibe
los flores, que al otro dio.

Dar, arguye libertad;
recebir, esclavitud;
aquello, dice virtud,
estotro necesidad.

Dar con igualdad es justo,
pagar réditos, mejor;
diola, quien la tuvo amor,
alma, potencias y gusto.

No sé si admitió el recibo
la dama, pero supuesto
que sí, ¿no la dio su opuesto
lo mesmo? y con excesivo

afecto de voluntad;
luego, igualmente adeudada
de los dos, quedó obligada
a volver con igualdad.

Restituyóle sentidos
al primero que premió,
y con ellos le pagó,

en flor, réditos corridos.

Si él no admitió el principal,
errólo, que el mar inmenso
de amor humano no es censo
perpetuo, sino al quitar.

Luego, al que redime y paga,
no hay quien condenarle pueda;
quien con el censo se queda,
justicia es que satisfaga.

No satisfizo al segundo,
antes se empeñó de nuevo
con la corona, que es cebo
del amor que en ella fundo.
Luego uno y otro le debe.

-Pues ¿cómo juzgaréis vos
-dijo el conde- que en los dos
no redime deudas? Leve
conjetura es afirmar,
que al primero restituya
la libertad que era suya,
y que se quiera quedar
con la del segundo. -Dio
muestras de ello claramente
-dijo el sutil respondiente-
la dama que se quedó
con las flores del segundo,
y a quererle se persuade,
pues no paga quien añade
deuda a deuda; en esto fundo
mi verdad. Pues si en sus flores
de nuevo su amor empeña,
quien no paga la pequeña,
¿pagará deudas mayores?

Bueno es que, cuando intentase
que el dueño pagado fuese,
voluntades redimiese,
y con flores se quedase.
-No es posible, antes colijo,
viendo imposibilitada
la paga, que, enamorada
y presa el alma en él -dijo-,

consultando pensamientos,
y usurpándole el abril
en flores, presa por mil,
presa por mil y quinientos.

Y que puesto que es verdad,
del otro el primer favor,
se cumplió del testador
la postrera voluntad.

Réplicas apercebía Manfredo, pero atajóle su príncipe y dijo:

-Ello está respondido bastante, si no infaliblemente. Prosiga Saurina agora, que si su discreción es como su hermosura, todos podemos darnos por concluidos.

-Si no tuviera yo, Serenísimos señor, más confianza en vuestro patrocinio que en mi insuficiencia -respondió, cubierto el rostro de vergonzosa púrpura, la montañesa hermosa-, antes de entrar en el campo rindiera a vuestros pies las armas. Pero presume mi esperanza, que habéis de olvidaros de la tutela de vuestro discípulo, por favorecerme, y en fe de estos alientos, digo:

Dos jóvenes amantes,
de igual valor, caudal y gentileza,
con ánimos constantes,
se dejaron vencer de una belleza,
tan digna de su empleo,
que en ella acreditaron su deseo.

Al uno la fortuna
al principio le fue tan favorable,
que apenas de la cuna
al sol salieron, cuando, inseparable
su amor de su presencia,
dio a su llama alimentos su frecuencia.

Niños los dos jugaban,
niñas sus burlas, veras prometían,
y aunque las ignoraban,
el tiempo que de noche no se vían,
multiplicando enojos,
las almas destilaban por los ojos.

Juntos, pues, como digo,
desde su infancia a sus floridos años,
la llama que consigo
tejía entre inocencias sus engaños,

creció tan adelante
que, ellos mozos, su amor llegó a gigante.

Del modo que, entre el grano
que el rústico sembró, la yerba crece
y, inútil al villano,
medrada, sus trabajos desvanece,
así el amor astuto
creció, yerba dañosa, más que el fruto.

Trocó nombre el afecto,
manifestóse a amor la simpatía,
y el alma, que en secreto
las brasas ignoraba que encubría,
lloró con la experiencia
el mal que causa el ocio y la frecuencia.

Amaba, en fin, la dama,
amaba el joven, sólo en esto iguales,
porque la activa llama,
humillando deseos en sayales,
con suerte rigurosa,
tan rústica la hizo como hermosa.

Serrana la belleza,
y su amante de alcuña coronada,
no osaba a su nobleza,
la humildad arrojarse acobardada,
con más atrevimientos
que permitirse a ocultos pensamientos.

Contenta con amarle,
en su vista libraba sus empleos,
sin que al comunicarle,
llegasen a los labios sus deseos,
puesto que sus enojos
mil veces se asomaron a los ojos.

Su amante que, discreto,
afectos interiores registraba,
tan limpio en el respeto
del fuego, en que, pirausta, se abrasaba,
que con ser infinito,
nunca su amor vio el rostro al apetito,

cuantas demostraciones

pudieron desmentir sus humildades,
la daban ocasiones,
para animar serranas cortedades,
que en ojos apacibles
facilita el amor sus imposibles.

Es la desconfianza,
la que de amor los lances alborota;
desea lo que alcanza
y, cuando más propincua, más remota,
perdiendo coyunturas
entre la misma luz, vacila a oscuras.

Desconfiada hermosa,
sus mismas certidumbres desmentía,
de puro venturosa,
incrédula, que amor cuando porfía
y de veras consume,
cuanto perfecto más, menos presume.

Tal vez con ella a solas
en un prado, desvelo de Amaltea,
la dijo: -Entre las olas
del temor y esperanza, devanea
la que, amorosa muda,
llegando al puerto, de la barra duda.

¿Por qué, si tan discreta
serrana hermosa, dais, matando, vida?,
¿vuestra alma no interpreta
cifras de amor? ¿por qué, tan divertida
para aumentar enojos,
la ociosidad descuida vuestros ojos?

Su escuela en ellos puso
la rapaza deidad, que fuera mengua
seguir el vulgar uso;
a los ojos traslada amor su lengua
y allí, en discursos sabios,
los párpados se oponen a los labios.

Quien no acierta a leellos,
la profesión amante, idiota, ofende;
mas quien deletrea en ellos,
sin preceptos, misterios comprende
y el alma facilita:

que esta ciencia es infusa y no adquisita.

Yo sé quién se acobarda
al deciros, serrana, que os adora,
por veros tan gallarda,
de los de amor impulsos burladora;
que aunque en ellos se queme,
más vuestros yelos que sus llamas teme.

Tan íntimo conmigo
deposita en mi pecho sus secretos
que, inseparable amigo,
espejo vengo a ser de sus afectos;
pues siempre que me trata,
en mí sus gustos o pesar retrata.

Sujeto es tan sublime
que avasalló coronas su ascendencia;
pero no os desanime,
pusilánime en vos, la diferencia
de espíritu tan noble,
que el sol lo es más y influye vida al roble.

Parécese a la muerte
el absoluto amor, y ambos, pintores,
igualan de una suerte
azadas y laureles vencedores,
deleitando al sentido
las mezclas de la sombra y colorido.

Examinad atenta,
serrana, desde hoy más acciones mudas,
que quien os ama intenta
a su amor disponeros, entre dudas,
que con ambigüedades
aseguren mejor después verdades.

Por alta y remontada
que os parezca la prenda apercebida,
no estéis desconfiada,
ni acobardéis el alma que os da vida,
que a la mayor nobleza,
es digna de volar vuestra belleza.

Esto ordena que os diga
el incógnito amante que os adora;

pero no que prosiga
a revelaros más; juzgad agora
quién será este sujeto
rendido a vuestro amor y a su secreto.

Entre estas confusiones,
deja el joven su prenda y se retira,
y ella, estudiando acciones,
y obedeciendo emblemas, lince mira
afectos amorosos,
en cuantos ve mancebos generosos.

Juzga, por una parte,
que el joven misterioso que la anima,
valiéndose del arte,
de sí mismo es tercero, cuyo enigma
en la prenda que finge,
porque ella Edipo sea, se hace Esfinge.

Por otra, no se atreve
a fiar de su suerte tal ventura;
nave es que el viento mueve,
errante en una y otra conjetura,
sin esperar bonanza
el temor que zozobra en la esperanza.

-¿Para qué necesita
-se pregunta a sí misma- de rodeos,
si amarme solicita,
quien revelarme puede sus deseos
y, en tercera persona,
lo mismo que dispone, desazona?

¿No es éste quien me admite
por objeto a su amor?; pues, si es su amigo,
¿para qué me permite,
cuando obediente sus consejos sigo,
tan general licencia,
que en todos haga examen mi advertencia?

¿No puede otro cuidado,
como a él ilustre, desmandar desvelos,
y él mismo, aficionado,
creyéndole agradar, causarle celos?
¿Justo será el castigo,
si le vengo a ofender cuando le obligo?

Ansí filosofaba
la rústica discreta como hermosa,
y tímida imitaba,
a la de Ulises pretendida esposa,
pues en su fantasía
las telas que labraba, destejía,

cuando un joven bizarro,
vecino de su pueblo, en unas fiestas,
con airoso desgarro,
tres premios se llevó de las apuestas
con que las mocedades
suelen desafiar habilidades.

Notoria su nobleza,
respetado era al paso que querido
y, en aquella aspereza,
de vasallos por dueño obedecido,
a cuya heroica alcuña
le debe su diadema Cataluña.

Éste, pues, que hasta entonces
rebelde opuso a la deidad tirana,
inexpugnables bronces,
vio en el festejo dicho a la serrana,
que, hermosa, presidía,
sobre un balcón oriente, al rey del día.

Tanto tropel de rayos
fulminaron sus ojos homicidas,
cuantos de amor desmayos,
hirieron almas, mejorando vidas
en los que, en ella atentos,
feriaron a la vista atrevimientos.

No necesita flechas
el niño cazador de corazones
para abatir, deshechas,
del joven presumidas excepciones,
pues, por lograr despojos,
trasladó sus aljabas a sus ojos.

Deucaliones de fuego,
en tempestad de llamas apacibles,
inundan el sosiego,

del desviado mozo, tan terribles
que, todo parasismo,
quedó, a su incendio, imagen de sí mismo.

La hermosa montañesa,
que afectos oficiosa registraba,
alegre con la presa
que el alma por los ojos la libaba.
-Éste es -dijo- el sujeto,
que a mi atención remite su secreto.

Éste el amigo amante
es de mi consejero misterioso;
escrito en su semblante,
facilita lo más dificultoso,
pues en sus ojos leo
la cifra de mi dicha y su deseo.

Si sólo que me anime
a sus célebres méritos pretende,
y puesto que, sublime,
la mano a mi fortuna dar pretende,
porque igualarse pueda
mi sayal a su púrpura y su seda,

¿qué necia cobardía,
los lances de mi suerte desbarata?
Amor es simpatía,
en las montañas nace el oro y plata,
seré, si le enamoro,
un cuerpo risco con el alma de oro.

Recíprocos agrados
fueron en ella tiernos desempeños,
alternando cuidados
la libertad, partida entre dos dueños;
pues cuando imaginaba
obligar a los dos, los agraviaba.

Buscó el amante nuevo,
para intimar pasiones, coyunturas,
ignorándolas Febo,
que, sin ojos amor, se alumbra a oscuras,
y hallóse en breve instante
honestamente amado, como amante.

Tuvo, puesto que tarde,
el antiguo, noticia de sus celos
y, si negó cobarde
a la lengua hasta decir desvelos,
ya, fulminando agravios,
mostró que el sentimiento es todo labios.

Quejóse lastimoso
a su prenda y, amándole igualmente,
lloró verle celoso,
de puro obedecerle inobediente,
y halló, por experiencia,
el delito, esta vez, en la inocencia.

-Si tú -dijo- me obligas
a que desmande el alma por los ojos,
y ahora me castigas
porque cumplí en mi daño tus antojos,
en tan confuso abismo,
de ti apele mi error para ti mismo.

Ilustre me pintaste
un tu amigo que, amándome secreto,
leal patrocinaste;
yo delinquí ignorante, tú indiscreto;
juzga si cuerdo fuiste,
pues de ti mismo a ti te distinguiste.

Examiné oficiosa
perfecciones, siguiendo tus consejos
y, puesto que quejosa
mi voluntad te imaginaba lejos,
disimulando enojos,
de el alma hice almoneda por los ojos.

Cuantas me propusiste
señas, en el amante ponderado,
de quien tercero fuiste,
tantas halló en un joven mi cuidado,
que imaginé tu amigo;
y el alma por mitad partí contigo.

A inclinación de estrellas
y a avisos tuyos tan rendida vengo,
que en fe de ellos y de ellas,
si amor me tiene, voluntad le tengo,

tan lejos de no amarle
que me olvido de mí, por no olvidarle.

Ahora que me intimas
querellas y misterios me declaras,
con que mi fe lastimas,
ojalá sin rodeos te explicarás,
¿qué han de hacer mis desvelos,
si juntamente os amo y os doy celos?

En ti mi amor alega
antigüedad desde mi tierna infancia,
y en él, su llama ciega,
la inclinación, forzosa circunstancia,
que con derecho pide,
si amor te debo, que su amor no olvide.

Quiérote por costumbre;
quíerole por oculta simpatía,
y entre una y otra lumbre,
mariposa mi afecto, desvaría,
hasta que sin remedio,
ambigua entre las dos, me abraza en medio.

Dejar yo de quererte,
lo mismo es que dejar el sol sus giros;
lo mismo es que la muerte,
piadosa, se coheche de suspiros,
pedirme que despida
a tu competidor, y tenga vida.

Iguales paralelos
medís mi voluntad, partiendo iguales
mi alma, que en desvelos
la sobra de los bienes juzga males;
contigo te aconseja,
ten lástima de mí, de ti te queja.

Su rey a estos amantes
casa con otras por razón de estado,
puesto que, repugnantes
al precepto imperioso, han intentado
estorbos, mas no alcanza
con un príncipe, audiencia la esperanza.

Forzoso es que, obedientes,

sigan el orden de su rey severo,
y entre ansias inclementes,
naufraque la serrana que, primero
de entrambos adorada,
los pierde a entrambos más enamorada.

A vuestro arbitrio agora
remito el definir, cuál sentimiento
de aquestos dos que llora,
causara a la serrana más tormento:
¿la pérdida impaciente
del primero o segundo pretendiente?

Añadió Saurina a los créditos de su belleza, estimación de estudiosa con el rey, que no acababa de ponderar lo sutil y airoso de su proposición amante; creció, oyéndola, el amor en su futuro esposo, la envidia y celos en Manfredo, y remozáronse las canas en su padre, tan pagado del acierto que hizo su juventud, que reverdecieron en sus imaginaciones memorias de su malograda esposa; pero estos cuatro, sin penetrar el alma del misterioso asunto, se contentaban con la corteza del común sentido, diferenciándose de todos el argüido montañés que se halló citado a volver por su crédito, juez y delincuente, en el disfrazado suceso de sus amores. Celebraba entre sí la delicada industria con que su acusadora litigante, mudando los sexos a las personas de su argumento, se aprovechaba de la ocasión entretenida para declarar a los interesados, sin riesgo del secreto, los sentimientos de sus quejas. No menos Laurisana en su inteligencia discursiva, con la mezcla de los colores advenedizos, mezclaba en sus mejillas los temores ocultos de discurso tan apretado, y recelaba cuerda no convenciesen razones tan urgentes a su amante o, cuando menos, no le enviasen propósitos ofrecidos con resolución enamorada. Hablábanle al alma con los ojos sus recelos, y tomara por su cuenta, a ser posible, la solución de aquel problema, ofreciéndola no pocas la ocasión con que se juzgaba principal acreedora en aquel pleito. Aseguróla, con los suyos, cuanto pudo el respondiente pretendido, y volviéndolos después a los deseosos de su sentencia, satisfizo así a la arguyente hermosa:

En la cuestión propuesta,
sola la admiración os dé respuesta,
y muestre mi silencio
que, al paso que la dudo, os reverencio;
no obstante que, si fuera,
señora, otro y no vos, quien me arguyera,

pienso que me arrojara,
y en favor del segundo sentenciara
lo que con vos recelo;
que os hizo emulación de Apolo el cielo,
y es fuerza que, corrido,
si replicáis, me rinda convencido.

-Tal vez la cobardía
-dijo el rey- con disfraz de cortesía,
huye dificultades,
dudosa de alumbrar obscuridades;

no os ha de valer esto;
decid lo que sentís en lo propuesto,
pues, dado que os convenza,
interesáis más gloria que vergüenza,
dichoso en atreveros
con su ingenio a medir vuestros aceros.

-Si tal fama consigo,
-respondió el montañés gallardo- digo,
que del segundo amante
el sentimiento es bien que se adelante,
y que la dama cuerda
ha de llorar, cuando a los dos los pierda,

con más ansioso afecto
al nuevo pretendiente; pues discreto
mereció, haciendo alarde
de su amor, mayor premio que el cobarde;
éste, con lengua muda,
las medras de su suerte puso en duda,

pues si siempre callara,
siempre sus esperanzas dilatara,
y no pintan los sabios
con venda al niño dios que cierre labios;
solamente los ojos
estorbaron, cegando sus antojos,

los símbolos antiguos,
en fe que sus misterios, siempre ambiguos,
por sí solos no tienen
valor para explicarse, aunque previenen
las prendas que aventuran,
porque dado que avisen, no aseguran.

Niño al amor pintaron
los que sus propiedades alcanzaron,
y prodigioso fuera
niño que por los ojos comprendiera
cifras, que el alma oculta,

cuando el viejo mayor las dificulta;
ojalá le suceda
que con palabras explicarse pueda,
pues cuando las alcanza,
las suele obscurecer la desconfianza.

Ansí que me parece,
que quien más se declara más merece,
y siendo éste a quien ama
con más afecto la serrana dama,
más llanto por él hace,
porque al amor todo lo nuevo aplace.

Sintióse tanto la ofendida hermosa de verse pospuesta a Laurisana en su presencia, que no hizo poco, según la turbación de sus celos, en que demostraciones improvisas no manifestasen el sujeto disfrazado de la cuestión propuesta. No, empero, pudieron las colores en el semblante bello dejar de dar señales de agraviadas ni la lengua de contradecir su respuesta, replicándole:

Poco, serrano, obligáis
a la prenda que queréis,
si lo que me respondéis
en su ofensa ejecutáis.
Si tantas veces amáis,
cuantas vuestro amor ligero
mira, y sois tan novelero,
como os pinta el ciego dios,
dirá el proverbio por vos:
«cuantas veo, tantas quiero».

Feliz la que no averigua
tal modo en vos de querer,
si en lugar de merecer
pierde con vos por antigua;
juez que tan mal apacigua
competencias litigantes,
recúsenle los amantes,
que del premio despedís,
pues los firmes perseguís,
y amparáis los inconstantes.

Yo, a lo menos, más perfeto
juzgo al amor que padece
penas que el alma enmudece,
avaro de su secreto,
que el hablador indiscreto

que en la lengua arriesga el daño
de un desdén que, por extraño,
suele matar, si es mejor,
la esperanza en el temor,
que en la frente el desengaño.

Fuera de esto, más fineza
se debe a una voluntad,
que creciendo con la edad,
se ha vuelto naturaleza,
que al que adora a una belleza
al instante que la ve;
porque yo más me fiaré
de amor que en el trato y uso
hipotecas firmes puso,
que en una dudosa fe.

Según esto, más penoso
será, a lo que conjeturo,
perder un amor seguro,
que un amor que está dudoso;
asiste el sol luminoso,
sin cansarse, a darnos lumbre;
alumbra el valle y la cumbre
el rayo que desatina,
pero ésta es luz repentina,
y la del sol por costumbre.

¿Habrà quien precie, ignorante,
al rayo desvanecido,
más que al sol, que siempre ha sido
en darnos su luz constante?
Rayo fue el segundo amante
de instantánea claridad,
sol la firme voluntad
del primero pretendiente;
luego, más su dama siente
perder su seguridad.

Más atento estaba nuestro montañés a los sentidos interiores de la ofendida disimulada que a las razones con que en nombre ajeno significaba sus congojas, no como quiera pesaroso del lance en que se vía, forzado a manifestar de algún modo ingratitudes contra quien le notaba mal correspondiente. Pero empeñado ya en proseguir su tema, viéndose favorecido de la belleza de Laurisana, que bastaba a desvanecer cualquier nublado que levantase la confusión de sus imaginaciones, por no ofenderlas a entrambas, escogió de dos daños el menor para sus deseos, respondiéndola:

Injurias, bella Saurina,
mi crédito, sin razón,
y pienso que la pasión,
el discurso os descamina;

porque si consideráis
las causas que a su desprecio
dio con su silencio necio
el amante que amparáis,
no sólo indigno de amarle
más que al otro le veréis,
pero ocasión hallaréis
en su dama de olvidarle;

porque, si desde pequeño
quiso bien a la propuesta
serrana, y no manifiesta
en tanto tiempo el empeño,
sino con senas obscuras,
del alma que la adoraba,
¿qué es lo que amor esperaba
para lograr coyunturas?

En ella la cortedad
es bien que alabanzas cobre,
que, en fin, por humilde y pobre
temió la desigualdad
de su prenda generosa,
y quiso más, su cuidado,
que un desprecio declarado
una esperanza dudosa.

Pero él, cuyo pensamiento
lograr sus desvelos pudo,
pues nunca el poder fue mudo
ni humilde el atrevimiento,
a su olvido dio ocasión,
mientras, ocultando enojos,
lo que mostraba en los ojos
desmintió en la dilación.

Fuera de esto, aconsejarla
que divirtiese deseos
en cuantos nobles empleos
diesen indicios de amarla,

¿no fue argumento bien claro,
de que amor no la tenía?

Todo amante desconfía,
y es en esto tan avaro
que del aire forma celos;
luego quien da permisiones
tan amplias de sus pasiones
sospechas niega y desvelos.

Quizá la dama, ofendida,
vengó de su amante necio
el tácito menosprecio
y, por mal correspondida,
dio a nuevas llamas licencias;
que, tal vez, previsto el daño,
atropella un desengaño
siglos de correspondencias.

Advirtió la suspensión
del segundo pretendiente,
y en ella el alma obediente
a su amante inclinación;
mudando desde allí objetos,
castigó temeridades,
cansada de obscuridades
que, eternizando secretos,

acusaban la tibieza
de tan larga pesadumbre;
y puesto que la costumbre
es otra naturaleza,
y que, amándole por ella,
prometía posesión,
puede más la inclinación
que costumbres atropella.

Ésta, pues, más poderosa
que amor por costumbre y uso,
la voluntad le dispuso
más breve y más amorosa;
y que con más fuerza amó
al segundo que al primero,
es claro y probarlo quiero:
pues al punto que le vio,
dándose por entendida

de conjeturas pequeñas,
le correspondió por señas,
a su amor agradecida.
Con el primero, dudosa
desde su niñez, no pudo
descifrar el fuego mudo
de su afición misteriosa.

Con el segundo, al momento,
reciprocándose acciones;
sin padecer dilaciones,
deletreó su pensamiento.
Luego, desmintiendo engaños,
prefirió al segundo amante,
pues alcanzó en un instante
más que el otro en tantos años.

Valióse de la ocasión
éste, declarando afectos;
amó el otro por conceptos
mezclando su dilación,
entre esperanzas, enojos;
con los ojos el primero
solamente, y el postrero
con la lengua y con los ojos.

Luego si el que a más se atreve
merece premio mayor,
en el tribunal de amor
más al segundo se debe;
y así cuerdamente infiero,
que si más le ha de querer,
sentirá más el perder
al segundo, que al primero.

No pudo la indignación de Saurina valerse de la prudencia, para que a todos no diese indicios en el semblante de los sentimientos que iba a manifestarle la lengua. Pero atribuyéndoselos el rey al tesón con que los arguyentes tienen por vitoria el ser porfiados (puesto que don Berenguel, algo celoso, conjeturase la causa por vislumbres y Laurisana manifiestamente la entendiese), atajando a la ofendida enamorada, dijo a nuestro resuelto montañés:

-Vos habéis respondido lo bastante para quedar, a lo que veo, mal opinado con vuestra opositora, con nosotros por ingenioso, pero no por vencedor de las réplicas que os pudiera hacer, a permitirlo el argumento que don Berenguel os apercibe, para conclusión

de nuestra amorosa filosofía. Propóngale, y quede en honra de Saurina problemática su duda, que, si va a decir verdad, más me conformo con su opinión que con la vuestra.

Obedeció el catalán celoso y, remitiendo cuidados para más oportuno examen, cumplió con el preciso, diciendo:

Rodomira, duquesa de Altamura,
viuda del duque de Andria, Federico,
y en Nápoles el Fénix de hermosura,
quedó señora de un estado rico,
que heredó de sus padres generosos,
amándola en extremo el conde Enrico.
Éste que, con afectos oficiosos,
cuanto más se encendía, más le helaba,
impaciente a desprecios rigurosos,
sospechó que en el pecho aposentaba
por dueño a César, conde de Lacerta,
y que por él sus prendas desdeñaba.
Mil noches a sus muros y a sus puertas,
la vio intimar, con músicas, desvelos,
puesto que nunca a su esperanza abiertas;
y, estimulado de desdén y celos,
contra su amor, contra su sangre y fama,
aleve a su valor, como a los cielos,
finge abrasarse en impaciente llama
por Leonorisa, que en edad florida
era de Rodomira deuda y dama;
la cual, soberbia en verse preferida
en el amor de Enrico a su señora,
y ciega a sus engaños reducida,
contra su honor le ofrece ser traidora,
como Enrico su esposo se prometa,
por ser de la duquesa sucesora.
Para esto, pues, a su pasión sujeta,
acusa a Rodomira en los estrados
que la lealtad con el temor respeta.
Dice que César y ella, enamorados,
viviendo Federico, profanaban
al tálamo deleites consagrados;
que, impacientes, el tiempo que estorbaban
presencias del esposo, sus deseos,
por siglos los instantes ponderaban.
Facilitó -prosigue- sus deseos,
desenfrenado, el bárbaro apetito
y la crueldad, verdugo de himineos;
diole veneno al duque ¡qué inaudito

deseo!, contra el lazo...

Cortó el hilo a su discurso don Berenguel porque como ni la atención con que iba tejiendo su novela, le divirtiese los ojos de la hermosura que adoraba, reparó en este tiempo que su prenda, la diestra mano en la mejilla, inclinada la cabeza y manifestando con algunos sollozos la pasión que padecía, violentaba con la disimulación cortés algún accidente peligroso; pudo, en fin, con él más lo más preciso, y así, dejando lo menos importante, la pregunta de rodillas, qué sentía. Quitóla la mano del semblante, a quien servía de apoyo, hallándola en sus brazos desmayada. Alborotóse el rey con el impensado susto y acudió a su socorro, que todo esto mereció la hermosura de Saurina en la afabilidad del cortesano príncipe; llegaron todos con el recelo y lástima que pedía tan compasivo caso y, aplicando los remedios ordinarios para recobrarla, se halló el bizarro ocasionador de sus desmayos no menos afligido que ella, aunque más poderoso en resistirse; no sé si Laurisana menos pesarosa que compasiva, como más interesada en la causa de sus celos, y no menos libre de ellos don Berenguel que, citando premisas, filosofaba sospechas en su daño, cuando Manfredo, deseoso entre piedades de que, desesperado de su posesión, antes llorase en manos de la muerte sus mal logros, que impacencias viéndola en poder de su enemigo; todos, en fin, en la apariencia favorables a la afligida hermosa, si bien con diferentes afectos en el alma, solicitaban la restitución de sus espíritus. Solos el rey y Alberto, sin otra concurrencia de pasiones, libraban en el dolor sencillo de aquel fracaso, suspiros y diligencias. Sacólos de ellas brevemente a todos, un gemido que despachó el corazón por los hermosos labios, restituyéndose con él los pulsos a las venas y los colores a la cara. Hallóse entre los brazos del que más aborrecía, favorecida una mano de las del rey que, para volverla en sí, usaba del común remedio que en semejantes deliquios se acostumbra, apretando el dedo anular, por la correspondencia y parentesco que éste tiene con el corazón; y previniendo los descréditos que podían ocasionarle sus inadvertidas ansias, pues siguiéndose su desmayo a la disputa, habría puertas a la curiosidad y la malicia, no sin fundamento para ella, el enojo y tema con que defendió su partido, faltó poco para no asegundar temores en los que de su restauración le daban parabienes, y así, desmintiendo cuerda lo que ocasionó inadvertida, con una risa vergonzosa, después de sosegar, dijo al agradable príncipe:

-Reconocimientos debo en vez de temores, Serenísimo señor, de este accidente riguroso, pues a costa de sus aprietos he medrado el favor de vuestras reales manos, y no será mucho que, interesando tales dichas, los continúe. Doy por bien empleada la vergüenza de mi espíritu pusilánime, en presencia vuestra, aunque mi padre niegue haberla heredado de su sangre, por la experiencia que mi dicha conoce en la liberalidad de vuestras compasiones. Perdone, vuestra Alteza, una imaginación impertinente que, originada de nuestra controversia, en el poco lugar que tuvo el entendimiento para apaciguarla, negándola a los labios, quiso vengarse en el corazón. Dejó Pedro Guillén tan apoyado, al parecer de todos, el suyo que, considerándome trasladada de la jurisdicción de mi padre a la de quien vuestra Alteza se sirve que obedezca por gusto vuestro, por diligencias tuyas y por venturas mías, me pareció que daba su opinión tan introducida que, usando don Berenguel de sus permisiones, no había de ser en su voluntad poderoso el derecho que de esposa suya, en la antigüedad, primera y en la legalidad, legítima, me podía asegurar de celos y competencias, tanto más rigurosas en nosotras, después de conocernos

enajenadas, cuanto en esta materia son menos lícitas y más vituperosas las venganzas. Si como él defiende, ocasiones advenedizas y pretensiones extranjeras se prohíjan en el alma más intensas, y el amor habitual y por costumbre ha de ceder al peregrino y forastero, cuando la inclinación o simpatía le favorece, ¿qué seguridad tendré yo de que, una vez desaposecionada de mi libre albedrío y reducida toda al de quien ha de ser mi dueño, no se deje arrebatarse de las bellezas contingentes que, por la perfección ocasionadas y por la novedad apetitosas, no se me antepongan en la principal potencia del alma? Perjudicial doctrina ha introducido, gran señor, vuestro apadrinado. ¿Tendré yo debajo de mi imperio todos los influjos de las estrellas, porque ahora inclinen algunos de ellos a quien me desea su consorte, para que después no apetezca novedades? Si tal secta se introduce en vuestros reinos, loca será la mujer que no tiemble del tálamo. Esta consideración fue en mí tan vehemente que bastó a desbaratarme los espíritus vitales, en ofensa del respeto que a la presencia real de vuestra Alteza debieran mis sentidos. Porque soy tan escrupulosa con mi libertad, que sólo el considerarla mal correspondida, puede en mí lo que la experiencia ha manifestado: considere que serán puestos estos recelos en ejercicio. Ya yo sé que, tácitamente, se me responde no deberse entender la conclusión propuesta con los que el lazo conyugal hizo unos mismos, pues este Sacramento, añadiendo honestas llamas al amor, descamina otros empleos. ¡Como si el usar destempladamente de sus privilegios no esterilizase los frutos que le son anejos y las voluntades de los casados estuviesen presididas de la seguridad contra los apetitos! Quiméricos han sido mis discursos, necio mi desmayo y descortes mis recelos, pues atajaron el ingenioso progreso que, con tanta sazón, don Berenguel había comenzado; sígale, gran señor, y merezca disculpa mi incapacidad, siquiera por las que la naturaleza vinculó en los defectos femeniles.

Satisfacciones apercebía el montañés avisado que respondiesen a estas objeciones, pero como las que imaginaba en abono de Saurina, habían de ser en perjuicio de Laurisana, todas se le deslizaban de la ejecución sin osarlas a la lengua. Sacóle, empero, de esta dificultad el rey, que, adelantándosele, dijo a la desmayada hermosa:

-Todos estamos, discreta discursiva, de vuestro bando, y no creo yo que el sustentante sienta, siendo tan entendido, lo que defiende porfiado. Desafíos del entendimiento, como consiste en él nuestra esencia, que por eso se llama racional el hombre, desacreditan al rendido, juzgando por más perfeto en esta parte al vencedor; y, en fe de esto, sustenta muchas veces la porfía, lo que el discurso interiormente no admite. Lo mismo le ha sucedido a vuestro ingenioso desafiado, tan fuera don Berenguel de que se conforme con su doctrina, como las muestras y señales con que le contradecía nos lo significaron. Ya es tarde, quédese su asunto para otra ocasión, en que, satisfecha vos por experiencia de las superioridades que en su pecho tenéis sobre todo lo que se atreva a competir, culpéis vuestros temores. Pues, cuando la frecuencia amorosa de vuestra compañía causara en él el fastidio que en los demás esposos materiales, alma tenéis vos tan discreta que, ofreciéndole cada día nuevos empeños de adoraros, le disuadirá de los advenedizos. Porque como el alma, aunque tuvo principio, ha de ser en la duración eterna y, en esta parte, de algún modo es infinita, siempre le sobra caudal de perfecciones con que enamorar de nuevo a quien hace más aprecio de hermosuras privilegiadas del tiempo, que de las que penden de los años y inclemencias contingentes. Padrino he de ser de vuestros

desposorios; fiador, quiero obligarme juntamente, abonado contra vuestros recelos en la seguridad amorosa de vuestro consorte; reposad, agora, y pues vuestra discreción compite con vuestra belleza, consultándola amigable, desmentíos satisfecha, a vos misma sospechosa. Gracias le rindió la disimulación cuerda de Saurina, que, dentro del alma, agravios mudaron traje, al manifestarse por los labios y, no permitiendo el rey acompañarse sino del conde, mandó quedarse con Saurina a don Berenguel y a Alberto. Volvióse a palacio, en fin, y la celosa desmayada a su casa, a cuyos umbrales despedido el catalán enamorado, mientras se restituía a la suya, reprehendió blandamente el generoso viejo las demasías que la repugnancia de aquellos casamientos había indiciado; propúsola lo útil, honroso y deleitable en tan calificado parentesco, y confesóle la hermosa apasionada, ser la causa verdadera de su desmayo el disgusto con que en aquella parte le obedecía; pero que, digna de disculpa, por verse en el mismo tiempo obligada a amar por dueño a quien, desde el instante que salió a luz, le enseñaron a los pechos del ama aborrecer, porque pasar de un extremo al otro totalmente contrario, o mata o pone en el último peligro.

-Últimamente -prosiguió-, conozco lo bien que le está a mi dicha, pues cuando no abonaran a don Berenguel tantas prendas personales y adquiridas, sobraba ser elección tuya, para sujetar la mía al más ínfimo criado de tu casa.

Pagóla estas finezas el persuadido viejo en abrazos y caricias y dejándola, al parecer, se recogió a su cámara, cuando, temerosa la noche de las vislumbres precursoras con que la amenazaba el día, tocaba a retirar a sus estrellas.

No quedó sola Saurina, aunque, encerrada en su pieza, creyeron sus criados que, acostada, usara el sueño de su ordinaria jurisdicción: olas de imaginaciones le derrotaron el sosiego tan desapiadadas que, entre tempestades de suspiros, lágrimas y congojas, no la hizo ventaja en los naufragios más horribles el bajel más desesperado de remedio. Por ninguna parte se le prometían sus esperanzas; tres días de término daban a su vida las notificaciones de su muerte. Dentro de tres perdía su libertad en cautiverio aborrecible; reprehendía a sus ansias de cobardes, pues no la redimían con un fin breve de peligro tan durable. ¡Qué de lastimosas querellas, qué de oprobios pronunció el silencio en su alma contra la ingratitud del inconstante agresor de sus desprecios!

La competencia amorosa en las mujeres puede tanto más que en los hombres, cuanto en ellas la presunción de sí mismas campea más soberbia, y la irascible tiene menos resistencias en su sexo frágil. Amor imposibilitado, angustias con celos, atormentan; con menosprecios, ahogan; pues, amante Saurina sin remedio, con averiguados celos y menosprecios conocidos a los ojos de su competidora, y quedar viva, ¿qué mucho se juzgase para poco? Desocupó la cama y, no del todo vestida, desatinando el tropel de sus pesares su discurso, tomó papel y tinta, escribiendo a su ofensor estas palabras:

Carta

«Ya degenerara en vos naturaleza si, habiéndoos dado de mamar un risco, desmintiérades la ingratitud con que desconoce las influencias del cielo que, fertilizando los campos, siempre le experimenta estéril, y los sudores del labrador que, necio, gasta en él desvelos y semillas. Inútilmente intenta la filosofía persuadirnos a que la comunicación política aliña un natural grosero y le vuelve cortesano; siendo aforismo mentiroso el que afirma que la costumbre es otra naturaleza, pues diez años que con todas estas circunstancias debéis a nuestra habitación y mesa, puesto que os hayan medrado entendido, no pudieron con vos medraros obligado. Ya vemos que de un pedazo de encina silvestre labra el artífice una imagen noble que, vestida en la superficie de colores y molduras, el que repara en sola la perspectiva, la juzga de oro toda, plata y preciosas piedras, pero si el cepillo y el examen registra su interior, al primer golpe manifiesta que mintieron sus cortezas y que apariencias generosas ocultan un alma bárbara. Quien os comunicare poco, tendráos en mucho, celebraráoos ingenioso, sutil, cortés y merecedor de más alta fortuna; pero como todas estas perfecciones os las alquiló el artificio y no la naturaleza, a breves exámenes os juzgará imitación del pájaro, que se ensoberbece con las plumas usurpadas. Desmentiré desde este día a los que por adularme me celebraban cuerda, pues en tantos no os eché de ver cisne hipócrita, vestido de sencillez cándida, con que disfrazastes tan engañosos interiores. Sirva a las demás de ejemplo mi escarmiento. Que puesto que pudiera, en parte, aprovecharme de venganza el veros llorar imposible vuestra elección poco advertida, mayor la tuviera de quien, por advenediza en vuestro empleo se me antepone, si, poseyéndoos, según vuestra opinión ingrata, no había de tener con vos más seguridad de lo que tardasen vuestros ojos en feriar al deseo nuevos apetitos.

»Pudieran los vuestros, a lo menos, ya que pecaban de desordenados, no desacreditarse por descomedidos y disimular en mi presencia afectos que, obligando no más que a una persona, os ha de hacer con todas aborrecible. Tan apurados tiene vuestra ingratitud mis sufrimientos, que no hallo ninguno para admitir dueño que pueda serlo de voluntad que ha tanto que echo menos. Primero que mis desdichas cumplan el plazo que apresuran, llegará el de mi muerte (no dudéis, si la deseáis, de ella), pues cuando mis ansias no me la adelanten, manos, resolución y acero tienen mis desesperaciones, que, si me vituperaren homicida, os infamarán ingrato. Escriboos estas nuevas para que, libre de tanto empeño, me quedéis deudor hasta la última fineza, si ya no es que, temeroso del castigo con que el cielo ha de fiscalizaros en mis agravios, os atreváis la noche que se sigue, a trasladarme en parte donde, segura de violencias, todas las lágrimas que mientras viviere derramare, que por poco que sea, perdido vos, lo juzgaré infinito, corran por vuestra cuenta, sin que haya quien por derecho se queje de que se las usurpó. Una escala ha de esperaros en el balcón de nuestro jardín; si rehusáredes sus pasos, llorad desde luego el último de mi vida, como agresor de su mal logro».

Acabóse de vestir cuando ya la tierra lo estaba de resplandores, puesto que eclipsados por las nubes que con lluvias y nieblas le hicieron deslucido; llamó el más seguro criado, a su parecer; tenía éste por nombre Guillermo, y la antigüedad y diligencia de su servicio le había abonado en la confianza de las cosas de mayor crédito, y era el mismo que os advertí haberle corrompido los cohechos del conde, y el que le daba aviso de cuanto en orden a sus cuidados se trataba en las dos casas. Creyéndole, pues, Saurina, con la lealtad que blasonaba, le conjuró en secreto, con cuantos artificios y promesas suele una

necesidad precisa, que pusiese aquel papel en manos de Pedro Guillén, sin que testigos pudiesen maliciarle ni su noticia despertase en su padre Alberto deseos de examinar lo que contenía, porque, aunque ejecutado lo que en él le encomendaba, había de ser de notable utilidad para unos y otros, era necesario, para su buen despacho, que estuviese oculto hasta su efeto. Ofreció el siervo cauteloso cumplirlo con las circunstancias todas que se le ordenaban y añadió tantas para asegurarla, que pudiera Saurina, a no tenerla divertida de otras atenciones las de sus cuidados, colegir de ellas cuán peligroso mensajero elegía su hasta en esto contraria suerte, que la lealtad sencilla pocas veces, o ninguna, se vale de las ceremonias de la traición disimulada. En efeto, él se partió a diligenciar su confidencia y, apartado de la ansiosa dama, se presentó a los ojos de Manfredo, que viendo la brevedad con que su enemigo apresuraba sus bodas, y que desde allí a dos días, si en ellos no estorbaba sus progresos, quedaba incurable su esperanza, maquinaba medios inauditos, crueles todos, pero ninguno con la disposición que la seguridad airosa de su crédito pedía. Refirióle, pues, Guillermo, los encarecimientos con que su señora le encomendó la entrega del papel presente, y que, aunque por menor ignoraba lo que contenía, era imposible, según la eficacia con que le encargó el secreto, que dejase de encerrar avisos importantes que le sirviesen de guía a sus determinaciones. Abrióle el conde, no medianamente alborotado, y coligió el portador mientras le leía, por la turbación de su semblante y mudanza de sus colores, que no le habían engañado sus conjeturas.

Dos veces leyó Manfredo el papel, y otras dos ciñó el cuello del portador aleve, una con un cabestrillo de oro, otra con los brazos, diciéndole:

-Facilitado has, Guillermo amigo, imposibles que, aunque consultados con mi estudio, no acababan de cerrar la puerta a mil peligros con que me amenazaban. Comunicóle entonces el billete todo, y prosiguió, diciéndole:

-Saurina, del modo que has visto, aborrece como el morir a don Berenguel Lanzol, venturosas en esta parte mis esperanzas; perdida se muestra por el valiente ganadero, civil en esta su elección, que algún defecto había de tener belleza tan consumada; no se quién pueda ser la competidora por quien se querrela mal correspondida. Sé, a lo menos, que sólo puede excusar el mal empleo que hace el montañés culpado, en excusa de tanta prenda, su naturaleza rústica y el proverbio que dice que sobre gustos no hay disputa. Mas podemos conjeturar ser ésta Laurisana, pues además de los indicios que acciones de los dos, puesto que disimuladas, ocasionaron mis sospechas, no es difícil sacar de estos renglones que la prenda imposibilitada y apetecida de Pedro Guillén es la misma, pues, prometida para mí esposa, queda esta consecuencia indubitable; ¿no reparas en que dice: Puesto que en parte pudiera satisfacerme la venganza de ver imposible vuestra elección poco advertida? Luego es Laurisana la que, en desproporcionadas correspondencias, da celos a Saurina. Todos me ofenden: Alberto en posponerme a don Berenguel; éste, en competirme en los amores y en la privanza; Saurina, en hacer más aprecio de un serrano desvalido que de un conde generoso; Laurisana, en adular sus deseos, pues, habiendo consentido en el tálamo concertado, ya ha delinquido en profanarle. De todos, pues, he de vengarme esta misma noche. Los dos, Guillermo, tenemos ahora de escribir un papel, por cuyo medio, libres de peligros, consigamos, yo mis deseos y tú la paga de ayudarlos.

Tú pondrás la letra, yo la nota. Con otro que después ordenará mi industria, serás testigo de cuán a poca costa desbarato estratagemas concertadas en mi daño con escarmiento de los que me agravian. Éntrate conmigo; certificaréte de lo que puede un ofendido ingenio.

Retiráronse, dicho esto, los dos a una pieza oculta, en que, consultando insultos, venció el que oiréis cuando llegue su coyuntura.

Quedaron, ya se os acordará, la pasada noche, después que se ausentó el rey a su palacio, Saurina, Alberto y don Berenguel a su casa, solos Pedro Guillén y Laurisana en la suya, tan gozosa ésta y agradecida a la vitoria que, a pesar de sus sospechas, había conseguido de su competidora, que cuantos favores supo inventar un corazón rendido y obligado, tantos certificaron al montañés amante, cuán de veras era correspondido. No fue mucho que, entre las prosperidades de tan apetecidos lances, se olvidase de los desesperados que ocasionó su inadvertida resolución, puesto que, si imaginara haberle de salir tan costosa a Saurina, la amaba de suerte, aunque tan diferente en los fines como habéis colegido, que presumo hubiera arriesgado los favores que gozaba porque ella no padeciese las ansias que Pedro Guillén no sabía. No pequeñas eran las que, descansando el presente gusto, se le vendieron costoso a Laurisana, considerando la brevedad del término en que, a pesar suyo, determinaban tiranos de su albedrío enajenarla en poder del conde, que tanto aborrecía. Los recelos con que el peligro y el temor amenazaban a la temeridad resuelta entre ella y su amante, la encarecían montes de imposibles; pero como amor, mientras no los atropella, no se tiene por deidad, determinaron vencerlos todos, y aquella noche misma, en la mitad del silencio, salir Laurisana en hábito varonil, defendida de su amante, y conduciéndose los dos a la marina, en una nave francesa (que afirmaba su viaje antes que el de la aurora y fletaron el interés y las caricias), prohijarse en Narbona, ciudad populosa de Francia y la más cercana a Cataluña. Tenía nuestro Pedro Guillén prevenida ya su fuga con el maestre desde el día que concertó el bajel, persuadiéndole que por haber de satisfacerse de un agravio honroso, brevemente, a costa de la vida de cierto caballero valido y emparentado en Barcelona, le importaba, no menos que la seguridad de la suya, franquear con su favor y el de las olas los riesgos que por tierra eran incurables. Ofrecióle dádivas excesivas, cebándole de antemano con algunas que abrieron las ganas al deseo de las venideras, siempre en los franceses apetitosas en demasía, y sólo, el esperarlas detenía en el puerto el navío, vergas en alto y a punto de hacerse luego a la vela.

Dispuesta, pues, entre los dos su amorosa embarcación, mientras Laurisana recogía el oro y preseas en que la aposionaron su herencia y los presentes de los que, por su medio, facilitaban pretensiones, se partió el animoso delincuente, disimulando salir a divertirse a la marina, para que, avisado el dicho patrón, no malograrse con su descuido prevenciones de tanto riesgo. Industriado, en el ínterin, Guillermo por el conde en lo que había de decir a Saurina, escrita la carta de su mano, que el siciliano vengativo le notó, y lleno de futuros premios si lograba sus traiciones, el menor de los cuales había de ser el gobernar los estados de Manfredo y pasar por su mano cuanto en ellos fuese de interés y confianza, volvió a la presencia de su señora que, entre la desesperación y la esperanza, agonizaba, indiferentes en ella la muerte y vida, y con el semblante cavilosamente regocijado, la dijo:

-Más le debo a Pedro Guillén en materia de confianzas que a las que mis servicios merecían con la experiencia, señora mía, que desde que nacistes habéis hecho en mi fidelidad, pues ha comunicado conmigo distintamente lo que vos, aun en confuso, recelastes descubrirme. A las puertas de su hospicio le encontré, llamado del conde Manfredo, íntimo protector suyo, que como ha de salir al torneo de sus bodas y conoce su destreza sospecho que quiere llevarle en su compañía; leyó vuestro papel con extraordinarias demostraciones, ya de sentimientos, ya de gozos, y después que una y otra vez reiteró por los ojos sus cláusulas el alma, poniéndomele en las manos y haciéndome señor de sus secretos, me dijo: «Para satisfacer desconfianzas, que Saurina, mi señora, no sé por qué, tiene en perjuicio de mi agradecimiento, necesito de un fiador más abonado que yo con sus recelos, y ninguno puede ocupar esta plaza como vos que, habiéndola criado, conocemos los dos la fidelidad y el amor que entrambos os debemos. Cásala con el enemigo mayor de su linaje quien primero se le pintaba mortalmente aborrecible; júntanse a enemistades connaturalizadas, aversión de inclinaciones. Tiénemela grande, puesto que lícita. Ojalá como se la correspondo obligado, la mereciere noble. Forma de mí querellas criminales con no más ocasión que una respuesta dada anoche delante del rey a una ingeniosa dificultad que me propuso yo solté, más por ostentación de ingenio que porque la sintiese como la defendía; y como los celos de ordinario no buscan más fundamentos que apariencias sobre que levantan máquinas, que por sí mismas se arruinan, de los pequeños que os he dicho eslabona los agravios que, contra mi reconocida correspondencia, habréis en ese papel visto. Últimamente se resuelve en morir o en que la redima de la vejación amenazada. Es hija de Alberto, mi señor y, heredera de sus ejecuciones, pondrá en efeto la primera, si faltó a la segunda, y de dos desgracias, tengo ésta por menos lastimosa, pues, excusándola de desesperarse y llevándola los dos a parte donde los primeros ímpetus de Alberto, mi señor, que ya sabéis cuáles son, no le precipiten algún desacierto que después lllore. La consideración y el tiempo, o mudarán su rebeldía, o persuadirán a su padre lo que importa no oprimir una alma que adora por única heredera; en efeto, dilaciones y ruegos ablandan las más temerosas voluntades y domestican fieras. Si vos, Guillermo amigo, se la tenéis como vuestra lealtad debe, entrad conmigo a la parte de este beneficio; acompañadme esta noche, que yo, cuando por librarla pierda la vida, ¿qué perderé que no la deba?». Ofrecíle seguir sus pasos y fortuna, y con la conclusión de este aviso vengo a apercebiros y determinaros; porque de vuestra resolución cuelga toda la de vuestro Pedro Guillén y la mía. No os responde por escrito porque, esperándole el conde, y él en la calle, si volviese a casa caería en falta con él y engendraría sospechas en quien sabéis que, opositora, fiscaliza vuestras acciones y las suyas; ved, agora, qué es lo que vuestras resoluciones determinan.

Resucitó la engañada hermosa a estas palabras, y acompañándolas con albricias y promesas, concluyó en ratificar su fuga por medio de la escala y señaló las dos de la noche venidera por término forzoso. -Yo haré la seña -dijo el desleal criado- cuando vengamos juntos, que, como doméstico y no sospechoso, seré más seguro. Alabó Saurina la advertencia, y conviniendo que ésta fuese decir Guillermo, «Decid a don Berenguel mi señor que mañana le llevaré los jaeces», se despidió de ella, volviendo a dar aviso a Manfredo de lo bien dispuesto en que sus máquinas quedaban. Pero antes que con él se viese, bajó a la marina en busca de un capitán siciliano que, con una galera de aquel reino

estaba de camino para la misma isla, a quien llevaba un papel del conde, con cuyo favor había alcanzado una plaza considerable en Palermo. Pedíale en él, con encarecimiento, hiciese cuanto Guillermo le ordenase, porque no le iba menos que su reputación y vida en ello.

Era así, que habían concertado los dos, si surtiese efecto el sacar engañada a Saurina, embarcarla llevándola a Sicilia, deteniéndola en el estado de Manfredo, con cartas para un primo suyo que, en su ausencia, le gobernaba, disponiéndole que en un castillo suyo, algo distante de la costa de Mecina, la tuviese oculta y regalada. Había de ir con ella el desleal Guillermo, con las trazas que consultó con él, para dar el fin deseado a sus embustes. Para disponerlo, pues, de esta manera, llegó a la playa, y cuando una barca determinaba abordar con la galera, halló a la orilla a nuestro montañés, que acababa de disponer con el patrón de la francesa nave aquella noche su avío. Turbáronse los dos cuando se vieron, recelosos cada cual de que el otro supiese sus intentos, y preguntando Pedro Guillén a Guillermo lo que buscaba por aquellas partes a tal hora, le respondió que la necesidad de su vista, solicitada del conde para cosas precisas, le había sacado de su casa; que, yéndole a buscar a la suya, le avisaron haberle visto salir, por entretenerse como convaleciente a la marina y que, siguiéndole, ya que le había hallado, le suplicaba se viese luego con el conde; porque, según el afecto con que le deseaba, era imposible no fuese de mucha consideración para sus aumentos.

Dudoso, pues, el animoso amante de lo que Manfredo con tanta instancia le pedía, sin poderle sacar otra cosa a Guillermo que le alumbrase en la conclusión de sus sospechas, porque las tuvo no pequeñas de que supiese el alma de aquel stratagemata, se determinó a no dilatar el verle por no acrecentar indicios. Parecíale, por otra parte que, habiéndole señalado por compañero en el torneo futuro, querría el conde tratar con él circunstancias tocantes a este ministerio y, entre asegurado y receloso, fue a palacio. Quedóse allí Guillermo, que pasó a la galera, y dando el papel aparte al capitán referido, le halló tan de la suya que, sin dificultar inconvenientes, le dejó disponiendo para la hora prevenida todo lo necesario a su viaje. Volvió luego el solícito traidor a dar aviso al conde de todo lo que había dispuesto, y halló con él al ganadero enamorado que, ya seguro de sus recelos y artificioosamente acariciado del cauteloso amigo, creía haberle llamado para significarle la voluntad que el rey tenía a su ingenio y buenas partes, con esperanza de ocuparle en alguna en que, sirviéndole, luciese tan considerable sujeto. Demás de esto, le significó deseaba llevarle a su lado aquella noche para cierta empresa que, aunque no declaradamente peligrosa, podían dificultarla ocasiones fortuitas, y que libraba la airosa salida de ella en los aceros de su esfuerzo y armas. Otorgó liberal con todo Pedro Guillén, pero sin propósito de cumplirlo, porque, embarazado en la fuga prevenida que tanto le importaba, mal pudiera asistir a travesuras incompatibles. Pretendía el conde, con este engaño, impedirle que, comunicándose por entonces con Saurina, supiese los misterios del papel defraudado y que, llevándole consigo, antes que ejecutase la impía determinación de sus intentos, dándole muerte, se le imputasen los insultos que determinaba hacer, por medio de los papeles que, por mano de Guillermo, tenía escritos. De modo que, uno a otro se engañaban. Expiraba ya el día, que la avaricia del sol en aquel tiempo apenas alegra recién nacido cuando entristece sepultado y, diciéndole nuestro montañés al conde le importaba hacer presencia en casa de don Berenguel,

porque faltando de ella no bien sano si le echaban menos ocasionaría temores de algún nuevo infortunio, le dio licencia, conjurándole primero que, sin hablar a más personas de las de su casa, ni comunicar con ninguna de éstas cosa por donde pudiese colegirse lo que entre los dos estaba oculto, daría con brevedad la vuelta, porque le quedaba esperando.

-Ha convidado -proseguía- el rey, para una máscara, con que esta noche regocija su palacio, a Alberto y su hija, a don Berenguel y su hermana, con otras muchas damas y caballeros de su corte, y me parece vendrán tan brevemente que tendréis poco lugar para deteneros, si no es que, de industria, queráis desazonar mis esperanzas; volveos con Laurisana que, entre tanto que celebran su festín, desembarazado yo de ocupaciones domésticas, podremos acudir mejor a lo que os he propuesto, advirtiéndooos que ha de ser antes de la una. A todo le halló pronto Manfredo, que quien no piensa cumplir nada, todo lo promete; pero temiendo no estorbare el recreo que decía la ejecución del robo de su dama, pues a malograrse aquella noche dudaba la siguiente hallar nave en que partirse, y tan favorable su secreto que no le manifestasen contingencias que, de ordinario, sin saber cómo, desbaratan dilaciones, despedido del conde, y avisado, otra vez, el piloto navegante, entró ya anochecido a la presencia de su dama que, fingiéndose indispueta, no con poca dificultad había alcanzado de su hermano la excusase en palacio pues, además de su desazón, la privilegiaban de semejantes asistencias forzosas prevenciones de sus cercanas bodas, y sabiendo de él la buena disposición con que la fortuna favorecía sus deseos, aguardaba por instantes la hora deseada para ejecutarlos. Huyó a Pedro Guillén la cara Guillermo mientras estuvo hablando con el conde, porque no engendrarse sospechas viéndole tan familiar suyo; pero, luego que se ausentó, le dio cuenta de cuán a su propósito dejaba en el telar de sus deseos comenzada la tela de sus marañas y el crédito que Saurina había dado a sus embustes, celebrándoselos Manfredo con agradecidas demostraciones. Pero congojábbase en extremo la máscara que, antes que a sus manos llegase el papel de Saurina para su amante y diese motivo a estos enredos, él mismo había trazado, por lisonjear el gusto de su rey y gozar con su ocasión la hermosa presencia de su dama, que cuanto la consideraba más imposible, más se encendía en sus deseos. Pero la fortuna, que se deleitaba en engolfarle por dificultades que le llevasen después a pique, dispuso en este mismo tiempo que, desde los tres baluartes con que aquella ínclita ciudad hermosea y defiende su marina, se disparasen con no imaginado estrépito todas las piezas con que aquel puerto se hace formidable y que, alborotada por esto la república, se tocase por toda ella alarma y se encendiesen multitud de faroles en el empinado risco y fortaleza de Monguic.

Fue así, que un renegado de Argel, saliendo en corso con doce fustas y corriendo tormenta por aquellos mares baleáricos, se halló en esta sazón cerca de nuestras costas, y favoreciéndose del descuido que aquel riguroso tiempo del invierno y la obscuridad de sus prolijas noches ocasiona, se atrevió, ausente el sol, a entrar en la playa barcelonesa y acometer las naves de menos carga y las barcas que entonces, sin el amparo del muelle que agora las abriga, sobre las áncoras y amarras se valían de la bonanza que, tras la referida tormenta, las lisonjeaba con el descanso y sueño. No surtió efecto la bárbara temeridad, porque los clamores fueron tales del bajel primero que abordaron y tantas las naves que en el puerto había que, viendo el cosario encender hogueras por toda la marina, temió que, cercado de cuatro galeras y gran suma de embarcaciones, que de ordinario

pueblan aquella costa, le cogiesen en medio y pagase atrevimientos desesperados. Zarparon, pues, con toda prisa, haciéndose a la vela y, arrojándose al mar los pocos que cautivaron, como estaban tan cerca de la orilla, no peligró persona, y los moros huyeron no poco perseguidos de algunos balazos que les desbarataron dos de sus bajeles. Bastó, empero, este alboroto para que, participando de él todo el palacio, se suspendiese la fiesta por aquella noche, y el rey, acudiendo a lo más preciso, la dilatase para la siguiente. Sosegóse en breve todo, y volviéndose a sus casas los convidados, tuvo por presagio próspero Saurina, en sus arrojadas determinaciones, aquel desaire.

Entre tanto, pues, que esta confusión duraba, sin perder de su lado Pedro Guillén al francés maestre, subió a su nave para defenderla y, alargados los piratas, le dejó apercebido y obligado para la hora establecida. Llegó, pues, su término y, ya la ciudad quieta, con diligencia amante volvió a su casa y halló a su dama transformada en un joven hermosísimo, con tanto aliento para ejecutar propósitos, que dobló en ellos afectos de su estima. Creyeron los dos que don Berenguel asistía a su príncipe en palacio, y así, sin estorbo ni registro de sus domésticos, que todos sosegaban, a la una de noche salieron por la puerta falsa que caía a una calle angosta y se continuaba con las cercas de algunos jardines, no lejos de ellas las del de Alberto, guiando por allí a la marina; pero a los primeros pasos se hallaron de improviso acometidos de una escuadra de enmascarados que sin reconocerlos, diciendo «¡mueran!», les pusieron las espadas a los pechos. Fue el caso que, entre celoso y compasivo don Berenguel por el desmayo que la pasada noche en su Saurina dio tanto en que entender a sus sospechas, desmintiéndolas la sencillez de su generosidad (que los nobles, pocas o ninguna vez, dan crédito a malicias), se persuadió a que algún accidente repentino, más que repugnancias de la voluntad que en ella se prometía, se atrevió a la sazónada disposición de su hermosura. Pareciéndole pues, ahora, que corría por su cuenta el diligenciársela restaurada, ya que no tuvo lugar el festín apercebido en palacio, quiso suplirle, dándole una música, para cuya ejecución, acompañado de los más diestros que en esta habilidad recreaban a su rey, no había media hora que, conduciéndolos a la estrecha calle, que dije discurrir por las cercas del jardín de Alberto, frontero de un balcón dorado de la misma casa, donde Saurina tenía su habitación, con varios tonos y sentenciosas letras, ingeniosamente le ponderaba la fineza de sus pasiones y sentimientos. Juzgábalos don Berenguel agradecidos, y era tan al contrario que, viéndolos ella aborrecible estorbo de sus determinaciones, cada sílaba imaginada flecha que la atravesaba los sentidos y cada breve dilación la aurora que, amaneciendo envidiosa, la imposibilitaba el redimir su libertad opresa. Rato había que esperaba disfrazada de hombre y con la escala asegurada en los hierros del balcón aunque recogida adentro, la venida y señas concertadas con Guillermo, maldiciendo, ahora, su poca suerte, pues lo que nunca hasta entonces había calificado finezas amorosas de don Berenguel, cuando la importaba tanto verle más remiso, le hallaba enfadoso estorbo de sus deseos. Al cabo, pues, de un prolijo espacio, en que el entretenimiento canoro atormentó a su dama y deleitó a sus vecinos, el conde y Guillermo, que ignoraban estas demostraciones amorosas, acudían con algunos soldados de la galera siciliana, enmascarados todos, al efeto de su cavilosa estratagema. Viendo, pues, Manfredo embarazado el sitio, oyendo la música, y conocido al autor de ella, «Ésta es -dijo al alevoso cómplice- la coyuntura que mi suerte podía ofrecerme más dichosa».

Mandó, pues, a cuatro de los más animosos de su escuadra, que eran siete, que, abrazándose con don Berenguel, le diesen de puñaladas y acometiesen los otros a los músicos, que como libraban su destreza en la valentía de sus voces más que en la de sus aceros, acostumbrados a hacer fugas, estimaron en este peligro más las de sus pies que las de sus gargantas. Bárbaramente ejecutaron los homicidas el orden de Manfredo, porque, descuidado el inocente joven y impidiéndole, abrazados con él, el defenderse, con ocho heridas le derribaron semivivo, diciéndole al caer el competidor aleve:

-Porque no muráis deseoso de saber quién os mata, yo soy Pedro Guillén que, favorecido de Saurina y criado de Alberto, no era justo que, por la privanza de un príncipe poco considerado tuviesen los agravios que vos y vuestros antecesores hicieron a los suyos, por premio a su heredera.

Los vecinos que se dilataban con lo apacible de los instrumentos y voces, oyeron desde sus ventanas lo horrible y lastimoso de estas palabras; pero, como cuerdos, por no participar de sus peligros, cerrándolas temerosos, se recogieron a sus lechos. En tierra, pues, el desgraciado amante, sacó del pecho el conde una de las cartas que, por mano de Guillermo había escrito, y echándosela a don Berenguel en la faldriquera, determinaba, contento con esta vil hazaña, volverse a palacio, sin intentar el robo de Saurina, juzgándole ya por imposible. Pero ella que, oyendo el nombre de su Pedro Guillén en las razones referidas, creyó que por su orden se había ejecutado aquel insulto y que, amándola de veras, los celos que se la dificultaban le habían traído aquellas palabras a la boca y aquellas obras a las manos, más agradecida que cuerda, llamó a Guillermo, y respondiendo él, le mandó que se esperase, y arrojándose por la escala apercebida, con la ayuda del conde, sin detenerse en agradecimientos de entrambas partes, guiaban al mar, para que, en la galera dicha, se embarcase con ella Guillermo y navegasen a Sicilia.

A este tiempo, Pedro Guillén y Laurisana se encaminaban, del modo que primero os dije, al mismo puerto, y hablando los dos con menos advertencia que debieran, fiados en la soledad del sitio, tinieblas de la noche y silencio de la vecindad, a su parecer, dormida, conoció Manfredo al montañés enamorado, a quien, según lo concertado con él, aguardó en palacio hasta la hora prometida y, no viniendo, creyó haber sospechado sus designios; añadiendo, pues, ahora, a esta falta, aborrecimientos y conociéndole a este tiempo en la voz, juzgó tener a la fortuna de su parte y quitándole la vida, se desembarazaba de una vez de competencias y recelos asegurando sus delitos; y para acrecentarlos, dijo a sus compañeros: «Mueran también estos cobardes», acometiéndolos desatinado. No dudó el animoso montañés oyendo, aunque enmascarada, la voz del conde aleve que, certificado de que le llevaba la que pretendía esposa, le salía al camino; y así, con la desesperación que en un ánimo generoso menosprecia temeridades cuando aprietan tanto como en este caso los peligros, determinó primero quedar sin vida que perderla a manos del castigo y de la infamia. Nueve eran entre todos los que le asaltaron, pero la destreza y suerte, esta vez favorable con el acometido, le dieron tanto aliento que, derribando a los tres sin vidas y hiriendo a los dos, huyeron los que quedaron a la playa infamemente, retirándose Guillermo y el conde que, aunque hasta entonces en todas las empresas animoso, en ésta la traición tan emparentada con la cobardía le comunicó sus propiedades.

Con la obscuridad, pues, de la noche, la confusión de aquel suceso, y el ver Laurisana a Guillermo que, apartándose de Manfredo, porque el temor de sus traiciones le representaban el suplicio, echaba hacia la marina para que, haciendo al capitán isleño que izase velas (pues cómplice en aquel insulto, no menos incurría en el castigo), huyese averiguaciones judiciales. Creyendo Laurisana ser su amante vitorioso, le siguió corriendo hasta que Guillermo, menos alborotado, y lejos ya algunas calles de la que sirvió teatro lastimoso a tal tragedia, se oyó llamar, diciéndole la catalana hermosa: «Espera, Guillén mío». Detuvo el paso entonces el desleal cobarde y creyó, sin dudar, ser Saurina la que le seguía que, aún no desengañada, presumía ser el montañés querido el agresor de su robo; y así, disimulando la cara con el rebozo enmascarado, y disfrazándole éste la voz la respondió alentándola y la llevó hasta la lengua del mar donde le esperaba el capitán con el esquife. Entraron dentro y preguntándole por los compañeros, le respondió el cauteloso embustero que por entonces no daban lugar los riesgos de que participaba para satisfacerles; que lo que convenía entonces, para escapar el rigor severo de los que le seguían, era añadir lienzos a los mástiles y excusar la muerte. Saltaron, en fin, en la galera, dando desde el borde Guillermo la mano a Laurisana, que todavía se imaginaba compañera de su valiente amante. Encerráronla en la popa, y al tiempo que querían zarpar, llegaron en un pequeño barco (el primero que les ofreció su miedo amarrado a la orilla), cuatro de los siete soldados que, con infamia de su profesión, se dejaron los tres cadáveres en la calle para generoso testimonio del valor de su homicida. Reconociólos su caudillo, y admitiéndolos dentro, bañados en su misma sangre, el temor y los esperezos de la aurora dieron tanta prisa a los remos y a las velas que, favorecidos del mar ya sosegado y del viento de tierra, los desapareció en breve de la costa catalana, encaminándolos a la deseada isla, patria suya.

Con mejor suceso se engañó Saurina, si puede llamarse engaño el haber conocido a quien adoraba. Fue tan repentino aquel acometimiento que, yendo de puro asustada, divertida entre los sobresaltos de tanto riesgo, no reparó en que era distinto de su amante aquél en cuyo poder se puso, cuando oyendo su nombre y creyéndole presente puso en ejecución sus arrojados; pero ¿qué maravilla, si Guillermo, confidente suyo y criado antiguo de su casa, desmentía con su presencia cualquier atención que hiciese a Saurina recatada?; antes, cuando Manfredo acometió en la mitad de la calle a su amado ganadero, tuvo por infalible que el mismo don Berenguel les atajaba el paso, deseoso de vengar su injuria. Retiróse, pues, mientras el montañés valiente ejercitaba lícitas venganzas contra Manfredo y sus secuaces, a lo más oculto de la calle misma, y ahora, alegre de que a pesar del temor infame de sus cobardes compañeros, que siempre imaginó los del conde amigos de su amante, quedase vitorioso, le siguió diligente, sin osar la lengua a que, celebrando su valentía, ocasionase terceros desaciertos. Libre, pues, el montañés gallardo del no conocido conde, intentaba reiterar el mismo sitio en busca de su prenda, cuando viéndose al lado de su competidora y no permitiéndole el sobresalto, las tinieblas ni el traje, que, como significué, conformaba con el de Laurisana, a sospecharla diferente:

-Vamos -la dijo- dueño mío, a la nave apercebida que nos está esperando, y aseguraremos por beneficio de las aguas la tormenta que en tierra nos amenaza más rigurosa.

Apresurando, pues, los pasos, llegaron a sus márgenes, buen espacio distantes del sitio en que Guillermo y Laurisana se embarcaban, y reconocido el francés maestre, los condujo con brevedad felice en la pequeña falúa a la deseada embarcación, guiando la proa y votos al puerto de Rosas, el primero de Francia, que confina por Ruisellón con Cataluña.

Volvíase a palacio Manfredo solo, si satisfecho en parte con la muerte de su enemigo, temeroso en muchas por no saber lo que a Guillermo, Saurina y sus cómplices hubiese sucedido, puesto que, como era verdad, se prometía que, desmintiendo contrarias diligencias, se habrían acogido a la galera, según el orden que, antes que acometiese a don Berenguel, les había dado. Pero advirtiéndole ahora que quedaban tres en la calle muertos y que si alguno del todo no lo estuviese, hallándole la justicia y apremiándole, era forzoso confesar verdades que con tanta industria intentó que se atribuyesen a otros, animosos en la crueldad, tornó al sitio mismo, y uno a uno atravesó con la daga varias veces los corazones de los tres cadáveres. Lo propio iba a ejecutar en don Berenguel que, casi como ellos, yacía poco más arriba, pero sintiendo gente, volvió las espaldas y echó por diversas calles, con que, a su parecer, seguro de que hubiese quien le divulgase reo, se retiró a su albergue, pero no al sueño, que aunque le solicitó acostándose, no eran de calidad sus inquietudes que le permitiesen sosegado.

Era la ronda la que estorbó a Manfredo que apagase la limitada luz que en el inocente don Berenguel había dejado, y venía en ella el gobernador de la ciudad, a quien el alboroto marítimo de los cosarios había dado mala noche. Volvía, agora que el sol se precipitaba desde los más altos riscos y edificios, a la quietud que su cansancio le pedía; pero encontrando a la entrada de la funesta calle al gallardo catalán herido y reconociéndole, al parecer sin vida, pasmó con el asombro y la lástima; dio luego voces y llamó a las puertas del jardín de Alberto, obligándole el sobresalto a que se vistiese con toda prisa, y bajasen él y sus criados al espectáculo lloroso, en cuyo conocimiento no tengo que decir los extremos de dolor y lágrimas con que el congojado viejo manifestó su pena, porque en esta parte cualquiera exageración quedará tibia. Baste afirmaros que, cuantos trances en la guerra le dudaron vivo, juntos y comparados con el presente, no igualaron al mínimo pesar de tanta pérdida. Metieron en el jardín al desangrado joven, y luego que entraron dentro, reparó el gobernador en la escala que desde el balcón pendía a la calle; avisóselo al dueño de ella que, viéndola y añadiendo a sus presentes ansias los indicios de su deshonra (siendo tan celoso de ella, como habréis de estos sucesos colegido, y sobre todo catalán), podrá medir el discreto sus congojas, que yo no me atrevo a tanto. Olvidóse furioso del maltratado yerno y subiendo al cuarto de su inconsiderada sucesora, alborotó la casa, no hallándola en ella; amenazó criados, salió de los límites de su cordura y faltó poco que, con la espada, no aumentase en los que, ignorantes de tal desdicha la lloraban, la asombrosa tragedia de tantos infortunios. Entre tanto, el gobernador, que no poco deudo tenía con el desmayado perseguido y le veneraba como casi dueño de la voluntad de su príncipe, ayudado de sus ministros, le condujo a una cama y, hallándole con vida, puesto que con pocas esperanzas de su duración, despachó por los médicos y cirujanos más considerables, desnudándole en el ínterin y atándole como pudieron las heridas porque no se desangrase.

La codicia de uno de aquellos alguaciles que se ocupaba en esto, le llevó las manos a una de las faldriqueras del doliente, y trasladando a la suya algunos doblones que halló en ellas, encontró con la mentirosa carta que el conde, después de haberle herido, le echó dentro, rota la neta y, al parecer, leída. Advirtió en ella el curioso ministro, dándole el alma que contenía alguna cosa concerniente para la averiguación que deseaban; pasó los ojos por ella, pero apenas llegó a las segundas cláusulas cuando, entregándosela al gobernador, dijo en voz alta:

-Mande V. S. prender a Alberto, que, disimulado reo, es agresor cruel de estas desgracias como lo manifiesta este papel que el cielo, para su castigo, puso en mis manos y en mis ojos. Leyóle de nuevo alborotado el juez severo, en presencia de los que le asistían, y oyeron en él estas palabras:

Carta

«Cierta servidor vuestro, aunque criado de Alberto Armengol y uno de los de quien más se fía, os advierte miréis por vos, porque quien en esta casa más os lisonjea con caricias de padre, os desea beber la sangre con aborrecimientos de mortal enemigo; el túbulo os adelantan a las bodas, que no pueden llevar a paciencia que, quien descendiente de sus perseguidores heredó sus enemistades, agora se blasona esposo de su heredera y dueño de su mayorazgo; porque afirman que, mezclándose tan opuestas sangres en sus nietos, es imposible no produzcan monstruos que asuelen a Cataluña. No sé la traza que para esto tiene dada, pero sé que la consultan y que os perderéis si os fiáis de canas, en quienes están más arraigadas las injurias que la blancura. Ni déis crédito a las disimulaciones de Saurina, que adora al montañés que en vuestra casa restauró la vida, y si en fe de estos empeños os persuadís que su naturaleza bárbara ha de seros agradecida, desmintiendo la rusticidad de sus progenitores, vivís engañado; porque todos tres, envidiosos de la altura en que el rey os ha sublimado, disponen vuestra ruina.» Menos indicios que éstos hacen a la justicia sospechosa, y más en averiguación donde los interesados son de tanta estima: la escala en la reja de Saurina y el papel agora, puesto que no firmado, digno de fe por lo sucedido. Tocándole al gobernador, como pariente, tanta parte en estos sentimientos, cualquiera diligencia rigurosa le era lícita. Mandó cerrar las puertas todas de la casa, habiendo ya traído al jardín los tres difuntos que acompañaron al facinoroso conde, que, tendidos en la arena, daban a los presentes más compasión que sus temeridades merecían. Llamó al congojado Alberto, leyéndole la carta, a cuya notificación le enmudeció la cólera, sin hallar disculpas su inocencia (tanto puede contra ella un ingenio maleado y unos engaños de improviso); quitáronle las armas y, encerrándole en una pieza oscura con suficiente guarda, convocó el gobernador toda la familia, enseñándoles el papel y preguntándolos si conocían su letra. No les fue difícil, viéndola, el afirmar ser de Guillermo; mandó que se le llamasen y, no pareciendo, convinieron todos en que fue cómplice de la fuga con Saurina. Hizo llevar presos a la cárcel pública a todos los criados de entrambos sexos, sin perdonar a ningún vecino de la calle delincuente que, por ser de calidad común, ninguno alcanzó por prisión su casa y, dejando custodia bastante en la de Alberto, entre tanto que curaban a don Berenguel los médicos llamados, partió a dar cuenta al rey de estas desgracias, acompañándole, como acontece, la multitud plebeya

que, con desatinados juicios, atribuía cada cual, según la más o menos afición que mostraban a los indiciados, la culpa de este insulto a diferentes agresores.

Antes, empero, que el gobernador fuese a palacio, entró en la casa de don Berenguel, puesto que dudoso de hallar en ella al montañés culpado, pues siendo en los indicios delincuente principal, ya le presumía en salvo; con todo eso, porque no le tuviesen por remiso, registró todas las piezas y aposentos de ella; pero hallóla cuando entró, no menos alborotada y llorosa que la antecedente, con la falta de Laurisana y su querido huésped. Atropelláronse en el gobernador los sobresaltos y parecíale que los soñaba. Dos damas, las más ilustres, más honestas y más hermosas de aquella Corte, en vísperas de esposas de los dos más favorecidos del rey, más venerados de su corona, y entrambas a un mismo tiempo ausentes de su casa, de su patria y de la estimación con que hasta entonces conservaron su crédito; cosario suyo, en la opinión común, un serrano, si favorecido de dotes personales, desautorizado de bienes de fortuna y de naturaleza; un criado, con ellos tan pobre, que el mayor blasón que medró a su linaje fue la confianza que en el gobierno de su hacienda hizo en él Alberto; Guillermo el uno, Pedro Guillén el otro, con nota éste de que Saurina le aventajase a don Berenguel Lanzol; dando causas el otro a las malicias de que Laurisana quiso más desdorar su sangre, haciéndole dueño de su honra, que intitularse condesa y esposa de Manfredo; motivos dieron juntas a las plumas y a las lenguas para satirizar la desbaratada propensión de las mujeres, heredada de la primera (pues, por la mayor parte, en opinión de los poco afectos, siendo imperfección transcendental, a todas toca de participantes).

Llegó primero que el gobernador la fama de estos infortunios a la noticia real, que las malas vuelan y las buenas, según dijo un experimentado, a cada prosperidad se tuercen un pie. Sintiólo el piadoso príncipe con la indignación que la voluntad empleada justamente en don Berenguel requería; mandó hacer diligencias exquisitas, puesto que en balde; hizo acudir al puerto, registrar los bajeles todos de él, informarse qué naves hubiesen aquella noche largádose al mar, y averiguóse no haber salido sino el francés y el siciliano. Llamó a Manfredo que, disimulado y cauteloso, cuando le refirieron lo sucedido, manifestaron sus extremos la ventaja que en ellos hace a los demás el artificio que la sencillez. Ordenóle que, del mismo modo que si aquel crimen fuese de lesa majestad, y su real persona la del herido, pusiese la solicitud imaginable en coger a las manos los agresores. Prometióselo, ponderando la parte que le tocaba, así en la pérdida de quien se juzgó esposo, como en la amistad íntima que profesaba con su hermano. Despachó postas, prometió premios cuantiosos a quien, vivos o muertos, le trajese a Pedro Guillén y a Guillermo, reservando las vidas de Saurina y Laurisana. Fue con grande suma de ministros al jardín de Alberto, mandando conducir a la plaza los tres soldados difuntos, donde, sobre unas andas, se diligenciaba quien los conociese, para conjeturar por este camino el que los delincuentes llevaban. No quiso verse con el afligido viejo, amenazándole que, si eran verdaderas las premisas que le indiciaban autor de tanto insulto, él mismo, cuando no hubiese otro ministro, había de serlo, en un cadalso, de su muerte. Mandó en nombre del rey al gobernador que tomase la confesión a los presos todos, así criados de Alberto, como vecinos, sin escaparse de esta vejación los músicos que acompañaron la trágica noche al desgraciado caballero. No pudieron decir los domésticos del ofendido anciano más de que dejaron quietos y sosegados aquella noche a

su señor y a su hija, y se recogieron todos a su común descanso; y aunque era verdad que desde las camas sintieron pendencias y cuchilladas en la calle, como ignoraban que les tocara tan de cerca, pasaron por ello como otras muchas noches que, en ciudad tan ruidosa, la costumbre de oírlos tantas veces descuida a sus vecinos. Conformaron con éstos los más de los otros, menos los que escucharon las palabras cavilosas que el conde dijo, en persona de Pedro Guillén, al dar a don Berenguel de puñaladas, afirmando que, sin conocer la voz, porque estaba enmascarada, las razones eran estas mismas:

«Para que no muráis sin noticia de quién os mata, yo soy Pedro Guillén que, favorecido de Saurina y criado de Alberto, no era razón que, por la privanza de un príncipe poco considerado, tuviesen los agravios que vos y vuestra casa hicieron a la suya, por premio a su heredera.»

Esta declaración y el testimonio de la fingida carta que hallaron al herido, persuadieron de suerte al rey, a los parientes del maltratado joven y, en las apariencias, al facinoroso conde, que todos de un consentimiento juzgaron debérsele apretar a que lo confesase el perseguido viejo por medio de la tortura, y a los más considerables de su familia. Trasladáronle, en consecuencia de esto, a una torre de las más rigurosas y desacomodadas de la ciudad, cargado de prisiones y de guardas; convirtiéronse las nupciales fiestas en tristezas, para los amigos lastimosas, y en acusaciones mortales para los de la parcialidad contraria.

Todo lo llevaba a su propósito la perversa inclinación del conde vengativo, menos el ver que don Berenguel quedase con vida; porque fue tan buena su suerte, y la defensa de un jaco que llevaba que, aunque las heridas pasaron de ocho, ninguna pudo conseguir más que un desmayo y la sangre que, derramada, le despusó en el espacioso término que le dilataron el remedio; afirmaban ahora los que se le aplicaron no ser ninguna penetrante y que, con brevedad sano, escarmentaría amistades reconciliadas. También le desatinaba al agresor oculto la ausencia de Laurisana en la noche misma, si bien, el papel de Saurina, que por entrega del desleal Guillermo usurpó a su amante, acabó de persuadirle ser ella la que, dando celos a su competidora, guió la pluma al escribirle y, últimamente, que, aprovechándose del marítimo alboroto de los cosarios y viendo tan próximas sus bodas, huyendo con ella, concurrió un mismo influjo de los hados en la fuga de los tres, con ignorancia los unos de los otros. Y no faltó quien, publicando imaginaciones suyas por verdades, sembrase por la Corte haberlos cautivado las fustas africanas, cosa que regocijara sumamente a Manfredo, a no perder con Saurina, cuando la imaginaba camino de su patria, las esperanzas de su posesión porque, aborreciendo a su padre, la adoraba.

Entre tanto, pues, que la justicia (ya se sabe cuán ejecutiva es la catalana), prevenía rigurosidades contra el inocente Alberto, añadiendo los parientes de don Berenguel a las injurias antiguas las presentes, sin hallar resistencia, favorecidos de la sombra real, destruyeron y asolaron con indigna resolución cuantas posesiones y edificios por la montaña reconocían dueño al anciano perseguido. No atreviéndose los de su bando a oponérseles; antes, avergonzados de que con tal insulto hubiese su cabeza infamado el crédito y valor en tantos años adquirido, rehusaban publicidades y concursos, juzgando, y

con razón, que la sangre de una parentela participaba, como de las honras que cada deudo adquiriría, de las afrentas con que se desdorbaba.

A vela y remo navegó toda aquella noche la galera siciliana, añadiendo el temor de que les diesen caza diligencias de ofendidos, solicitud en los forzados, en los linos y en los vientos, hasta que, pasadas algunas horas, cuando perfilaba de oro el pródigo planeta los azules pavimentos de Neptuno, se hallaron tan alargados de la costa que, con seguridad, pudieron acudir al regalo y servicio tan encomendado de la belleza que imaginaban llevar consigo. Entraron, pues, en la cámara de popa, donde, sobre un lecho que la curiosidad previno, recostada y vestida, padecía las incomodidades Laurisana con que los navegantes primerizos pagan al carcelaje de aquel fastidioso encierro. Mareada, pero alegre, la fugitiva hermosa (por el buen suceso con que sus engaños hicieron felices sus soluciones), deseaba recrear sus ojos en la deseada presencia de su dueño, persuadiendo a sus congojas el alivio de su vista. Pero apenas la de Guillermo reconoció en ella sus malogradas traiciones, y la animosa catalana se halló en poder de quien menos en la imaginación tenía, cuando, sobresaltados de la admiración entrambos, dudaban la fe a los ojos, sin permitirse por un considerable espacio palabras a la lengua; principalmente Guillermo, que no habiendo, según su bárbaro juicio, perdido la vista desde la escala a Saurina, vacilaban sus pensamientos, no hallando salida a transformación tan prodigiosa. Menos le duró a Laurisana este susto; porque, creyendo que Guillermo, como criado de la casa de su amante y amigo suyo, habría a su persuasión solicitado al capitán de la galera y, aguardándole en ella, se había prometido compañero en sus fortunas, le dijo, ya no alborotada:

-Pues, Guillermo, ¿dónde está mi protector y vuestro amigo, o por qué me dilata su presencia? ¿Qué es de Pedro Guillén que, no viéndole, ignoro la dicha que por su mano consigue mi libertad ya redimida?

Despertó a esta pregunta la agudeza solícita del ministro desleal, que lo que a la traición le falta de generosa, le sobra de sutil y, previniendo a nuevas ocurrencias enredos nuevos, receloso de que si el capitán supiese no ser aquella la dama de su comisión se desbarataban sus esperanzas todas, haciéndola disimuladas señas, la respondió:

-Sabe ser tan poco agasajable el mar con sus bisoños huéspedes que, mareado nuestro compañero, no le permite lo que más desea. Sosegad, señora, y dormid segura un rato que, en mejorando, acudirá a serviros con el aseo y decencia que ahora impiden los desaliños de un estómago amotinado con su dueño.

Dejóla, dicho esto, y volviendo a cerrar la cámara con llave, persuadió al capitán que, siendo el sujeto por quien la dama preguntaba uno de los cuatro muertos (y no eran sino tres), y de quien ella hacía más confianza, importaba entretenerla con dilaciones de su vista, fingiéndole indispuerto hasta que llegasen al puerto deseado; porque, según le había mostrado voluntad Saurina, sospechaba que, celoso de él, el mismo conde le había dado muerte y que pondrían en contingencia la de su dama si, entre las incomodidades de la navegación, llegase tan rigurosa nueva a su noticia. Creyólo sencillamente el siciliano y, ofreciéndose a colorear aquella mentira, acudió al ministerio de su viaje, conviniendo

los dos que si la dama porfiase en verle, fingiéndose severo, la afirmase que, hasta averiguar qué calidad tenían y llegar a Sicilia, determinaba tenerlos presos sin que se comunicasen. Entró después de esto el engañoso enredador a ver a Laurisana, y hallóla quimerizando imaginaciones, a que dieron motivo las señas con que Guillermo la apercibió que disimulase sus deseos, no pudiendo persuadirse a que achaques comunes en pasajeros no experimentados, por rigurosos que fuesen, le entibiasen deseos que, amándola con las veras que sabía, era forzoso le apresurasen a su vista. Mil inconvenientes procedidos de esta imaginación la desatinaban los discursos, cuando, volviendo los ojos a Guillermo, oyó que la decía que, habiendo el capitán informado de que la dama que Pedro Guillén concertó con él ausentarse de aquel reino, era esposa por palabras de futuro del siciliano conde y, considerándole privado del rey don Jaime, infiel a su palabra, le había aprisionado, con resolución de volver la proa a Barcelona y ponerlos a todos en sus manos:

-Que esto puede -decía-, el interés del premio, en la fallida confianza de gente que, con la navegación, profesa la mutabilidad del elemento que frecuenta.

Pero que él, con instancias verosímiles, casi le tenía disuadido de estas sospechas, afirmando no ser la prenda que robaron Laurisana, sino Saurina, a quien su padre daba violentamente esposo aborrecido, siendo así que, años había lo era suyo, aunque en secreto, el que intitulándose fingidamente Pedro Guillén, disimulaba la calidad y estado de más consideración en Cataluña; y que primero, entregándose a la desesperación, se daría la muerte que violase el tálamo poseído y adulterase amor tan a su gusto.

-Estas persuasiones en la apariencia verdaderas –prosiguió Guillermo-, y nuevas dádivas le tienen, si no del todo satisfecho, a lo menos en parte obligado a proseguir nuestra derrota. Si vuestra disimulación, señora mía, no confirma con sabio sufrimiento estas cautelas y, representando la persona de Saurina, no engañamos la pérfida codicia de este bárbaro, disponed los ojos al espectáculo de vuestro amante, en Barcelona empleo de un patíbulo, a mí a su lado, y vuestro honor a arbitrio de la crueldad y de la insolencia, porque será sin duda el dar con nosotros en el mismo puerto de donde nos libró la dicha, si por vuestra inadvertencia se desazona esta maraña.

Todo esto embelecó la industria del caviloso enredador, porque conjeturó de ver en aquel sitio y traje a Laurisana (puesto que ignoraba el cómo) preguntando por el ausente dueño suyo, que, concertando con él la fuga ejecutada, quizá por celosa, amándole en competencia de Saurina, le amenazó, sabiendo la que entre los dos estaba dispuesta, que revelaría sus secretos, y él, por huirlos, trocando damas y no temeridades, la había robado. Sólo le desatinaba el cómo viniendo él con Saurina, se le hubiese desaparecido ésta, sustituyendo su presencia Laurisana, sin hallar otra salida a tantas dificultades sino el creer que entre los demás estudios que al montañés bizarro hacían famoso, profesase el de los hechizos, y que por medio de ellos, huyendo con Saurina, los burló con Laurisana.

-¡Ay, Guillermo, quiera la fortuna -replicó asustada la dama recelosa- que no salgan mis temores verdaderos! Mil contradicciones experimento en tus, no sé si diga engaños. Porque si, como supones, Pedro Guillén te comunicó su pecho, ¿de qué suerte

concordarás conciertos que entre él y mí pasaron, con las cosas que agora veo y tu enmarañas? A Francia afirmó que había de conducirme, para cuyo viaje obligó liberal a un patrón de Gascona, que en una tartana, en menos de seis horas, nos asegurase su apetecido puerto. ¿Cómo, pues, navego agora en una galera, cuyo capitán habla italiano, cuyo hábito es tan desconforme al que usan los franceses, cuya esperanza de pisar tierra es tan espaciosa que, en alta mar, perdiéndola de vista, por ningún lado nos la asegura? Presto me vendes a mi dueño; pero aunque aciertas en la substancia, recelo que me engañas en el modo. Preso en los amores de Saurina, cuyos empeños alegarán más ejecutivas obligaciones, habiéndome desterrado de mi casa, de mi crédito, de mi juicio y de mi honra, para facilitar sin mis estorbos sus deseos, derrotada en tu poder y a disposición de estos piratas, le tendrán solícito en asegurar su pérdida; y ojalá no sea con la misma traza que le consultaron mis arrojos. Preso, sí, Guillermo, entre sus brazos, no, empero, entre los hierros que, navegando conmigo, significas. ¿Qué sería si la nave en que prometió llevarme a Francia, condujese a Saurina, mudando su robador ingrato voluntad y pareceres? Colígenlo mis temores, podrá ser que maliciosos, pero no del todo descaminados, de que anoche, acometido en nuestra calle de un tropel de ocultos enemigos, me pronosticaba el corazón venir con ellos en el mismo traje que yo mi competidora. Parecióme ser Manfredo el que, enmascarado, dijo a sus cómplices, cuando reconoció a mi amante: «Mueran». ¿Qué sé yo si, dispuesta entre mi inconstante desagradecido y Saurina la misma fuga que trazaba en mi provecho, la ejecutó en su servicio, y el conde, con aviso de este insulto o por la amistad que profesa con su padre, o por los celos que, usurpándole tal prenda, le apuraban (pues si demostraciones pueden manifestar indicios, no pocos intérpretes de su amor fueron los que examinó en los dos diversas veces), en fin, séase por lo uno o por lo otro, o por todo junto, no es sin fundamento el persuadirme que, avisado de la concertada fuga, le ganase por la mano, y fingiéndose el robador apetecido, pudiese más el artificio que el amor y que, llevando en su poder engañada a mi enemiga, se encontrase con nosotros, si bien la animosa temeridad de mi mudable dueño, haciéndolos huir cobardes, quedó en el mismo sitio vitoriosa. Retiróse después, y creía yo que a la marina, pareciéndome seguirle; pero agora presumo (¡ay cielos, mienta mi juicio!) que, conocida mi competidora, se retiró con ella, y yo, gozosa por la compañía que me vendió mi engaño, burlada del sobresalto y las tinieblas, seguí tus gustos. Desengañame, Guillermo amigo, porque sacarme de estas imaginaciones será imposible no llevándome a la presencia de quien adoro, ya esté libre, ya preso.

Acabaron estos avisos de alumbrar la confusa turbación de Guillermo, y coligió de ellos la verdad del truco de las enamoradas hermosuras, reparando agora en que, habiéndose retirado Saurina entretanto que el montañés animoso castigaba a sus contrarios, no era difícil conocer desde afuera a quien desde la cuna tenía en el alma viéndole sin máscara, y luego seguirlo; imitándola en esto su competidora, pues, reparando en que Guillermo guiaba los cobardes pasos a la playa, yendo solo, la prisa y la repentina turbación pudieron engañar sus pies y sus sentidos; túvolo por sin duda Guillermo y, filosofando embustes con que proseguir los comenzados, sin turbarse, la dijo:

-Si tan fácil fuera el disuadirse al malicioso capitán, hermosa Laurisana, del tema que nos le amenaza riguroso, como el sacarte de esas imaginaciones, por el mismo caso que

amantes, desconfiadas, viendo a quien sin causa culpas, sin mucha dilación convirtieras lágrimas en regocijos. No tengo en esta parte que repetir lo que te ha de constar en breve; sólo a los fundamentos de estas sospechas digo que, si te ves embarcada en galera y no en la tartana prevenida, es porque tu Pedro Guillén concertó tu seguridad con los patrones de entrambos bajeles, que no es la confianza de esta gente de tanto abono, ni el peligro de su falta tan remediable que si, como acostumbran, nos burlaran, no era manifiesta nuestra perdición a manos de los ofendidos; a uno y otro previnieron dádivas y ruegos, y el primero que, entre los estorbos de la noche y confusión del vulgo, le ofreció su dicha, nos franqueó este golfo, librándonos de las persecuciones del puerto, donde era más indubitable nuestro naufragio. Siciliano es y a su isla caminamos, que aunque te manifiesto esta verdad contra el orden de tu amante preso, habiéndome mandado te persuadiese navegamos a Francia, si te la negara, coligieran tus discursos de esta mentira que también lo que te he dicho lo era. ¿Qué infortunio temes en un reino tan extendido y, con las guerras del rey napolitano, banderizado en parcialidades y lleno de naciones extranjeras? En ese hábito desmientes ocasiones a la osadía y violencias a tu hermosura. El reino de Nápoles dista tan poco de Mecina que un jirón estrecho los aparta. Pasaremos a él, y libres de los que en Sicilia pueden conocerte, la destreza y partes célebres de tu dueño le adquirirán estimaciones con el rey Carlos, mortal competidor del aragonés don Jaime, que os aseguren felicidades y sosiego para el tálamo y si no, ¿a qué propósito mi atrevimiento? ¿Tan inconsiderado me recelas que, desterrándome sin delitos de mi patria, del servicio de Alberto, mi señor, cuya casa pendió de mi gobierno, cosario tuyo, había de avecindarme entre extraños, desvalido de hacienda y de industria para adquirirla? No llega mi temeridad a pretenderte enamorado, ni tú puedes temer tal desatino si, como tan discreta, has examinado los afectos de mis ojos y palabras; que a ser yo amante tuyo, cualquier inconsiderado arrojó me disculpara. Sola la amistad de quien te merece y la esperanza de que participe de sus merecimientos y fortuna, granjeando retornos de estas finezas, me traen sirviéndole tan satisfecho de que os experimentaré agradecidos que no echo menos cuanto en el crédito y el interés por vosotros he perdido en Cataluña. Aseguremos, señora, al malicioso capitán, que es agora lo más preciso, pues, una vez desengañado de sus avarientas imaginaciones, reprehenderás después fácilmente tus quimeras, viéndote en posesión de quien, inocente, formas agravios. En parte persuadida, aunque no del todo asegurada, iba a replicarle la hermosa navegante, cuando entró el capitán, y memorioso de lo que Guillermo le había encomendado, la preguntó la causa de lágrimas tan lastimosas, respondiéndole en nombre suyo Guillermo:

-Adora a su esposo como es justo; recélale, o muerto, o olvidado, y sólo tú, que preso se le usurpas, generoso capitán, puedes desvanecer los eclipses de su hermosa cara.

-Sepa yo -respondió él, fingiéndose sospechoso- con certidumbre que vuestra calidad y la de vuestro compañero no es de las que pueden descomponerme con su Alteza, pues vasallo suyo debo temblarle riguroso y, sacándole de donde, aunque preso, vive regalado, antes que tomemos tierra me deberéis su vista.

Congojas de la muerte se apoderaban del tímido corazón de Laurisana oyendo estas razones, porque tenía por cierto que, apenas habían de arribar a la isleña playa, cuando, conocida por los catalanes defensores de aquel reino, en vez de lograr deseos tan

costosos, imposibilitándola de su adorado amante, y volviéndola a Barcelona, habían de perder a un tiempo, él la vida y ella la fama. Conjeturó estos miedos el vigilante Guillermo y, para asegurarla, dijo al capitán:

-Saurina, mi señora, vive tan libre de esos temores, que si como la conducís a vuestra patria, la pusiéades en la presencia de Carlos, rey de Nápoles, reconocida por sobrina suya, quizá os valiera su rescate más que en muchos años los intereses de este bajel.

Alentada la dama con esta ficción nueva, la apoyó diciendo: -Ojalá fuese tan benévola conmigo la fortuna que, obligándoos, capitán piadoso, a restituirme a los ojos del rey, mi señor y tío, experimentásedes la dicha que os espera. Para cuya seguridad las pocas joyas que conmigo traigo, podrán preveniros a las muchas que os prometo.

Codicioso el capitán, interesable a la presente oferta, y adivinándole a la dama la intención con que brindaba a su avaricia, se persuadió a que amante del Pedro Guillén que le mintió Guillermo, muerto a manos del celoso conde, y que le creía preso, como fingían, en la galera misma, por escapar de las manos sicilianas se blasonaba consanguínea del francés Carlos, pues una vez en su presencia, siendo tan enemigo del de Aragón, quedaban libres y seguros. No quiso, pues, perder lance tan a propósito a sus provechos, pues, medrando las dádivas ofrecidas, cumplía con las órdenes de Guillermo, a cuya disposición estaba subordinado, según lo que Manfredo le había escrito; y así, advertido con las señas que le hacía para que otorgase con todo, prosiguió diciendo:

-Algo han de poder conmigo lágrimas tan persuasivas; yo tengo de fiar mis medras de vuestra confianza. Si tan íntima sois, Saurina hermosa, del rey Carlos, ¿quién duda que premio de tal hallazgo me saque de las inclemencias de los mares y piratas? Volveré la proa a la napolitana costa, en cuyo muelle, antes de tres días, si los vientos no se nos oponen, me seréis deudora de la libertad solicitada. No sé si vuestro amante, en ofensa de Carlos, vuestro tío, huyendo de él, y sacándoos de su Corte, os condujo a Barcelona, que lo sospecho por más que vuestras persuasiones lo contradigan, y así nuestra derrota al puerto deseado ha de ser con condición de que, hasta saber con certidumbre lo que en esto pasa, quede sin que os veáis los dos donde está preso. Porque es tan arrojado que recelo, si salen ciertas mis sospechas, y le libro, que o por excusar la pena de haberos robado o por vengarse de la prisión en que le tengo, intentará algún desaire que ponga su vida en contingencia.

-No le quiero yo tan tibiamente -respondió la dama- que a temerle en la presencia del rey, mi tío, os suplicara tan afectuosa que me llevásedes a ella. Partes le autorizan tan ilustres y iguales a las mías, que os juzgaréis más de lo que imagináis dichoso si le obligáis clemente. Véale yo, y quedaréis desengañado.

-Habéis de perdonarme en eso -dijo él-, porque como presumo que para libraros de Sicilia tejéis algún ardid que me destruya, iré contra mi dictamen si os permito el comunicaros los dos o el veros, porque, entre amantes, las señas de los ojos suplen avisos de la lengua.

-Poco, señora mía, os le dilatan -acudió Guillermo-, si dentro de tres días totalmente habéis de poseerle. ¿Por qué no haréis generosa resistencia a vuestros deseos?

-No se me malogren, Guillermo amigo -respondió llorosa-, y pierda yo su vista este plazo como mienta en lo que el alma me dice contra vuestras seguridades.

Cargó, dicho esto, de joyas y preseas al capitán avaro, y dejándola engolfada, más que entre las olas, en las de sus esperanzas y recelos, acudieron solícitos a su regalo, persuadida en parte a que los que tanto cuidaban de su servicio no querrían engañarla. Dejóse, en fin, llevar de sus caricias, comió, y después, a instancia suya, se permitió al sosiego, cerrándola el capitán la puerta.

Eslabonaba Guillermo estas quimeras por asegurarse hasta desembarcar en Sicilia, de donde huyese a Italia, porque bien colegía que, si el capitán supiese no ser Saurina la que le había entregado, echando mano de él y avisando al conde, no duraría más su vida de lo que tardase la respuesta. El mismo riesgo le amenazaba en saltando en tierra porque, cuando mucho, no podía permanecer la ficción de Laurisana más de hasta salir al puerto, pues no viendo en él a su llorado amante, era fuerza desatar los nudos con que sus embustes se enmarañaban, descubriendo quién era. Deseoso, pues, de verse libre de aquella marítima clausura, y en parte de donde, valiéndose de nuevas máquinas, escapase su castigo, disponía el ingenio para aprovecharse de él en ellas. Y fue de algún modo propicia en esto la fortuna porque, reforzándose un viento lebeche, fue tan repentina su furia, tantas las olas, ya montañas, que, enriscadas unas sobre otras, casi sumergidos, tragándose la muerte, tuvieron sus vidas por desesperadas. No pinto las congojas, los gritos, las faenas de los avecindados en aquella estrecha población, por ser cosa tan común en todas las historias y las fábulas, que ya son empalagosos semejantes encarecimientos; sólo digo que, amainando velas y suspendiendo remos, por ser por popa la tormenta, mareados hasta el piloto y cómitre, se dejaron llevar del ímpetu de la borrasca, temiendo por instantes no varar en tierra y hacerse pedazos con alguna costa brava. Porque como el Mediterráneo es tan avariento de golfos, no tienen las naves en él el recurso que en el océano, en cuya inmensidad, cuando los vientos permanecen rebeldes, dejándose a su arbitrio con sola la cebadera, es proverbio común de los que le frecuentan el decir que las tormentas son colchones del navío. Ni cuando nuestra combatida galera se hallara en tal paraje, pudiera resistirse mucho tiempo, pues siendo tan limitada de obras muertas y tan baja de bordes, necesitaba, como las de su género, para navegar, del mar en leche. En efeto, desmayada nuestra pasajera hermosa, más con la inclemencia de los elementos que por recelo de la muerte, que ésta casi ya la apetecía, y embarazados con la turbación y misterios los navegantes, sin acordarse de socorrerla (porque en semejantes sobresaltos cada cual mira por sí, sin cuidar de padres ni de esposas), poblado el cielo de nubes enlutadas que, tal vez abortando luces y tal pariendo rayos, hacían más formidable aquel peligro, corrieron aquel día y otro entero una tormenta desesperada, hallándose al anochecer a vista de la deseada isla y a la boca de un puerto que, si poco seguro, la necesidad les obligó a tomarle. Desenojóse entonces el airado piélago, y reconocida la playa en que ancoraban, pidió el piloto al capitán albricias por estar aquel pedazo de costa en la obediencia y estado del conde Manfredo, dos leguas solas del castillo a donde encaminaba el dicho conde la custodia de la robada hermosa.

Saltó regocijado en tierra el capitán sin permitir que le acompañase sino su sargento, y apresurándose a la fortaleza dicha, fue recibido amigablemente de su alcaide, por ser los dos deudos y muy servidores de Manfredo. Refirióle sucintamente su viaje, concluyendo con ponerle en las manos un pliego del conde, que Guillermo al embarcarse le entregó, con orden expresa de que, sin abrirse, se le llevase, antes que Saurina saltase en tierra, al alcalde dicho; pero, fingiéndose Guillermo maltratado del naufragio y deseoso de ausentar de la galera al capitán, por el tiempo que bastase para hacer su fuga, le encargó fuese él mismo el mensajero ponderando lo mucho que importaba la brevedad de su despacho. Hizo diligente el siciliano, que se prometía caudalosas medras sirviendo al conde; pero no seguro de las cautelas de Guillermo, que en aquel viaje le ganaron con él opinión de caviloso, sin su noticia, dejó ordenado que ninguno saliese al puerto hasta su vuelta; quiso el alevé catalán, con achaque de su indisposición, pisar la arena, pero intimándole el mandato de su caudillo, acrecentó temores a sus cobardes desconfianzas.

Leyó el alcalde las cartas de su dueño, y guardando otra que venía para Saurina, sin comunicar con el capitán lo que se le encargaba, apretó una escuadra de cincuenta soldados, entre caballos y peones, y guiaron al referido puerto, desde cuya orilla dieron voces a la galera que, echando el esquiife, entrasen solos en él la dama y Guillermo. Temblando éste porque le acusaban sus traiciones, y alegre aquélla en extremo porque se prometía en quieta posesión de su llorado amante, desembarcaron brevemente. Pero apenas tocó los márgenes marítimos el mísero Guillermo, cuando mandó el alcalde que, atándole las manos y tapándole la boca con un lienzo, le llevasen veinte de su escuadra al castillo y, en el más obscuro calabozo de sus bóvedas, le encerrasen cargado de cadenas.

Era ésta una de las cláusulas que contenía la carta, que el desdichado trujo contra sí mismo, mandando en ella Manfredo que le diesen en llegando garrote, porque cuando un traidor obliga servicial a otro, la satisfacción común es darle semejante premio, ahorrándose de una vez de la paga que le debe y del recelo que le queda a quien se sirve de alevosos. Cumplieron los ministros esta diligencia tan a prisa que, antes que el alba pudiese verla, ya Guillermo estaba en parte donde echaba menos la tormenta peligrosa que no había una hora temió tanto, pues en ella la muerte, en duda, sustentaba la esperanza que agora cierta le notificaban sus insultos.

Desvelaba Laurisana sus sentidos, toda ojos, empleándolos en cada persona de las presentes, y buscando el alma por ellos a su amante; mas no le viendo, asaltada agora con la inopinada opresión de Guillermo, dando una compasiva voz, dijo:

-¿Qué es esto, rigurosos huéspedes? ¿Así reciben en este reino a los que, náufragos, escapando de las inclemencias de las olas, se prometen agasajos seguros en el puerto? Según esto, mi esposo, ¿quién lo duda? víctima inocente de mis lágrimas, ya habrá pagado a vuestras manos tributos homicidas por haber pisado vuestra arena. Porque ¿en qué delinquiró su compañero, de que no sea cómplice quien, inocente en lo demás, le imputaréis a delito haber hecho confianza de traidores? Si es como lo imagino, y, viuda antes del tálamo, sin ofenderos, me dejáis viva para prolongar mi muerte, halle siquiera

un instrumento con que, dándomela yo misma, os excuse de la infamia que adquiere quien, cobarde, se ensagrienta en la de una mujer tímida.

Prosiguiera Laurisana con palabras y obras a no impedírselas el advertido capitán, diciéndola:

-Ya, Saurina generosa, es tiempo de permitirnos a la noticia cosas que hasta aquí la lástima y las marítimas incomodidades, con aparentes excusas, os ha encubierto: Pedro Guillén, amante más dichoso que digno de vuestra hermosura, murió a manos del conde, mi señor, la noche última que dejastes vuestra ciudad y casa. Él sustituyó fingido, pero con más merecimientos, la persona que, sin ellos, deseábades. Guillermo fue el instrumento de este estratagema; él os embarcó engañada y él, por orden del mismo conde, estará antes que amanezca en parte que a un tiempo le sirva de prisión y sepultura, porque éstas son las medras que sacan desleales. Vos, empero, hermosísima señora, venís a serlo de este estado. Por vos perdido el conde, se expuso a los peligros pasados y futuros, con riesgo de su privanza, de su quietud y su ilustre patrimonio; porque más fácil le será reducirse al francés Carlos, propietario señor de aqueste reino, rebelándose al de Aragón, que le tiraniza, que perder la ocasión esposo vuestro, que en belleza tanta le concedió su industria y buena suerte. Carta os tengo de su mano que si, ponderada con lo mucho que por vos ha hecho, no hallare en vuestra voluntad el agrado que merece, perdiendo vuestra cordura el crédito con que la fama entre las de vuestro reino os aventaja, será forzoso que, presa en poder del presente alcaide, puesto que reverenciada y servida, se proporcionen vuestras penas con las que por vos padece el conde, siquiera en esto semejantes.

Desperdiciaba el capitán razones, porque desde las primeras en que Laurisana oyó muerto al dueño de su albedrío, desamparados los pulsos de los espíritus vitales y casi el corazón huérfano de ellos, haciendo flaca resistencia a sus congojas, desmayada representaba inmóvil una estatua. Teníanla de los brazos el alcaide y el capitán de la galera, porque, atentos a la desesperación de sus palabras temían que, a permitírselo, las ejecutara; a cuya causa no dio consigo en tierra. Pero ahora que esperaban la respuesta y advirtieron que, no sólo no la daba, pero ni aun prometía acciones de viviente, temiendo mayor desdicha, subieron los dos a caballo, y recibéndola el alcaide en los arzones, con ayuda de los que a su lado la sustentaban, dándose la prisa posible, echaron por una sierra arriba, desviándose de la senda que lleva al castillo porque, juzgándole más distante de lo que requería tan presuroso accidente, escogieron por más acomodada una casa de placer que, a media legua, entre la seguridad de unos riscos arduos, servía de recreación a los antecesores de Manfredo, y al presente, presidida con muros y soldados, y de algún modo segura con la esperanza de socorros de las cercanas fortalezas por tener su asiento entre las ciudades de Carini y Castelmar (que llaman del Golfo), mejoraba el nombre de quinta en el de casa fuerte. Necesario todo contra las frecuentes invasiones, que las armadas del rey napolitano habían por toda aquella costa entrado muchas veces algunas leguas la tierra adentro. Subieron, pues, aunque con trabajo, respecto del hermoso impedimento que llevaban, la pedregosa sierra, y bajando después a un deleitoso valle, sitio de la amena casa, haciéndola abrir a los que la guardaban, llevaron a la desmayada hermosa a una generosa cuadra, ordinario alojamiento de los condes cuando la vivían. Tres veces la afligida Laurisana había vuelto en sí en el camino, y otras tantas,

considerándose despojos de sus mayores enemigos, se había trasportado, hasta que, agora, socorrida de diligencias y remedios, abrió los ojos para nuevas perlas y los labios para desahogar por ellos en gemidos el alma, que casi se despedía de su materia. Cuanta retórica hizo elocuente a la persuasión y a la lisonja, tanta gastó el isleño alcaide, que era discreto y compasivo, en consolar a la hermosa catalana que, ya en su acuerdo, para sentir más vivas sus desgracias, tuvo por bien, fingiéndose aliviada, pasar con el fingido nombre de Saurina las inclemencias de los hados, por entonces, pues, a manifestarse Laurisana, dando noticia a Manfredo de quién era, no dudaba que, volviéndola a Barcelona, había de añadir a sus desdichas el desdoro de su fama y el aborrecimiento de su hermano.

-¿Cuánto mejor será -consultaba consigo- que, burlándose con mi disimulación estos bárbaros a sí propios, los descuide, fingiéndome olvidada de mi malogrado dueño, para acompañar, dándome muerte, su inocente espíritu?

Resuelta, pues, en esta temeridad, se permitió a las caricias y consuelos con que el capitán y alcaide, regocijados por extremo y dando ya por efetuada la amorosa voluntad del conde, encargaron lo posible al que administraba aquella quinta el regalo y guarda de la prenda que esperaban señora suya y, ofreciéndola volver el mismo día a visitarla y mejorarla de hospicio, el uno se partió a la administración de su galera y el otro a su castillo, para ejecutar en la vida de Guillermo el orden que el conde le había dado. Divididos, pues, los dos desde la cumbre de la sierra, el capitán guió las velas a Mecina, y el alcaide, descuidado de la desgracia que sucedió en su ausencia, caminaba presuroso a concluir lo que tomó a su cargo. Pero cuando divisaba con los esperezos de la aurora el homenaje y capiteles de su fortaleza, se halló cercado de doscientos franceses que, militando en las banderas del rey de Nápoles, habían con su armada echado algunas compañías por aquella costa, no sé si con pérdida de la galera en que Laurisana vino, porque nunca más se supo de ella, ni del capitán que favoreció su robo, y marchando aquella noche misma la tierra adentro, como pláticos en la isla, que fue primero suya, pudo ser que espiado el descuido del presidio flaco que el alcaide dejó en el castillo, cuando, como se advirtió, acudió con lo mejor de él a la marina y, asaltándola de improviso la saquearon, después de muertos los que la defendían, dando libertad a Guillermo, que el hallarle preso bastó a persuadirles que, enemigo de los parciales del rey de Aragón, era, como él afirmaba, de su bando; voláronla brevemente por medio del polvo formidable y cargados de despojos, daban al mar la vuelta. Conoció Guillermo a su ofensor alcaide, y diciendo a los caudillos de la gente con quien iba: «Éste es el más perjudicial émulo de Francia, vasallo de Manfredo y castellano de la fuerza destruida», le acometieron desiguales, defendiéndose él y su escuadrón pequeño lo que el ánimo y fuerzas permitieron que, oprimidas de la numerosa multitud y sin vida quien los acaudillaba, hiciéronlos menos, quedando los más tendidos en la arena. Prometiéronse larga al conspirador infame contra su rey y patria, que, reconocido a su contrario por la libertad que le restituyó, prometía, doméstico enemigo, ardidés industrioses con que adelantar la facción anjouina (ansí llamaban en aquel tiempo la parcialidad francesa, por ser su príncipe duque de Anjous) embarcándose con sus bienhechores a Nápoles.

Parecióme proseguir hasta este punto los sucesos de la perseguida Laurisana, por no cortarles el hilo, si bien, antes que llegase a los trances dichos, pasaron por su ausente amante otros de no menos admiración y novedad, cuya relación parece que me piden vuestros deseos.

Tan alentada cuanto gozosa, Saurina entró en la tartana en brazos de Pedro Guillén, que imaginaba en ellos a su Laurisana, sin que le desengañase la experiencia: tanta era la obscuridad de la noche y el divertimiento de tantas ocurrencias, que le embarazaron los sentidos. Llevó, pues, el francés patrón a la cámara de popa a Saurina y a su burlado robador, y izando linos con viento próspero, en breves horas se aseguraron de diligencias enemigas. Como salieron recelosos de que los ofendidos les diesen caza, y cuando un bajel navega solo, sin conserva de otros, no permite la noche más luz que la necesaria para el piloto y la aguja, a oscuras Pedro Guillén y su Saurina, asentados juntos, ésta libre ya de las rabiosas pasiones en que su competidora desesperó sus pensamientos, culpándolos ahora de temerarios, y agradeciendo las finezas que, en su satisfacción, su amante hacía, y éste gozoso por la presa que, a su parecer, le medraron sus atrevimientos, discurriendo entre sí por la variedad de sucesos acaecidos por ellos en tan breves días, examinaban la memoria, apoderado el silencio de los labios, hasta que Saurina, atropellando suspensiones, dijo con voz baja:

-Agora experimento, ganadero mío, la diferencia que hacen las adversidades en los ánimos generosos y en los pusilánimes; y que en aquéllos, al paso que se aumentan los peligros, crecen los alientos, sacando de su veneno antídotos que fortalecen y aseguran, en vez de abatir, un alma noble. No me atreviera yo a exceder los cortos límites de un deseo, oprimido del recato y la vergüenza en la montaña, si, ausente de ella, en Barcelona, los riesgos desesperados en que me pusieron violencias de mi padre, solicitudes de don Berenguel, reales patrocínios y celos vuestros, no me apuran de manera que librara mi remedio en la temeridad, en el atrevimiento o en la muerte. Pagáronme mis congojas en felicidades los malos ratos que me dieron mis sospechas. No van fuera de camino los que dicen que, sin celos y peligros, amor niño, siempre se queda desmedrado; culpo el descrédito que conmigo tuvo la correspondencia en que os empeñaron comunicaciones recíprocas de tantos años y, reprehendiéndome en él, le agradezco los arrojos de mi resolución por la experiencia de vuestro agradecimiento. Redimistes, por lo menos, una vida, ya destinada al desatino de un acero si faltase el socorro de una escala, pues, a olvidaros vos del último remedio que puse en ella, librado en el billete que con Guillermo os escribí, ya vuestra Saurina, desesperada, vagara sombras irremediabiles de luz pacífica. Cuerdo os alabo la elección que de Guillermo hicistes, pues a no fiaros de él, cuya lealtad conozco, difícil fuera, sin otra compañía, lograr los lances de mi esperanza; cuerdo también en que, disfrazada con la máscara su voz y acompañado de amigos que asegurasen inconvenientes, fuese él quien, haciéndome las señas concertadas, desmintiese atenciones maliciosas de vecinos, que si os conocieran y estorbaran nuestra fuga, quedábades expuesto a la severidad de mi padre o a la de la justicia. De nuevo me habéis enamorado, experimentándoos vitorioso ofensor de los que nos quisieron estorbar el paso; pero ¿quién sería el que osó oponerse a vuestras armas? Yo, a lo menos, si entre tanta turbación puedo dar fe a los oídos, afirmarí que era el conde; pero éste, amando a Laurisana, ya casi dueño suyo, ¿a qué propósito celador de la

fama de Saurina? Si no es que, como futuro deudo de su casa, juzgó propias las ofensas del que esperaba cuñado. Pagó, en efeto, curiosas osadías, y vos, multiplicando méritos, suplís con ellos calidades por cuya falta la naturaleza os dificultaba mi consorte. Tan mejorada me presumo en poder vuestro, tan lejos de echar menos la herencia de mi padre, los extremos de su amor, la estima de mi patria, los intereses de don Berenguel que, citando Francia fuera, no un reino el más florido, el más humano para menesterosos forasteros, sino un páramo, una provincia bárbara, le antepusiera en vuestra compañía a las felicidades mayores con que la fortuna y las estrellas patrocinan a los más dichosos.

Esta vez he de remitir a vuestra consideración el ponderar cuál se quedaría quien, juzgándose en posesión de Laurisana, sin saber cómo, se hallaba con su opositora; santiguábase mil veces, y podía hacerlo sin ser visto, porque, como os advertí, estaban a oscuras, y quimerizando discursos, buscaba en ellos la puerta, sin hallarla, a tan difícil experiencia.

-¿Qué billete? ¿Qué escala -decía a sus admiraciones- es ésta? O, ¿cuándo pudo imaginar mi desdichada dicha, que la discreción y encogimiento de mujer tan cuidadosa en los mínimos desdoras de su crédito, despeñase el recato por los más desatinados precipicios de su infamia? ¿Si fue, ¡cielos!, don Berenguel el que, acompañado de agresores y ocultando su conocimiento con las máscaras y las tinieblas, pretendió cortar los pasos de mi malogrado robo? ¿Si dio muerte a su hermana y mi dueño, conociéndola, aunque disfrazada de hombre? ¿Si, avisado de Guillermo, usurpó el billete que Saurina dice y yo he ignorado, obligándole sus celos a sustituir mi nombre y diligencias? ¿Quién lo duda? Vendiónos el péfido tercero; porque si no ¿a qué propósito, como supone Saurina, llegó de noche enmascarado, fingió mi compañía, hizo las señas aplazadas, y ocasionó la escala a tanto arrojó? Murió mi prenda, ¡cielos!, murió con ella mi esperanza; mientras que, en su defensa, quité la vida a los que acompañaban a su hermano, ejecuté, vengativo, en su amorosa sangre, desdichas que durarán eternas en mi memoria. Porque, a no embarazarse en tan indigna hazaña, no es don Berenguel caballero de tan fallido crédito que me permitiese su valor el destrozo que hice en sus secuaces; pues, a quedar mi Laurisana viva, conozco yo de su resolución valiente que, por no perder mi lado, dejara el encendido espíritu con que se expuso a su tragedia. Retíreme creyéndola conmigo, siguióme Saurina sin distinguirme del disimulado sustituto que la robó en mi nombre. No hay otra salida a tan enmarañado laberinto; mas si mi dueño es muerto, imitando sus mal logros, quedaremos los dos ejemplo a la lástima y al escarmiento. Pero antes que, espíritu, le siga, vengaré en la vida de su hermano, con temeridades inauditas, la sangre que, bárbaro, desperdició en un ángel.

Semejantes pensamientos que, brevemente, la sutileza del discurso representa en la fantasía al entendimiento el alma, enmudecían la lengua al montañés confuso, y causaban sospechosa novedad a su Saurina, que esperaba en sus palabras satisfacción de sus finezas. Preguntábale la causa y, atribuyendo su silencio a especie de cobardía, le imaginaba arrepentido, con que aumentaba recelos de que la amaba con tibieza.

Reparó estos temores Pedro Guillén, aunque turbado, advertido, y respondiéndole con artificio amoroso, porque ya que sin su consentimiento se halló ejecutado en tal empeño,

pretendía si no del todo remediarle, que esto no era posible, a lo menos disminuir en lo futuro inconvenientes, y así la dijo, que no hubieran sido poderosas con él cuantas finezas amantes, cuantas demostraciones y cuantos intereses conseguía de la elección que le hacía dichoso, para arrojarse a la resuelta ejecución de aquel atrevimiento, a no atravesarse la opresión de su libertad, violentada por su padre, y conocer cuán impaciente se había de permitir al dominio de quien tanto aborrecía.

-Menos daño se seguirá -prosiguió- en que yo adquiriera con Alberto, mi señor, fama de aleve, con los que me conocen título de ingrato, y con todos los que supiesen este suceso nombre de desbaratado, que el desesperar una vida de tanto precio como la que en vos conservo. Vitupérenme los que ignoran la limpieza de mis pensamientos. Atribúyame Alberto deslealtades heredadas de la rustiqueza de mi nacimiento. Diga don Berenguel que satisfice el regalo y cura que en su casa me restauraron vivo con desconocimientos bárbaros. Malógrese el favor con que el rey, justamente airado, me dispuso a felicidades de su sombra, que, al cabo, desenterrando a la verdad el tiempo, volverá por mi opinión el cielo, agradecido a que atropelle desdoras tantos por conservar libre el alma que su autor puso en vuestro arbitrio, pues se ofendiera con exceso si, voluntad que es tan preciosa, la despojara de los privilegios con que la hizo hidalga la naturaleza. A Francia, mi Saurina, escogemos por asilo; Narbona es la ciudad primera y más vecina a Cataluña; en ella estaréis con la seguridad y decencia que se debe a quien es hechura y sucesora de Alberto, mi señor. Mas presumo que le sirvo para conservaros esposa de quien, correspondiente a su valor y vuestra voluntad, merezca poseeros con su gusto, que si, ingrato a vuestras ansias, os permitiera esclava de consorte que las estrellas no quisieron conformar con vuestros deseos. Porque ¿quién duda que, abreviándoos la vida los pesares de vuestro cautiverio, había de pasar la suya padre que tanto os quiso, con las pensiones rigurosas de haber sido homicida vuestro su violencia? Enemigos fueron, años que llegan a siglos, los Lanzoles de su sangre; menos es que, desbaratando paces, se queden en pie sus competencias, que reconciliar dos casas tan opuestas, a tanta costa como la de vuestra vida, pues no ignoran cuán poco permanecen seguras reconciliaciones nuevas en enemidades heredadas. Yo, señora mía, que, incapaz de mereceros compañera, me ensoberbezco favorecido, sin salir de los límites de criado, veneraré en el alma eternamente los empleos que vuestra voluntad, descaminada en esta parte, han hecho en mi ventura, ofreciándoos, con todas las seguridades que un obligado agradecido puede daros, no profanar favores que tanto estimo, con los de otra belleza, aunque fuese con las superioridades mayores que el más bien afortunado medra. Adoraréos hermosa dentro del alma, reverenciándoos imposible y, desmintiendo indicios a la sospecha, adquiriré créditos leales contra presunciones maliciosas. ¿Quién duda que es esto mismo lo que en vuestra inclinación magnánima tenéis determinado y que, conseguida la libertad que os maltrataban, satisfecha en conservarla, exenta de opresiones, se la restituiréis limpia a quien los cielos os destinan? ¿Quién duda que, obligado vuestro padre a la integridad de vuestros pensamientos y mis servicios, trueque enojos en agradecimientos y añada grados al amor que os tuvo, como alabanzas a la fidelidad que yo le debo?

-Si vuestra primer mudanza -respondió Saurina- no me hubiera usurpado el derecho que presumí tener a esos propósitos, satisfecha agora con los segundos, viviera gozosa y sin recelo de que sois en la ocasión tan peligroso como fuera de ella confiado. Acordaos de

lo que me manifestastes cuando, herido, os asalté favores correspondientes entre vos y Laurisana, y medid agora esas promesas con la facilidad que entonces, sin estímulos del apetito, pues, desangrado vos, mal podía impelerlos la amorosa llama, os dejastes oprimir de su belleza. ¿Aseguraréme yo agora de palabras dichas con la presunción del que antes que entre en la estacada blasona valentías? No, que estoy escarmentada en vuestra flaca resistencia. Yo nunca os admití en el alma con otra permisión que la que habéis propuesto, y aun ésta, si tal vez en los ojos habladora, jamás rompió la clausura de los labios. Contentábame yo con quereros imposible, juzgándome igualmente reciprocada, sin pensamiento de desmandar deseos. Halléme, cuando menos lo creyera, competida, y tras esto, despreciada, pues por más que intentastes disfrazar desestimaciones mías con inclinaciones vuestras, no sé yo que merezca más abonado título que de desprecios el verme primera en la posesión de amaros y segunda en la elección de vuestra ingratitud. Celos, Pedro Guillén, ya yo sabía por oídas, y agora en mi daño por experiencia, que, despeñando propósitos sencillos, amotinan pensamientos cavilosos y ejercitan desesperaciones impacientes. Éstas, aumentadas en mí con el aborrecible esposo que me propusieron, sacaron de su esfera mis quietudes, y determinada a más de lo que hasta entonces cupo en mi pensamiento, al paso que excedieron mis congojas, excedió mi inconsideración resuelta. Agora, empero, que serenada la tormenta de mis celos, vos reducido, Laurisana ausente y yo en vuestra compañía, si no del todo asegurada, con derecho a lo menos de argüiros perjuro, sin que podáis favoreceros de disculpas, volviera mi estimación a su primero centro y, contenta con lo por vos jurado, sin ofender mi sangre, os pagaré la limpia voluntad de que me hacéis señora. Satisfízola el discreto montañés, pidiendo prestadas a la disimulación demostraciones amantes, y hizo más en coloreallas, cuando sus pesares le tenían en tal extremo, que en salir airoso de cuantos trances pusieron su vida en contingencia. En efeto, esta vez pudo más el ingenio en él que sus pasiones y, apaciguada con halagüeños artificios la celosa navegante, creyéndose querida, desembarazó el alma de su dueño para enredarla más en discursos trágicos, conjeturando de ellos que, muerta Laurisana, desdoraría su amor no siguiendo su fortuna, después de vengarla agradecido.

De esta suerte, dos veces embarcados los dos amantes, una en el Mediterráneo de Lenguadoc, y otra cada cual entre las olas de sus imaginaciones encontradas, Saurina con dos vientos opuestos, ya de confianzas, ya de sospechas de que no era querida; Pedro Guillén entre otros dos, ya de que, viviendo Laurisana, la fuerza del honor y el miedo del desmán sucedido, volviéndola a su casa la conservaba para más benévola fortuna, ya de que, víctima de su amor, la riguridad vengativa de su hermano se la imposibilitaba muerta. Al cabo de tres días desembarcaron en el francés puerto que, defendido de la fortaleza intitulada Rosas, es común escala de naciones diversas que en él contratan y freno a los atrevimientos catalanes que, vecinos en el de Perpiñán, no pocas veces le han puesto en peligro.

Avecindáronse en Narbona, cabeza de Gascuña y otros tiempos de la Francia gótica, agora corte de Aquitania, y último presidio de los Reyes Cristianísimos; las joyas que Saurina trujo y los dineros que a Pedro Guillén entregó Laurisana, facilitaron regalado hospicio y familiaridades pegajosas, fuera de que esta nación naturalmente es agasajable y entretenida. No dilató Pedro Guillén, luego que llegó, de dispensar en parte a su

afligido dueño, pues al siguiente día, valiéndose de las ofertas amigables de un vecino menesteroso, que por natural inclinación ofreció servirle, llevado de sus generosas partes, obligado con dineros y promesas, le encargó una carta que, sin noticia de Saurina, llevase a Alberto, dándosela en mano propia. Ignoraba el animoso catalán los aprietos en que le tenían indicios verisímiles del insulto que acriminaba el conde, que, a saberlos, por librarle ejecutara arrojos dignos de su agradecimiento y ánimo. Partiósese, pues, al punto el diligente mensajero en una falúa francesa, a título de mercader, porque, aunque estas dos naciones traían las armas en las manos de ordinario, era con permisión de que en sus puertos contratasen libremente los unos y los otros.

Desembarcó Arnaldo, que éste era el nombre del confidente portador, y, entrando en Barcelona, supo luego la dificultad de cumplir su agencia y el rigor con que guardaban preso al perseguido anciano. Difícil y peligrosamente pudiera comunicarle los avisos que su incógnito heredero le escribía, por ser tantas y tan vigilantes las guardas que le puso el conde, que hasta los platos y manjares le examinaban dos veces cada día. Pero la inocencia, protectora de nuestro Alberto, abrió puerta a Arnaldo por donde la tuvieron las dichas del congojado preso para que la verdad triunfase.

Sírvense los hacendados catalanes ordinariamente de gascones que, entrando en aquel reino rotos y mendigos, no rehúsan al principio los ministerios más desautorizados con que la pobreza redime su penuria y, sufriendo incomodidades civiles, son tan guardosos que, en breves años, medran caudales con que, ensoberbeciéndose sus nietos, de mercaderes ricos se transforman en caballeros pardos o hidalgos de privilegio; y no son pocos los que, pregonando por las calles bujerías, comenzando por un carretoncillo manual a amolar tijeras, trocándose sus sucesores en carrozas, les dan mano para entronizarse magistrados. Todo lo puede el dinero en poder de quien sabe adquirirle; adquirido, conservarle y conservado, lucirle. Uno, pues, de estos, subió en el servicio del gobernador de Barcelona desde el ínfimo ejercicio de su casa a la administración de ella, y agora, alcaide de la torre en que Alberto padecía, tenía a su cargo la custodia, con tanta confianza de su dueño que de él solo pendía el cuidado de requerir cada noche sus puertas y prisiones. Dispuso, pues, el cielo que el gascón Arnaldo fuese hermano del alcaide dicho, que se nombraba Roberto, y que, reconocido de él, le hospedase gozoso de verle en Barcelona mercader, y con caudal, según mentía, que de algún modo calificase la bajeza con que dio principios a sus medras. Estaba éste, desde que pisó la arena, informado de los infortunios del inocente preso, habiéndoselos referido en varias partes, según la fama vulgar corría, con las añadiduras que la mentira en tales ocasiones pone de su casa. La comisión que traía de Narbona salió tan prevenida de esperanzas, y quien se las aseguró tenía tan abonada la presencia que, fundando en ella sus aumentos, al paso que le amenazó agora la dificultad de conseguirlas, crecieron los deseos de ejecutarlas, cierto de que, cuanto más ardua fuese su diligencia, mayor había de ser la paga de su premio. Esto pues, y la compasión que naturalmente un caballero perseguido y mal premiado engendra en los más endurecidos, añadió solicitudes y cautelas para que una noche, habiéndole Roberto referido lo mesmo, en sustancia, que Arnaldo se sabía, aunque diverso en el modo, fingiendo admiraciones y alabando severidades, significó deseos de verle, para referir después en Francia cuan justamente vengaba la fortuna a los que en las pasadas guerras, muertos a sus manos, perdieron casi por él la conquista de aquel reino.

No dificultó Roberto darle gusto porque, siendo su hermano por la nación enemigo, por la patria incógnito, y habiéndole de llevar consigo a registrarle las prisiones, ¿qué recelos podían vendérsele sospechoso, de dos días llegado a Barcelona, sin comunicación de ninguna de las partes? Poco más sería de la media noche, cuando, solos los dos, llevando Arnaldo una vela encendida y abriendo su hermano dos puertas a la prisión, que no con menos recato le guardaban, entraron dentro, y hallaron al congojado viejo sobre una cama, entre vestido y desnudo, tan embarazado de imaginaciones y pesares, no por los que entre dos cadenas le oprimían, sino por los que en la pérdida de su heredera desacreditaban la estima de su honra, que, imposibilitado al sueño, si para descansar le necesitaba no lo parecía, pues la suspensión de sus potencias le tenían ajeno de sí mismo. Compadecióse de él el francés propicio, pero, disimulando lástima y fingiendo asperezas, le dijo, llegándosele cerca:

-No tiene ya nuestra nación para qué sentirse de los hijos que los años pasados la quitastes, pues sin diferenciar obligaciones con los de vuestra patria misma, sois tan ingrato que quitáis la vida a quien os ofreció con su amistad la suya y de enemigo vuestro, transformado en hijo, os esperaba suegro. Vengaréisnos, agora, a todos, y experimentará con Cataluña, Francia, que el daño que nos hicistes fue más por inclinación perversa de derramar humana sangre que por la fidelidad que a vuestros príncipes encarecíades; pues al que reina agora habéis ofendido alevosamente, hiriéndole a su más favorecido.

Abrió Alberto los oídos y los ojos a estos vituperios; pero conociendo en el hábito francés la pasión del que los pronunciaba, y juzgando indigno de respuesta a quien, por el ministerio que ejercía, tenía el crédito tan desautorizado y tan a mano los atrevimientos (que en carceleros la insolencia y la descortesía, son accidentes inseparables), volviendo a cerrar los ojos le sirvió de venganza su menosprecio. Fingió Arnaldo, entonces, que alumbraba a su hermano, que requería dos candados, fiadores de otras dos cadenas que le maltrataban, y tropezando de industria, dio con la luz en tierra, poniendo el pie sobre el pabulo, con que, quedando a oscuras, pudo, sin ser visto, poner la carta que traía debajo de las almohadas del maltratado noble. Asustóse el tímido Roberto, con recelo de que no fuese aquel accidente ardid imaginado, porque en sujetos de obligaciones cortas, aun los hermanos no son seguros; cogió la puerta, desnudó la espada para resistir a quien se aventurase a la libertad del preso, que esto es lo principal que sospechaba, pero viéndolo todo sosegado, sin alboroto a los de dentro y sin quien de fuera pretendiese novedades, culpando sus malicias, tuvo por cierto haber sido fortuito lo que imaginó trazado. Y así, diciéndole a su hermano: «Arnaldo, esperaos ahí, volveré con otra luz», echó la llave, dejándolos encerrados a los dos, y sirviendo la desconfianza de Roberto de comodidad dichosa a los deseos de su hermano. Llegóse, pues, al oído del caballero generoso y djóle en voz baja:

-No me tengáis, catalán ilustre, por tan grosero, que las palabras que pronunció en vuestra ofensa el artificio, el alma las disfrazó en la lengua para descaminar sospechas; yo vengo desde Narbona a sólo veros y entregaros la carta que hallaréis a vuestra cabecera; quien os la envía es Pedro Guillén; no sé más de sus cosas de que si afectos manifiestan

voluntades, la suya está dispuesta a servirlos de manera que, a imaginar el aprieto en que os ponen enemigos, arriesgara por vos todo lo que confiesa deberos, que es el ser que tiene.

Enternecióronle a su padre el alma estas razones, resolvióle los espíritus este aviso y compitiendo con él los afectos de la sangre con los impulsos de su ofensa, cuando la vuelta breve del alcaide no le estorbara mil preguntas, el sobresalto de tan contrarias pasiones le enmudeciera por entonces. Llegó, en fin, Roberto con luz más cuidadosa y, registradas las cadenas, se volvió con su hermano, refiriéndole los recelos, no de su fidelidad, sino del ánimo experimentado del preso, que con menos ocasión salía con empresas más difíciles.

Nunca tan prolijo juzgó al día el que, en su ausencia, después de dilatados deseos, se prometió la posesión de su apetecida prenda, como se le hizo perezosa la luz del alba a nuestro Alberto, en cuyo resplandor le libran sus encontrados pensamientos la noticia de tan enmarañadas confusiones y, como si pudiera leerla, impaciente con la obscuridad, la abrió al instante.

-¿Qué me escribirá -decía- el que, alevé al hospicio que le redimió de la muerte, le paga estos empeños con robarle lo más precioso de su fama? ¿Quién en sus heridas manchó el acero tantas veces, en retorno de las que su compasión y diligencia le curaron en su casa? ¿Quién, dejándole al parecer cadáver a las puertas de la mía, con las palabras me vendió alevoso, consentidor de tal insulto, infiel a la amistad y parentesco concertado de quien el cielo me destinaba padre, con las obras ha traído al último trance mi vida y mi deshonor? Falta Saurina, falta Laurisana, de entrambas le atribuyen el infame robo; todos le acusan, no hay quien le disculpe; si enamorado de ésta, que lo conjeturo, se la usurpó desatinado al conde, que la esperaba esposa, ¿para qué a Saurina? Satisfará a estos cargos, por ventura, respondiendo que a la una para lograrla su consorte, y a la otra para que no fuese de quien aborrecía. ¡Qué frívolas serán tan viles soluciones! ¡Y qué difíciles de evadir los hados, aquellos, digo, que no se subordinan a la libertad de nuestro arbitrio y pronostican infames infortunios! Avisóme el amigo astrólogo el patíbulo afrentoso con que le amenazaban las estrellas.

¡Ay cielos, si conmigo pudiera entonces más el recelo de mi infamia que los amorosos estímulos de padre! Perdonéle la vida, que perderé por perdonársela. Perderé la honra que le conservé advertido, negándole generoso a la noticia, porque si muriese castigado, tuviese menos que desdorar grosero.

Éstos o semejantes pensamientos le enmarañaban la turbada fantasía hasta que, entrando por las estrecheces de una avara reja la luz madrugadora, incorporándose en la cama, la atención en los ojos y el alma en ella, leyó la carta, que decía:

Carta

«Déboles, señor mío, tan poco a las estrellas que, envidiosas de que hallase mi suerte en vuestro amor la que en mi nacimiento me negaron, dispusieron de modo mis desdichas que es forzoso, siendo con vos inocente, quedar aborrecido por ingrato. Transformóse Laurisana de piadosa en amante desde el día que en su casa compasiones y regalos me dilataron a la muerte; desesperada, después de que llamase dueño al conde y que el favor de una corona malograrse medras mías y elecciones tuyas, me conjuró que, en fe de mis empeños, o la sacase de Barcelona antes del tálamo, o me apercibiese a sus obsequias, porque no admitía medio sus desesperaciones, entre los extremos de ser mi esposa o su homicida. Aprendí de vos, generoso señor mío, a despreciar peligros por redimir bellezas. Saquéla una noche de su casa en hábito fingido; asaltóme a las espaldas de la vuestra un escuadrón de enmascarados; defendíme ofensor, pues no sé cuántos de ellos, cayendo heridos, permitieron retirarme a la marina; salté en una nave que me solicitaron diligencias y intereses, y navegando a Francia con tiempo favorable, cuando me ensoberbecía restaurador dichoso de una libertad ilustre, hallé a mi lado a Saurina, mi señora.

»Verdad sea que con la misma repugnancia aborrecía a don Berenguel Lanzol y, según me manifestaron sus querellas, desde su infancia hizo elección, poco acertada en esto, de mis humildes prendas. Una concurrencia misma de desesperaciones, fueron en las dos tan parecidas, que la misma resolución que Laurisana tuvo en imposibilitar violencias de Manfredo huyendo de su patria, esa misma atropelló en Saurina respetos de vuestro gusto y de su sangre. Afirma que me escribió, por medio de Guillermo, que acudiese aquella noche a las ventanas de vuestro jardín, donde desde una escala, esperándome, o me acreditaría agradecido, asegurándola de celos y arrojos impacientes, o confirmándome grosero transgresor de obligaciones tantas, la falta de ellas ocasionaría a un acero a que, sacándola del mundo, me pregonase en él infamemente su homicida. No llegó éste a mis manos, ni jamás a mis imaginaciones vislumbre de que, desmayándome atrevido, pasase enamorado de los límites que a hija vuestra, a señora mía y en la frecuencia, ya que no en los méritos, hermano suyo le debía mi respeto. Dentro de esta esfera ninguno se me aventajó en amarla, ni será posible que se me iguale; ninguno más venerador de su estima, de vuestra generosidad, ni del aprecio que a mi lealtad me debo. Guillermo, según Saurina dice, fingiéndose mi cómplice, la persuadió a la descaminada fuga; los que encubiertos me asaltaron la llevaban consigo, ni ella sabe quién éstos fuesen, ni yo puedo asegurar más que conjeturar de que, vendiéndome Guillermo, o comunicó el papel con don Berenguel Lanzol o con Manfredo; pues, cualquiera de ellos avisado, uno como amante, casi esposo, y otro como quien imaginaba serlo de su hermana, o los dos juntos, quisieron que mi vida hiciese la costa a sus sospechas. En fin, señor, perdiéndome la obscuridad a Laurisana, me entregó a Saurina. Antiyer entré con ella en Narbona donde, disimulando con su amor, por no desesperarla, aguardo con vuestra respuesta el orden que mandáis que siga, pues no siendo en perjuicio de la libertad de vuestra sucesora, ejecutaré cuanto me dispusiéredes, salva la fama y vida de mi señora, aunque arriesgue la mía en satisfacción de estas verdades.»

No daba más lugar a pesares la congojada capacidad del ansioso caballero, embarazada con los que de tropel le tiranizaron primero sus potencias, ni los de la presente carta pudieron añadir más que certidumbres de las que conjeturó sospechas. Bastaron, a lo

menos, sus razones a enternecerle las entrañas, que en las adversidades de mayor cuantía, suelen servir de alivio las pequeñas, y juzgaba por tales los desaciertos de sus dos hijos, considerándolos sin evidentes riesgos de sus perseguidores. ¿Qué maravilla?, eran los dos una alma suya que, entre ellos dividida, llevándole sus acciones, forzosamente le llevaban la voluntad, reina de todas. Disculpaba en Pedro Guillén la temeridad con la juventud y la nobleza, pues la desdorara si, siendo una sangre duplicada en ellos, permitiera tiranías contra libertad que, por naturaleza, por comunicación y por estrellas, le llamaba dueño. No dudaba de la limpieza con que el montañés agradecido veneraba a su hermana hermosa, ni tampoco le causaba asombro que ésta, sin distinguir afectos, añadiese a los merecimientos de su oculto hermano su esfuerzo, bizarría, discreción y prendas con que se aventajaba a todos, deseos amantes que realizasen los consanguíneos.

-No conociéndole -decía Alberto-, ¿qué maravilla que la femenil flaqueza pase la propensión de hermana a la pretensión de esposa? Amor es unidad, y ésta, cuanto más recíproca, de mayor deleite; el amor de hermanos, puesto que en esta parte cumpla con sus atributos, deja muchas puertas francas a los afectos de otra especie. Ama a sus hijos, ama a su consorte, y éste es el más perfeto y menos disoluble. Amó primero Saurina como hermano, sin saber que lo era, a mi heredero, que la sangre no necesita de noticias; no siendo madre, no pudo amar sus hijos. Amóle, pues y deseóle esposo, con que cogidos los pasos y tomadas las puertas a todo género de amor, multiplicando quilates al que naturalmente le debía y ignorando el cómo, vino a sutilizar el suyo de manera que, de todas partes, se vino perfetamente con su objeto. ¿Para qué, pues, la culpo? Ya yo conjeturaba de sus acciones que pasaban las llamas de su afecto los límites de su sangre. Por eso apresuré su tálamo con don Berenguel; pero, enajenada ya en empleo tan ventajoso, ¿por qué no había de huir el aborrecido? Si la comuniqué con el ser mis propiedades, tan señora de mí mi libertad que jamás se dobló a violencias imperiosas ¿por qué yo, dueño de mí mismo, y ella imagen mía, subordinada a otro, no temo mis adversidades? Temo, empero, ¡oh, nunca profetice yo deshonras!, que, ocasionando a mi hijo la hermosura, la frecuencia y el amor de su hermana, no menosprecie inconvenientes ignorados, infamando mi sucesión nietos incestuosos. ¿Pero cómo, si afirma que adora a Laurisana?, ¿qué tiembla mi respeto, que reconoce la desigualdad de su linaje? Mas todo lo atropella una hermosura siempre a los ojos de una juventud estimulada, ausente la prenda que desbarataba otros desvelos.

En los referidos, quimerizaba Alberto, sin acordarse de la instancia con que sus contrarios solicitaban sus persecuciones, tan elevado en ellos que se le pasó la mañana toda, sin sentir, en concordarlos, puesto que no pudo. Entró a darle de comer el alcaide, y con él su hermano que, cuidadoso del efeto que habría hecho la carta y, disimulando con apariencias vengativas que se recreaba en las adversidades del catalán famoso, le sirvió segunda vez de compañero. Halláronle incorporado en la cama, que así se había quedado desde que le ocasionó el papel a nuevas imaginaciones, y como le imposibilitaba la respuesta por escrito la privación de los instrumentos para hacerlo y la importancia del secreto en aquel caso era tan precisa, pues a tener vislumbres de que sus hijos estaban en Narbona, era probable el enviar sus enemigos disimulados homicidas que le privasen de ellos, suplió la industria incomodidades al deseo, diciéndole al alcaide en presencia del benévolo Arnaldo:

-He advertido en vuestro semblante, leal Roberto, pues la puntualidad con que, aunque severo conmigo en demasía, cumplís el orden de vuestro dueño, os merece este título, las más veces que entráis a visitarme cierto desdén, de que presumo, y no me maravillo, que he tenido con vos algún género de descrédito en la fortaleza, virtud que con los ánimos generosos tanto es más lucida, cuanto es más evidente el peligro en que los halla; y porque cualquiera noble debe ofenderse de que aun esto se imagine, quiero desengañaros y advertiros que ni las amenazas de mis perseguidores ni la ejecución de sus deseos bastarán a destemplan mi sufrimiento, a no atravesarse otro inconveniente tanto más considerable cuanto va de perder la vida, quedando en mi abono mi inocencia en el depósito del tiempo que, sacándola a luz, ha de volver presto por mi fama, al desatino con que la ignorancia y mi desdicha intentan irritar al cielo y vituperar mis nietos en sus padres, si su piadosa providencia no los previene con milagroso aviso, antes que incurran en su ofensa. Saurina y Guillén son legítimos hermanos; pronósticos amenazadores de futuras infamias me obligaron a que, desde los pechos del ama, trasladase a Pedro a la inclemencia de los montes, sustituyéndolo padres rústicos que disminuyesen con su humildad su deshonra. Ni puedo, ni me es lícito declararos más en este punto, ni para acreditarme con vuestros pensamientos os importa referiros más de lo que os he contado. Habiéndose, pues, ausentado los dos, como se afirma, y avecindándose en provincias extranjeras, si arrojos juveniles y amantes desatinos, no conociéndose tan íntimos, los desposa incestuosos: ¿por qué extrañaréis congojas lícitas, recelando tan grande desalumbramiento? Estos temores son los que, apurándome el esfuerzo, me venden a vuestras imaginaciones pusilánime.

Una admiración misma ocupó los ánimos de entrambos, aunque en su inteligencia no poco diferentes; porque Arnaldo penetró al instante el misterio con que el viejo hablaba y Roberto, advirtiéndolo no más de como sonaban sus razones, respondió que si la seguridad de su conciencia hacía sus partes en el cielo, tuviese por sin duda que, a pesar de indicios tan urgentes como le fiscalizaban, ni en el tribunal humano peligraría su justicia, ni el divino en los desaciertos de sus hijos daría lugar a tanto insulto. Conoció no poco consolado el advertido Alberto en las acciones del francés amigo haber penetrado sus intentos y, cumpliendo con la pensión conservadora de la vida, despidiéndose los dos y cerrándole las puertas, quedó pidiendo a Dios, afectuosamente dichoso, fin a tan enmarañadas contingencias.

No tardó Roberto en referir al gobernador, y éste al conde, cuanto el artificioso preso le había dicho; llegó luego a los oídos reales y divulgóse en breve por toda la corte este misterio, dando ocasión a que, añadiendo y cercenando circunstancias, cada cual le vistiese según la buena o mala voluntad tenían a los comprendidos. Entre tanto Arnaldo, despidiéndose de Roberto y encareciéndole lo que importaba dar vuelta a su casa, con promesa de que, juntando su caudal, procuraría avecindarse en Barcelona, por el interés que en su compañía se aseguraba, alcanzo por su medio un pasaporte, corriendo la posta hasta Perpiñán, y desde allí a Narbona, apresurándole el camino la necesidad del caso y cierta inclinación que a Pedro Guillén (ya desde este punto Pedro Armengol), tenía, la lástima de su afligido padre y las medras que le aseguraban servicios de tanto peso.

Como las heridas de don Berenguel fueron menos peligrosas que el alboroto de ellas había publicado, ya en este tiempo, casi sano de ellas, sólo padecía las del alma, convertido su amor primero en mortal aborrecimiento; porque, dando fe a las falsas averiguaciones que condenaban a Alberto delincuente, tuvo por sin duda que, por su orden, había Pedro Guillén ausentádole a Saurina y, en prosecución de sus enemistades, envidioso de su privanza, procuró excluirla de ella y de la vida. Sólo dificultaba el misterio de la carta que le hallaron en la faldriquera, porque, examinando su memoria, nunca se acordaba haberla recibido, y siendo de tanta consideración juzgaba por imposible su olvido en esta parte. Recelábase, en consecuencia de esto, no fuesen estratagemas de Manfredo pues, competidor suyo a los principios de los favores de su príncipe y su dama, no del todo era improbable su sospecha; pero, como sólo se fundaba en imaginaciones frívolas, desechándolas generoso, proseguía con la amistad que el conde le fingía, sin admitir al alma otros discursos más de los que, celosos, le pintaban aborrecido de Saurina, en posesión de un montañés sin prendas que, a instancia de su padre, huyó con ella y le hirió de muerte. Acordábase de las razones, confirmadas por los testigos que entonces le oyeron, con que puso en ejecución su aleve hazaña, la ingratitud con que en retorno de su hospicio le robó a Laurisana, y resolvíase en que, fingiéndose su amante, por valerse de las joyas que llevó consigo, cosario de dos competidoras, y ofensor de dos casi esposos, después que se embarcó, por desembarazarse de ella o la habría muerto, o catalán Vireno, la desampararía en alguna de aquellas islas despobladas. Aparienciaba todas estas cosas la verisímil probabilidad de tantas consecuencias, y siendo cada una suficiente para provocar cualquier mediano sujeto, siendo él tan calificado y poderoso, ¿qué mucho que todas juntas desbaratasen en su templanza, y consintiesen la ruina que sus deudos hacían en las personas y bienes de sus antiguos émulo?

Agora, pues, que supo ser hermanos los que envidiaba amantes, mudando conjeturas, quedaron en pie sus sentimientos, imaginando que Laurisana, a costa de su honor y su belleza, satisfaría afrentada las persecuciones y severidad con que a Alberto y sus deudos trataban los Lanzoles y la justicia, en venganza suya. Mil imaginaciones semejantes, parte sofisticadas y parte verdaderas, estorbaban al pensativo catalán la deseada convalecencia, favorecido más que nunca con visitas y regalos de su príncipe, a cuya imitación toda la corte le adulaba y impelía a la venganza de sus mentidos ofensores.

Tan solícito ejecutó su comisión Arnaldo, y tanta fue su diligencia que, ya a los ojos de nuestro montañés apasionado, voló por sus deseos más que por las postas. Recibióle con abrazos y agradecimientos, preguntándole la acogida que halló en su ofendido dueño, con qué semblante leyó su carta, qué tanto le alteraron su razones y, en fin, si le respondía por escrito.

-Debo más -dijo el bien intencionado mensajero- a su cordura que a vuestra confianza, pues, admitido a sus secretos y no a los vuestros, os traigo nuevas que, si no las desazonaran sus peligros, era fuerza confesarme vuestro acreedor, sin posibilidad con que desempeñaros: yo soy la carta en que os responde, tanto más segura que la que me encomendastes, cuanto ésta necesitó del artificio para no ocasionaros irreparables

lástimas. La hermosura que, robada, asiste en vuestra compañía es, cuando menos, hermana vuestra; vos, no Pedro Guillén como hasta agora la fortuna os ha mentido, Pedro Armengol sí, su primogénito, heredero, como de su mayorazgo, de sus hazañas y ánimo; necesitado está del lucimiento de ellas, en coyuntura que vuestras mocedades y arrojos le tienen preso en cuestión de tormento y a riesgo de un cadalso. Templad, con lo agrio de este aviso, lo sabroso de vuestra buena suerte, y si queréis que por extenso os certifique de estas verdades, concededme la presencia de Saurina, pues siendo igualmente con vos interesada, es justo que parta por mitad estas felicidades infelices.

Ella misma les excusó estas diligencias, saliéndoles al paso, porque cuantos daba sin la presencia de su dueño, los juzgaba inútiles, y reparando en el sobresaltado semblante de quien era celosa centinela, con no menos susto le preguntó la causa. Pidiólos primero el francés leal se sosegasen, y luego les refirió por menudo cuanto de aquellos sucesos había oído, ansí de boca de su hermano como de la variedad del vulgo: que se tenía por cierto haber sido cómplice, si no autor, de todos aquellos descaminos el inocente Alberto; su prisión y aprieto; la contingencia en que estaba su vida y honra; la destrucción de su casa, familia, bienes y deudos; el favor con que el rey lo permitía; los pregones que, contra Saurina, Pedro Guillén, Laurisana y Guillermo ofrecían precios cuantiosos; el modo que tuvo para darle la carta; la industria artificiosa con que su prudente padre previno el mayor absurdo que de ella recelaba, pues, ya que no era posible responderle, disfrizó los desaciertos que pudieran seguirse si, hermanos, los ocasionara la ignorancia a ilícitos himineos.

-Esto -proseguía- me sirvió de respuesta, y esto es lo preciso que de su parte os notifico. La causa porque tantos años os excluyó del título amoroso que ahora os restituye, puesto que se la escuché atribuir a no sé qué presagios, ni él tuvo lugar para explicármela, ni yo pude de tan breves palabras conseguirla. Él, en resolución, está a los umbrales de la muerte y de la infamia; su patrimonio destruido; sus deudos tan acosados, que pocos o ninguno se osan Armengoles; Laurisana no parece, ni hay quien dude que no se la usurpastes a su hermano y a su pretense esposo; indignado el rey; don Berenguel herido, dicen que por vuestra mano, pero, al paso que convaleciente en el cuerpo, tan enferma el alma contra vos, vuestra hermana y vuestro padre, que fuera menos mal haberle muerto; consultad, agora, vuestro entendimiento y si halláis la puerta a tanto laberinto, abridla a su remedio y satisfaced de lo que deseo serviros, que en cualquiera de las dos fortunas, inseparable siervo vuestro, juzgaré por felice a vuestro lado la adversa, más que, sin vos, la próspera.

Nunca tan convertido Pedro Armengol, ansí le nombraremos desde agora, de dos pasiones totalmente encontradas, como en este trance. Mintió en él la filosofía, que niega dos accidentes enemigos y juntos en un mismo sujeto. El gozo de verse libre de obligaciones amorosas, ya no competidora Saurina de Laurisana, ya hermana, de señora, le festejaba el alma. La no esperada dicha que le calificaba legítimo sucesor de quien reverenciaba dueño, y agora le ennoblecía padre, le fería regocijos. Por otra parte, considerándose tanto más empeñado a imposibles remedios y a sentimientos filiales, cuanto más propincuo a quien le imputaba insultos, nunca por él imaginados, pues dado caso que, entre los que le acometieron aquella funesta noche, cayese don Berenguel

herido, siendo él quien le asaltó primero, desigual en cómplices y en armas, a cualquiera le era la defensa permitida, y que, en desdoro de su crédito, le publicase Barcelona ingrato y alevoso huésped, de quien, pródigo piadoso, le reconocía su vida; perdida Laurisana, a quien juzgó tan cuerda que se restituyó a su casa y honra, cuando el engaño y confusión de tanto desacierto le vendió por ella a su competidora, y agora que, sin estorbos, libre la adoraba, difunta la esperanza de adquirirla, no sé si midiendo pesares con contenidos, pérdidas con ganancias y desdichas con venturas, o quedaron en fil las balanzas o corrió la de las congojas, cediéndolas los gustos las ventajas.

Con más rigor en Saurina triunfaban las tristezas, porque como arrancar repentinamente un afecto, avecindado desde la cuna, es tan difícil, y de improviso la transformaron de amante en hermana aquellas nuevas, hecha ya la costa a sus arrojos, con riesgo de su fama, y agora excluida del útil de ellos, puesto que el desengaño y las mejoras de su amante pidiesen albricias a sus dichas, sintió lo mismo que quien pasa instantáneamente desde un incendio a un monte nevado. Añadíansele los descritos de sus resoluciones con su padre y con su patria, arriesgados sin fruto; las desgracias y peligros de que, inútilmente, había sido autora, y como para tanto daño era tan corto el contrapeso, venció a su hermano en los sentimientos. No obstante, quedándole parabienes envueltos en lágrimas equívocas, pues, juzgándolas Pedro Armengol gozosas, quizá las derramaron sus tormentos, le dijo estas palabras:

-Mi amor, hermano y señor mío, puesto que hasta aquí, ignorante en las acciones, descaminaba sus aciertos, nunca, bien los sabéis vos, salió de los permitidos límites, ni se distingue, agora declarado, del antecedente obscuro, si no es sólo en no temer perderos; porque la jurisdicción de los celos, no se estrecha sólo a congojar amantes, pues la privanza, la amistad y el parentesco son especies suyas, y es sin duda a tener otra hermana que quisiérades más que a mí que la sintiera competidora, con el extremo mismo que he sentido a Laurisana. Gracias al cielo que, desembarazándola vuestra voluntad, ya por derecho suya, ni ella formará agravios de mi competencia, ni yo la recelaré en la esfera que se me permite amaros. ¡Ojalá los aprietos de mi señor y vuestro padre, dieran lugar al presente gozo, para que le celebráramos sin la pensión de tantos infortunios!

-En parte se los agradezco a las estrellas, señora mía -respondió su hermano-, que este nombre tendréis mientras yo viva, pues a no templar mis felicidades lo adverso de sus persecuciones, ¿qué capacidad era la mía para no anegarme en su golfo tanto bien, ni merecido ni esperado? Lo que importa es que todo se aventure hasta restituirnos a la libertad y ojos de Alberto, mi señor, y a la reputación y crédito que nos eclipsan nuestros enemigos. Casi al pie de las fragosidades pirineas de Francia a Cataluña, distamos poco más de tres leguas de nuestra sierra; poderosos están en ella, con el favor del rey, los que pretenden destruirnos, pero descuidados de que pueda haber quien los ofenda. Los caballeros agraviados que en Cataluña no hallan recurso en la justicia, saliéndose a los montes y convocando bandoleros, remiten del modo que pueden a la venganza sus injurias. No pocos de esta nación (gascones, digo, que parece herencia suya el profesar los robos) esparcidos por nuestras asperezas, necesitan las más veces de caudillo. La satisfacción y el sentimiento de nuestros agravios han de forzarme a que siga esta milicia desautorizada, imitando a infinitos generosos que, por este medio, ofenden ofendidos. Al

tiempo mismo que me conozco noble me lastimo deshonrado; amenazan a mi padre cadalsos afrentosos, cuando la fortuna me intitula sucesor de su nobleza. Heredero de su antiguo y generoso mayorazgo me apellida Barcelona, cuando mis émulos arruinan mi herencia y patrimonio. No tengo otro patrocinio que las armas, y éstas no me facilitan otros escuadrones que de forajidos. Pues, Saurina mía, leal Arnaldo, si al peso que las calidades crecen obligaciones, y ya hijo de Alberto, degeneraré de su valor no restaurándole. Demos alientos a la venganza y aceros a la injuria, que la razón y la inocencia nos sacará lucidos a pesar de la malicia y el poder. No he de admitir consejos que en esta parte me entibien resoluciones de ofendido generoso.

Esto dijo, y sin hallar qué replicarle Saurina, que heredó igualmente con su hermano los bríos catalanes y la cólera, conforme con este parecer desesperado, y ofreciéndose de nuevo Arnaldo a morir en su servicio, disfrazó Pedro Armengol a su hermana en el traje varonil con que la halló primero y, comprando caballos, antes que amaneciese, comenzaron a subir los escabrosos riscos que desde Salsas amenazan a las nubes y defienden el condado de Puicerdán, último término del catalán principado. Discurriendo, pues, por sus fragosidades y allegándoseles facinorosos (a quienes el temor de sus delitos o la miseria de sus necesidades obligan a que imiten a las fieras en la vida y las crueldades), halló tantos y tan a propósito de sus deseos que, caudillo de trescientos, osó acometer en breves días lugares medianamente populosos, y atravesar por la parte occidente todo el Puicerdanés y las Ampurias, hasta llegar al Gironés, en cuyo centro, como dijimos al principio, tenía lo mejor de su caudal Alberto, y en cuya comarca yace el castillo de Darlins, inexpugnable solar de los Lanzoles, tan antiguo como las enemistades de estas dos familias.

Antes, pues, que Pedro Armengol se manifestase armado a sus descuidados perseguidores, emboscándose entre lo más oculto de aquellas asperezas, despachó con el secreto imaginable dos compañeros de los que a todo riesgo se arrojan a cualquier temeridad desesperada, para que fijasen en Barcelona, por sus calles, plazas, templos y por los postes y puertas de palacio, la noche siguiente un cartel que, escrito de su mano y trasladado en muchas copias, le prometía satisfacción de sus descréditos, ordenándolos que, al mismo tiempo, esparciesen por las mismas calles las de una carta que escribía a don Berenguel, cuyo original clavó una daga en las puertas de su casa.

El día propio, pues, que estos escritos amanecieron por la Corte, acometiendo de improviso la seguridad y el sueño de los que en Darlins se enriquecían cobardes con los despojos de Alberto y de sus súbditos, permitió su descuido las escalas a la diligencia, y entrando Pedro Armengol y sus soldados de improviso, la codiciosa turba logró en la crueldad y la venganza sus deseos, sin distinguir las tinieblas sexos ni edades, entre la confusión y la ira, en Cataluña implacable. Pocos o ninguno quedaron vivos, siendo cerca de cuatrocientos los que, a sangre caliente, dieron después tragedias a las plumas. Padecía preso entre muchos vasallos del ofendido Alberto, el imaginado padre de nuestro airado joven, que la codicia del rescate, como si pelearan con infieles, hacía vendibles sus libertades. Y estimó Pedro Armengol la de Guillén en tanto, como si le debiera el ser que hasta entonces el engaño le había atribuido. Lágrimas y abrazos convirtieron en gozos sus desdichas, mejorándolas las riquezas, que no de mediana estimación eran las que allí don

Berenguel depositaba; templaron éstas la sed a la avaricia, porque apagarla no pudieran todas las de oriente, pues crece su hidropesía al paso que la abundancia; hizo luego el caudillo belicoso enterrar los cadáveres, y determinóse de presidir aquella fuerza para guarda de Saurina y discurrir desde ella por toda aquella comarca, en busca de cuantos, siguiendo la parcialidad opuesta, se blasonasen enemigos.

Mientras a todo riesgo ejecutaba el atrevimiento y el enojo empresas escandalosas, amanecieron en la Corte los papeles referidos, llegando a las manos de don Berenguel la carta, y muchas de sus copias a las del rey, del conde y los de palacio. Divulgólas la novedad por todo el pueblo, exagerando como suelen la mentira los peligros, hasta tanto que hubo quien afirmase que volvía el francés sobre Girona con poderoso ejército, siendo Pedro Armengol quien, conspirando contra su rey y patria, acaudillaba sus banderas, y puso este sobresalto toda la ciudad en armas, que, acudiendo a palacio, daban voces por el remedio de tal descuido. Mandó el animoso rey que se sosegasen, y llegando a su presencia don Berenguel, ya convaleciente, le leyó el cartel que decía:

Cartel

«Sea notorio y manifiesto que, por cuanto Pedro Armengol, hijo legítimo y heredero de Alberto Armengol, cabeza de este apellido y señor de la Guardia de Monblac, indiciado de algunos falsos testigos, que afirman haber dado de puñaladas vil y alevosamente, yendo de mano armada y en compañía de muchos parciales suyos, él y ellos enmascarados, a la una de la noche poco más o menos, sábado, nueve del mes de febrero, próximo pasado, de este año de mil y trescientos y trece, junto a las cercas del jardín, a las espaldas de las casas del dicho Alberto Armengol, su padre, a don Berenguel Lanzol, señor de Darlins, camarero mayor del Serenísimo rey don Jaime, nuestro señor, segundo de este nombre, y haber escalado las dichas casas de su padre, no teniéndole por tal entonces, sacando de ellas a doña Saurina Armengol, hermana suya legítima, con quien el dicho don Berenguel estaba concertado de casarse por palabras de futuro, y llevándola fuera de estos reinos, con beneplácito y consentimiento de la dicha doña Saurina; y que, cuando le hirió de muerte, ni le previno como es costumbre, desafiándole, ni consta que de él pudiese tener queja alguna con razón para tal alevosía, antes, ingrato a la cura y regalo que en casa del dicho don Berenguel le hicieron, estando mortalmente herido, le pagó estos beneficios con mandar a sus cómplices que, abrazándose con él, se le tuviesen para darle por su mano de puñaladas, y que esto se verifica por haberle oído decir los vecinos de aquella misma calle, que despiertos al alboroto se asomaron a las ventanas, estas palabras formales: 'Para que no muráis sin noticia de quién os mata, yo soy Pedro Guillén, favorecido de Saurina y criado de Alberto Armengol, que no era justo que, por la privanza de un príncipe poco considerado, tuviesen los agravios que vos y vuestros antecesores hicieron a los suyos por premio a su heredera'.

»Otro sí, le imputan que tiene en su poder a Laurisana y se sospecha que, ocultándola de doña Saurina, con torpes medios intenta la última deshonor a su linaje, en venganza de las antiguas competencias que en estas dos casas han permanecido tantos tiempos.

»Todo lo cual es falso y mentiroso; porque, aunque es verdad que, persuadido de resoluciones desesperadas por Laurisana a que la librase de la opresión del conde Manfredo, a quien aborrecía sumamente, porque, de no hacerlo así, se quitaría la vida por sus manos, antes que consentirle la suya, la favoreció, como todo ánimo generoso debe a toda mujer violentamente pretendida, sacándola de su casa en el hábito varonil que ella misma eligió para su retiro; llevándola consigo al mar le asaltaron de improviso hasta seis o siete hombres, con máscaras en los rostros, cuyo caudillo diciendo a voces: '¡Muera!', le embistió ayudado de sus cómplices, y que, defendiéndose de ellos todos, el dicho Pedro Armengol, solo y sin compañía, mató algunos de ellos y se retiró a la playa, embarcándose, donde, creyendo llevar consigo a Laurisana, halló en lugar suyo a doña Saurina, sin haber hasta agora tenido noticia de lo que se hizo, ni a donde fue la dicha Laurisana, puesto que presume haberla el dicho don Berenguel su hermano muerto en venganza de su fuga.

»En prueba, pues, de ser mentira, falsedad y testimonio todo lo que en contra de esto le imputaban al dicho Pedro Armengol, y injusta la prisión de su padre, porque, inocente y libre en este caso, jamás hizo cosa en que degenerase de la nobleza que consta a todos tiene y ha tenido, así por su ascendencia como por sus partes personales, desafía y reta a cualquiera que se atreviere a sustentar lo contrario, cuerpo a cuerpo, con las armas que más gustare, sin exceptar persona del rey nuestro señor abajo, como tenga la calidad y prendas dignas de pelear con el dicho Pedro Armengol; y se le señala por lugar del desafío la plaza mayor de la ciudad de París, de cuyo Cristianísimo rey alcanzará salvoconducto y permisión, para que en este duelo los dos puedan seguramente pelear de sol a sol, con todas las solemnidades y derechos de la caballería catalana, donde estará el primero día de abril de este presente año el desafiante, desde que salga el sol hasta que toquen a las Ave Marías, dándole todo este término para que pueda, no sólo ir y venir al cumplimiento de este reto, sino para que, con espacio se prevenga, sin que reclame ni se excuse por la brevedad del plazo ni por otra causa alguna, con apercibimiento que, no acudiendo al día asignado, quien en todo o en parte defienda las falsedades impuestas contra el dicho Alberto Armengol y Pedro Armengol, su hijo, sentenciarán los jueces que el rey Cristianísimo señalare para la batalla, haber mentido como falsarios y traidores todos cuantos han puesto lengua en la fama y honra de los contenidos, dándolos por leales y honrados caballeros. En fe de lo cual se hace notorio a todos, habiéndose fijado los tantos de este cartel en Barcelona, corte de este principado, en Zaragoza, Valencia, Lérida, Girona, París, Narbona y Burdeos, y lo firmó de su nombre, a veinte y cuatro de febrero del año de mil treientos y trece.

Pedro Armengol.»

A todas las ciudades dichas había el cuidadoso catalán enviado confidentes para fijar el reto, y al rey de Francia a Arnaldo, suplicándole la permisión de él, que se la concedió gustoso. Lo mismo que en sustancia contenía el cartel, refería la carta que remitió a don Berenguel Lanzol, puesto que con palabras corteses y reconocidas a los beneficios que recibió en su casa, añadiendo que, sin dar lugar a la pasión, se valiese de su discurso y reparase, ya en la forma de la letra, ya en la nota del papel que le hallaron después de herido, quién podía ser su artífice, pidiéndole que se vengase caballero y no litigante, si

todavía, no dando créditos a los juramentos con que le aseguraba estar los dos inocentes en todo aquel suceso y haber con toda sencillez de ánimo solicitado su padre el parentesco y amistades de una casa y otra, perseverase en la incredulidad de sus pasiones. Concluía, en efeto, confesándole amar a Laurisana desde la festiva noche que a un balcón le rindió el alma su hermosura, pero que jamás se desmandaron sus deseos a más que adorarla dentro de su idea, sin que la desigualdad imaginada de su sangre se desmandase a otras licencias. Pero que ya que el cielo le había publicado generoso, si se sirviese, averiguada la verdad, de admitirle por hermano, reduciría a Saurina a que le reconociese por esposo, pues no lo había rehusado tanto por aversión de inclinaciones cuanto porque habiéndose criado los dos juntos, y amándole naturalmente, sin distinguir la voluntad especies, la representaba intolerable el dividirse.

-Agora, pues, -decía- que, sin perjuicio del que como hermanos nos tenemos, le queda libre el alma para admitir consorte, si en vos, ínclito joven, no disminuyen sentimientos disculpables llamas que en los que de veras quieren se aumentan con dificultades, podría ser que, duplicando tálamos, perpetuásemos una amistad eterna, con venganza noble contra quien, envidioso, nos ha desconformado. En resolución, don Berenguel ilustre, estando en poder vuestro Laurisana que no puedo creer que hayáis sido fratricida, y adorándola yo con el extremo que os confieso, podéis desvanecer nublados tan confusos, porque os debamos la dicha que depende de vuestra prudencia generosa.

No eran tan de bronce las entrañas del catalán discreto que no se enterneciesen con estas persuaciones, fundadas en la eficacia que trae siempre la verdad consigo, pues su fuerza, aunque la falsedad le hurte su apariencia, tiene tanto parentesco con el alma que las más veces la convence. Reparaba segunda vez agora en lo mismo que otra le había pasado por el pensamiento; en la carta, digo, que le hallaron.

-Si yo la hubiera recibido -discurría-, ni la dilación del tiempo, ni la reguridad de mis heridas me la hubieran tan presto borrado de la memoria, principalmente habiéndome enterado de sus avisos, pues afirman que estaba abierta. Diligencias jurídicas averiguaron ser la letra de Guillermo; éste, que me aconsejaba en ella me guardase de sus dueños, porque en sombra de amigos se prevenían ofensores, no parece. Pues ¿a qué propósito fugitivo en mis desgracias, no hallándose culpado en ellas? La voz que al herirme blasonó a Pedro Guillén por dueño de mi muerte, se disfrazó debajo del fingido rostro. Pues, ¿para qué, enmascarado y receloso de que le conociesen en la cara, si en las razones él mismo hacía alarde de su insulto? Inadvertencia, por cierto, indigna de su alabado ingenio, con que se granjeó Pedro Armengol estimas antes que supiésemos quién era. Luego, no conjeturaré temerariamente si sospecho que alguno de los dos, por matarme a mí y atribuirle a él la culpa, usó de tan aleve estratagema. Adoré a Saurina; y puesto que, juzgándola solicitadora de mi muerte, y vituperando el anteponer mi amor al de un ganadero humilde, celos y agravios me la representaron aborrecible, mis sentimientos, ahora, ¿qué razón hallarán que la condene? Crióse con su hermano ignorando que lo era; nació amándole, porque una sangre mesma repartida en dos sujetos, si distingue personas, no sustancias; amor consiste en semejanza, ¿qué mucho, pues, que amase a quien la retrataba hasta en las venas? ¿Qué partes no tiene Pedro Armengol en que se me adelante? ¿Y quién no culparía, desapasionado, a Saurina si, conociéndolas, no acreditase

su buen gusto con su empleo? Forzoso afirman que es el obrar una potencia proporcionada con su objeto, si le aplican los medios necesarios. ¿Podrán los ojos no ver una imagen cercana si le ilumina el espacio la claridad del día, aunque le pese al alma que los gobierna? ¿Pudiera Saurina, frecuente a su presencia cada instante, impedir la voluntad, que tiene por término la perfección hermosa, ocasionada de la similitud, del tiempo, de la mocedad y de los dotes excelentes de su hermano, no rendírsele? No por cierto. Pues si le amaba, ¿qué mucho que me aborreciese? Si me aborrecía, ¿qué milagro que intentase cualquier medio para redimirse de vejaciones imperiosas intimadas por su padre y mis solicitudes? Lo que la atribuyen a desenvolturas arrojadas serán, en el experimentado, hazañas disculpables. Agora, pues, que Pedro Armengol, su hermano y no su amante, desembaraza mi sosiego y, libre de celos y sospechas, se me permite anudar lo que desbarataron envidiosos, si no acepto este partido, ni el amor que la tuve, y ya vuelve a sujetarme, merecerá título de perfeto, ni tendrá que agradecerme la generosidad que, en los de mi esfera, cuanto más provocada es más piadosa. Pretendíola, por descomponer mi privanza, el conde; ganéle por la mano; si agora su hermano, en venganza de mi menosprecio, se la ofreciese a mi enemigo, ¿aseguraránme mi envidia, mis celos, mis pesares? Antes, crecerán desesperados, al paso que imposibles. Luego, para todo me está bien admitir partido tan ganancioso.

Librando a Alberto consigo nombre de clemente; haciéndole mi padre, sosiego a Cataluña y transformo en parientes mis contrarios; véngome de desleales perturbadores de las ya casi paces concluidas; sirvo a mi rey y granjeo al más favorecido joven de la naturaleza y la fortuna que gozo nuestra corona. En esto me resuelvo, si bien será con las circunstancias que mi reputación y crédito requieren. Todas estas congruencias le representó al alma su amor y su nobleza, con la brevedad que obran los pensamientos discursivos, ocasionando al rey, que cada día le adelantaba más en sus favores, a que le preguntase en qué se terminaban tan espaciosas suspensiones. Postrósele entonces a los pies, refiriéndole cuanto había consigo mismo consultado, y que, para salir airoso y envidiado de amigos y enemigos, el más lúcido medio era suplicarle diese libertad al inocente Alberto, pues eran testimonio de que lo estaba la integridad de su vida, la pública voz y fama de su lealtad, sus servicios, su sangre y, últimamente, las razones eficaces de aquella carta, pues en ella la verdad mostraba cierto género de sencillez majestuosa que provocaba la veneración y crédito.

-Cumpliré -proseguía-, de este modo, con la nobleza que vincularon en mí mis padres y el favor que con vuestra alteza medro, pues le juzgarán bien empleado si imito a mi rey en la clemencia y mansedumbre; perdono agravios en vislumbres, sin más probabilidad que la sospecha y, aceptando en persona el desafío, cumpliré a un mismo tiempo con la obligación de caballero, saliendo al campo, no para defender lo que al reptador se le imputa, que no me consta, sino que fue ingrato a mi amistad y hospicio, robándome a mi hermana y imposibilitándome la suya, cuyo consentimiento me aceptaba esposo. Insistía el generoso catalán en esto, sin soltarle los pies que le besaba, hallando en el rey artificiosa resistencia, y negando el conde debérsele el perdón propuesto a quien por tantas apariencias estaba indiciado reo, porque advertía que, cuando estuviese libre en esta parte, una vez maltratado con las severas vejaciones que por orden suya la justicia le había hecho, no era la indómita condición del perseguido tan reducible que olvidase, con

la libertad presente, pasados sentimientos, pues, tarde o nunca, nobles ofendidos en la fama borran de la memoria la venganza, y más si ésta se incorpora en las canas, tan difícil de borrar de ellas las injurias como la blancura que intenta adulterar el artificio.

-Pedro Armengol, su hijo -proseguía-, acusado de sus temeridades, pudiendo proseguir su derecho, si le tiene, por tela de justicia, trueca el tribunal en armas y juzga por mejor ser bandolero que litigante; favorécese de forajidos, los más franceses, cuando su rey compra ocasiones que le abran segunda vez la puerta a la invasión de aqueste principado, y no falta quien dice que tiene con él sus inteligencias; de trecientos bandidos que le siguen, los docientos son gascones; el recelo de que la real indignación no acabe con su padre modera, en parte, sus atrevimientos; luego mejor será que, por razón de estado, prendándole en lo que más estima, con este freno se templen sus arrojos. Si se le juntase agora, indignado, Alberto, y éste intentase remediar su patrimonio destruido, viéndose pobre y injuriado, cuando le ofrece la ocasión un rey que patrocine su venganza, mejorándole en sus provincias de estados y herencia, ¿qué le negará, enemigo mortal de esta corona? ¿Qué no le prometerá por tener consigo el más experimentado capitán de Cataluña, espía doméstica, y criado desde la puericia entre las armas, que no hay paso difícil en la fragosidad de nuestros montes que diversas veces sus pies no hayan medido, estando en su mano, agora, abrirle la entrada por sus mismas tierras, y habiendo de seguir su fortuna cuantos amigos y parientes le reconocen por cabeza?

En lugar de atraer con estas apariencias a su opinión Manfredo al advertido príncipe, el modo vengativo con que se las propuso le hizo resolverse en la contraria. Desestimaba, cuerdo, natural tan áspero contra persona que pocos días antes había encarecido por el más leal y necesario que en aquellas ocurrencias tenía Cataluña. Conjeturaba de esto que, no el deseo de su servicio, sino sus propios intereses le hicieron primero intercesor de quien agora era fiscal. Indignado, pues, de tan civil mudanza, sin hacer caso de él, dijo al generoso medianero, que aún permanecía a sus plantas, haciendo consecuencias criminales contra el conde, y careando sospechas contra su voluntad apasionada:

-Si vos, que con mayor derecho podíades acumular cargos contra los Armengoles, tan afecto se los disminuís, desaire sería de un rey, en quien la piedad tiene el lugar primero, que os cediese en esa virtud ventajas. Salga Alberto libre y venga a verme, que como el conde no ha experimentado la fidelidad con que nos ha servido, no es maravilla que recele lo que de ordinario pasa en Nápoles y en Sicilia, cuyos vasallos no guardan a sus príncipes más fe de lo que les medra el interés de serles leales. Diverso Alberto en todo, pues a poner la mira en sus acrecentamientos, sirviendo menos, luciera más su hacienda.

Gozoso sobre manera el joven favorecido, le besó la mano, no poco satisfecho de conocer en sus razones el descrédito que comenzaba a desautorizar a su competidor. Partió, pues, diligente, acompañado de lo más bien afecto de palacio a la prisión, porque era sin duda general la lástima que las persecuciones del ilustre preso causaban en todos, menos en los de inclinaciones perversas. Quedó Manfredo pronosticándose caído y, examinando por lo presente lo futuro, ya le parecía que se manifestaban sus delitos. Pero lo que más le apuraba los discursos era el oír que Saurina estuviese con su hermano y no pareciese Laurisana, ni se supiese de Guillermo. Fácilmente venía en que, la noche que el animoso

acometido los hizo huir cobardes, pudo conocer a la burlada hermosa, hasta embarcarse con ella y sucederles lo que la carta refería. Pero, ¿qué se hizo la otra dama? ¿Qué Guillermo? ¿Si para desembarazarse de ella, añadiendo deslealtades, disminuyó sus riesgos quitándole la vida? No le pesara de esto, pero amenazábale, si éstos viviesen, la averiguación por ellos de sus traiciones, porque los facinorosos no necesitan contra sí de más fiscales que sus mismos pensamientos.

-Reconciliado Pedro Armengol con mi enemigo -discurría- y el rey tan de su parte, desposaránle con Saurina y, inútil mi venganza, acrecentándose mis celos, ayudándolos mi envidia, inevitable es el perderme.

Con estos trágicos discursos se sentenciaba a sí mismo Manfredo, cuando se le presentó a los ojos un soldado, vasallo suyo que, escapado de la repentina invasión con que en Sicilia arruinaron los franceses la fortaleza del acobardado conde, pudo ser testigo de su incendio; enviábanle, pues, agora, los parientes de Manfredo, a darle aviso de esta desgracia y, reconocido por él, casi adivinando sus malas nuevas, le preguntó a qué venía. Refirióle por menor todo lo sucedido, desde que, saliendo del castillo con su alcaide, en compañía del capitán de la galera a la marina, prendieron a Guillermo, a quien, según sus órdenes, determinaban despachar la noche misma; que, caminando una escuadra con el preso catalán a la fortaleza, el capitán y alcaide guiaron a la quinta vecina de Castelmar, con una dama a quien llamaban Saurina, y con quien el alcaide afirmaba que el conde, su señor, había de desposarse. Perdió aquí los estribos la disimulación del confuso siciliano y, interrumpiendo al mensajero, le dijo:

-¿Qué dices, hombre? ¿Saurina en poder de mis vasallos? ¿En Sicilia y, a un mismo tiempo, con Pedro Armengol en Cataluña? ¿Cómo es posible un cuerpo en dos lugares? ¿O quién, para quitarme el seso, se transfigura en ella? ¿Saurina, dices, permitía llamarse?

-Saurina -respondió- tiene por nombre; así se consiente y así la veneran cuantos la aguardan por señora. Y aunque los extremos de sus ansias compadecen a cuantos admiran su hermosura, después que leyó una carta que le enviaste en el pliego de tu alcaide, en parte consolada, admite el nombre de tu esposa, servida y venerada por consorte tuya.

-¿Cuánto habrá -preguntó asombrado- que te apartaste de ella? -Sólo me dilató de su presencia -respondió- el viaje de seis días.

-¿Cómo, pues -replicaba-, no me escribe si, como mientes, me desea su esposo?

-Porque los avisos ciertos y apresurados -respondió-, que se tienen cada día, de que el rey Roberto, que sucedió en Nápoles, por muerte de su padre Carlos, viene sobre Sicilia con la más numerosa armada que en aquellos mares vieron nuestros siglos, no dieron lugar a tus parientes para más que despacharme con este pliego a darte cuenta de esto; ni la prisa del bergantín que me condujo permitió noticias de mi viaje a tu Saurina. ¿Pero qué mayor certeza quieres de lo que te digo que las cartas que traigo? Ábrelas, léelas, y consten de sus razones mis verdades; que lo que yo de mi parte te afirmo es que, en fe de ser Saurina

la que dicen que adoras y sacaste por engaño de su patria, todos, o los más de tus deudos, han venido a visitarla y la asisten y consuelan, disculpando en tu elección discreta tu atrevido robo. Su agrado es de manera que, llevados de él y de su hermosura, determinan trasladarla a Palermo, donde se asegure del francés, que por instantes recelamos sobre nuestra patria.

-¿Cómo, pues -replicó-, pudieron saber mis deudos que yo robé a Saurina?

-Por una carta -respondió- que hallaron al alcaide de tu letra, cuando quedó muerto en el campo, el sobrescrito para ella.

-¿Y cónstate -replicó el conde- que la leyó Saurina?

-Cónstame tanto -dijo- que estaba yo con los que se la dieron y, en leyéndola, aunque en el semblante pesarosa, en sus palabras apacible, dijo que perdonaba atrevimientos indignos de tu sangre, por las medras que en tu amor reconocía, y que juzgaba venturosa su desgracia.

-Si no te desmintieran -replicó el conde- certidumbres totalmente encontradas con tus nuevas, valiérante las que anuncias prosperidades que te engendraran envidiosos. Pero hasta averiguarlas, me importa no menos que la vida que, cerrado y oculto en lo más secreto de este cuarto, te permitas con llave, hasta que mañana, despachándote a aquel reino, lleves con la respuesta, pródiga satisfacción de tu servicio.

Consintiólo el soldado codicioso, y echándole la llave, le dejó en un retrete, pegado con la pieza en que dormía. Habíase resuelto el desbaratado conde en darle aquella misma noche muerte y, echándole por las ventanas más apartadas de aquel cuarto a la marina, por señorearse toda de ellas, desbaratar noticias a sus desatinos y eslabonar insultos con insultos.

Llegó en el ínterin Alberto, acompañado hasta las puertas de palacio de innumerable plebe y, hasta los pies del pacífico don Jaime de lo más autorizado de la corte; al lado suyo, don Berenguel, con tanto gozo, cuanto desesperado su enemigo; que entre las contradicciones de sus maliciosos consejos, para acabar de desatinarle, sólo le faltaba el espectáculo presente. Lágrimas fueron las palabras primeras que en su disculpa alegó el viejo venerable, subiendo desde los pies del compasivo príncipe hasta el corazón que enternecieron; dióle a besar la mano, y levantándole con ella, le dijo:

-Alberto, muchos indicios os acusan, que la severidad de mi justicia intentó, apremiándoos, que os sacasen o reo, o inocente; pero opóneseles la experiencia que de vuestra fidelidad y servicios los recusan; porque ¿cómo será creíble que, leal desde los años floridos hasta los nevados, desmerezcan vuestras canas lo que granjearon vuestras juventudes? Extrañáramos el ver que, siendo vos tan cuerdo, os negádeses a vos mismo, ocultando tantos tiempos a vuestro sucesor y hijo el derecho que le concedió naturaleza, renunciando el título de padre en unos pobres ganaderos, si la experiencia, agora, de sus descaminos no os calificara prudente prevenido. Cabeza es de bandoleros; saltador de su

propia sangre, robó a su hermana misma; rebelde a nuestras leyes, procura la perdición de quien le restauró huésped a la vida; franceses acaudilla, comunes enemigos de su patria, y no falta quien diga que ofrece a su rey paso seguro por el Ampurdán para invadirnos. Del título piadoso de padre os desnudastes, ocasionado no más que de un pronóstico probable; vestíros, agora, en beneficio de este reino, el de juez desapasionado, que a vos sólo remito la ejecución de mi justicia; sabré por ella si pueden más con vos respetos de ministro mío que de padre suyo, que pues yo, de mi parte, haciendo de vuestro valor esta confianza, desmiento acusaciones que os desdoran, justo es que espere de vuestra confusiones para vuestros émulos y aplausos para vuestra fama.

Volvió las espaldas, en diciendo esto, el compendioso príncipe, y quedó tan sentido cuanto obligado el generoso viejo, sin que bastasen artificios ni persuaciones de don Berenguel, que quisiera a su rey menos resuelto, a disuadirle a que, desde luego, no pusiese en orden la ejecución encomendada. Sacó un lucido escuadrón el día siguiente, parte de la milicia con que aquella ciudad asegura su puerto, y parte de la guarda del rey, que ejercitado desde niño en ella, estimaba en más poblar los patios de su palacio de coseletes y alabardas, que de litigantes y causídicos. Docientos solos escogió de todos, y marchando en orden por las sierras que guían a Girona, hizo alto a dos leguas de Darlins, habiendo, por rodeos y descaminos, descuidado las atalayas bandoleras; de modo que, sin noticia suya, pudo emboscarse aquella noche para escalar de improviso, al cuarto del alba, la usurpada fortaleza.

Ignorante de la desgracia venturosa que le esperaba, venía Pedro Armengol por el mismo puesto en que su padre y los demás estaban emboscados; traía consigo tres o cuatro bandoleros que, indignos de tan baja profesión, por más ajustados al ingenio y costumbres suyas, le asistían camaradas; travesuras mozas los habían reducido a tan desacreditada vida, aunque eran nobles; volvía, pues, con ellos de visitar a sus imaginados padres, con quienes se entretuvo aquella noche, refrescando la memoria en los sucesos que por él habían pasado, los principios de su mocedad, los amores de su hermana, y la temosa disimulación con que su verdadero padre le había dilatado aqueste título; en estas y otras cosas, parte tristes y parte entretenidas, gastó todo el tiempo que se detuvo el alba en bosquejar sus luces y, agora que, en confuso distinguía los riscos de los árboles, se tornaba a la fortaleza, donde en compañía de su hermana esperaba respuesta de la carta y desafío publicado. Llevado, pues, de sus imaginaciones, tan a propósito para ellas la soledad del campo y la quietud de aquellas horas, siempre acomodadas a consultas del ingenio, tan vehemente le suspendió la memoria de su perdida Laurisana que, hallando incapaces a sus compañeros para comunicarles sus pasiones, porque los libres de este tirano afecto juzgan a los que padecen amantes, o afeminados o sin juicio, los mandó adelantarse, avisando en el castillo de su vuelta. Rigurosa era la estación de aquel mes inclemente, pero aunque su aspereza requería más atención a los abrigos que a los cuidados amorosos, como éstos abrasan con mayor actividad que los incendios materiales y, llegando entonces en tropel, apretaron su memoria (que las de amor, como el mar y como la luna, tienen sus menguantes y crecientes, pues no fuera fiebre peligrosa si le faltaran sus accesiones, aumentos, estados, decrementos y términos, ni hubiera vida para sufrir vehemencias sin vacaciones), sentándose al pie de un arrogante pino, todo en

su prenda, ésta en el alma toda y toda el alma en los labios, para desahogarse de algún modo, cantó estos versos:

No es dicha suma aquella
que tiene paralelos,
y al dichoso entre todos no adelanta;
por eso la luz bella
del sol es, en los cielos,
monarca a quien la aurora aplausos canta;
si hubiera estrella tanta,
que igual le compitiera,
ni el principado de la luz tuviera,
ni fuera rey del día,
que el imperar no admite compañía.

Por eso el Fénix solo
se llama primogénito de Apolo,
fecundo en su ceniza, que a otro cría,
y no se satisface
hasta que, muerto él mismo, él mismo nace;
que no se blasonara
Fénix, si vivo, vidas duplicara.

La misma razón corre
que en las felicidades,
en la desdicha, su competidora;
de algún modo socorre
a sus adversidades,
el que con otros su pesar minora;
mas, ¡triste del que llora,
tan sólo sus rigores
que es Fénix en congojas y dolores!;

pues no hay mal tan pesado,
cual verse, entre dichosos, desdichado;
que menos atormentan
los daños que uno pasa y otros cuentan,
y si alivia el pesar participado,
no hay ejemplar conmigo;
yo sólo ni descanso ni mitigo
desdichas y querellas,
Fénix único y solo en padecellas.

La noche tenebrosa
derrama confusiones,
borrando obscura lo que el sol esmalta;

desmábase la rosa,
que hermosas presunciones
no afectan majestad, si luz les falta:
tan fúnebre la asalta
su horror, que le parece
que entre sombras eternas desfallece;

mas citando su belleza
parasismos tributa a la tristeza,
crepúsculos divisa
que, entre nácar y aljófar, venden risa,
a cuya luz la rosa ámbar bosteza;
sólo la pena mía
desespera crepúsculos al día,
y solos mis dolores
aun no merecen imitar las flores.

Los árboles, que advierto
mendigos de sus hojas,
por cuya ausencia son al viento mudos,
lastiman al desierto,
y aumentan mis congojas,
de troncos esqueletos y de nudos;
mas puesto que desnudos
tristezas den al triste,
marzo los abotona, abril los viste,

de joyas los arrea
frutíferas, Pomona y Amaltea;
que no es mal absoluto,
el que tras la penuria espera el fruto,
cuando el mayo les teje su librea;
mas quien padece eternos,
sin aguardar veranos, los iviernos,
¿qué hará, pues aun no alcanza
el esperar siquiera una esperanza?

Aquí miro una fuente,
que risas murmuraba,
y muda agora, hiperboliza agravios;
el Bóreas inclemente,
por ver que le imitaba,
candados de cristal puso a sus labios,
¡que aun no esté de resabios
seguro un elemento!;
murmura el agua y, murmurando el viento,

la envidia en él procura,
prender el que murmura a quien murmura;

mas presto se desata
al sol, cuyo oro, liquidando plata,
raudales fugitivos apresura;
tristes de mis desvelos,
que aprisionados eternizan yelos,
y al sol niegan el paso,
nunca en oriente, siempre en el ocaso.

¡Ay Laurisana hermosa!,
si estrellas pisas tantas,
cuantas lágrimas mar mi llanto crecen,
faltó el sol a la rosa,
faltáronle a las plantas.
Abriles que su flor rejuvenecen,
heladas se entorpecen
las fuentes, que en los ojos
el Bóreas condensó de mis enojos;

pero ¿cómo si pasan
el pecho serán yelos si le abrasan?
Curables accidentes
sufren las rosas, árboles y fuentes,
pues con el tiempo sus desdichas tasan;
yo solo, tú perdida,
padezco desconsuelos de por vida,
y envidia, en penas tantas
a las fuentes, las rosas y las plantas.

Tan enajenado como esto estaba Pedro Armengol, cuando su padre, que desde los primeros acentos de esta canción había conocido a quien los intimaba, más atento a atajarle la fuga que a la inteligencia de ellos, con el silencio y solicitud en tales casos necesaria, ordenó a sus compañeros que, sin ser sentidos, le atajasen las salidas del monte y, sin permitirse acompañarlo, cortando el hilo a sus querellas amorosas, se le presentó a la vista diciéndole:

-Endechas has cantado, salteador facinoroso, presagas de tu muerte merecida. Restitúyete, agora, a tus sentidos embarazados en memorias torpes, y aplícalos al conocimiento de quien te vitupera. Levantóse a esta voz el joven asustado, tan alegre en reconocer la de su padre, cuanto corrido de las injurias con que le avergonzaba; juzgábase entre los riesgos de la pasión y de la envidia, y advirtiéndole agora libre en tal sitio, y indignado contra quien, por su causa, menospreciaba el crédito y la vida, entre los sentimientos y los gozos, ignoraba si se llamase feliz o desdichado. No obstante, empero, tan encontradas ocurrencias, le arrebató el respeto y el amor los labios a sus pies, las

lágrimas a sus mejillas y la espada al rendimiento de su imperio, arrojándola en tierra, y diciéndole enternecido:

-¿Cuando te reconozco libre, padre generoso, me desazonas dichas temblándote severo? ¿Salteador facinoroso me intitulas, blasón que imaginaba yo contigo meritorio y heredado? ¿En qué me diferencio bandolero de quien, cuando me produjo entre enemistades y bandos, alborotó su patria? ¿Qué otras obligaciones bebí en la primera leche, si no asaltos y ruinas entre tu parcialidad y la de los Lanzoles? ¿Quién me sacó a los bosques y desiertos, sino tus agravios? ¿Quién me hizo caudillo de perdidos, sino el estarlo tú en la libertad opresa de la indignación coronada y la privanza poderosa? Bandos heredé, bandos prosigo; éstos han assolado a tus vasallos, tus posesiones y tu fama; éstos te la han restituido, ¿por qué los vituperas? Dirás que porque descaminando paces que con amorosas coyundas eslabonadas, robándote a Saurina, ocasioné tu afrenta. Engañante, señor, mentiras aparentes. Laurisana, dueño de la salud y vida que me restauró en su casa, lloraba esclavitudes amenazadas con Manfredo y, penetrando lince la sangre que tuya me ilustraba, me consultó desaciertos acertados; pues parece que el cielo favorecía lo mismo que estorbaba, trazándola mi esposa; presumí que con ella navegaba a Francia, cuando hallé a mi lado en su lugar a mi Saurina. Los aprietos mismos que en la primera desatinaron pundonores, atropellaron respetos en la segunda; Guillermo cohechado (sospecho yo, del conde, no lo afirmo), la persuadió engañoso a que era yo el ejecutor de su retiro. ¿Débole por dicha menos yo a Saurina que a Laurisana? Niños nos domesticó una casa y una mesa; ¿pagara yo empeños de tanta estima volviéndola a la playa, o entregándola a la severidad de tu indignación implacable? Júzguelo tu prudencia; homicida, un acero antepusiera sus filos al tálamo que la destinabas; la sangre me llamó, no el apetito; reverenciándola señora y ignorándola hermana, la amaba en esta esfera. Apenas en la primer ciudad de Francia aseguré peligros, cuando, receloso de los tuyos, despaché a quien te certificase de mis intentos limpios. Apenas supe tus aprietos y la obligación que hijo tuyo me corría, cuando, juntando los que la necesidad, no la elección, me presentó a los ojos y me ocurrieran al camino, reprimí insolencias de tus perseguidores, libérté tus súbditos, desbaraté tus adversarios y, ganándoles ese castillo, receptáculo antiguo de tus ofensas, hice presidio de él que reprimiese atrevimientos. En fin, apenas supe los desdoras con que la falsedad y la envidia te infamaban, cuando con desafíos, último refugio de nobles injuriados, y con cláusulas corteses a tu mayor contrario, tenté los medios de la paz y de las armas, para redimirte honrado y libre. ¿Qué sangre derramo sino la de los que, a contemplación de tus enemistades, mancharon en la nuestra sus aceros? ¿Hay mujer que, violada, se querelle? ¿Inocente pasajero que, expoliado, me aborrezca? No has de hallar ninguno; pues ¿cómo verificarás el nombre de facinoroso que me imputas? Privilegióte la naturaleza el título de padre, la obediencia que te debo, tus canas y valor, a usar de este derecho: tus oprobios son laureles para mi templanza; recíbolos por blasones honrosos, en cambio de gratularte libre; a tus pies tienes mis armas, la vez primera que desnudas se rindieron; los tuyos y los de mi rey solos pudieran reprimirlas; mi cabeza está a tu disposición; el ser te debo; cuando de él me privas, ¿qué me quitarás que no sea tuyo?

-Perdiste esa acción -le respondió severo-, al tiempo que adquirida malograda; criado en mi casa, me ofendiste; vasallo desconocido, me injuriaste; deshonorado vivo por ti, siendo

mi heredero; Saurina en tu poder te manifiesta escalador; don Berenguel herido, te vitupera asesino; su hermana robada, facinoroso; el conde, en su esperanza de consorte, adúltero; tu rey, aleve, y estas poblaciones destruidas, bandolero; los salteadores que te siguen son franceses, la fama que corre de que te cartees con su príncipe te acusa con el crimen de lesa majestad; casi se iguala a este delito el desacato con que ofendiste la privanza de don Berenguel y de Manfredo, pues a los dos les usurpaste sus esposas. Y los favorecidos de los reyes, aun cuando por sus demasías se hicieran incapaces de merecerlos, en fe de que representan lo más precioso de sus dueños, que es la voluntad, merecen casi la veneración misma que sus señores. Tú, agresor contra todos, a todos los irritas, y yo por ti avergonzado y casi a los umbrales de la infamia, por causa tuya he visto la primera vez airado contra mí el real semblante. Jamás manchó mi sangre traición aun en vislumbres; conspirador, ahora tú contra tu patria, y habiendo quien afirma que la vendes, ¿qué satisfacción darás que purgue estos indicios, si no es con tu cabeza? Yo no soy tu padre desde el día que para mi descrédito saliste al mundo. Pronosticóme un sabio que te destinaban las estrellas a un patíbulo; intenté, matándote, ¡ojalá lo hiciera!, atajarte con la vida la deshonra; pudo más en mí la piedad que la importancia; prevíneme con adjudicarte padres que, groseros, su poca calidad disminuyese tus desdoras. No está en manos de nuestra libertad excusar lo que sale de su esfera; dispuso el cielo que fenecieses en un palo; ministro soy de la justicia real, y con esta comisión dejo empeñada mi fidelidad y crédito; no tengo otro modo con que desmentir indicios que me imputan, si no es ejecutándola; apercíbete a escarmentar traviesos con tu muerte y pídeles a los cielos mejores medras para el alma que tus desatinos dispusieron para el cuerpo. Pendiente de la rama más sublime de ese pino, has de servir de espectáculo a la venganza de tus injuriados, a la piedad de tus amigos y a la enmienda de tus semejantes; y esto ha de ser dentro de media hora.

Ni sobresaltado Pedro Armengol con la capital sentencia, ni destemplando acciones, se levantó del suelo, y dejándose en él la espada, con el sosiego mismo que si le asegurara dichas, le respondió amoroso:

-Poca necesidad tuvieras, valeroso padre, permíteme este nombre, siquiera para endulzar con él horrores al castigo, poca necesidad tuvieras de armados escuadrones, para ejecutar en mí lo que llamas justicia (y yo no me atrevo a mudarle el título por no contravenirte), si advirtieras cuán comprometidos tengo mis afectos al arbitrio de tus ejecuciones. Aun permanecer no quiero de rodillas porque no juzgues que en tal postura de algún modo solicito la resistencia a tus deseos. Moriré dichoso desdichado; si infelice en que atribuyas determinaciones amorosas de hijo a insultos desbaratados de delincuente; venturoso en que redimas con mi suplicio descréditos que te ocasionaron mis desgracias. Una cosa sola te suplico, si es digna que la otorgues en el postrero trance, no habiendo a quien le pare perjuicio: que si viviere Laurisana, puesto que lo dudo, quede a cargo de tu providencia su amparo, solicitando protector la templanza de su hermano; hijo ha de ser tuyo, esposo de Saurina, ¿qué le pedirás que no te otorgue? No se case con Manfredo, si le aborrece; amor me tuvo, amor recíproco me debe; saquéla del mal logro que lloraba; saquéla de su casa, perdíla en el camino, pierda yo la vida y pague por entrambos, sin que

finezas que la debo y es fuerza que tu fíes, pues quedan mis empeños por tu cuenta (que no te desacreditarán, quedando tú por mi testamentario), hallen en quien me dio el ser, que muriendo restituyo, ingraticudes por reconocimientos.

Casi enternecido, otorgó con la cabeza, que los labios no podía, esta súplica postrera, y llamando a un sacerdote, prevención ordinaria en todas las salidas que dispone la justicia, cuantas veces persigue bandoleros, dejándole con el sentenciado al pie del funesto pino, atadas las manos y el dogal al cuello, le intimó que con brevedad desenójase al cielo que había indignado, y se dispusiese a los alientos últimos.

Casi pronosticando la ejecutiva resolución del catalán Alberto, apresuró don Berenguel los pasos en seguimiento suyo; tomó lengua en el camino del que hacía el riguroso anciano, y llegó a la ocasión precisa que os he dicho, cuando el sol, piadoso con el amenazado joven, adelantó sus luces para adiestrar con ellas a don Berenguel propicio. Estimulábale el amor de su Saurina, satisfecho con la carta de su hermano, ¿qué mucho que volase? Vio, pues, por sus ojos las crueles prevenciones con que los ministros de aquella inhumana empresa ejecutaban prisas de Alberto; vio también a Pedro Armengol que, levantándose de los pies sacerdotales, se apercebía animoso a los primeros pasos de una escalera que, al pie del homicida pino, habían atado, a la fatal jornada. Apeóse don Berenguel entonces, más despulsado que el paciente y, sacando la espada, cortó los lazos al cáñamo homicida diciendo al severo ejecutor:

-Ni merecen esta muerte sujetos tan calificados como el que presumo sin delitos, ni vos, Alberto ilustre, borraréis la mancha que habéis de perpetuar en vuestra sangre, derramador de la de vuestro propio hijo. Excedido habéis de la comisión que el rey os ha fiado; reducido desea, no difunto, a vuestro sucesor; orden traigo suya para limitaros riguridades, indignas de la fama que os celebra. No admitía estas notificaciones el ejecutivo Alberto, antes, inmóvil a súplicas y ruegos, se imposibilitaba a la piedad, dando voces a los coadjutores de la muerte que ejerciesen el orden que les daba. Al contrario, don Berenguel y los que con él vinieron, indignados todos de acción tan horrible a la naturaleza, amenazaban, desnudos los aceros, a quien, obediente a tan ilícito precepto, osase en él las manos.

-Cuando la sangre que pretendéis infamar no fuera vuestra -decía el favorable caballero-, cuando instaran los insultos al castigo, estando yo desafiado y viniendo a la satisfacción de mi crédito, no le era lícito a mi honra excusar con medio tan indigno el duelo que me llama. Dirán de mí naturales y extranjeros que, valiéndome cobarde de la justicia, descaminé ocasiones con que desempeñar mi fama.

Entre tanto, pues, que altercaban compasiones y crueldades, llegó a los oídos de Saurina y Arnaldo, la temosa riguridad de Alberto y, acobardados los bandoleros todos con el formidable título de la justicia catalana que sobre sí tenían, desamparando la fortaleza, se derramaron por aquellos montes hasta descolgarse por sus riscos a la seguridad cercana de su reino. No, empero, Saurina, no el leal Arnaldo, pues rompiendo por las escuadras de su padre y postrándose a los pies del catalán amante, con lágrimas los dos y con hechizos de hermosura la dama apetecida, solicitaban intercesiones y templanzas, como

si una sola perla de Saurina no tuviese toda la eficacia persuasiva de la retórica, todo el poder de la lisonja y toda la virtud del más copioso ejército, para rendir un alma toda suya. De rodillas, don Berenguel la bañó una mano de las que, por destilarlas su abrasado pecho, merecieron liquidar la nieve de su desdén pasado, porque finezas de tanto porte, ¿qué dureza no contrastan?; levantóla mudo de puro enamorado, y llevándola a la presencia de su ofendido padre, le dijo estas palabras:

-Desde el día, Alberto ilustre, que vuestro consentimiento y gusto me destinó esposo de Saurina, mi señora, cedistes en mí el derecho que teníades a su obediencia, corriendo por mi cuenta sus acciones. Según esto, cuando hubiera delinquido, que lo niego, sin perteneceros a vos el conocer su causa, a mí solo me compete su dominio, y ansí, cuanto a esta parte, queda exenta de vuestra jurisdicción, y yo satisfecho de que, otorgándose mi dueño, merece por la elección que de su hermano hacía tantas más alabanzas que reprehensiones cuanto le reconozco ventajoso en prendas dignas de su sazonado gusto. Agora, pues que, los dos hermanos, me aseguran mis dichas de sus competencias, reverenciándoos ella y yo, señor y padre, quedan sepultados enojos y sentimientos. Pero tócanos a entrambos tan de cerca los que mostráis indignado contra vuestro hijo, que es forzoso el defenderle por el desdoro que se me seguirá si se ejecutase vuestra resolución demasiada. ¿Cómo permitirá la mano Saurina, mi señora, a quien, ocasionado de tan desautorizada muerte, mañana pueda darla en los ojos con un hermano ajusticiado y con un padre ejecutor de nuestra afrenta? Ya no ruegos, sino instancias justas y de honra, os notifican el perjuicio que nos para y el daño que a nuestra reputación se le sigue de vuestra porfiada rebeldía; el rey se ha de dar por servido de ella; tribunal es el suyo recto y desapasionado; a él apelamos todos, remítase a su presencia y no excedáis de vuestro cargo; pues sólo se extiende a que, refrenando mocedades, se le restituyáis reconocido.

Lo mismo instaban los demás, las lágrimas de Saurina y las voces de todos los presentes, a cuyas persuasiones si no convencido, más templado, respondió que como le llevase preso y en son de delincuente a Barcelona, más por fuerza que por derecho de justicia, otorgaba con lo que todos le pedían; mas que advirtiesen que, pues le limitaban la jurisdicción de juez, desde entonces se constituía fiscal de sus delitos.

-Yo -replicó don Berenguel- tomo por mi cuenta el presentarle al rey nuestro señor; más ha de ir no como bandolero, que no lo ha sido, sino como mayorazgo vuestro, hermano de Saurina, cuñado mío y caballero.

Rehusábalo el padre porfiado, pero salió con todo lo que quiso la instancia generosa de quien le defendía y, desatándole las manos, trocó por sus brazos las prisiones, con parabienes generales, sin admitir Alberto gracias y reconocimientos; antes, con la misma vigilancia que si llevara preso el más perjudicial salteador de aquellas sierras, mandó que, cercándole soldados, marchasen a la Corte.

Por estos rodeos disponía el cielo en favor de Pedro Armengol las contingencias de su vida, con tal orden, que más parecían efectos de causas necesarias, que accidentes desbaratados de la fortuna. Dígolo, porque entre tanto que sucedió con él lo referido, Manfredo, que determinaba aquella misma noche matar al mensajero siciliano (que dije

tener recluso en su retrete), y desembarazarse de testigos que declarasen sus insultos, mudando de parecer agora, le había persuadido que, sin comunicarse con persona, diese la vuelta a Sicilia con un pliego suyo para un su tío, por cuya disposición se gobernaba cuanto en aquel reino poseía. Obligóle con dádivas y ofrecióle mayores intereses, si se lograba el efeto de su viaje. Lo que en las cartas escribía, era encarecerle a su tío los evidentes riesgos que amenazaban su vida y honra, si quedase viva la que, fingiéndose Saurina, los engañaba a todos, porque ésta en poder de su hermano en Cataluña, y perdida Laurisana, tenía por cierto que, disimulando el nombre y la persona, le entretenía con ficción tan nueva, hasta que, avisando a don Berenguel, su hermano, de quimeras que, para excusar sus liviandades era fuerza que fingiese en daño suyo, te forzase a cumplir palabras que le había dado de esposo.

-Huyó ésta -proseguía- en indecente hábito con un hombre perdido, el cual, despojándola de sus joyas (y, ¿quién duda, que no entre ellas de la de más estima?), la dejó embarcada. Favorecióla otro, tan embelecador como ella, de quien hice confianza para mayores consecuencias, y se llamó Guillermo. Éste os la vendió Saurina, siendo ansí que la verdadera asiste tan vecina de esta Corte, que desmiente con su presencia los embustes de la que en ese reino la usurpa la fama con el nombre. Si don Berenguel, tan poderoso en este principado, tan favorecido de su príncipe, insistiese en que me desposase con ella, ¿qué honra medrará nuestro linaje? Casado yo con quien huyó liviana, y no sé si adúltera, pues la esperaba esposa ¿estimaréisme por sobrino vuestro? Si no admito su consorcio pierdo la gracia real; si la acuso, me expongo al aborrecimiento y la venganza de una parentela toda, la más valida de este reino. ¿Cuánto, pues, será más seguro, que un secreto lazo en el silencio de la noche sepulte con ella la infamia que me espera? Excusaránse testigos de esta acción forzosa, si vos y otros parientes hacéis que la acompañe en la fortuna el mensajero de esta carta, pues ignorándose dónde huyó la fácil Laurisana, redimimos vejaciones que están tan cerca de afrentarnos.

Con este aviso, lisonjeado de esperanzas y promesas, se embarcó el siciliano la misma noche en un bergantín que el conde le previno, amaneciéndole la aurora perdido ya de vista el puerto. Pero apenas salió la luz dorada del mayor planeta cuando se halló cercado de tres galeras y un breve patache, que, llegando a reconocerle y hallándole de Sicilia, con seguridad de las haciendas y personas quiso el capitán que se registrase lo que en él venía, por sospecharle espía del rey de Nápoles, advertidos de que los extranjeros de Barcelona le avisaban cuantas órdenes se despachaban en ella para la defensa de aquella isla. Mandaron, pues, el bergantín llegase a bordo de la capitana, y saltando dentro, examinaron a diez pasajeros, que eran lo que el estrecho bajel llevaba; entre los cuales fue uno el isleño confidente de Manfredo. Preguntáronle a qué había ido a Barcelona, a qué daba la vuelta a Sicilia y qué modo de vida ejercitaba. Respondió que vino a Cataluña llamado por el conde, cuyo vasallo era, que le remitía agora a sus estados con un pliego para el que los regía en su nombre, y que su profesión era la milicia. Pidiéronle las cartas, y rehusábalas el mensajero, alegando que, siendo del conde, se le guardaba poco respeto, con riesgo de quien se le atrevía, pudiendo tanto con el rey, que le tenía a su lado, como si le importara menos que la vida el deshacerse de tan peligrosa comisión; amenazóle con el potro el oficial mayor de la galera, que era a quien se le cometieron aquellas diligencias y, temeroso de la tortura, se las entregó al instante. Lleváronle a él y

a ellas a la presencia del general, y llamábase este caballero Dalmao de Castelnou (uno de los más valerosos catalanes que hicieron vitoriosas en aquel siglo las banderas del invencible principado). Abriólas en presencia de sus oficiales, y, después que leyó para sí la carta principal, dijo levantando la voz:

-Con pocas pruebas de éstas saldrá verdadera Laurisana, y se excusará Guillermo de nuevos tormentos; admirado estoy que durase tanto en la privanza real hombre tan perverso.

Para inteligencia de sucesos tan peregrinos, importa daros aquí alguna noticia del estado que en este tiempo tenía la guerra de Sicilia entre catalanes y franceses. Murió el rey Carlos de Nápoles, padre de Roberto que, como heredero legítimo y duque de Calabria, sucedió inmediatamente en la corona. Éste, pues, con la lozanía de su juventud y hervor de la sangre, luego que recibió la púrpura, echó al agua contra Sicilia la armada más numerosa que en muchos años antes y después vieron aquellos mares; porque si merecen crédito sus historiadores, no fue menor que de ciento y veinte galeras genovesas, napolitanas y provenzales, siendo otros tantos los navíos gruesos y armados con que pasó innumerable suma de infantería y cuatro mil hombres de a caballo. Arribó con toda esta máquina el mozo rey al más cercano puerto de Palermo, entre Carinni y Castelmar, donde dijimos que Manfredo tenía lo más considerable de su estado, cuyo castillo, cercano a este puerto, padeció la ruina que contamos, y en cuya casa de placer quedó la hermosa Laurisana. Ganó Roberto brevemente, por trato, las dos ciudades referidas, con toda aquella comarca, y fue de suerte el asombro que puso tan poderoso ejército que, así en la isla, como en toda la corona aragonesa, no quedó leal que no ofreciese la hacienda, la persona y vida en su defensa.

Entre los caballeros, pues, más considerables que a esta expedición salieron de Cataluña, fueron Bernardo de Sarriá, barcelonés, que, por no perder la fama que en esta guerra le aseguraba su valor, renunció a su rey el cargo de almirante de aquel ínclito principado y empeñó todas sus tierras y patrimonio para ir a su costa a esta conquista. El otro era el referido Dalmao de Castelnou, no inferior en nobleza y ánimo al primero; éstos y otros muchos caballeros catalanes salieron con una escuadra de galeras de su patria y hicieron hazañas tales que, vencido principalmente por ellos el francés Roberto, pidió treguas y después paces ventajosas para el aragonés monarca.

Antes, pues, que éstos desembarcasen en Sicilia, se encontraron las tres galeras en que navegaban con siete genovesas de la armada de Roberto y, embistiéndolas animosos, echaron a fondo las dos, rindieron otras tantas, y escapándose las demás tan mal paradas que pronosticaron a sus compañeras el mal suceso de aquella jornada aparatosa. En una, pues, de las galeras que prendieron, hallaron algunos catalanes que, infieles a su patria y a su rey, tiraban sueldo de su enemigo; uno de éstos era Guillermo, el desleal criado de nuestro Alberto y principal ministro de las alevosías de Manfredo (ya os constan sus traiciones, su prisión y su libertad por los franceses). Mandó, pues, Bernardo de Sarriá, que iba por cabo de la escuadra dicha, colgar de las entenas a cuantos, contra su nación conspiradores, se infamaron a sí mismos.

Apretóle a Guillermo en tan horrible trance la conciencia; confesóse para morir y, asombrado el eclesiástico ministro de insultos tan horrendos, le mandó satisfaciéndose delante el general y los principales de su lado, las honras que por su causa peligraban en Alberto y su familia. Hízolo, puesto que forzándose a sí mismo, que en tan ejecutivas ocasiones solos los desesperados menosprecian el último remedio de sus almas. Admiráronse, como era justo, los que le oyeron, y lastimados del generoso anciano, que dejaban preso y con el riesgo de su fama que habéis oído, de las adversidades de Laurisana y de la pérdida de Saurina, dilatando para mayor suplicio el de Guillermo y cargándole de cadenas, le metieron debajo de cubierta. Desembarcaron después de esto en Sicilia y, juntándose con los isleños, que esta vez eternizaron su fidelidad con la corona aragonesa, tomó a su cargo don Dalmao de Castelnou la restauración de Laurisana. Informado de la quinta, en que, con nombre de Saurina, se dejaba vituperar de la fortuna, llegó a ella y supo que el tío de Manfredo y sus parientes, creyéndola Saurina, para librarla de los peligros militares, la trasladaron a Palermo, donde mejorando acuerdos y llorada por cierta la muerte de su amante, con resolución cristiana y generosa, se encerró en un monasterio del Serafín humano, y dio a los desengaños laureles vitoriosos y a las hermosuras felices escarmientos.

Visitóla Dalmao, y persuadiéndola a que se restituyese a su patria, casa y estimación primera, insistiera más eficaz en esto, puede ser que venciendo su constancia, si supiera que Pedro Guillén vivía; pero como Laurisana le persuadió a que era muerto, y cuando Dalmao salió de Barcelona no se sabía más de que, hallando a don Berenguel herido, a Laurisana y a Saurina ausentes, y culpados por indicios a Alberto, a Guillermo y a Pedro Guillén, puesto que la confesión de éste desenmarañó sospechas, persuadióse a que la muerte del malogrado joven era sin duda. En resolución, la de la discreta catalana fue tal que, despidiendo al persuasivo caballero, le dejó sin esperanzas de permitirse segunda vez a su presencia, totalmente entregada a los alivios y recreos que experimenta quien en la religión animoso cierra los ojos a sus dificultades; que éstas parecen al león del Nazareno, horrible en la apariencia, pero, en el ejercicio, con un panal de almíbar entre los colmillos, que asombraban.

Fue tan diligente la fortuna en favorecer las armas catalanas como en abatir las francesas en Sicilia, pues Roberto, desbaratado no sólo de sus enemigos pero de los elementos, de la hambre y de la peste, así en el mar como en la tierra, vio reducirse un ejército innumerable a un limitado campo, en tanto extremo, que hasta los rústicos y villanos osaban asaltarle. Interpusiéronse entre las dos coronas, deseosos de no ver totalmente destruido al napolitano príncipe, y por medio del conde de Esquilache, en quien comprometió Roberto sus deseos, se despachó a Barcelona a Dalmao de Castelnou, para que, con honestas condiciones, favorables al rey don Jaime, se sobreseyesen las armas y se firmasen treguas que diesen esperanzas a perpetuas paces. Partió, pues, con esta comisión de Palermo don Dalmao, general de las tres galeras mismas que le sacaron de Cataluña, trayendo en la capitana al desleal Guillermo, tan cargado de prisiones como de delitos, para que su confesión y el proceso sustanciado contra el conde advirtiesen al rey de sus deslealtades y triunfase a su costa la verdad y la inocencia del perseguido Alberto.

Sucedió, pues, ahora el encontrarse con el pequeño bajel en que navegaba el siciliano, mensajero del conde, cuyas cartas leídas, como dije, y provocado el portador contra su doble trato, viendo que le enviaba a morir a Sicilia quien le prometió felicidades y riquezas, añadió ahora mentiras a verdades, que acriminaron al conde nuevos insultos, diciendo que determinaba pasarse a Sicilia fugitivo y entregar todo su estado al rey Roberto, para que desde él, con la facción de sus parientes, le fuese menos difícil la conquista de aquel reino.

Desembarcaron prósperamente en Barcelona, el día mismo que Alberto solicitaba la muerte afrentosa de su hijo y don Berenguel la defendía. Pidió Dalmao secreta audiencia al rey don Jaime, y en ella le certificó de los delitos de Manfredo, con el proceso, con sus cartas y con los testimonios de los dos delincuentes que dejaba en su galera presos. Hizo esta novedad mudanza en el real semblante y su sentimiento la demostración a que obligaba tan no imaginado aviso. Mandó llevar al cauteloso conde a la torre misma donde Alberto estuvo; trocó fortuna suertes; trocaron los dos fortunas; comenzó vitoriosa la verdad a desvanecer tinieblas envidiosas. Mandó mudar las guardas y que éstas fuesen los hasta entonces perseguidos criados de nuestro Alberto. Depositaron en la cárcel pública a Guillermo y al siciliano que, sin obligar tormentos, confesaron más de lo que les pedían.

Causaron estas mudanzas lo que suelen sus semejantes en el novelero vulgo, hasta ahora, indignado con los Armengoles, desde aquí, defendiéndolos y, exagerando los insultos del conde mísero, cuando no lo mereciera, bastara ser privado para que la plebe hiciese suertes en su fama.

Cogieron estas nuevas en la mitad de su jornada a don Berenguel, Alberto, Pedro Armengol y a Saurina, que las albricias añadieron alas al interés. Hicieron alto para escucharlas con sosiego, y salieron tan sazonadas para todos que, olvidado Alberto de su aspereza, se asomó la risa por sus labios, como el placer envuelto en lágrimas por sus ojos. Alabó don Berenguel la religiosa resolución de Laurisana, porque no podía, dijo, hallar otro medio para soldar descréditos y reprimir malicias, como el que escogió determinación tan cuerda. Sólo Pedro Armengol, puertas adentro del alma, sintió luchando el gozo de que estuviese viva con el tormento de que se le imposibilitase esposa. Pero haciendo discursos dignos de tan acertado espíritu, enmudeció los labios, careó con la voluntad su entendimiento y, terciando la memoria de sus trágicos sucesos, salió de esta consulta un propósito tan ilustre que, cuando llegó a efecto, la perpetuó blasones inmortales para entrambas vidas. Entraron, pues, todos casi en triunfo en la catalana Corte, aplaudidos por sus calles del aficionado pueblo y, llegando cercados de nobles y vulgares a la presencia real, postrados nuestro dichoso bandolero y su severo padre, ciñó en estas breves palabras sus afectos:

-Tan riguroso celador, invicto rey, de tu servicio y de mi honra me crió la cuna, me alimentó la guerra y me envejeció la paz que, castigándome a mí mismo, no sé si profeta de mis infortunios, por haber engendrado a quien te había de deservir, quise, matándole recién nacido, juntar la última línea con la primera de su vida. Estorbóme el amor, pero neguéle hijo, con perpetuo destierro de este nombre. Deliniqué travieso, señalásteme juez, destínole al suplicio, impidiéronle notificaciones tuyas, intimólas quien es segunda

causa de tu imperio; a tus pies reales, postrado, te le entregó; si el ser que le di y el mal logro merece en la causa y en el efecto castigo, mi cabeza y la suya, como borren tus indignaciones, satisfarán dichosas tus ofensas.

-Muchas veces -respondió el príncipe agradable, mandándolos levantar de tierra- ordenan los reyes cosas que, al parecer descaminadas si se ejecutan, califican la lealtad de quien las obedece. Más satisfecho estoy de la vuestra, en la acción presente, que con cuantos testimonios ha sacado en prueba de ella la verdad confesada por vuestros enemigos. Legó a lo sumo la experiencia de vuestro valor y mi servicio, porque a pasar adelante, desluciendo mi clemencia, entristeciera mi corona; Pedro Armengol, si como mozo y provocado, desbarató obligaciones heredadas, hijo vuestro y depósito de vuestra sangre, volverá por ellas; de suerte que los mismos desaciertos le medren alabanzas. Vos quedáis libre de vuestra comisión y él en mi gracia; a vos os doy los brazos y a él la mano con seguridad de mercedes que olviden vuestras persecuciones. No pocas se hubieran excusado si la de Saurina, dándosela a don Berenguel, hubiera logrado mi patrocinio, pero ni yo soy rey de voluntades, ni violentar la que le privilegiaba el cielo sería prudencia.

Besósele entonces la hermosa dama, diciéndole tan vergonzosa como discreta:

-Costosos, señor serenísimo, mis escarmientos, castigaron mis ingratitudes; indigna me confieso, ahora que me conozco, de tanta dicha, pero subordinada desde este instante al arbitrio de vuestra Alteza.

Agradeciéndola apacible el rey designación tan cuerda y queriendo referirles los miserables descaminos de Manfredo, entró el gobernador sobresaltado, que le dijo:

-Escogió el conde verdugo que le ajusticiase proporcionado a sus delitos; porque ¿dónde le halláramos tan a propósito como él mismo? Instóme afectuoso que le carease con Guillermo, para que la fuerza de la verdad y su inocencia, así llamaba sus traiciones, le hiciese confesar falsario. Pareciéndome, pues, circunstancia de que no pocas veces se aprovecha la justicia, presentándosele a los ojos, sacó un puñal que apercibió escondido y, sin prevenirnos el descuido, le dio de puñaladas, diciéndole: «Este premio merece quien, desleal con todos, a su señor le robó su hija, y a quien la adoraba para esposa, se la trocó por Laurisana». Aplicó luego a los labios una bujeta de marfil, llena de un veneno instantáneo, que imposibilitó experiencias a la medicina; y diciendo, después de haberle trasladado al pecho: «De esta suerte quita Manfredo de las manos de sus enemigos el cuchillo y la venganza», tan vehemente obró la virtud letal que apenas pudo concluir las sílabas últimas de estas razones, cayendo sin espíritu.

Horror puso al rey y a los presentes tan animosa cobardía, que la desesperación siempre fue vicio pusilánime, pero sin turbarse el indignado príncipe, respondió sereno:

-Debémosle a tan infame hazaña, el desembarazarnos las bodas de Saurina que, determinadas por mí para el mismo día de su suplicio, de algún modo las ominara fúnebres. Denles a los dos la tierra que merecen y cubra una misma losa sus traiciones.

Enmudecido hasta este tiempo le habían tenido a Pedro Armengol sus bien encaminados pensamientos, discurrendo por los sucesos presentes la inestabilidad de la fortuna, lo quebradizo de sus prosperidades, la incertidumbre de su duración y la fallida seguridad de las humanas confianzas; cuán poco permanecen floridas primaveras de juventud y gallardía.

-¿Qué aprovechan -se decía a sí mismo- favores príncipes que, pisando vidrios, tan fáciles se quiebran? Y cuando, durables, se resistan, aún no tiene la majestad monarca poder para un instante siquiera delimitar jurisdicciones a la muerte. ¿Qué la destreza, el valor, las posesiones, la sangre ilustre, los estudios, los amigos, si vinculado todo en la caduca consistencia de la flor del heno, del humo, de la sombra, el yelo las desmaya, el sol las seca y el aire las desvanece? A la nave compara Job la vida más robusta que, cargada de manzanas, sale del puerto de la cuna, naufraga piélagos de miserias, y desembarca en el sepulcro la fruta corrompida. Discreta y venturosa mil veces Laurisana, que de tanto escollo, tantos huracanes combatida, sobre la tabla de su conocimiento burló bajíos y ya en el faro religioso, a vista del puerto, permanente le saluda. Triunfó de la fortuna, triunfando de sí misma. La imitación es semejanza y la semejanza esencia del amor; amor la debo, amor la tuve; si la imito, soy semejanza suya; siéndolo, la obligo con finezas limpias a amarme nuevamente; y si, pusilánime, rehúso el imitarla, segunda vez expuesto a los naufragios, desmiento el blasón que me acredita valeroso, pues una mujer, frágil por su sexo, consigue ejecuciones que me afeminen.

Llevado, pues, de estos impulsos celestiales, segunda vez postrado a los pies del agradable príncipe, dijo, bañado en lágrimas piadosas:

-Los desperdicios de mis años, monarca serenísimo, engendran desconfianzas en mis recelos experimentados, ¡ojalá del todo!, y de mis inclinaciones excluidos. Tres veces soy deudor al cielo de la vida, otras tantas a los umbrales de la muerte restaurada. Apenas viviente, me redimió de las ejecuciones de mi padre; ya en la adolescencia, destituido casi del espíritu, en una calle desangrado, se la debo a Laurisana. No ha muchas horas al pie de un patíbulo afrentoso, don Berenguel me sacó de las manos de la infamia; dos veces le reconozco restaurador mío. Pero, señor invicto, ¿qué mediano discurso no escarmienta tres veces despeñado, si entre los mismos precipicios le guía una repentina claridad a la senda que, sin riesgos, le conduce a la patria que desea? Quien muchas veces tropieza, alguna es fuerza que caiga. Lo más arduo me facilitan impulsos que me adiestran el camino. Servir a Dios y al hombre es dificultoso y, con serlo, determino facilitarlo. En las guerras debajo de tu nombre y tus antepasados, militó mi padre; militar es la religión que instituyó tu abuelo; su mismo apellido te ennoblece: Jaime fue el suyo, Jaime Segundo tú, imitas sus hazañas. No por sola su disposición la Orden de los Redentores aligeró tormentos y alentó esperanzas a los cautivos, que en opresión horrible arriesgan las almas por socorrer los cuerpos. La Augusta Reina, fecunda Virgen, corporalmente apareciéndosele, le constituyó patrón y amparo de esta superior milicia. Todos los que con la toga cándida, por esencial voto, ofrecen su sangre, con sus vidas, por la libertad de los que menos la esperan, son alumnos de tu corona. Sangre he derramado, no sé si de inocentes; sangre con sangre, es bien que satisfaga a vivos homicidas; justo es que

correspondan a los delitos cometidos, virtudes que aventuren la vida de quien tantas ha quitado bandolero. No mudo profesión, sus fines mudo: bandolero fui, al bando del martirio consagro los años que me quedan. Permítemelo, príncipe católico, pues te sirvo de esta suerte, y con mayores empeños me imposibilito a desaciertos, honrado con las armas en el pecho que tu ínclito progenitor en los de sus Religiosos Redentores. De las Mercedes se llama esta familia, mercedes te pido, enamorado de su instituto heroico; no degeneren en ti, negándomelas, el título con que la eternizó tu vitorioso abuelo. Éste es el camino más seguro por donde la luz propicia de la Gracia, sacándome de los despeñaderos de mis vicios, me encamina a seguridades no caducas. ¿Quién duda que me las otorgues, si resplandecen en ti las virtudes a que te obligó tu progenitor augusto?

-No fuera yo su nieto -respondió enternecido el aragonés monarca- si no condescendiera con acción tan digna de envidiarse. Ni vos podíades escoger medio más lícito para añadir los créditos que, de algún modo, vuestros verdes años han desbaratado. Orden de caballeros es la de la Merced; caballero habéis sido de nuestra sangre y casa; traviesas vuestras inclinaciones pedían ordenarse: ya lo estarán de hoy más en Orden y Milicia donde hasta a sí mismos se niegan sus caballeros, por imitar el blasón más honroso que Dios hombre adquirió en la tierra. Redentor le intitulaba la sangre con que nos franqueó su patria. Redentores fundó su Madre en nuestra corona que, imitándole, compran con la suya cuerpos maltratados y almas en contingencia de perderse; seré vuestro padrino, y los dos un retrato de los primeros fundadores de esta milicia sacra. Jaime la dio principio en Barcelona, Pedro, su patriarca, recibió las nevadas insignias a que le destinó la cándida pureza de su patrona Virgen. Jaime Segundo me intitulo para renovar en vos su investidura; Pedro os llamáis, imagen verdadera de vuestro patriarca; Jaime el Primero honró con sus armas el pecho de san Pedro Nolasco; Jaime el Segundo, con las mismas ilustrará el de Pedro Armengol, su hijo; y esto ha de ser el día primero que la Iglesia abra las puertas (que ahora están con llave) al amoroso Sacramento, después de Pascua. No lo contradirá quien os dio el ser pues, ofreciendo a la Redención su primogénito, también imita al celestial, que no perdonó el suyo propio, donándosela a la Redención humana.

Lágrimas de júbilo suplieron palabras a los labios del viejo enternecido, y éstos, en los pies del rey magnánimo, remitieron al silencio sus exageraciones; dio a su hijo abrazos y alabanzas, y juzgando ya cumplido el pronóstico revelado, y el vaticinio del religioso venerable, repetía entre sí mismo las palabras que entrambos le dijeron:

-Caudillo de salteadores, me afirmó Mercurino -decía-, atajará las travesuras de mi hijo un dogal infame que de un árbol le suspenda: ya esto de mi parte se vio casi ejecutado; si no se cumplió del todo, sería porque el cielo, compadecido de mi fama, mudó decretos. El milagroso fray Bernardo de Corbaria, alumno del mismo Orden en que mi Pedro se conduce a mejor vida, me profetizó con más feliz suceso el que hemos visto. ¿No me dijo, «a este niño un patíbulo ha de hacerle santo»? La ventaja que hace la profecía a la judicaria y lo infuso a lo adquisito, esa misma experimento en estos dos juicios. Acertó el vaticinio religioso: un patíbulo ha de hacerle santo a mi heredero. Escarmentado de la infamia con que le atemorizó un pino, se reduce a vida milagrosa en que le espero santo. Luego cumplió el cielo en favor mío lo que temí en menoscabo de mi honra.

Esto filosofaba entre sí mismo el gozoso Alberto, mientras don Berenguel, todo regocijo, le daba a nuestro Pedro parabienes, y Saurina gratulaciones amorosas, segura de que en tan mejorado empleo no se le enajenarían humanas hermosuras, que sintiera a lo que presumo, aunque su hermana, que lo que le imposibilitó la sangre, se lo usurpara el tálamo. En efeto, universal el gozo en todos, dispuso el rey para el primer domingo después de Pascua (esta vez con más propiedad que otras «de flores») entrambos desposorios: los espirituales de Pedro y los humanos de Saurina, asignando para ellos el Real Monasterio de las Mercedes que, en la calle mayor, o carrer Ample, sirve a las dos majestades, eterna y temporal: a aquélla con redentores, retratos suyos, y a ésta, con capellanes que le tributan en sacrificios el blasón que su fundador ínclito vinculó en aquella casa, Madre y progenitora de tan ínclita familia.

Desde este día, ejercitando rudimentos el novel soldado, se negó a la comunicación de amigos y parientes y, retirado al oratorio de su casa, lágrimas dulces y soliloquios encendidos le ministraban néctar y ambrosía, tan cebado en ellos que, una noche, postrado en la regalada presencia de una imagen (que, con el hábito en que se apareció al héroe primero de esta Real Milicia, extendidos los brazos favorables, y a la sombra de su manto cándido diferentes jerarquías humanas, todas necesitadas de su abogacía, honraba el lugar mejor de aquellas aras), llevado de un impulso tierno, todo en ella y fuera de sí mismo, la cantó estos versos, hincado de rodillas:

Amor y necesidad,
pasiones las dos desnudas,
a cualquiera atrevimiento
temerarias se aventuran.

Amor, bellísima Aurora,
os tengo tanto, que excusan
necesidades del alma
los incendios que la apuran.

Necesitada y amante,
tal vez consigue la industria
felicidades osadas,
que el recelo dificulta.

Si esto es verdad, no extrañéis
impulsos que me estimulan,
que del amor que es perfeto,
tal vez se admiten locuras.

Llego al sol, siendo tinieblas;
sombra, me atrevo a la luna;
torpeza, a la integridad;
a la inocencia, mis culpas.

No degeneran los rayos
del sol, que horrores alumbran,
la vez que por ellos pasan,
cuando nuestros orbes lustran.

Tan sol se queda como antes,
tan limpio esplendor le inunda,
que, padre de la pureza,
huye dél la noche oscura.

Este ejemplo me sirva de disculpa,
yo, Virgen, todo horror, vos tota pulcra:
saldrá la luz del sol más pura y bella,
si cercan su esplendor sombras opuestas.

Puesto, cándida Patrona,
que la gracia os intitula
de la Merced, por hacerlas
a la Orden que es vuestra alumna,

justicia esta vez imploran
los afectos que me mudan
de delincuente en amante,
y vuestro amparo ejecutan.

Por justicia, aunque sois Gracia,
me debéis favor y ayuda,
pues cuanto más delincuente,
más os empeñan mis culpas.

El beneplácito eterno,
primero que las criaturas
tuviesen ser, os preserva
del pecho que Adán tributa.

Ab initio le sois grata,
sentada a la diestra suya,
de oro y variedad de esmaltes
bordándoos las vestiduras.

Tan limpia, tan Gracia plena,
que en vuestros labios, difusa,
tiran los querubes gajes,
de la que de ellos redunda;

redimida, mas no absuelta,

que no necesita nunca
de absolución la inocencia,
mientras en manchas no incurra.

Todos estos blasones os resultan
de ser alba del Sol y madre suya;
luego estos privilegios y favores
medráis sólo porque hubo pecadores.

¡Qué de esperanzas me alegran,
cuando los vicios me angustian,
viéndoos presidio de todos
en esta tierna pintura!

En cruz los brazos abiertos,
la Cruz redentora anuncian,
en fe que su Coadjutora,
el Dios hombre os intitula.

Sangre os cuesta este blasón,
pues en su fábrica augusta,
vos pusistes la materia,
y el amor la arquitectura.

Sin excepción de personas,
Patrona a cuantos os buscan,
tendéis las nevadas alas,
Ave a Eva, vuestras plumas.

Igual la azada y diadema,
piadosa os dignáis que cubra
la capa de vuestro amparo
la abundancia y la penuria.

No teman aves piratas,
los que a tal sombra se juntan,
mientras al cándido manto
de vuestra piedad acudan,

que sí, paloma, la paz
el cielo en vos nos anuncia,
la Embajatriz y su casa
delincuentes asegura.

De la justicia huyendo van mis culpas,
socorredme, señora, que son muchas;

pero ya a vuestra sombra, ¿qué hay que tema,
si el alma, cual los brazos, hallo abierta?

Estos y semejantes éxtasis de amor fueron previas disposiciones en nuestro nuevo santo, tan poderosas con el cielo que, añadiendo impulsos, salió el día prevenido tan soldado viejo que pudo poner escuela y ser maestro de armas en sus experiencias.

Cumplióse el término de entrambos desposorios, y apercibido el real convento, cuyo prior general era entonces el más venerable religioso de aquel siglo, san Raimundo Alberto, prodigioso en vida y milagros, vio Barcelona dos abriles en un día. El artificio y la naturaleza leyeron de ostentación, aquél por las calles y las casas, estotro por los jardines y los huertos; porque cada ciudadano fue un ramillete vivo en galas y libreas, cada ramillete fue un ciudadano de flores, trasladado de los cuadros a las rúas. No hubo zaguán tan desautorizado que esta vez no imitase cuantos planteles hicieron apetecibles sus aliños. ¿Qué maravilla? Desposábanse los dos más aplaudidos consortes que tuvo aquel belicoso principado, Saurina y don Berenguel, cabezas de dos familias, las más generosas de Cataluña; comprendían, ya consanguíneos, ya afines, cuanta nobleza ilustraba aquella Corte. Su himeneo perpetuaba amistades hasta aquel día imposibles; la belleza de una y la privanza de otro, convidaba a la adulación y a los deseos a salir de límite en sus ostentaciones y, para hacerlas aparatosas, ninguna nación iguala a la catalana, ninguna república a la barcelonesa. Era padrino el más amado rey de aquellos tiempos; la imitación de los príncipes hace camaleones a los vasallos; festivo y pródigo don Jaime, fieles y liberales ellos, nunca más proporcionados que agora miembros y cabezas; joyas y preseas en vestidos y presentes dignos de quien los enviaba, y de quien los recibía, lucieron a don Berenguel dadivoso y a Saurina bizarra. Madrugó en una carroza el desposado, tan galán como dispuesto, y en esta parte, ninguno más que él en Barcelona y, trasladándose desde palacio a la casa de nuestro reformado bandolero, le condujo al célebre convento, esfera de sus esperanzas. Recibiéronle gozosos el venerable san Raimundo Alberto y su familia, con demostraciones tan tiernas cuanto la prenda que se les adjudicaba merecía. ¡Qué de amorosos parabienes!, ¡qué de demostraciones verdaderas suplieron las ceremonias aparienciadas de las cortes y los cumplimientos superficiales de palacio! Postróse a los pies virgíneos de la imagen cándida que, en el altar mayor, vestida de las nevadas insignias de sus hijos, hizo aquel templo feria franca de milagros que hasta hoy prosigue; allí le dejaron, regalándose con soliloquios recíprocos, tan correspondido en sus amores, que ninguno entre sus enamorados con mayores medras que nuestro amante Pedro.

Entre tanto, el monarca aragonés, bizarro y seguido de su corte, oyendo generales aplausos y bendiciones de concursos y ventanas, fue a la casa de la novia y, acompañándola desde ella al religioso templo, festejó las más célebres calles, tan entapizadas y compuestas que cada una parecía tálamo florido de las apetecidas bodas. Salió Saurina en una hacanea blanca, cuyas guarniciones purpúreas empobrecieron al sol, padre de las minas; cuyo vestido agotó a la India de diamantes y al mar de perlas; cuyos bordados y follajes no dejaron nácar en sus costas que, llorando el expolio de sus partos, rocíos del mayo que el sol congela, no se querellase al alba, su progenitora. No la aumentaron hermosuras los adornos, que a Saurina imposibilitaba sus aumentos, pero sí

atenciones en la juventud apetitosa, sí envidia en las bellezas cortesanas, sí alabanzas y gratulaciones en el vulgo. Seguíanla las damas de palacio, porque siendo su madrina la infanta doña Violante, ya destinada esposa del rey de Nápoles, Roberto, y hermana del serenísimo padrino, primer móvil de la hermosura se llevó tras sí a todas sus estrellas. No es posible, sin su agravio, referiros cuán desperdiciada la prodigalidad excedió esta vez las exageraciones mismas; basta decir que tal madrina para tal novia. En medio, pues, las dos, del rey padrino y del infante don Pedro, hermano suyo, a la diestra de la infanta la desposada, privilegio afable de su himeneo, ennoblecieron todo el carrer Ample, hasta las puertas sacras del militar convento, que ennoblece aquella calle insigne. Apeáronse y, a sus puertas el pastor barcelonés, con aparato pontificio, cercado de las dignidades de su Iglesia y sus cantores que, con aplauso músico arrebatában los espíritus a la devoción, presentes, y más adentro, en dos coros, el venerable prior, a su lado nuestro espiritual enamorado, y luego los religiosos Redentores, llegó don Berenguel, besó la mano real, bizarro y agradable; cumplió con las ceremonias del fecundo Sacramento sus deseos; entraron luego a la mayor capilla y, celebrando en ella el obispo los nunciales sacrificios, con la debida majestad a la real presencia, logró himeneo las coyundas más felices de su amoroso triunfo: esposa Saurina del catalán más benemérito, y él aposicionado de la mayor belleza que enriqueció aquel siglo.

Siguiéronse tras éstos los desposorios vírgenes de la más estimada prenda de los cielos y el más enamorado suyo de la tierra, de María y Pedro; dióle el hábito san Raimundo Alberto, después de una compendiosa, pía y elegante plática, con que le dispuso el alma, le enterneció los ojos y le abrasó la voluntad; vistiéronle sus milagrosas manos la blanca toga de la militar nobleza de María. Guarnecióle el pecho con sus armas el ínclito don Jaime; cantáronle letras y motetes en el coro los músicos humanos y en el cielo los divinos. Lágrimas de gozo y parabienes espirituales, añadieron ternura a la alegría, tan superior ésta en Alberto, cuanto se blasonó totalmente dichoso en haber repartido a satisfacción del cielo y de la tierra su sangre generosa, pues, ofreciéndole a Dios, como herencia más debida, lo mejor y más perfeto de ella por primicias (a nuestro glorioso fray Pedro, digo), le cupo a don Berenguel, como el más digno de aquel reino, la segunda parte de este patrimonio, que fue a su esposa; y con propiedad menos lisonjera, pudo aplicarse el venturoso viejo los dos versos dedicados por Virgilio al primero Augusto, pues si encomendó la adulación a la perpetuidad que le cantase,

Júpiter al cielo abarca,
César en el suelo impera,
monarca aquél de su esfera,
y éste del orbe monarca;
uno eterno y otro justo,
tan conformes los dos fueron,
que el imperio dividieron,
el mayor dios y el Augusto,

repartió Alberto en sus dos hijos, con seguridad más cierta que las poéticas exageraciones, el cielo y el siglo: eterno mayorazgo en Pedro, como su primogénito, temporales posesiones en Saurina, como relieves y alimentos de la primer herencia, y

para sí se reservó la quietud apetecida y granjeada con tanta hazaña cuando mozo, con tantas persecuciones cuando viejo.

Acabóse tarde esta acción, honró el rey a su apadrinado religioso y, dejándole en la posesión felice de su mejorado empleo, acompañó a su casa a los desposados, que en pacífica correspondencia lograron juventudes y autorizaron canas, haciendo de dos sangres, primero tan opuestas, un mixto ilustre, de manera que, dilatándose en héroes sucesores hasta hoy día, resplandece en ellos la gloria de su estirpe.

Mudó el beato fray Pedro los medios, no la sustancia, de sus inclinaciones, que ya sabe la Gracia acomodarse a la naturaleza y perficionarla sin destruirla. Por eso se llaman sobrenaturales, no contra naturales, sobre nuestros afectos, porque los perfeccionen, no contra ellos porque los aniquilen. Con el jovial se proporciona Dios de suerte que, quitando de lo alegre lo defectuoso, deja perfeto todo lo entretenido. Con el melancólico se acomoda, transformando lo cogitabundo perjudicial en lo contemplativo, que le realza las potencias intelectuales. Dígolo, porque si le cogió a nuestro religioso la reformatión de vida bandolero, bandolero le dejó, pero bandolero santo.

Banderizó pasiones y afectos contra el mundo, contra el demonio y contra el más que estos dos ejecutivo, por más doméstico enemigo, avecindado en nuestra carne. Bandolero, pues, nuestro Armengol, salteaba estratagemas de estos tres cosarios, saliendo tan airoso de sus ardidés, como en el siglo de las empresas a que se expuso. No tengo de historiaros la superioridad con que, novicio, sirvió de espejo a las canas más experimentadas en la perfección monástica; cuán olvidado de estimaciones presumidas; como si nunca hubiera en el pundonor humano leído cátedra de duelo, en los más bajos ejercicios parecía, no Pedro Guillén bizarro, diestro, valiente y conversable; no Pedro Armengol después, ilustre, curioso, reverenciado y querido, sino el más dejado sujeto que la naturaleza destinó para los ministerios ínfimos. ¡Qué de veces, entre la escoba y los relieves se atravesaron raptos deleitosos que, ennobleciendo aquella ocupación grosera, trocaran los monarcas, a experimentar su estima, las púrpuras más idolatradas por lo más abatido de sus tareas! ¿En qué le empleó el mérito de la obediencia, que no se lo facilitasen delicias y favores indecibles de su esposa enamorada? Maestro fue, novicio, de sus maestros, ¿qué sería cuando, Maestro de su Orden, se hizo tantas ventajas a sí mismo? No hay lengua, no pluma que, hiperbolizando lisonjas para mentir grandezas, aquí no avergüencen la exageración más ponderable, en esta materia, tartamuda. Ejemplar fue de penitentes; norte de castos; carta de marcar de humildes; aliento de misericordiosos; estímulo de limosneros. Novicio, se adelantó a los anacoretas; profeso, a sí mismo. Últimamente, Pedro Armengol, maná celeste en las virtudes, tenía las propiedades que la forma racional en su materia: todo en el todo, y todo en la más mínima parte.

Obligó a su padre a que hiciese en su villa de la Guardia de Monblanc un convento devotísimo de su Instituto, donde, a permitírsele el rey (que, venerándole por ángel, quería que lo fuese de su guarda, sus deudos y toda Barcelona), por estar a solas, mas acompañado de sí mismo (que los contemplativos consigo se llevan el sello de la Corte

celestial, con más feliz despacho que las caducas), gozara lo que el regalado en Patmos, lo que Enoc y Elías en el Paraíso.

No permitió, profeso, por algunos años, que le promoviesen al misterioso cargo sacerdotal, porque consideraba, menospreciándose, la integridad y la pureza para la dignidad más alta que el Sumo Sacerdote eterno sustituyó en sus coadjutores. Reparaba en que la más excelente de todas las criaturas, esposa suya, Madre de su autor, Emperatriz de las eternidades, se postraba a los pies del mayor Evangelista, capellán suyo, besando los vestigios que estampaba, todas las veces que acababa de celebrar aquel incruento sacrificio.

-María arrodillada -decía- a un sacerdote, anteponiendo su respeto blasones de Madre del mismo que se sacramenta, ¿y atreveréme yo, no mereciendo ser sombra de la sombra de Evangelista tanto, a presumirme en tan tremendo ministerio, paralelo suyo? Ni el sol, cuando tuviera humano sentimiento, ni el querub más privilegiado se confesara benemérito de tan supremo oficio. Yo, pues, no sol resplandeciente, no espíritu beato, sí, empero, el más indigno de las criaturas todas, ¿me osaré a las aras, en que no es menos la ofrenda que el mismo a quien se ofrece? No lo permita el cielo. La obediencia poderosa facilitó todas estas repugnancias, porque de suerte resplandeció en Armengol esta virtud que, sin necesitar notificaciones de la lengua, adivinando los pensamientos a sus pastores, antes que el uno los pronunciase, los ejecutaba el otro. Ya sacerdote Pedro, ya predicador, crecieron perfecciones y excelencias en él, al paso que dignidades; cada día tan mejorado que, por instantes, se distinguía de sí mismo. ¿Qué vicio, por rebelde que se encastillase en un alma, pudo resistirse a la más tibia voz de su doctrina? ¿Qué holocausto deífico ofreció en el altar al Padre, que no sacase de sus ojos diluvios compasivos en que, anegado, quisieran, por participar de sus deleites, llorar con él los ángeles? Uno de ellos en la tierra Armengol, tan poco le oprimían sugerencias que, casi espíritu su cuerpo, por medio de abstinencias no imitables y de rigores inauditos, gozaba poco menos los dotes vivo que si hubiera resucitado.

Diversas veces, Vice-Christo Pedro, redimió a costa de su sangre y con riesgos de su vida, en Granada, en Argel, en Túnez y en Biserta, tanta cantidad de míseros, cuya fe vacilaba entre las caricias halagüeñas de los vicios y asperezas rigurosas de los bárbaros, que, despoblando las mazmorras y alarbes calabozos, de la suerte que al infierno Christo de los depositados despojos de su gloria, pudiéramos aplicarle lo que al Redentor, origen de quien era copia, y decir en nombre suyo: *Morsus tuus ero inferne*; «a bocados te quitaré la presa de los dientes». Milagros hizo en aquellas partes asombrosos que piden más devoción para sentirlos que la mía, más delgada pluma para escribirlos, más elocuencias para contarlos y más espíritu para que se trasladen de mi lengua a vuestros corazones. Uno sólo referiré, que por prodigioso admire, por nuevo deleite y por enamorado os enterezca.

Salió el piadoso fray Pedro Armengol de Barcelona con catorce compañeros de su familia sacra, parte caballeros y parte sacerdotes, su cabeza nuestro santo, y desembarcaron en Argel, cueva común, por nuestra flojedad, de bárbaros piratas y lastimosa cárcel de católicos. Redimieron en breve tiempo, treientos y cuarenta y seis cautivos de todos

sexos y edades, muchos de ellos religiosos de diversas órdenes, que el Instituto de esta, superior a las demás, a todas aprovecha, pues no fuera imitación de la Redención universal de Christo si, a semejanza suya, no bañara con su sangre a cuantos lo están en poder de infieles, en la del Cordero Inmaculado.

Volviéronse los trece a Cataluña con el ganancioso empleo y nuestro mártir, no contento con lance tan caudaloso, acompañado de fray Guillermo Florentino, sujeto proporcionado en virtudes y inclinaciones a quien acompañaba, se trasladó a Bujía, donde, vendiendo algunas joyas cuantiosas, que de su padre, hermana y deudos sacó su abrasado celo, rescató ciento y diez y nueve muchachos inocentes (cuya tímida sencillez está comúnmente más expuesta a los halagos engañosos y amenazas crueles de la torpeza alarbe); consumióse en esto todo el dinero, y faltó el rescate al tiempo que la caridad sobra en nuestro santo; temió el peligro de otros diez y ocho infantes que, corderos cándidos entre hambrientos lobos, era fuerza pereciesen. Obligóse a quedar en precio de la libertad sencilla, empeñando la suya, hasta que volviese su compañero al plazo señalado con el valor de la piadosa compra. Excelencia única, sin que se imite, del cuarto voto de esta milicia, con que se obligan cuando profesan a aventurar sus vidas por la de sus hermanos, cuyo empleo íncito tantas veces cubre de púrpura los alarbes campos, de mártires el cielo y su religión de tutelares, pues pasan de quinientos.

Salió de la africana corte fray Guillermo, con la redimida presa, y puesta en salvo en Barcelona, diligenció solícito el rescate. Su Maestro general, por desempeñar prenda de tanta estima, antes del término asignado, recogió limosnas y vendió preseas sagradas, que para necesidades tan precisas no reserva esta Religión ni aun los cálices y cruces. Volvió a embarcarse para Bujía el cuidadoso Florentino, pero como Dios determinaba manifestar al mundo el aprecio que hacía de nuestro mártir, vientos contrarios, tormentas deshechas y calmas fastidiosas descaminaron el navío de Guillermo de manera que, derrotado por parajes remotos, le defraudaron el tiempo preciso de la paga, con tanta congoja del que la llevaba que necesitó de la paciencia religiosa para no desesperarle sus tristezas.

Padeció en el ínterin el mártir catalán las vejaciones que la descortesía infiel y atrevimiento idólatra ejercita con sus cristianos huéspedes, pues entre aquella bárbara república hay quien, a persuasiones de sus morabitos, tiene por cierto que quien mata a un católico se va derecho al Paraíso, y son no pocos los que llevados de este celo impío, aunque sus jueces los castiguen, se arrojan frenéticos a ejecución tan ciega. Cuando esto, pues, no sucede, los Redentores que mejor libran son objeto de la juventud desatinada, pues el más vil moro, el rapaz entre ellos menos atrevido, se juzga para poco si, con bofetadas, con palos, no escarnecen y maltratan a los que por mofa llaman Papaces. Apenas, pues, pasó el término de la paga, cuando los infieles acreedores, no tanto por el interés, aunque estriban en él sus felicidades, cuanto por el aborrecimiento del fiador, que con sermones ordinarios, pláticas, conversaciones y disputas, confutaba los disparates de su secta, y concluía sus blasfemias, acudiendo al cadí, o gobernador de la plebe, tan indómita, alegaron contra el cándido inocente que, fallido su contrato y su palabra y fe quebrada, con descrédito de su ley y desperdicio de su hacienda, debía escarmentar a otros de su profesión, pagando quien aseguró el rescate con la vida.

Para quitársela los moros a un cristiano no es menester mucho, y más si el acusado es Religioso, y resplandece el celo en él que en nuestro mártir. Fácilmente se le entregó el juez alarbe, con aprobación del duán todo, que así se llama su cabildo. Cumplió la tiranía mahomética sus deseos; cumplió Dios los de su mártir, porque cuantas oraciones, sacrificios y penitencias le hicieron héroe entre los santos, todas anhelaban a la púrpura y los laureles de estas vitorias. Consiguiólas nuestro Armengol; consiguieron los hidrónicos de su sangre su venganza. Seguidos de la morisca plebe, con el gozo que si le convidaran al más festivo espectáculo, salió al campo más vecino y, escogiendo los sacrílegos el más sublime y elevado árbol, entre los muchos que hacían ostentación umbrosa a la ciudad morisca, le destinaron felicidades de tal fruto. Regocijos y algazaras blasfemas, entre lágrimas y compasiones católicas que los huérfanos cautivos derramaban, mezclaban pesares con contentos, tan favorecido de ellos nuestro Redentor segundo que, desde que le sacaron del horrible calabozo, hasta el patíbulo deseado, la esposa Virgen que adoraba, la Aurora cándida a quien servía, la Redentora propicia a quien imitaba, poblando el aire luminoso de ejércitos angélicos, con majestad augusta y ostentación impírea, se le apareció risueña y favorable, tan enajenado su amante alegre en las delicias de fruición tan bella que, arrebatadas las potencias, los sentidos, el alma y sus afectos al amoroso éxtasis, ni supo si aún mortal peregrinaba o si en la patria libre se inmortalizaba eterno. Llevóse consigo esta suspensión sabrosa el uso de los sentidos de manera que, ni las voces impías de sus perseguidores, ni los suspiros tiernos de sus cautivos, pudieron divertirle de su aprehensión sabrosa; bañándole el espíritu, rebosaba hasta en el semblante, risueños júbilos y resplandores. Dejéronle, en efeto, joyel inestimable, pendiente al cuello del venturoso árbol, diáfanos y puros alternando sus engastes diamantes y rubíes, si azucena cándida en el hábito, odorífero clavel en el martirio. Creyéronle cadáver, y dejándole suspenso, se volvieron todos a la ciudad incrédula; contentos los infieles y los católicos llorosos.

Pero nuestro vitorioso catalán, privilegiado esta vez de las pensiones de la muerte, sin jurisdicción el lazo, aunque anudado oprimía, al parecer, la garganta religiosa, pendiente el cuerpo pero vivo, y más pendiente el alma de la deleitosa presencia de su esposa Virgen, de su Emperatriz patrona, tres días que duró este milagroso prodigio, sin perderla de vista un solo instante, nube socorrida su nevado manto contra los ardores del sol, resplandeciente antorcha contra las tinieblas de la enlutada noche, alternando los dos recíprocos amantes requiebros regalados y coloquios dulces. Atrevida mi devoción con estos versos, los imagino en los amorosos labios del favorecido Pedro, presentándooslos en nombre suyo:

Dulce prenda, agora sí
que puede mi regocijo
blasonarse vuestro hijo,
viendo al natural en mí,
puesto que no merecí
título tan venerado.
Christo, origen, yo el traslado,
y vos quien vida nos da,
mostraremos lo que va,

de lo vivo a lo pintado.
Gustáis, como en Vos me abraso,
que en todo le represente;
vos, Virgen, fuistes su oriente,
un árbol Cruz fue su ocaso;
salióme amorosa al paso
la Gracia en vuestros favores,
y para medras mayores,
blasón Redentor me dais,
porque así, mi bien, seáis
Madre de los Redentores.
Tiene con vos tanta estima,
la Redención deificada,
que, en fe de ella preservada,
no os halláis sin quien redima.
Hijo vuestro me sublima
este blasón, y el amor
de tan inmenso favor,
suspenso, ilustrarme espera,
que a no estar así, no fuera
con propiedad Redentor.
El capitán vitorioso,
eternizando su empleo,
las armas, para trofeo,
cuelga de un árbol pomposo.
Vos sois el triunfo amoroso,
yo las armas, en quien ven
insignias vuestras, que den
fe de acción tan eminente;
luego de un árbol pendiente,
trofeo vuestro, estaré bien.
Entre sacrílegos fieros
Christo alivia desamparos
desde la Cruz, con miraros,
atormentándole el veros.
Afila el rigor aceros,
y témpalos vuestro amor;
mas no es por esto menor,
porque, viéndoos padecer,
causáis que en él venga a ser
el mismo alivio dolor.
Aquí, mudando de intentos,
suertes volvéis los azares,
árbol la Cruz de pesares,
árbol éste de contentos,
duplícanse allá tormentos,

y aquí el mayor es más tibio,
pues mientras viéndoos me alivio,
gozosa por ampararme,
viene a ser para alentarme,
el mismo dolor alivio.

Allí, con diversa suerte
la vida pierde la vida,
y aquí la muerte homicida
halla la vida en la muerte;
en vuestros brazos advierte,
muerto a Dios el compasivo
dolor, en vos excesivo,
y aquí, desmintiendo lazos,
presidios de vuestros brazos,
dan al gozo un muerto vivo.

Un bandolero, en albricias
de la redención humana,
fue con las medras que gana,
de Cristo y su Cruz primicias.

Yo, que engolfado en malicias,
al puerto de tanto amor
conseguí vuestro favor,
suspense y sin padecer,
aunque indigno, vengo a ser,
bandolero y redentor.

Dulcísima prenda mía,
Aurora, Sol, Luna, Estrella,
Cedro, Palma, Rosa bella,
Norte, Zona, Senda, Guía,
Mar de amor, Madre María;
yo os doy mi fe, que, difunto
al siglo, desde este punto
sólo vuestro amor posea,
porque todo vuestro sea,
quien es de Cristo trasunto.

Tres días en estos soliloquios, cuya explicación excede humanas capacidades, tres instantes para nuestro mártir; tálamo el patíbulo, cielo el diáfano elemento, trono imperial serafines y, sobre él, María majestuosa, quisiera Pedro que duraran aquellos favores siglos de eternidades. Pero ¿qué mucho? Otros tres días, Saulo desde el venturoso principio del caballo y desembarazado el espíritu de la prisión forzosa, se remontó hasta el tercero alcázar, donde vio lo que no supo referirnos: ¿qué pudo Pablo ver sino la divina esencia, según muchos doctores, sino la humanidad del Verbo? ¿En qué se adelanta a lo que en nuestro laureado mártir estos tres días gozaron los sentidos? ¿Todo lo que no es Dios merece equipararse con María? María tres días conversando con Pedro, si un instante de su presencia casi deífica, tantas horas, todas conversables, amorosas todas,

¿qué tal dejarían un alma en ella transformada? Pablo desde la tierra atropellado sube al tercer cielo. A Pedro en el aire suspendido, baja la que vale más que los cielos todos, que todos sus bienaventurados; a lo menos, sin disputar en uno y otro las mejoras de las almas, llevóle nuestro Pedro a Pablo lo que va del suelo, donde Pablo yace, a la región del aire, de quien depende Pedro. Quédese aquí, que dirán que no hay amor que no hiperbolice, ni el que deja de ser apasionado puede ser enamorado fino.

Muerto, pues, en la opinión de todos, nuestro mártir, sin permitirle sepulcro la inclemencia idólatra, aportó al tercero día a la playa infiel fray Guillermo Florentino, y apenas pisó sus márgenes, cuando los cautivos congojados le dieron en vez del «bienvenido», pésames llorosos. Refirieronle la sacrílega ejecución de aquella pérvida república y el sacrificio del mercenario Abel.

Afligióse de muerte el piadoso compañero, de modo que, a permitirlo la modestia religiosa, a voces por las calles, vituperando tan infame hazaña, pidiera venganza al cielo. Echábase a sí mismo la culpa que las calmas y temporales tuvieron; lloraba y no admitía el vivir sin su caro padre, pero, considerando después, prudente, que sin duda la providencia soberana había derrotado su viaje porque, en el ínterin, tuviese su religión un mártir más y el cielo un héroe, templó con el gozo de esta medra el ímpetu de sus dolores; no, empero, tanto que no se querellase al agareno y injusto gobernador o cadí, diciéndole entre otros sentimientos:

-No merecía dilación tan breve, severo alcaide, crueldad tan ejecutiva, cuando nuestra religión piadosa, experimentada por tantos años en África, entre los muchos Redentores de ella que empeñaron su libertad por las de los míseros cautivos, fallida su fe, ¿no cumplió pactos y conciertos? ¿Ha habido alguno de vosotros que, venerando nuestro crédito, no admire la puntualidad de nuestra palabra? Pues ¿por qué, agora, que fiador de ella, os la aseguraba el más ínclito varón de nuestra celestial Milicia, venerable santo y de la estirpe real de Cataluña, con tan ignominiosa muerte privastes a la tierra de su favorable protector?

-No fije la tardanza de vuestro desempeño -respondió el alarbe- quien le llevó al patíbulo; el atrevimiento sí con que, blasfemando nuestra ley y predicándonos la suya, irritó nuestros morabitos; sólo le admitimos para rescatar cautivos, no para pervertir a nuestros moros. Escarmienta tú y los de tu Instituto en su castigo y, contentándote con llevar su cuerpo, no engañes nuestras almas. Admitió fray Guillermo la oferta y consolado con la caja, ya que le privaron de la joya, salió, siguiéndole numeroso vulgo con los cautivos todos, a ver la entrega de aquel tesoro inestimable.

Apenas, pues, desde lejos la blancura de sus hábitos disgregó su vista cuando, bañándola de lágrimas con lastimosas voces, celebraban las congojas sus obsequias. Pero el enamorado Redentor, púlpito el abril, rayo la lengua, templó aquel páramo, y comenzó a predicarles misterios inauditos, persuasiones amorosas, castigos infalibles; la certidumbre de nuestra ley suave, la necesidad para salvarse de ella, la fabulosa y brutal dotrina de su secta y la eterna perdición a que sus engaños lascivos los guiaban; rematando con

referirles los favores de su Virgen esposa y Reina Madre que, hasta aquel punto, desde el de su martirio, le había hecho ángel de su custodia la que es Señora de los Ángeles.

Pasmó la bárbara caterva a tal prodigio. Muchos fueron los que desengañados ferieron a sus almas la utilidad de tal milagro. Muchos más los que, incrédulos, le atribuyeron a mágicas hechicerías, que el sol y la virtud divina del modo que liquidan y enternecen la cera dócil, empedernecen y condensan la rebeldía del barro torpe.

Excúseme vuestra discreción el referiros los gozos, los júbilos y la ternura de los nuestros, las alabanzas a Dios, las gracias a su Madre, los parabienes a su prohijado esposo, pues más ponderación tendrán contempladas en vuestra devoción que dichas por mi lengua. Bajáronle del árbol, consagrado desde entonces, y en procesión festiva le condujeron a la nave, dándole por libre el bárbaro, en esta parte justo, del rescate por los cautivos de su empeño concertado, pues, ejecutándole en la vida, pagó con ella a sus infieles acreedores.

Cumplióse, en fin, en el árbol triunfante, la profecía que en su nacimiento el venerable fray Bernardo de Corbaria anunció a su padre, pues un patíbulo perfeccionó santo del todo a nuestro laureado Pedro. Salió el pronóstico de Mercurino, ambigua su astrología, como los oráculos gentílicos, en parte verdadero, pues le suspendió un dogal del árbol ominado, como él predijo, pero en lo demás mentiroso, pues no atajó este suplicio sus travesuras, que muchos años antes reformado, pudiera en su Religión asentar escuela de virtudes. Tampoco mereció el cordel título de infame, pues quedó desde este punto venerado, reliquia soberana por el contacto del cuello vitorioso, por el de las manos de la que en las suyas trujo al primogénito de las eternidades y, favorecido de ellas, no se atrevió al vital espíritu, perdiendo la ejecución que en él libraron a la muerte los blasfemos bárbaros.

Salió, en efecto, nuestro Redentor segundo al tercero día, si no del sepulcro, del rigor de un árbol homicida; si no resucitado, preservado por lo menos de la muerte; si no glorioso, predestinado para serlo; y empleado el caudal que fray Guillermo trujo en nuevos cautivos, al salir por las infieles puertas de Bujía, profético su espíritu, la amenazó diciendo:

-Tus abominaciones execrables, ciudad torpe, y la sangre que le derramamos al bautismo, provocarán al cielo de manera que, algún día arruinada, sirvan tus mezquitas de templos a la Cruz vitoriosa de un católico monarca. Sacó verdadero a nuestro mártir el máximo Carlos Quinto, cuando, en persona, debeló esta ciudad cosaria, plantando su vitorioso ejército en el mismo sitio que consagró suspenso nuestro Armengol glorioso.

Embarcóse el santo con sus redimidos a su patria, obedeciendo las olas de aquel piélago, a quien gratularon las estrellas en los brazos de la Madre mejor del mejor hijo. Recibióle a la marina barcelonesa, el rey piadoso, su corte, su padre, sus hermanos y sus conmiltones religiosos. Entró triunfante en la ciudad invicta, y huyendo profanas alabanzas, fastidiosos concursos, aplausos temporales, menospreció mitra, y alcanzaron permisión sus lágrimas para retirarse al monasterio quieto de su villa de la Guardia. Allí,

negado al mundo, todo en Dios y Dios todo en él, dos lustros, oráculo profético, refugio general para cuantas necesidades se favorecieron de su patrocinio, permaneció en su garganta mártir la señal del dogal sacro, que por tres días le avecindó en la región etérea. Collar de granates y rubíes en que grabó la Reina su patrona memorias inmortales a su triunfo. El monasterio que llama Cataluña de los Prados en la Guardia de Monblanc fue su paraíso, su custodia; allí vivió diez años, allí murió para vivir eternos; allí veneran sus reliquias cuantos en todo aquel principado se precian de devotos; allí, prodigios favorables socorren lo que la naturaleza desespera, tan satisfechos con la tutelar presencia de su cuerpo, que perderán la vida por no perderle. Ya sucedió una noche en la mitad del intratable enero que, llevando robado el glorioso cadáver la codiciosa devoción de sus circunvecinos, con ser tan prolijas las de este mes y apresurar los pasos el recelo, se hallaron al amanecer pegados a las puertas del monasterio mismo de donde le sacaron. Desde entonces la vigilancia y el amor le tienen en alto, debajo de tres rejas que autoriza el oro de su esmalte, con otros tres candados sin permitirse a las llaves, sino cuando aquella comarca necesita de fecundas aguas, de serenidades apacibles, de sufragios contra pestilencias y enfermedades contagiosas; porque Armengol divino, Redentor segundo, retrato del primero hijo de su Virgen Madre, si en la tierra redimió afligidos, en el cielo, a imitación del primero, le tenemos abogado. Todo lo socorre y para todos es maná celeste, que sabe a todo.

Pagó la atención entretenida del concurso devoto a don Melchor su deleitable historia y, acabada, medró aplausos y generales gratulaciones, exagerando la variedad, el espíritu y la sutileza que le sacó de tan lucido empeño. Despejóse la generosa quinta, con apercibimiento de que, asegurándola los oyentes en comiendo, les convidaba a una tarde que no degenerase de lo entretenido de la mañana. Habíase ya desenojado el cielo y prometía con su serenidad no desaliñarles lo que faltaba para el feliz remate de su festejo. Puesto que no del todo confiados en la poca fe de mes tan inconstante, entoldaron, como dije, el patio o plazuela célebre, fabricaron en medio de él un teatro ostentativo, adornado de jardines, trasladados árboles y palacios fingidos, con admiración de los que, viéndole en tan breve término perfeccionado, celebraban la propiedad de su artificiosa arquitectura. Cumplido, pues, todo esto a satisfacción de los menos bien contentadizos, suplió una mesa espléndida, con la prodigalidad de aquel día epicúreo, levantándose de ella los convidados tan satisfechos de regalos los cuerpos, como primero las almas del espiritual banquete que, como principal, antecedió a la gula.